Esta recopilación de ensayos de Gareth Stedman Jones propone un nuevo modo de contemplar tanto las concepciones analíticas de las «clases» de los historiadores como las manifestaciones reales de las clases en la historia política y cultural inglesa desde la década de 1830 hasta nuestros días. Como progenitora del primer movimiento obrero generalmente reconocido, la clase obrera inglesa proporcionó la base empírica inicial no sólo para la teoría marxista original de la industria moderna y la revolución proletaria, sino también para las posteriores reacciones de los historiadores contra la teoría marxista de las clases o las adaptaciones de ella.
En *Lenguajes de clase,* Gareth Stedman Jones establece una distinción entre dos conceptos de clase: la percepción cotidiana y vulgar de su penetración en Inglaterra y la idea marxista de su significado revolucionario. El autor procede a desmontar las concepciones dominantes de la significación y el desarrollo de la «conciencia de clase», subrayando las situaciones políticas y discursivas en que aparecieron y retrocedieron determinados lenguajes. Entre los temas centrales de los ensayos que componen el volumen está una reconsideración de «la construcción de la clase obrera inglesa» y el fenómeno del cartismo, una nueva investigación de la formación y los componentes de la «cultura obrera» y, a la luz de ellos, una nueva aproximación a la comprensión del Partido Laborista y sus problemas actuales.

$21.00

00001
9 788432 306839

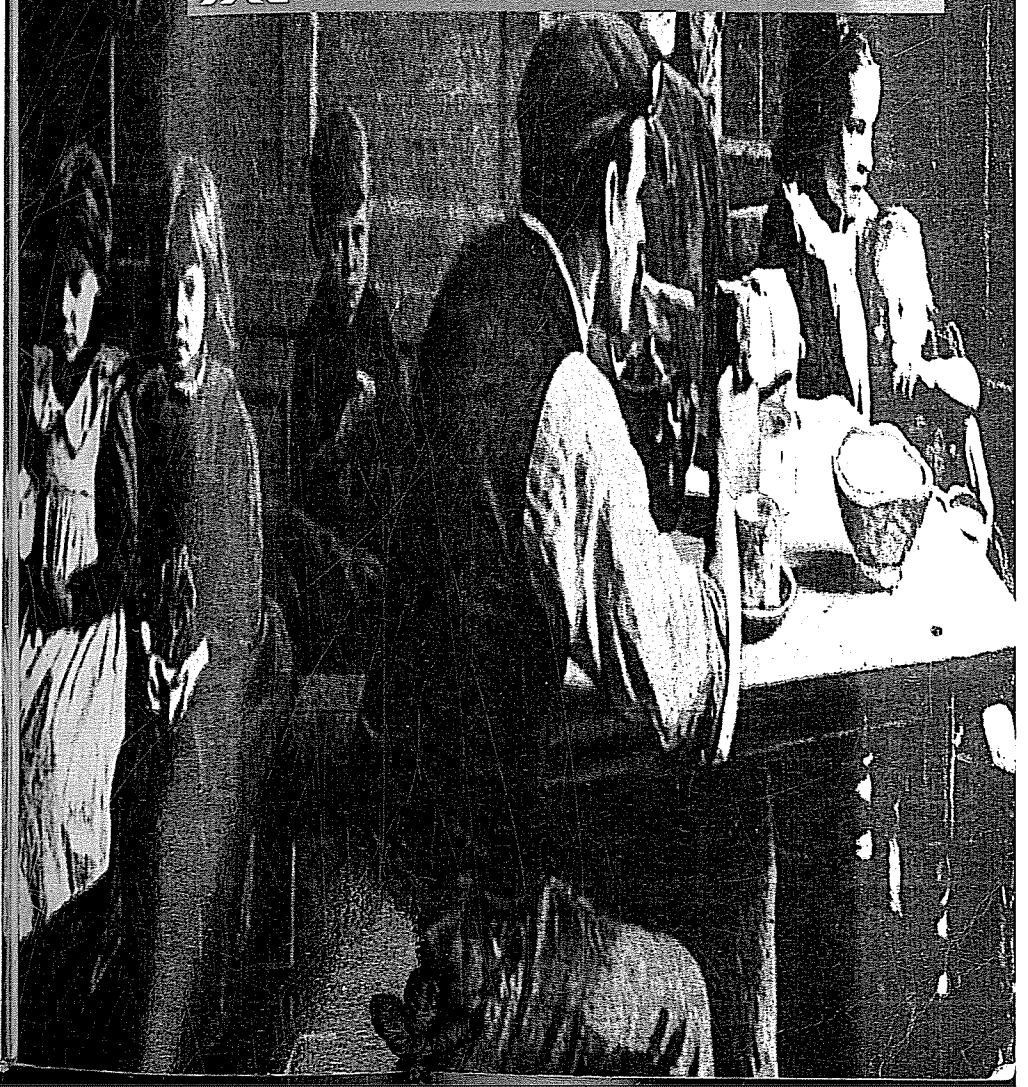
Gareth Stedman Jones

# Lenguajes de clase

## Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa

Historia

Siglo Veintiuno de España Editores, s.a.



Historia

*Traducción de*

BLANCA TERA

# LENGUAJES DE CLASE

## Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)

*por*

GARETH STEDMAN JONES

siglo veintiuno editores

MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

**siglo veintiuno editores, sa**
CERRO DEL AGUA, 248. 04310 MEXICO, D.F.

**siglo veintiuno de españa editores, sa**
C/ PLAZA, 5. 28043 MADRID. ESPAÑA

**siglo veintiuno argentina editores, sa**

**siglo veintiuno de colombia, ltda**
CARRERA 14, 80-44, BOGOTA. COLOMBIA

Primera edición en castellano, abril de 1989

© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.
Calle Plaza, 5. 28043 Madrid

Primera edición en inglés, 1983

© Cambridge University Press, Cambridge

Título original: *Languages of class. Studies in English working class history. 1832-1982*

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España
*Printed and made in Spain*

Diseño de la cubierta: Pedro Arjona

ISBN: 84-323-0683-5
Depósito legal: M. 16.135-1989

Compuesto en Fernández Ciudad, S. L. Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)

*A Abigail, Daniel y Sally*

# INDICE


Agradecimientos ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... IX

INTRODUCCION ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 1

1. LUCHA DE CLASES Y REVOLUCION INDUSTRIAL ... ... ... ... ... ... 24

El nuevo acento, 25.—El caso de Oldham, 26.—Dos tipos de conciencia, 29.—Los determinantes de la conciencia de clase, 32.—Los motivos de la derrota, 34.—Un análisis convincente, 36.—Los desequilibrios, 37.—Los problemas conceptuales 40.—La lucha laboral, 43.—El impacto de la Revolución industrial, 45.—La lucha de los hilanderos, 47.—La dimensión política, 50.—Entre la reforma y la revolución, 53.—De la Ley de Reforma a la Carta, 54.—El problema central, 57.—La aristocracia obrera, 60.—Las limitaciones del análisis, 61.—La reestabilización, 63.—Las nuevas reglas, 64.—Las raíces del reformismo, 66.—Balance final, 69.

2. ¿EXPRESION DE CLASE O CONTROL SOCIAL? CRITICA DE LAS ULTIMAS TENDENCIAS DE LA HISTORIA SOCIAL DEL «OCIO» ... ... ... ... 72

3. RECONSIDERACION DEL CARTISMO ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 86

4. CULTURA Y POLITICA OBRERAS EN LONDRES, 1870-1900: NOTAS SOBRE LA RECONSTRUCCION DE UNA CLASE OBRERA ... ... ... ... ... 175

5. POR QUE ESTA EN UN LIO EL PARTIDO LABORISTA ... ... ... ... ... 236

Indice alfabético ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... 254

# AGRADECIMIENTOS

El ensayo «Lucha de clases y Revolución industrial» se publicó por primera vez en *New Left Review*, 90 (marzo-abril de 1975); el ensayo «¿Expresión de clase frente a control social? Crítica de las últimas tendencias de la historia social del "ocio"» se publicó por primera vez en *History Workshop*, 4 (otoño de 1977); el ensayo «Cultura y política obrera en Londres, 1870-1900: notas sobre la reconstrucción de la clase obrera» se publicó por primera vez en *Journal of Social History*, 7,4 (verano de 1974). Una versión abreviada de «¿Por qué está en un lío el Partido Laborista?» apareció bajo el título «Why the Labour Party is in a mess» en *New Socialist*, 3 (enero-febrero de 1982). Parte del ensayo «Reconsideración del cartismo» fue publicado bajo el título «The language of Chartism» en J. Epstein y D. Thompson, comps., *The Chartist experience*, Londres, 1982.

Agradezco a los editores de esas publicaciones la ayuda que me prestaron en su momento y los ánimos que me han dado para volver a publicar los ensayos en este volumen.

# INTRODUCCION

Todos los trabajos reunidos en este volumen estudian la relación entre sociedad y política en la Inglaterra de los siglos XIX y XX, y en particular el lugar cambiante atribuido a las «clases obreras» o la «clase obrera» en la evolución de la forma de gobierno. Es indudable que si este tema merece una nueva atención histórica no es porque no haya sido tratado antes, sino porque, por regla general, se han dado por sentados los aspectos por los que era considerado importante y las razones que se daban de su importancia. Por supuesto que existen incontables estudios de la clase obrera. Pero, en su mayoría, se deslizan con demasiada suavidad por unos carriles fabricados hace tiempo con una mezcla tosca, aunque al parecer resistente, de presupuestos evolucionistas y marxistas. En la nueva época en la que parece que hemos entrado y en la que se ha puesto en duda, tanto a nivel nacional como internacional, todo un conjunto de creencias convencionales sobre la política obrera, será siempre provechoso un examen crítico de algunas de las premisas intelectuales en las que se han basado esas creencias. En Inglaterra, lo que Eric Hobsbawm ha descrito recientemente como «la detención» de «la marcha ascendente del laborismo», indica la necesidad no solamente de examinar «la detención», sino también de interrogarnos sobre la misma metáfora [1]. Con ese espíritu se han reunido estos ensayos. Tal vez un historiador no pueda preguntar cuál ha sido la realidad esencial de la «clase obrera» como tal independientemente de determinados giros del lenguaje histórico en los que se le ha conferido un significado. Pero sí puede investigar cómo cambia el cuadro histórico una vez que se abandonan los presupuestos que inspiraban esos giros del lenguaje.

Algunos de los presupuestos más profundamente enraizados

---

[1] Eric Hobsbawm, *The forward march of labour halted?* (1981). (Todos los títulos publicados en Londres a menos que se especifique lo contrario.)

se agrupan alrededor del concepto de clase. En un país como Estados Unidos, los historiadores no han podido derivar nunca la clase como fuerza política de la clase como posición estructural dentro de las relaciones de producción. Por el contrario, en Inglaterra ha sido demasiado fácil hacer tales equiparaciones entre fuerzas políticas y sociales, porque generalmente se ha considerado que gran parte de la moderna historia política coincidía con las alineaciones de clase y porque, al nivel del discurso cotidiano, una de las peculiaridades de Inglaterra ha sido la capacidad de penetración de diversas formas del vocabulario de clase. A diferencia de Alemania, los lenguajes de clase en Inglaterra nunca se han enfrentado con la competencia seria de un lenguaje de estamentos preexistente; a diferencia de Francia y Estados Unidos, el vocabulario republicano y los conceptos de ciudadanía nunca han constituido más que una corriente minoritaria, bien como parte del discurso cotidiano o como categorías analíticas; a diferencia de los países del sur de Europa, los vocabularios de clase no acompañaron, sino que precedieron en mucho a la aparición de los partidos socialdemócratas, y jamás se identificaron exclusivamente con ellos. De hecho, en Inglaterra, más que en ningún otro país, el término «clase» ha actuado como un congestionado punto de intersección en el que, atravesando el aspecto político, confluían muchas formas de discurso —político, económico, religioso y cultural— rivales, superpuestas o simplemente diferentes. En este amplio sentido, la clase, como quiera que la definamos, ha sido un componente ineludible de toda discusión sobre el curso de la política y la sociedad inglesa a partir de la década de 1830.

Pero el fácil recurso de derivar las fuerzas políticas de las sociales, común entre los historiadores ingleses, no se explica simplemente por la capacidad de penetración de los vocabularios de clase o por los datos de la historia política, aparentemente evidentes. Procede asimismo de las grandes superestructuras teóricas que se han construido sobre ellos. Así como la Inglaterra del siglo XVIII *fue* el semillero de las teorías sobre la sociedad comercial (más escocesas que inglesas, de hecho)[2], que ya con-

[2] Véase a este respecto Istvan Hont y Michael Ignatieff, comps., *Wealth and virtue, the shaping of political economy in the Scottish Enlightenment*, Cambridge (1983). En general he limitado mi análisis a Inglaterra. En algunos casos, sobre todo cuando se analiza el Estado, el término «Gran Bretaña» pudiera ser más apropiado Sin embargo, trato de limitar mi análisis a Inglaterra porque cuando los lenguajes de clase se han fundido con los lenguajes de la nación (subordinada) o han sido modulados por ellos, como ocurrió en Gales, Escocia e Irlanda, los efectos políticos han sido notoriamente diferentes.



tenían claras nociones de determinación social, así también desde principios del siglo XIX, en una sociedad en la que los lenguajes de clase se desarrollaron antes y más extensamente, Inglaterra se convirtió en un privilegiado campo de experimentación de las nuevas teorías sobre conflicto y conciencia de clase[3]. En particular, la clase obrera inglesa, en su calidad de progenitora del primer movimiento obrero generalmente reconocido, proporcionó la base empírica inicial para la formulación de la construcción teórica más portentosa en este campo: la teoría marxista de la industria moderna y la revolución proletaria. Elementos de un proceso específicamente inglés desarrollado entre la década de 1770 y la de 1840 fueron apresados en una red teórica excepcionalmente tupida y transformados en una teoría universal de las etapas de la conciencia proletaria que culminaría en una época de revolución social. El *Manifiesto comunista* representó una generalización del modelo de desarrollo del proletariado inglés que Engels había elaborado en su *Situación de la clase obrera en Inglaterra*[4]. Así pues, tenemos otra razón para examinar de nuevo la historia de la clase obrera inglesa. Este examen no sólo arrojará alguna luz sobre lo que de imaginativo hay en el origen de la visión marxista del proletariado, sino que también, al hacerlo, podrá precisar más exactamente algunas de las limitaciones del marco explicativo que ésta ofrece para la interpretación de la historia. Dado que muchas de las obras generales de historia laboral y social se han basado en planteamientos marxistas (incluidos algunos de los ensayos presentados aquí), esta línea de investigación no posee exclusivamente un interés histórico.

No es tan evidente como en principio pudiera parecer que temas derivados de la tradición teórica marxista hayan inspirado algunas de las mejores contribuciones a la historia social inglesa de los últimos veinticinco años. No es difícil comprender la razón por la que diferentes teóricos han visto en la Inglaterra del siglo XVIII y principios del XIX el *locus classicus* de un modo universal ya sea de sociedad comercial, de liberalismo parlamentario, de industrialización o de revolución proletaria. Pero desde el punto de vista privilegiado de finales del siglo XX, lo que más destaca no es la visión de Inglaterra como ejemplo típico-ideal

[3] Para los primeros usos de la terminología de clase, véase Asa Briggs, «The language of "class" in early nineteenth century England», en Asa Briggs y John Saville, comps., *Essays in labour history* (1960).

[4] Para el lugar de Engels en la construcción de esta teoría, véase G. Stedman Jones, «Engels' contribution to Marxism», en Eric Hobsbawm, comp., *History of marxism*, vol. I, Brighton (1981).

de transformaciones socioeconómicas, sino más bien la particularidad del desarrollo político inglés. A pesar de que se convirtió en «la primera nación industrial», o precisamente por ello, la industrialización inglesa no proporcionó un modelo aprovechable que otros países pudieran reproducir. La «desaparición del campesinado inglés», cierta solamente en un sentido muy limitado, fue más el producto de un equilibrio muy peculiar de las fuerzas políticas que un simple resultado de una lógica económica. La antigüedad del Estado inglés, sus fronteras estabilizadas, la relativa facilidad con que extendió su dominio sobre nacionalidades subordinadas (excepto en Irlanda) y su relativa ausencia de conflictos regionales, religiosos o étnicos, rasgos todos ellos que ayudan a explicar la importancia de las clases, ponen asimismo de manifiesto lo que ha tenido de peculiar la forma de gobierno inglesa más que lo que pudiera haber sido típico de una etapa universal de la historia humana.

Y algo parecido podría decirse de la concepción del proletariado inglés de Marx y Engels. En su forma primitiva, el cuadro que pintaron no podía sobrevivir a la derrota cartista en Kennington Common. El «partido independiente de la clase obrera» desapareció, y cuando finalmente resurgió como Partido Laborista, sus objetivos y prácticas eran más notables por su idiosincrasia nacional que por su encarnación de una lógica proletaria inherente. Así, desde la década de 1850 a la de 1940, ni siquiera los historiadores laboristas y socialistas hicieron un esfuerzo serio por conciliar el cuadro junto con el curso del desarrollo inglés o por explicar su discrepancia; y si hubo algún intento significativo en el país durante ese período de elaborar una teoría de la historia política y social de Inglaterra, partió de los retoños del liberalismo, el fabianismo o el romanticismo más que del marxismo o de las tradiciones sociológicas continentales [5].

La situación no comenzó a cambiar hasta la década de 1950. El aparente comienzo de una «era de la abundancia» planteó nuevas cuestiones históricas y reavivó el interés por el carácter y la representatividad del desarrollo social en Inglaterra. En el plano internacional, Gran Bretaña, como pionera de la industrialización, atrajo la atención de los sociólogos y economistas americanos interesados en los modelos de «crecimiento» o «modernización» y en los tipos de conflicto social que los acompañan.

[5] Sin embargo, fue de esas tradiciones continentales de donde provinieron dos de los intentos de categorización global más importantes. Véase E. Halévy, *History of the English people in the 19th century*, 6 vols., (1924-48); K. Polanyi, *The great transformation, the political and economic origins of our time* (1944).



En el famoso *The stages of economic growth*, de Rostow, la Revolución industrial inglesa era invocada de nuevo, y en esta ocasión no por un coro de economistas políticos y socialistas, sino por una autodenominada lechuza de Minerva que volvía la vista desde los años felices del *Wirtschaftswunder* [milagro económico] como si fueran el sueño milenarista de una era de «consumo de masas» [6]. En Inglaterra, por el contrario, desde mediados de la década de 1950, el consenso socialdemócrata alcanzado por el Partido Laborista en la década anterior comenzó a ser objeto de duras críticas por parte de los discípulos revisionistas de Crosland y por la Nueva Izquierda [7]. El escenario estaba preparado para una nueva e importante confrontación entre la teoría social y la historia.

Cuando, desde mediados de la década de 1950, Inglaterra se convirtió, de nuevo y un tanto paradójicamente, en el foco de ambiciosas tentativas de encuadrar su desarrollo dentro de un marco global económico y sociológico, el proceso recibió una ayuda suplementaria del surgimiento de nuevos conceptos de la historia entre los propios historiadores. Lo que llegaría a conocerse como «historia social» procedía de diversas fuentes: del nuevo modo de plantear las cuestiones históricas promovido por *Annales* y *Past and Present*, de la crítica de las versiones economicistas del marxismo que se desarrolló a partir de 1956 y del creciente interés por los métodos y preocupaciones de la sociología y la antropología. Lo que llegaría a caracterizar a esta nueva idea de la historia social en su momento de máxima expansión sería una ambición totalizadora que desbancaría a la estrecha visión de los profesionales tradicionales y haría de la historia el eje central para la comprensión de la política y la sociedad modernas.

El análisis histórico de los siglos XIX y XX se convertiría en el campo de batalla donde habrían de disputarse muchos de estos nuevos temas metodológicos y políticos. Sin embargo, en lo relativo al siglo XIX, no había nada nuevo en el supuesto de lo que requería una explicación. Se pensaba que lo que había ocurrido en torno a 1850 había sido un paso aparentemente brusco del caos económico y los conflictos de clase a la estabilidad política y la paz social. La obra de los Webb y la de los historiadores liberales, para quienes los «hambrientos años 40» re-

[6] W. W. Rostow, *The stages of economic growth*, Cambridge (1960) [*El proceso del crecimiento económico*, Madrid, Alianza, 1967].

[7] Véase, por ejemplo, C. A. R. Crosland, *The future of socialism* (1956); E. P. Thompson, comp., *Out of apathy* (1960); P. Anderson, «Sweden: Mr Crosland's dreamland», *New Left Review* (*NLR*) 7, 9 (1961).

presentaban una «era sombría» anterior al librecambio, habían puesto de manifiesto la solución de continuidad entre los períodos cartista y postcartista ya a comienzos del siglo XIX [8]. Ahora, el desafío que para la interpretación representaba una sociedad que en un siglo había evolucionado con semejante rapidez de una «jerarquía estable» a una armonía nueva aunque basada en las clases, pasando por un enconado antagonismo de clases, concitaba una amplia gama de teorizaciones nuevas. Tales proyectos podían estar expresados en términos derivados de Weber, Durkheim o Parsons, como los trabajos de Smelser, Tholfsen o Perkin [9]; podían inspirarse libremente en las ideas de la Escuela de Chicago y de la sociología urbana, como en el caso de Briggs y Dyos [10]; en el tratamiento de la historia más reciente podía implicar intentos de síntesis de motivos marxistas y weberianos, como los análisis sociales de Lockwood y Goldthorpe [11] o la radicalización y restitución de la crítica cultural, como las obras de Hoggart y Williams [12]; o, por último, como en el caso de los historiadores de izquierdas, podían adoptar la ambiciosa forma de un intento de revitalización de la concepción marxista del cambio social y de superación del abismo entre las expectativas teóricas y la historia real. Los trabajos de Eric Hobsbawm, Edward Thompson, Royden Harrison, Perry Anderson, Tom Nairn y otros podían interpretarse como diversos intentos de compaginar una concepción marxista de la clase obrera definida en términos amplios con lo que Thompson denominó «las peculiaridades de los ingleses» [13].

[8] S. y B. Webb, *History of trade unionism* (ed. 1920); J. y B. L. Hammond, *The bleak age* (1934).

[9] N. J. Smelser, *Social change in the Industrial Revolution: an application of theory to the Lancashire cotton industry, 1770-1840* (1959); T. Tholfsen, «The transition to democracy in Victorian England», *International Review of Social History*, VI (1961); T. Tholfsen, *Working class radicalism in mid-Victorian England* (1976); H. J. Perkin, *The origins of modern English society, 1780-1880* (1969).

[10] Asa Briggs, *Victorian cities* (1963); H. J. Dyos, comp., *The study of urban history* (1968).

[11] J. H. Goldthorpe, D. Lockwood, F. Bechhofer y J. Platt, *The affluent worker: industrial attitudes and behaviour*, Cambridge (1968); *id.*, *The affluent worker in the class structure*, Cambridge (1969).

[12] R. Hoggart, *The uses of literacy* (1957); R. Williams, *Culture and society, 1780-1950* (1958).

[13] Eric Hobsbawm, *Primitive rebels*, Manchester (1959) [*Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1967]; *id.*, *Labouring men, studies in the history of labour* (1964) [*Trabajadores*, Barcelona, Crítica, 1979]; *id.*, *Industry and empire* (1968); E. P. Thompson, *The making of the English working class* (1963) [*La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, Laia, 1977]; *id.*, «The peculiarities of the English», en Ralph Miliband y John Saville, comps., *The Socialist Register*, 2 (1965); Royden Harrison, *Before the socialists, studies in labour and politics* (1965); Perry Anderson, «Origins of the present crisis», *NLR*, 23 (1964); Tom Nairn, «Anatomy of the Labour Party», *NLR*, 27, 28 (1964).



En ese contexto concebí los primeros ensayos incluidos en este volumen. Comencé con la firme convicción tanto de la insuficiencia de una simple aproximación empírica a la historia de los siglos XIX y XX como de la incapacidad del marxismo convencional u otras formas dominantes de la teoría social para iluminar satisfactoriamente el curso real de los acontecimientos. En un principio, mi propósito era conseguir una conjunción más fructífera entre historia y teoría social. Tenía la esperanza de que una combinación entre una aproximación no empírica a la historia y una relación escéptica con la teoría social vigente podría llegar a ser el rasgo distintivo de un nuevo tipo de historia. Tal como concebía en principio el problema, las descripciones parciales o apasionadas de lo «social» habían desembocado en la incapacidad de explicar, desde un enfoque social, lo político, lo ideológico o lo cultural. Mi escepticismo no se extendía al carácter de la determinación social en sí misma. Pero al aumentar mi preocupación por este tema —y los últimos ensayos de este volumen son testigo de ello— me vi obligado a redefinir el problema: en pocas palabras, a disociar el propósito de una historia teóricamente inspirada de cualquier simple prejuicio sobre el papel determinante de lo «social». Especialmente, me mostraba cada vez más crítico en cuanto al tratamiento dominante de lo «social» como algo externo y lógicamente —y con frecuencia, aunque no de manera inevitable, cronológicamente—, anterior a su articulación por medio del lenguaje. El título, *Lenguajes de clase*, acentúa este aspecto: en primer lugar, el término «clase» es una palabra incrustada en el lenguaje y por eso debe ser analizada en su contexto lingüístico; y en segundo lugar, dado que hay diferentes lenguajes de clase, no se debe partir del supuesto de que «clase» como elemento básico de la descripción social de carácter oficial, «clase» como efecto del discurso teórico sobre las relaciones de distribución o producción, «clase» como resumen de un grupo de prácticas culturalmente significativas o «clase» como especie de autodefinición política o ideológica comparten un único punto de referencia en una realidad social anterior.

Dado este cambio de dirección de mi enfoque, mi uso del término «clase» no se mantiene constante a lo largo de estos ensayos. Los primeros recurren a una tensión entre las definicio-

nes marxistas de «clase» y el comportamiento históricamente observable de determinados grupos de obreros, e intentan explicar el abismo entre las profecías del modelo de explicación marxista y los supuestos reales que parecen haber guiado las actividades de los grupos de obreros objeto de mi estudio. En los últimos ensayos, la «clase» es tratada como una realidad más discursiva que ontológica, centrándose el esfuerzo en explicar los lenguajes de clase a partir de la naturaleza de la política, y no el carácter de la política a partir de la naturaleza de las clases. Así, aunque los ensayos siguen un orden más o menos cronológico en términos históricos reales, la historia que cuenta el libro es tanto la de mi desarrollo teórico como la de la propia clase obrera. Si ese desarrollo tiene algún interés mayor que el simplemente biográfico es porque sugiere cómo la progresiva ambición explicativa de la historia social condujo a una creciente conciencia de sus límites como forma autosuficiente de interpretación histórica.

Por consiguiente habría que alertar al lector sobre la fecha de los diferentes ensayos, ya que el orden en que se presentan en este volumen no corresponde al orden de su composición. Por ejemplo, el ensayo sobre el cartismo (capítulo 3) es de hecho uno de los últimos que he escrito, y representa mi aproximación actual. Por el contrario, el ensayo «Lucha de clases y Revolución industrial» (capítulo 1) representa una teorización más temprana y significativamente diferente de un conjunto similar de temas. El resto de esta introducción es un breve resumen del contexto en el que escribí cada uno de estos ensayos y un cierto intento de explicar, a un nivel historiográfico más concreto, las razones que me impulsaron a realizar el cambio de enfoque observable entre los primeros y los últimos ensayos de este volumen.

El primero de los ensayos de este volumen, «Cultura y política obreras» (capítulo 4), fue escrito en 1973-74. En cierto sentido podría parecer un apéndice de mi libro *Outcast London*, pero lo que pretendía era plantear una cuestión bien distinta a la que planteaba ese libro [14]. *Outcast London* se ocupaba principalmente del «problema social» tal como se planteó a mediados de la época victoriana, y no de las actitudes y el comportamiento reales de los propios obreros londineses. Una investigación sobre el carácter subjetivo de la clase obrera londinense entre 1850 y 1914

[14] G. Stedman Jones, *Outcast London: a study in the relationship between classes in Victorian society*, Oxford (1971); 2.ª ed., Londres (1948).



entrañaba una intervención directa en un área de la historia social y laboral de la que anteriormente no me había ocupado. Dado que en la época en que escribí ese libro yo aceptaba en gran medida la descripción que hace Edward Thompson en su *Making of the English working class* del desarrollo de la clase obrera en la primera mitad del siglo XIX, parecía evidente que se necesitaba una explicación del abismo que separaba a la clase obrera descrita en su obra de la del siglo XX. Por consiguiente, el propósito de mi ensayo era tender, en el caso de Londres, algún tipo de puente que pudiera unir a la clase obrera de la década de 1830 con la del siglo XX, mejor conocida. Por eso le puse intencionadamente el subtítulo «Notes on the remaking of a working class» («Notas sobre la reconstrucción de una clase obrera»).

«Cultura y política obreras», como el título indica, pretendía establecer una relación sistemática entre la cultura y la política en una época en la que apenas se había iniciado la investigación histórica de la cultura popular. No es de extrañar que los estudios y reflexiones posteriores hayan puesto en duda algunas de esas relaciones. Por ejemplo, se ha cuestionado hasta qué punto y en qué sentido la cultura descrita en ese ensayo era característicamente «obrera» en contraposición a «popular», «urbana» o «metropolitana». Pero en lo que concierne al análisis de Londres, tal discusión es, en última instancia, terminológica. El hecho de que se describa el medio cultural de la mayoría de los obreros londinenses como una cultura obrera o como una cultura urbana de masas no influye esencialmente en la argumentación. Por supuesto, en ningún momento se sugería que esta cultura fuera una creación consciente de los obreros o que estuviera limitada a los obreros, sino sólo que, por su mera importancia numérica, las preocupaciones y predilecciones de los obreros dejaron una clara huella en la forma adoptada por esta cultura. El ejemplo del *music-hall* pretendía ilustrar este punto.

Más problemática era la relación establecida entre esta cultura y la política del período. La debilidad de la actividad política obrera independiente en el Londres de finales de la época victoriana se atribuía en gran medida al nacimiento de una cultura en la que la política desempeñaba un papel marginal. A su vez esa cultura era relacionada de forma simbiótica con una economía basada en el trabajo eventual y la decadencia de los artesanos como fuerza cohesiva. Aunque todavía pienso que esos eran obstáculos importantes para la movilización o la organización política, no creo ahora que el carácter de la política popular de ese período pueda atribuirse simple o directamente a dichas

circunstancias sociales y culturales. El trabajo eventual y la producción en pequeños talleres continuaron siendo un rasgo característico de la economía londinense de entreguerras en mayor grado aún de lo que yo había imaginado, lo mismo que muchos de los sellos distintivos de la cultura descritos por mí [15]. Con todo, el rostro de la política popular se transformó. Como secuela de la primera guerra mundial, los parados se convirtieron en una presencia política visible en los distritos obreros, e incluso algunos de los distritos más pobres y desmoralizados del East End se convirtieron en baluartes laboristas [16]. Por el contrario, no está en absoluto claro que en el período anterior a 1850 la evidencia de un radicalismo más ampliamente extendido entre la clase obrera londinense haya de ser atribuido, en primer lugar, a la situación de los oficios o a la cultura de los artesanos metropolitanos.

Lo que no subrayé suficientemente en este estudio fue la importancia de la dimensión política nacional. En general, la secuencia temporal de los períodos de fuerte conflictividad y movilización *políticas* viene determinada en *primera* instancia no por la situación de la economía local ni por los factores culturales, sino por la actividad de todas las instituciones del gobierno y del sistema político, tanto legislativas como ejecutivas, tanto centrales como locales, que en síntesis denominamos Estado. Una huelga es una huelga. Una huelga en la que el ejército apoya a los empresarios o en la que los dirigentes son condenados a la daportación adquiere inevitablemente una dimensión política. El tipo de dimensión política que adquiera, si todo lo demás sigue igual, dependerá de la existencia de una organización o corriente política capaz de presentar convincentemente la secuencia de los acontecimientos como un ejemplo de postura general coherente con relación al carácter del Estado y a una estrategia para su transformación. Indudablemente, la misma actividad del Estado, cuando es de tipo innovador o intervencionista, puede ser una respuesta a una situación económica o social considerada políticamente peligrosa. La actividad innovadora del Estado en el segundo cuarto del siglo XIX fue principalmente de este tipo. Pero puede ser también una respuesta a una situación peligrosa en las relaciones internacionales, como lo fue durante la primera guerra mundial [17], o a una amenaza percibida en la economía mundial, como lo fue, al menos hasta cierto punto, durante el período eduardiano. La «despolitización» del Londres de finales del siglo XIX fue probablemente más acusada que la de otras zonas urbanas o industriales por las razones que entonces describí. Pero, prácticamente en toda la Inglaterra industrial, el grado de confrontación política en las décadas de 1830 y 1840, y más tarde durante el período comprendido entre 1910 y 1926, fue mayor de lo que había sido en las décadas intermedias.

[15] Sobre el carácter de la economía londinense de entreguerras, estoy en deuda con el trabajo de Jim Gillespie, «The effects of urbanisation and urban segregation on working class stratification in early 20th century London», tesis doctoral de la Universidad de Cambridge, de próxima aparición; para un análisis interesante de la discusión política sobre la cultura descrita por mí entre los socialistas y los progresistas laboristas liberales en el período de 1890-1914, véase Susan Pennybacker, «The labour question and the London County Council 1889-1919», tesis doctoral de la Universidad de Cambridge, de próxima aparición.

[16] Para el caso de West Ham, véase John Marriot, «London over the border: industry and culture in West Ham, 1840-1939», tesis doctoral de la Universidad de Cambridge, de próxima aparición.



Uno de los motivos de esta infravaloración de lo político era que yo no poseía una concepción clara de los límites de la interpretación social, es decir, en qué sentido lo político no podía deducirse de lo social. En esa época me proponía mostrar hasta qué punto podía explicarse la historia política en términos sociales, y mi actitud era la de «*on s'engage et puis on voit*» [primero me lanzo y luego ya veré]. Sin embargo, en segundo lugar y más específicamente, no poseía mi propia interpretación de la derrota y desaparición del cartismo. Por consiguiente, tenía que sacar el mayor partido posible de la historiografía existente sobre el tema. En parte, porque no me satisfacía esta literatura y porque estaba convencido de que gran parte de la interpretación de la historia política y social del período de 1850-1914 dependía de ella, busqué una oportunidad de reexaminar las características de la política obrera y radical de la primera mitad del siglo XIX.

En ese momento lo que me interesaba sobre todo no era embarcarme en un programa de investigación empírica, sino desarrollar un marco teórico dentro del cual interpretar los conflictos del período anterior a 1850. Edward Thompson había abierto ya camino. Su poderoso e imaginativo relato en *The making of the English working class* significó una importante revisión de los supuestos marxistas ortodoxos sobre la conciencia, la economía y el lugar de la política. Aunque yo simpatizaba con los resultados históricos de esa revisión y en aquella época estaba en deuda con la concepción de «cultura» de Thompson, continuaba

[17] Para el caso de la actividad de los armadores de Clydeside durante la primera guerra mundial, por ejemplo, véase Alastair Reid, «The division of labour in the British shipbuilding industry, 1880-1920», tesis doctoral de la Universidad de Cambridge (1980).

teniendo reservas sobre su concepción del método histórico. Me inclinaba por una revisión teórica en una dirección más estructuralista y me inspiraba más en las corrientes de pensamiento francesas que en las inglesas. Para mí, la relación del historiador con la teoría no era externa —la pretendida validación empírica del uso corriente de unas categorías preexistentes (conciencia de clase, lucha de clases, aristocracia obrera, etc.)—, sino que residía en la ubicación y construcción de una estructura invisible capaz de iluminar en superficie la dirección del cambio y señalar los límites dentro de los que operaba. En lo que se refiere a la interpretación de Marx, estaba muy influido por la «lectura» propuesta por Louis Althusser y sus colaboradores [18]. Para mí era muy importante su hincapié en *El capital*, y no en los primeros escritos de Marx, y su elaboración de los conceptos del modo de producción y formación social.

La insistencia de Etienne Balibar en la distinción hecha por Marx entre subordinación «formal» y «real» del trabajo al capital era especialmente pertinente para el problema de interpretar el período de 1790-1850 [19]. Por eso releí *El capital*, de Marx, prestando especial atención a su análisis de «manufacturas» e «industria moderna», del que se había sacado esa distinción. Según Marx, durante la época de la manufactura, el control sobre el trabajo asalariado ejercido por los capitalistas era sólo «formal», es decir, que aunque el capitalista poseía los medios de producción y podía combinar y especializar el trabajo de la mano de obra asalariada con objeto de aumentar la productividad, la base técnica de la división del trabajo seguía siendo la destreza manual. Los medios de producción, las herramientas, seguían siendo una extensión de la mano humana, y el ritmo de producción era el del trabajo manual. Si se aceptaba el análisis de *El capital* se podía definir la Revolución industrial como la sustitución de una división del trabajo basada en la destreza manual por una división del trabajo basada en las máquinas. Así, la subordinación del trabajo al capital se hacía ahora «real» en el sentido de que no se basaba únicamente en la estructura de propiedad, sino también en el carácter del propio proceso de trabajo. Este incluía ahora unidades mayores de producción (fábricas) y una relación técnica diferente entre los trabajadores y los medios de producción. Yo pensaba que si partía de una

[18] Louis Althusser y Etienne Balibar, *Reading Capital* (1970) [*Para leer El capital*, México, Siglo XXI, 1969].

[19] Etienne Balibar, «Basic concepts of historical materialism», en Althusser y Balibar, *Reading Capital* [«Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico», en *Para leer El capital*].



estricta aplicación de esas categorías me sería posible desarrollar una interpretación del carácter social de los conflictos industriales del período anterior a 1850 más adecuada que la que se desprendía del *Manifiesto comunista* o que la que generalmente es asociada a los enfoques marxistas de la historia del trabajo en el siglo XIX. Dichos conflictos podrían ser contemplados como luchas no por la propiedad, sino por el control.

La aparición en 1974 de *Class struggle and the Industrial Revolution*, de John Foster, una vigorosa reformulación de la interpretación ortodoxa marxista-leninista del desarrollo obrero en el siglo XIX, me proporcionó una oportunidad inicial de analizar esos temas [20]. Al centrarse en esta distinción entre «formal» y «real», esperaba no sólo iluminar el contexto social del cartismo, sino también abrir una nueva línea de indagación sobre el cambio de rumbo de las relaciones laborales en el Lancashire de la segunda mitad de siglo. Pues lo que necesitaba explicación no era el supuesto nacimiento de un sector privilegiado de la clase obrera, sino el cambio de comportamiento de ésta en su conjunto. Es cierto que ésta era sólo una de las características que podían contribuir a explicar semejante cambio; me daba perfectamente cuenta de la necesidad de evitar el determinismo económico. Pero en la medida en que el cambio se daba a un nivel socioeconómico, esta utilización de lo que seguía habiendo de valioso en la teoría de Marx me parecía más creativa que el forzado y manoseado recurso al concepto de «aristocracia obrera».

A la luz de lo que se ha escrito desde entonces, incluso a nivel socioeconómico, habría tenido que modificar mi interpretación. Aunque la distinción entre «formal» y «real» continúa siendo útil a ciertos efectos, hay que separarla de la suposición de que la capacidad de obstrucción o de negociación de la clase obrera era inevitablemente mucho menor en una situación de control «real». No hay duda de que era diferente, pero no necesaria o irreversiblemente peor. Es cierto que el hecho de que el hilandero dejara de ser técnicamente indispensable con la adopción de la máquina de hilar automática cambió el modelo de relaciones laborales. Tampoco pongo en duda que la amenaza de este cambio fue un potente motor de la participación política de los hilanderos en la década de 1830. Pero, en lo que se refiere a la situación posterior a 1843, la detallada investigación de William Lazonick ha demostrado que los hilanderos conti-

[20] John Foster, *Class struggle and the Industrial Revolution. Early industrial capitalism in three English towns* (1974).

nuaron bien organizados y conservaron una gran influencia en la organización y el ritmo de su trabajo [21]. En mi estudio se insinuaba que los patronos mantuvieron el estatus de los hilanderón principalmente por razones sociales. Lo que Lazonick demuestra, sin embargo, es que el hilandero conservó su posición porque al patrono le convenía económicamente continuar delegando en él las funciones de supervisión y de contratación de la mano de obra. En este sentido, la continuidad fue más acusada y la posición del hilandero menos precaria de lo que mi argumentación sugería.

Una cuestión todavía debatida es hasta qué punto, a un nivel más general, el triunfo de la moderna industria inauguró un estilo más acomodaticio de política popular en el período posterior a 1850. El importante estudio sobre el Lancashire poscartista, *Work, society and politics*, de Patrick Joyce, aporta interesantes pruebas en apoyo de esta idea [22]. Pero no demuestra que hubiera una relación inequívoca. No sólo los efectos del control «real» fueron menos absolutos de lo que Ure o Marx preveían —como lo indica el crecimiento del sindicalismo textil a partir de la década de 1850—, sino que también la cronología de su aplicación fue lenta y su geografía desigual. Es cierto que nadie, excepto un estricto determinista tecnológico, esperaría una estrecha correlación entre los avances del control «real» en determinados distritos fabriles y cambios simultáneos en la política popular. Incluso a nivel económico intervendrían otros muchos aspectos, sobre todo la creciente estabilidad y prosperidad de la misma industria algodonera [23]. Sin embargo, la intención original del estudio no era demostrar este tipo de argumento. Era más bien demostrar cómo los cambios estructurales en las relaciones laborales consolidaron y reforzaron un modelo de política que había surgido en primera instancia por otras razones. En qué consistían estas otras razones era el problema que el artículo no resolvía.

También en mi ensayo «¿Expresión de clase o control social?» (capítulo 2), escrito en el otoño de 1975, pretendía sobre todo delimitar un marco teórico más adecuado para la interpretación del cambio social en el siglo XIX. El artículo fue el resultado de una invitación a comentar una muestra amplia y re-

[21] William Lazonick, «Industrial relations and technical change: the case of the self-acting mule», *Cambridge Journal of Economics*, 3 (1979).

[22] Patrick Joyce, *Work, society and politics. The culture of the factory in later Victorian England*, Brighton (1980).

[23] Sobre esto, véase, por ejemplo, D. A. Farnie, *The English cotton industry and the world market, 1815-1896*, Oxford (1979).



presentativa de contribuciones a la historia social del ocio que iban a ser presentadas en una conferencia en la Universidad de Sussex. Lo que me llamó la atención al leer esos artículos fue que un rasgo distintivo de la metodología de la historia social, tal como había surgido y se había cristalizado, era una mezcla suave y a menudo inconsciente de categorías funcionalistas y marxistas para explicar el cambio social. Esto quizá no era sorprendente teniendo en cuenta sus orígenes. Muchas de las preocupaciones y algo de la terminología de la nueva historia social habían nacido como resultado de las teorías de la «modernización» de finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, o como reacción a ellas. En el posterior desarrollo, la tendencia dominante de los historiadores sociales había sido la de mezclar e incorporar elementos de conjuntos conceptuales opuestos en forma de síntesis sociohistóricas; y si se intentara escribir una historia social de la historia social, se podría afirmar que el resultado había sido el desarrollo de una *lingua franca* profesional al servicio de la legitimación de la autonomía de la historia social como disciplina aparte.

En ningún lugar era tan llamativo este proceso como en el empleo generalizado del concepto de «control social», concebido cada vez más en el caso del siglo XIX como el mecanismo central gracias al cual se había llevado a cabo satisfactoriamente la «estabilización» de la sociedad victoriana. Ya fuera concebido como «el triunfo del ideal empresarial», como las aspiraciones divisorias de una «aristocracia obrera», como «liberalización» o como «hegemonía», todos estos enfoques hacían hincapié en un mismo punto: el empleo conjunto de medios ideológicos y económicos para desviar la atención de los objetivos subversivos o perturbadores. Mi preocupación en el ensayo era en parte poner de relieve la incompatibilidad entre los enfoques marxistas y los funcionalistas y en parte señalar lo poco que explicaba el «control social». La visión de una clase obrera cuya rebelión había sido frustrada por las maquinaciones del «control social» me parecía intrínsecamente inverosímil, tanto porque pasaba por alto las exigencias materiales más concretas que constituían la preocupación de los obreros —principalmente, como insistía, el trabajo en sí—, como porque exageraba el supuesto éxito del «control». Como ya había intentado demostrar en el ensayo sobre la «cultura obrera», los benthamistas y los evangélicos no habían tenido más éxito que los radicales y los cartistas en sus intentos de moldear una clase obrera a su imagen y semejanza.

Hoy tendría ciertas reservas a propósito de los elementos de la alternativa marxista que ofrecía en lugar de las tautologías

del control social. El lugar determinante de las relaciones de producción era evocado con excesiva despreocupación. No obstante, aún sigo pensando que la mayor parte de la crítica negativa que contenía ese ensayo continúa siendo válida, y que la indicación de una discrepancia elemental entre la fantasía ideológica o administrativa y el comportamiento históricamente observable sigue teniendo importancia como correctivo de algunas de las versiones históricas más extremas de la equiparación entre conocimiento y poder de Michel Foucault [24].

Los últimos ensayos, «Reconsideración del cartismo» (capítulo 3) (1981) y «¿Por qué está en un lío el Partido Laborista?» (capítulo 5) (1982), se presentan aquí por primera vez en versión completa. Señalan un cambio en mis ideas no sólo sobre esos temas concretos, sino también sobre el enfoque historicosocial como tal. En ese aspecto, lo más importante fue el proceso de revisión que se oculta tras mi ensayo sobre el cartismo.

Deseaba realizar un estudio sobre el cartismo porque mi proyecto de una biografía de Engels me sugería la necesidad de encontrar una vara crítica para medir su descripción del movimiento obrero, y porque no podía tener una visión global del desarrollo de la clase obrera inglesa sin una interpretación adecuada de ese episodio fundamental. La debilidad de mi crítica a la obra de Foster procedía de la vaguedad de su tratamiento del cartismo como fenómeno político. Había descrito la decadencia del cartismo únicamente desde un ángulo lejanísimo, como el fracaso de la *Weltanschauung* [concepción del mundo] social supuestamente representada por los cartistas frente al avance y la estabilización de la economía nacional e internacional. De modo parecido, al explicar sus comienzos, me había sido imposible proporcionar una alternativa más satisfactoria sin recurrir directamente a las fuentes primarias, aunque desde hacía tiempo me sentía incómodo, a nivel teórico, con la descripción de Edward Thompson de la formación de la conciencia de la clase obrera.

En mi primer intento de encontrar una forma de abordar el problema interpreté erróneamente como un punto débil de Thompson su punto fuerte. Al situar y delimitar con mayor precisión, como ideología, lo que Thompson describía como conciencia de la clase obrera hacia 1830, creí posible explicar tanto

[24] Para un repaso posterior y también crítico de la bibliografía al respecto, véase F. M. L. Thompson, «Social control in Victorian Britain», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXXIV, 2 (1981).



el vigor como los límites de los movimientos sociales en la primera mitad del siglo XIX. Partiendo de esta hipótesis, se planteaban dos problemas. En primer lugar, ¿por qué este tipo de conciencia alcanzó, al parecer, su punto culminante en el cartismo y luego declinó? La obra de Thompson no proporcionaba una respuesta clara a esta pregunta. Y, en segundo lugar, ¿de quién era exactamente esta conciencia? ¿De la «clase obrera»? ¿O de un grupo históricamente más específico de asalariados oficiales y trabajadores a domicilio, enfrentados a la proletarización de sus oficios, y no del proletariado en el sentido marxista más habitual? El libro de Thompson eludía en gran medida esta cuestión, mientras que el intento de Foster de identificar la forma más revolucionaria de conciencia de clase con un proletariado *fabril* planteaba de lleno una cuestión al que tendría que enfrentarse cualquier enfoque de inspiración marxista.

En un artículo no incluido en este volumen intenté responder de algún modo a esas dos preguntas [25]. Mi solución era, en pocas palabras, que el movimiento que había surgido en la década de 1830, aun cuando no estuviera limitado a los artesanos, se basaba sin embargo en un determinado conjunto de supuestos sobre el trabajo, las relaciones de clase y el papel del Estado defendidos por los artesanos. Estas concepciones podían ser detectadas también en las teorías obreras de la propiedad derivada del derecho natural, en la preocupación por la tierra, en el interés por el «capitalista» en su calidad de comerciante más que de patrono, y en el hecho de situar la explotación en unas formas políticamente determinadas de intercambio desigual más que en el mismo proceso de producción. El libro de Thompson terminaba apoteósicamente porque en los movimientos cooperativos y radicales de 1829-34 esas peculiaridades no eran evidentes. Por el contrario, en el cartismo, un movimiento mucho más amplio que incluía tanto los nuevos distritos fabriles como los talleres y el trabajo a domicilio, esos problemas estaban en candelero. Por eso la decadencia del cartismo podía atribuirse en parte a las limitaciones inherentes a una ideología, dominante dentro de él, que era incapaz de articular el nuevo modelo de relaciones de clase en los distritos fabriles del Norte.

Sin embargo, posteriores estudios e investigaciones revelaron la radical inexactitud de este enfoque. El intento de llegar

[25] G. Stedman Jones, «The limits of a proletarian theory in England before 1850», ponencia inédita presentada en una conferencia de historiadores sociales celebrada en Bielefeld en 1977. Para un importante estudio de la política de los artesanos en este período, véase Iorwerth Prothero, *Artisans and politics in early nineteenth century London*, Folkestone (1979).

a una nueva interpretación del cartismo mediante el empleo del concepto de ideología demostró ser un callejón sin salida. Como categoría resultó inútil y empobrecedoramente reductivo. El término «ideología» suele utilizarse para relacionar un cierto conjunto de creencias o preocupaciones con la situación material de un grupo social muy determinado. Sin embargo, la comparación de la doctrina cartista con el radicalismo del siglo XVIII dejaba cada vez menos claro lo que la plataforma cartista tenía de característicamente artesanal. Los supuestos básicos en que se basaba el radicalismo eran anteriores a la irrupción en la política de los artesanos y otros trabajadores, y no fueron fundamentalmente reformados como consecuencia de ésta. En términos más generales, la preocupación por la ideología sencillamente pasaba por alto lo que más urgía explicar acerca del cartismo: su carácter político, las razones específicas de su ascenso y caída, su interés por la representatividad y su falta de interés por la delimitación del estatus socioeconómico de los no representados. La dificultad de una explicación basada en las limitaciones de una conciencia o ideología artesanal, como la de la mayoría de las aproximaciones sociales a la decadencia del cartismo, radicaba en que no identificaba con precisión qué era lo que decaía.

Al llegar a este punto decidí invertir mi supuesto inicial: dada la existencia de una buena base material para el descontento, no era la conciencia (o ideología) la que generaba la política, sino la política la que generaba la conciencia. Esto equivalió a abrir una nueva línea de investigación sobre el cartismo, un enfoque que renunciaría a todos los presupuestos sociales adheridos a la literatura sobre el cartismo desde un principio y aislaría la política del cartismo como objeto de estudio por derecho propio. Hacer esto, sin embargo, era más difícil de lo que parecía a primera vista. Porque no solamente exigía un programa empírico de investigación —averiguar las razones del descontento manifestado por los cartistas y las soluciones políticas que éstos proponían—, sino que también significaba conocer qué importancia había que dar a esas manifestaciones en la interpretación que el cartismo en su conjunto daba a esas expresiones y por qué la mayoría de los comentaristas del cartismo habían desestimado, implícita o explícitamente, su significado. Este problema era teórico. Afectaba al lugar del lenguaje, la conciencia y la experiencia.

Los primeros observadores del cartismo, como Engels, y después de él la mayoría de los historiadores del cartismo, han trabajado con dos tipos de pruebas: por una parte, las pruebas



de los motivos del descontento —paro, rotura de máquinas, depresiones catastróficas, duración excesiva de la jornada laboral, trabajo infantil, hacinamiento, pobreza extrema, etc.—, y por otra parte, las pruebas del empleo generalizado de un lenguaje de antagonismo de clases en los movimientos políticos radicales de la época. El problema radica en la manera en que han sido relacionados estos dos tipos de pruebas. En parte, el problema consiste precisamente en que no se ha considerado un problema. Un planteamiento filosófico —explícito o inconsciente— ha proporcionado los eslabones perdidos interponiendo términos como «experiencia» o «conciencia», atando los dos cabos de una manera que parece intuitivamente obvia. Lo que esos términos indican es que la relación entre los dos tipos de pruebas es simplemente de expresión. «Conciencia», el término más enérgico es, en el uso que hacen de él los historiadores sociales, de origen hegeliano. Supone un proceso objetivo y necesario en el que se manifestará aquello que está latente, y proporciona los criterios por los que habrá de juzgarse la idoneidad de la manifestación. Por el contrario, el término «experiencia» es compatible con una aproximación a la historia aparentemente más empírica[26]. Deja a un lado la cuestión de la necesidad u objetividad del proceso y lo presenta más bien como una realidad registrada a través de la subjetividad de los que intervienen en él. En la práctica, sin embargo, la diferencia entre los dos términos no es tan grande como podría parecer. Porque se parte de supuestos tácitos sobre lo que se ha de considerar como experiencia, sobre su significación y sobre su carácter acumulativo y colectivo.

Lo que ocultan tanto la «experiencia» como la «conciencia» —al menos en la medida en que ha evolucionado su empleo entre los historiadores— es el carácter problemático del propio lenguaje. Ambos conceptos implican que el lenguaje es un simple medio a través del cual la «experiencia» encuentra una expresión: una concepción romántica del lenguaje en la que aquello que en un principio es interior e individual lucha por encontrar una expresión exterior, y cuando lo ha hecho se ve reconocido en la experiencia de los otros, y en consecuencia se considera

[26] Con esto no sugiero que la «experiencia» no pueda ser también concebida en un sentido hegeliano. Véase, por ejemplo, G. W. F. Hegel, *Phenomenology of spirit*, trad. A. V. Miller, Oxford (1977), pp. 55-57. Tampoco pretendo sugerir, por supuesto, que el problema filosófico de la «conciencia» en su sentido más amplio comience con Hegel. Para un esclarecedor análisis de la construcción filosófica de la «conciencia» en el siglo XVII, véase Richard Rorty, *Philosophy and the mirror of nature*, Oxford (1980), pp. 45-69 [*La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1983].

parte de una experiencia común. De este modo, la «experiencia» puede concebirse como una acumulación que desemboca en la conciencia de clase. Lo que este enfoque no puede admitir es la crítica que ha suscitado desde que la obra de Saussure fue comprendida en su más amplio significado: la materialidad del lenguaje mismo, la imposibilidad de remitirlo simplemente a una realidad primaria anterior, el «ser social», la imposibilidad de abstraer la experiencia del lenguaje que estructura su articulación. En campos ajenos a la historia, tales críticas son ahora bien conocidas y no necesitan ser desarrolladas. Pero los historiadores —y, en particular, los historiadores sociales— no se han enterado o, cuando se han enterado, han sido extremadamente reacios a reconocer las implicaciones de este enfoque para su propia práctica, sobre todo cuando afecta a un tema tan crucial como el de las clases.

Con objeto, pues, de sacar a la luz la política del cartismo, liberada de los supuestos apriorísticos de los historiadores sobre su significado social, apliqué una concepción del lenguaje desprovista de referencias al estudio de los discursos y escritos cartistas. En concreto esto significaba más explorar la relación sistemática entre términos y proposiciones del lenguaje que situar determinadas proposiciones en relación directa con una pretendida realidad experimental de la que eran supuestamente una expresión. El lector juzgará hasta qué punto conseguí utilizar las ideas que se podían sacar de ese enfoque en el ensayo resultante. Pero por el momento creo que dicho enfoque, al devolver a la política su debida importancia, permite soslayar los acertijos, de otro modo insolubles, planteados en los antiguos debates sobre la continuidad-discontinuidad de la historia social en los siglos XIX y XX.

En general, ya estuvieran insertos en las más antiguas tradiciones de la historia del trabajo o en las más nuevas convenciones de la historia social, los historiadores han buscado en todas partes, excepto en los cambios en el propio discurso político, argumentos para explicar los cambios en el comportamiento político. Partiendo implícita e explícitamente de una concepción esencialista de clase, en la que todos los diferentes lenguajes de clase se medían por los conceptos marxistas o sociológicos de la posición de clase, se han fijado la tarea de demostrar la concordancia con las posiciones asignadas por la lógica socioeconómica o de explicar la desviación con respecto a las mismas. El supuesto implícito es el de una sociedad civil como campo de grupos o clases sociales en conflicto, cuyos intereses opuestos encontrarán una expresión racional en la arena política. Tales intereses, se supone, son anteriores a su expresión. Los lenguajes políticos son formas evanescentes, meras coberturas anacrónicas, inadecuadas o adecuadas, mediante las que pueden ser descifrados los intereses fundamentales.



Para reescribir la historia política de la «clase obrera» o de las «clases obreras» habrá que empezar por el otro extremo de la cadena. El lenguaje desecha cualquier simple concepto de la determinación de la concienciación por el ser social porque él mismo es parte del ser social. No podemos, por consiguiente, descifrar el lenguaje político para conseguir una expresión primigenia y material del interés, ya que es la estructura discursiva del lenguaje político la que concibe y define el interés en primera instancia. Así pues, lo que debemos hacer es estudiar la producción del interés, la identificación, el agravio y la aspiración dentro de los propios lenguajes políticos. Necesitamos delinear los sucesivos lenguajes del radicalismo, el liberalismo, el socialismo, etc., tanto en relación con los lenguajes políticos a los que sustituyen como en relación con los lenguajes políticos rivales con los que entran en conflicto. Unicamente entonces podremos comenzar a valorar las razones de su éxito o fracaso en determinados momentos. Es indudable que determinados lenguajes políticos resultan inconvenientes en nuevas situaciones. Averiguar cómo y por qué ocurre esto equivale a descubrir el punto exacto en el que se produce el cambio, así como investigar las circunstancias políticas específicas en las que dichos lenguajes cambian. Observar a través de ellos los cambios estructurales a los que pueden ser conceptualmente remitidos no sirve de sustitutivo a la investigación, y no porque no haya de un cierto tipo de relaciones, sino porque esas relaciones no se pueden demostrar nunca de un modo concluyente.

En el último ensayo, «¿Por qué está en un lío el Partido Laborista?» (capítulo 5), hago un intento preliminar de indicar cómo podría reconsiderarse la relación entre lo político y lo social. En primer lugar, rechazo la definición del Partido Laborista como un sujeto unitario, ya sea concebido —por la izquierda— como una clase («el partido de la clase obrera») o de una ideología («laborismo»), o —por la derecha— como un conjunto de relaciones institucionales: PLP (Parliamentary *Labour Parti*), Conferencia, NEC (National Executive Committee), voto del bloque sindicalista, constitución, etcétera [27]. A este respecto es más fruc-

[27] Algunas de estas críticas son desarrolladas más ampliamente en R. Samuel y G. Stedman Jones, «The Labour Party and social democracy» en R. Samuel y G. Stedman Jones, comps., *Culture, ideology and politics. Essays for Eric Hobsbawm* (1983).

tífero considerar al Partido Laborista como un centro vacío, como un espacio atravesado o usufructuado por grupos que poseen lenguajes políticos diferentes, y a veces incompatibles, de origen muy variopinto, un equilibrio inestable de fuerzas con sus autodefiniciones discursivas, definidas primordialmente desde fuera. En segundo lugar, me opongo a toda descripción del Partido Laborista que lo presente en términos de una simple historia evolutiva. La historia del Partido Laborista —o, claro está, la de cualquier otro partido político— se comprende mejor en términos de una sucesión de coyunturas discontinuas que le permitieron alcanzar determinados éxitos en momentos muy distantes entre sí. Entre otras cosas, esto supone un análisis de las condiciones en las que grupos y discursos de muy diferentes orígenes entablan en determinados momentos relaciones de coexistencia estable o incluso de apoyo mutuo. La concepción del Partido Laborista que lo presenta como poseedor de una definición esencial o una evolución continua —«el movimiento obrero»— tiene importancia en su historia, no como definición, sino como mito vivificante que produce efectos reales en la práctica de muchos de los que participan en esa historia.

Por último intento señalar cómo debería ser tratado el cambio social dentro de este nuevo marco interpretativo. Es evidente que los cambios estructurales y sociales en la Inglaterra del siglo XX son de fundamental importancia, y ningún análisis de carácter político, laboral, etc., podría ignorarlos. Pero, desde el punto de vista de la historia del Partido Laborista, lo que importa no son esos cambios en sí. Lo que importa es saber cuáles de estos cambios se articulan, y cómo, dentro de los sucesivos y distintos discursos que han coexistido en el Partido Laborista, o cuáles han incidido en él o lo han amenazado desde el exterior. En este contexto habría que volver a situar el papel de lo social en las relaciones discursivas. Los mensajes tienen un destino. Se corrigen o rehacen de acuerdo con el destinatario. Los que hablan se dirigen a un auditorio al que conciben como un compuesto de seres sociales de un tipo específico. Los discursos políticos se dirigen a electorados concretos y, de hecho, pueden constituir o reconstitur dichos electorados en ciertos momentos decisivos. Hay una estrecha relación entre lo que se dice y a quién se dice. Sin embargo, tal relación no puede ser concebida como un reconocimiento de la existencia previa de unas propiedades sociales comunes entre los destinatarios. Más bien debería ser concebida como la construcción, satisfactoria o no, de una posible representación de lo que podría ser tales propiedades comunes. Está claro que el objetivo casi definitorio del discurso político es



el de ser una respuesta a una necesidad o demanda preexistente. Pero, de hecho, la motivación primaria es crear y después orquestar dicha demanda, cambiar la autoidentificación y el comportamiento de los destinatarios. La pretendida relación es prefigurativa, no reflexiva. De nuevo hay que señalar que entre el carácter cambiante de la vida social y el orden de la política no hay una simple línea de conexión sincrónica o directamente transitiva, ni en una dirección ni en otra. Comenzar por el otro extremo de la cadena no destruye la significación del trabajo del historiador social, sino que la sitúa en una perspectiva diferente.

Sería absurdo negar que los esfuerzos por conciliar unas ideas elementales derivadas de las teorías del lenguaje con unos problemas de interpretación histórica están en un estado sumamente primitivo. Igualmente fácil sería objetar que lo que se ha dicho en esta introducción apenas va más allá del perplejo descubrimiento del *bourgeois gentilhomme* de que había estado hablando en prosa toda su vida. Así sea. Las sugerencias ofrecidas aquí no deben ser entendidas como un manifiesto triunfal, sino como una respuesta a la crisis o al callejón sin salida a que han llegado los marcos interpretativos previos. Tras las muchas y grandilocuentes sentencias de muerte dictadas contra la historia desde la aparición del estructuralismo en Francia, no es demasiado sorprendente que la mayoría de los historiadores hayan reaccionado con escepticismo u hostilidad ante lo que han considerado una nueva especie de charlatanería. Pero una justificada renuncia a dejarse arrastrar por una moda intelectual no es lo mismo que una negativa a considerar teorías que han intentado enfrentarse a las implicaciones de los hitos lingüísticos del siglo XX para el estudio de lo social. El hecho es que apenas si está en sus comienzos el esfuerzo por incorporar las lecciones de esas investigaciones para la historia y sería absurdo juzgar la importancia de tal proyecto por los fallos de esas pocas soluciones, aireadas a bombo y platillo, que han llevado sus deducciones demasiado lejos o demasiado deprisa. Si se quiere renovar la historia, y en particular, en este contexto, la historia social y laboral, se renueve, esto no se puede hacer reiterando defensivamente fórmulas trilladas y ya trasnochadas. Sólo se puede hacer comprometiéndose en el terreno intelectual contemporáneo, no para responder a una amenaza, sino para aprovechar una oportunidad.

# 1. LUCHA DE CLASES Y REVOLUCION INDUSTRIAL

*Class struggle and the Industrial Revolution*, de John Foster [1], es una notable contribución a la historiografía inglesa. Representa tanto un fuerte contraste con la impresionante tradición de la historia social que se ha desarrollado en Gran Bretaña en las dos últimas décadas, como una continuación de la misma. Aunque los mejores trabajos de los historiadores sociales ingleses se han desarrollado, en gran medida, dentro de una tradición marxista, el marxismo se ha utilizado poco. Estos historiadores, sobre todo como reacción al positivismo dominante de las ciencias sociales, han tendido a disimular las distinciones analíticas rotundas y evitan una cuantificación sofisticada o una teorización explícita. Aunque sus líneas maestras han sido marxistas, se han inspirado también en una tradición socialista nativa, una tradición que recordaba a *El capital*, tanto por su pasión moral como por sus logros teóricos. Además, sus métodos de trabajo no se han inspirado, en absoluto, sólo en fuentes marxistas. Es evidente que se ha recurrido a los dominios menos positivistas de la sociología, y la historia económica del tipo más tradicional ha proporcionado siempre una sólida base. Pero lo que más ha diferenciado la historia social moderna de la historia del trabajo tradicional ha sido, sobre todo, un diseño próximo a la antropología social. Las ideas como «economía moral» y «rebelión primitiva» y los intentos generales de reconstruir «la historia desde abajo» no sólo han tratado de relacionar las formas de pensamiento y comportamiento sociales con sus raíces materiales, sino también de descubrir el significado social de las formas de lucha, ritual o mito perdidas o en vías de desaparición, y de reconstruir su coherencia. En comparación con la historia del trabajo tradicional, los historiadores sociales han reaccionado contra el supuesto de que la historia de la clase obrera o de cualquier otro grupo oprimido podía entenderse correctamente a

[1] John Foster, *Class struggle and the Industrial Revolution. Early industrial capitalism in three English towns* (1974).



través de la historia de sus dirigentes o de sus organizaciones formales, y más intensamente aún contra la postura simplista que juzga la «madurez» de un movimiento obrero por las toneladas de acero producido o por los kilómetros de líneas férreas tendidas. Así se ha producido un desplazamiento de la atención de las vanguardias políticas a aquéllos cuya conciencia habría sido calificada de atrasada o ignorante por la historiografía tradicional. Ha habido, pues, una reacción no sólo contra ciertos escritos históricos marxistas, sino también contra una tradición mucho más antigua liberal-progresista.

## EL NUEVO ACENTO

La obra de John Foster está claramente en deuda con las últimas conquistas de la historia social, en la cual se basa. Pero lo que más llama la atención es su brusco abandono de los acentos dominantes en ésta. Las cuestiones a las que el libro busca respuesta son explícitamente marxistas, al igual que las categorías de análisis. Siempre que es posible se utiliza un análisis cuantitativo muy sofisticado para apoyar la interpretación; y las pruebas literarias sólo se usan con la más rigurosa economía. En lugar de hacer un análisis literario detallado de las ideologías populares transitorias que acompañaron a la historia de la Revolución industrial, Foster subraya la dialéctica leninista entre vanguardia y masas. Las cuestiones de poder y organización política pasan a ocupar el primer plano. Se destina poco espacio al tema de la lucha o la existencia de la clase obrera. Si Foster ofrece una sugestiva información sobre los tipos de familia y de unidad familiar característicos de las primeras clases obreras industriales, esta información está estrictamente subordinada a las preguntas políticas a las que se propone responder.

El tema central del libro es «el desarrollo y decadencia de la conciencia de clase revolucionaria» en el segundo cuarto del siglo XIX; su objetivo básico consiste en «ampliar nuestro conocimiento sobre la forma en que se desarrolló el capitalismo industrial en su conjunto» [2]. El resultado es una rara conjunción entre una aplicación coherente de categorías marxistas y la investigación empírica más rigurosa y detallada. Quizá sólo otro historiador podría apreciar la enormidad de las investigaciones llevadas a cabo para justificar los argumentos de Foster. Por otra parte, el empleo de las técnicas cuantitativas más avanzadas

[2] *Ibid.*, p. 1.

de la sociología para demostrar los conceptos marxistas y leninistas —y, lo que es más importante, para responder a las preguntas planteadas por esos conceptos— carece de precedentes, al menos en el mundo angloparlante. El libro de Foster marcará sin duda un hito no sólo en la historiografía británica, sino también en el análisis histórico marxista.

Sin embargo, *Class struggle and the Industrial Revolution* es una obra difícil de leer. El aparato conceptual no está suficientemente explicado. A menudo los razonamientos están excesivamente condensados y las transiciones son abruptas. La disposición del libro también es desconcertante. El razonamiento de Foster se basa en Oldham, una ciudad textil de Lancashire, pero el movimiento popular de Oldham no es situado en un contexto nacional y ni siquiera comparado con el de las ciudades industriales próximas al sur de Lancashire. Los obreros de Oldham parecen librar autónomamente su propia lucha de clases, enviando delegados a Westminster sólo para proteger esa autonomía. Los hitos políticos más conocidos de la época no se mencionan o aparecen tan disfrazados que es necesario pensarlo dos veces antes de reconocerlos. En el libro están presentes el ludismo, Peterloo, la Ley de Reformas (Reform Bill) de 1832, el owenismo, la Nueva Ley de Pobres (New Poor Law), el movimiento en favor de la jornada de diez horas y el cartismo, pero el lector tarda en darse cuenta de que esos sucesos influyeron también en la lucha de Oldham. Más grave es que o quede claro si este rechazo a situar Oldham en el contexto de una lucha política nacional es una tesis fundamental o meramente un resultado accidental de la organización del libro. En cualquier caso sigue siendo un fallo que no se explique el método de trabajo y que el lector deba hacer su propia labor detectivesca. Dado que el libro de Foster era de fundamental importancia haré un resumen bastante completo de su razonamiento y después aventuraré algunas reflexiones de mi cosecha sobre su contribución a la historia marxista.

## EL CASO DE OLDHAM

Oldham es un centro industrial situado a unos pocos kilómetros al noroeste de Manchester. De 1750 a 1850, su industria principal fue la hilatura y la tejeduría de algodón; desde mediados del siglo XIX predominó la mecánica y la construcción de maquinaria. Oldham reflejó de manera especialmente clara el desarrollo general del capitalismo británico. Sufrió todo el peso de las con-



tradicciones económicas de la primera fase de la Revolución industrial y en el apogeo del capitalismo victoriano se convirtió en una de las principales bases manufactureras del «taller del mundo». De manera similar, la clase obrera de Oldham reflejó, más fielmente de lo habitual, la progresión histórica de la clase obrera británica en su conjunto. Hasta finales de la década de 1820, la mayoría de los obreros de Oldham eran tejedores manuales que trabajaban en sus propias casas. Hacia 1840 la mayor parte de ellos trabajaban en fábricas de hilados y tejidos. Hacia 1860, la mayoría de los obreros varones trabajaban para unas cuantas empresas de maquinaria a gran escala. Políticamente, Oldham gozó de una continuidad en el liderazgo obrero radical y revolucionario desde comienzos de siglo hasta el hundimiento del cartismo. Durante este período, toda iniciativa significativa del movimiento radical u obrero, ya fuera política o laboral, parece haber encontrado aquí un fuerte apoyo local. A mediados de la era victoriana, Oldham reflejó también perfectamente el nuevo carácter político de la clase obrera, resumido en la tajante división entre la aristocracia obrera y los obreros no cualificados: por una parte, un conjunto muy cohesionado de instituciones de ayuda mutua liberales e inconformistas; por la otra, el organismo, el conservadurismo y la taberna.

Entre 1790 y 1850, la industria del algodón experimentó dos períodos de crisis prolongada. El primero duró desde mediados de la década de 1790 hasta 1820. Fue precedido de la primera crisis industrial moderna, que se manifestó no en un aumento del precio del grano, sino en el recorte de los salarios y el desempleo. Esto provocó la descomposición de los métodos tradicionales de control social, que podían hacer frente a una mala cosecha, pero carecían de solución para las injusticias de la sociedad industrial cuando los salarios dejaron de ser consuetudinarios. La nueva violencia del ciclo económico fue, sin embargo, menos peligrosa que la crisis estructural que afectó a la industria del algodón durante los veinticinco años siguientes. Su causa residió en el desequilibrio entre el sector mecanizado de la hilatura y el sector no mecanizado de la tejeduría. En la década de 1790, los productores europeos utilizaban la hilaza inglesa hilada a máquina para expulsar a Inglaterra de sus mercados tradicionales de tejidos. De ese modo, «la falta de mecanización de la tejeduría colocó al sector más importante de la mano de obra industrial de Inglaterra en competencia directa con los obreros del continente, cuyo sustento resultaba más barato»[3]. El resultado

[3] *Ibid.*, p. 21.

fue una agresión sostenida contra el nivel de vida que se prolongó durante una generación.

La segunda crisis duró de 1830 a 1847. La causa no fue esta vez un desequilibrio en la industria del algodón, porque ahora la tejeduría estaba mecanizada. Fue más bien un desequilibrio entre la industria del algodón, tecnológicamente avanzada, y el resto de la economía británica. Mientras que hubo un continuo y espectacular descenso del valor de cambio de los tejidos de algodón, no hubo la correspondiente caída del precio de los alimentos y la maquinaria. De aquí que «el valor de la producción industrial en relación a los costes de la mano de obra y la creciente masa de capital fijo fue de crisis en crisis» [4]: un ejemplo clásico, como sugiere Foster, de la baja de la tasa de ganancia tal como Marx la definió. El resultado fue de nuevo una constante reducción de los salarios y un desempleo frecuente, que afectó a toda la industria algodonera, pero principalmente a los hilanderos.

Foster argumenta que la primera de estas crisis produjo en Oldham «una forma especial de conciencia sindical» [5], una solidaridad profesional coercitiva y extralegal que, en su lucha por mantener el nivel de vida, consiguió acabar con el control político de la burguesía en la ciudad y logró resistir todos los intentos del poder estatal para reestablecer dicho control (aunque Foster no hace suficiente hincapié en que el control radical no planteaba una amenaza directa a la propiedad burguesa o a la dirección de la industria algodonera). En la segunda crisis, mantiene Foster, los obreros de Oldham consolidaron las conquistas políticas de la primera, pero empezaron a desarrollar en las masas una conciencia de clase revolucionaria. El movimiento por la reducción de la jornada laboral mantuvo a los obreros del algodón en un estado permanente de movilización política. La consiguiente crítica a la sobreproducción y la competencia y su relación con la reducción de los salarios y el desempleo en la industria del algodón tuvo un carácter anticapitalista. Durante el primer período, los radicales no habían establecido un vínculo sistemático a largo plazo entre sus campañas política y económica: la «bancarrota nacional» había sido simplemente un paso hacia una «república jacobina mal definida». Ahora, los radicales de Oldham eran capaces de hacer del cambio político fundamental una parte esencial de su programa económico. Foster subraya dos condiciones previas para la existencia de una conciencia de

[4] *Ibid.*
[5] *Ibid.*, p. 43.



clase: la superación de las lealtades sectoriales y la evidencia de una convicción intelectual (en contraposición a la mera desesperación). Afirma que ambas condiciones estaban presentes en Oldham, no solamente entre una vanguardia, sino también entre la masa de los trabajadores. A modo de ilustración cita la respuesta masiva de todos los sectores a una huelga general en 1834 en apoyo de las propuestas de reducción de la jornada de Fielden (aunque admite que las pruebas en favor de una convicción intelectual masiva son ambiguas) y, con mayor seguridad, la huelga general de 1842, de un mes de duración. Las presiones en favor de esta huelga vinieron de abajo. Se decidió finalmente, en contra del parecer de la ejecutiva cartista, después de diez días de discusión en Oldham, en la que se dice que tomaron parte diez mil personas, y fue apoyada por todos los sectores de la ciudad.

Así, la historia de Oldham entre las décadas de 1790 y 1840, tal como Foster la presenta, reproduce más o menos las etapas de la conciencia de clase esbozadas por Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*. De modo parecido, la explicación que da Foster de la disolución de esa conciencia de clase avala a grandes rasgos la interpretación propuesta por Engels en su prólogo de 1892 a *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844*. Lo que provocó el hundimiento del cartismo no fue su impotencia ni su ineficacia. Por el contrario, asegura Foster, la fuerza del desafío cartista fue lo que obligó a las clases gobernantes a hacer concesiones fundamentales, y esas concesiones fueron las que a su vez desorientaron y luego desarmaron al cartismo. Las reformas asociadas al período de «liberalización» de mediados de siglo —aparición de partidos de masas, ampliación del sufragio, reconocimiento legal de los sindicatos, etc.—, no fueron fenómenos inconexos. Muy al contrario: «la liberalización fue de hecho una respuesta colectiva *de la clase dominante* a un sistema social en crisis y estuvo totalmente relacionada con un período anterior de conciencia de la clase obrera» [6].

## DOS TIPOS DE CONCIENCIA

Antes de considerar las razones de la transición de la «conciencia de clase» a la «liberalización» en las décadas de 1840 y 1850 debemos seguir a nuestro autor en su examen de cómo se originaron esas dos etapas de conciencia y qué diferenció a Oldham

[6] *Ibid.*, p. 3.

de otras ciudades industriales comparables. Según Foster, el primer período de «conciencia sindicalista» se desarrolló en Oldham a partir de la necesidad de una resistencia de los trabajadores a la presión capitalista en una época en que el sindicalismo era ilegal. Oldham había tenido siempre su enclave radical, muy localizado y hereditario en parte. En el siglo XVIII, la oposición se había manifestado en términos religiosos, agrupándose alrededor de la Iglesia Unitaria de Dob Street. Cuando llegó la Revolución francesa, Dob Street fue el lugar elegido por las muchedumbres de Oldham para el ataque. Fue la experiencia de la crisis capitalista, más que la Revolución francesa, la que libró a esos radicales —por entonces jacobinos— de su anterior aislamiento del resto de la comunidad. En 1799, el poder adquisitivo de los tejedores era la mitad que en 1792; al mismo tiempo, las Combination Acts [Leyes de Asociación] declaraban ilegales todas las formas de actividad sindical. Foster escribe: «Un grupo de vanguardia sólo puede hacerse con el liderazgo de las masas en unas condiciones en las que su orientación social más amplia (y sobre todo su voluntad de utilizar tácticas extralegales contra el sistema) tiene una relevancia inmediata» [7]. Esa era la situación en Oldham. Por ello, no fue extraño que los radicales asumieran el liderazgo del movimiento en defensa del nivel tradicional de vida, puesto que la lucha no sólo exigía oponerse a los patronos, sino también enfrentarse directamente con el «poder estatal». En 1811-12, doce mil soldados del ejército regular estuvieron retenidos durante casi todo un año por una «guerra de guerrillas» (ludismo) en las Midlands y el Norte. En esas condiciones, los métodos tradicionales de control social se vinieron abajo. La magistratura perdió su hegemonía en el distrito. Los hacendados locales —patronos a caballo— se mostraron ineficaces, y los líderes de la clase obrera pudieron hacerse con el control de la administración local. Pero, como subraya Foster, la fuerza del liderazgo radical dependía precariamente de la miseria económica de los tejedores y, una vez que las condiciones económicas mejoraron en 1819, el apoyo político a los radicales decayó. Además, pese al talante insurreccional de 1811 ó 1817, las ideas de los líderes radicales eran las de Paine y Cobbett; se basaban esencialmente en un llamamiento a la independencia del pequeño productor.

Los radicales de Oldham pudieron capear la decadencia del movimiento radical en la década de 1820 sin renunciar a su dominio sobre la administración de la ciudad o sucumbir a los

[7] *Ibid.*, p. 100.



programas liberalizadores de Brougham, Hume y Place. La explicación de Foster es que los obreros de Oldham tenían ahora un incentivo económico para oponerse a la reimplantación del control político burgués. Las estadísticas que han llegado a nosotros no registran persecuciones en Oldham durante la vigencia de las Combination Acts, pero sí unos salarios locales superiores a los de la vecina Manchester. Esos fueron los frutos del control obrero de la administración, y en particular de su control de la policía. Los líderes obreros se hicieron con el gobierno local de Oldham en la segunda década del siglo y no lo perdieron hasta 1847. La fuerza policial estaba integrada por militantes sindicalistas elegidos a dedo. Los informes del Home Office [Ministerio del Interior] expresaban su preocupación por los policías «jacobinos». Y no sin razón. Por ejemplo, en 1816 la policía permitió la celebración de reuniones sobre el sufragio universal, y un policía, Ashton Clegg, descrito como «extremadamente hostil» y «violento», presidió el acto [8]. Sin colaboración policial era prácticamente imposible que el poder estatal persiguiera al movimiento radical y sindical. Los patronos locales pedían en vano cuarteles o acantonamientos de tropas, ya que esta petición era rechazada alegando motivos económicos o peligros de confraternización. Incluso el sistema de espionaje se vino abajo cuando el confidente local de Oldham, el subadministrador de Correos fue desenmascarado como agente doble.

Liberados de los canales normales de la represión estatal, los radicales de Oldham consolidaron su dominio sobre la ciudad. La Poor Law [Ley de Pobres] de 1834 no pudo imponerse en Oldham hasta finales de 1840. La Select Vestry [Junta parroquial], cuya presidencia parece haber estado siempre reservada a ex presos políticos, actuó de modo parecido. Por último, a pesar del sufragio restringido, la clase obrera controló la representación parlamentaria de la ciudad durante el segundo período de la crisis capitalista. Parlamentarios por Oldham fueron William Cobbett y John Fielden, un antiguo jacobino y un líder del movimiento en favor de la reducción de la jornada laboral. Según Foster, su principal cometido en Westminster consistió en frustrar los intentos gubernamentales de recuperar el control sobre la policía, la Ley de Pobres y la Administración local. Su vuelta al Parlamento estuvo asegurada por el control obrero sobre la pequeña burguesía local. Por medio de una política de «trato exclusivo», se incitó a los tenderos a votar por los candidatos de la clase obrera. Como Foster observa a este respecto, los mé-

[8] *Ibid.*, p. 57.

todos sindicalistas habían sido asimilados por los líderes revolucionarios, ya que «las técnicas utilizadas estaban copiadas de los métodos tradicionales de la negociación laboral: el boicot, los piquetes y la confianza en la disciplina y la obediencia de las masas» [9].

## LOS DETERMINANTES DE LA CONCIENCIA DE CLASE

Aparte de los relatos sobre las luchas populares, dramáticos pero insuficientes, ¿qué otra cosa puede demostrar que *hubo* una «conciencia de clase» masiva y revolucionaria en Oldham entre 1830 y 1847, y no sólo una continuación de la conciencia sindical o una revuelta pasajera contra unas condiciones intolerables? Y si esa conciencia existió, ¿por qué no se dio en otras ciudades con una sola industria donde las condiciones eran igualmente malas? Con objeto de diferenciar a Oldham de otras ciudades industriales, Foster la compara con Northampton (dominada por la industria del calzado) y South Shields (dominada por la navegación de cabotaje y la construcción naval). Por medio de un complejo análisis estadístico comparativo —utilizando técnicas de muestreo a las que es imposible hacer justicia aquí—, Foster demuestra que los salarios y el nivel de vida eran, de hecho, mejores en Oldham que en Northampton o South Shields, mientras que las condiciones de trabajo sólo pueden ser descritas como igualmente terribles. (¡En este contexto, «mejores» significa que mientras que en Oldham sólo un 20 % de las familias vivían por debajo del nivel de subsistencia, la proporción era del 25 % en South Shields y de más del 30 % en Northampton!). De esos resultados deduce Foster que las condiciones intolerables, por sí mismas, tenían poco que ver con la formación de la conciencia de clase. Northampton, probablemente la más miserable de las tres ciudades, carecía de una presencia obrera organizada. South Shields, por el contrario, poseía una clase obrera fuertemente organizada pero no un movimiento político de la clase obrera.

Tras haber demostrado que no hay una correlación inmediata entre la conciencia de clase y las condiciones de vida en las tres ciudades, Foster pasa a comparar los modelos de matrimonio y vecindad. ¿Hasta qué punto familias con diferentes ocupaciones, particularmente artesanos y obreros, se casaban entre sí y vivían puerta con puerta? Se podrían hacer varias

[9] *Ibid.*, p. 56.



objeciones contra el significado estadístico de esta comparación, y desgraciadamente los datos se refieren a la década posterior al término del período de «conciencia de clase» de Oldham. Sin embargo, las diferencias que ponen de manifiesto son muy interesantes y, frente a ellas, la interpretación que hace Foster de los resultados verosímil. En una ciudad donde los obreros están fuertemente organizados y hay un alto nivel de solidaridad sectorial, es de esperar un gran número de matrimonios *dentro* de las profesiones, pero un pequeño número entre artesanos y obreros. Por el contrario, en una ciudad donde la lealtad profesional está oscurecida por un fuerte movimiento político de la clase obrera, es de esperar que haya matrimonios entre familias de artesanos y de obreros. De hecho, esto es lo que revela la comparación realizada por Foster, aunque las diferencias no son muy grandes. En South Shields, donde más coincidían las rentas de las familias de obreros cualificados y no cualificados, se daba el número más bajo de matrimonios entre ellas. En Oldham, donde menos coincidían el número de estos matrimonios, era el más alto. ¿Y Northampton? En una ciudad donde la clase obrera tiene una presencia o tradición escasamente organizada y donde una nueva industria básica crece continuamente gracias a los que acuden a ella del campo, es de esperar que diferentes factores incidan en la elección de los cónyuges. La explicación que da Foster de las cifras de Northampton, más cercanas a las de Oldham que a las de South Shields, es que dado que Northampton estaba todavía bajo el control cultural de los patronos, la distinción entre «respetable» y «no respetable» tenía más peso que la distinción entre cualificado y no cualificado y que, por lo tanto, se daban diferentes lealtades sociales y políticas tanto *dentro* de las profesiones como *entre* ellas.

Si la comparación de los modelos de matrimonio (y vecindad) tienden a sugerir en Oldham una menor distancia social entre los sectores de la clase obrera, ¿qué fue lo que creó allí una «conciencia de clase», al tiempo que la obstaculizó en una ciudad como South Shield, con un fuerte movimiento sindical y a veces violenta? La respuesta de Foster es: «La lógica del desarrollo capitalista se expresó en determinadas industrias» [120]. En Oldham, el desarrollo de la industria del algodón, y en menor medido la del carbón, sugería soluciones «sindicalistas» inmediatas a los problemas dominantes de exceso de producción, competitividad y paro que, de hecho, eran incompatibles con la estruc-

[10] *Ibid.*, p. 124.

tura capitalista de esas industrias. Por el contrario, en South Shields no hubo semejante lógica. La industria naval no experimentó ningún cambio significativo ni en su tecnología ni en su estructura de la propiedad. Sus dificultades fueron provocadas por la capacidad que habían dejado sobrante las guerras napoleónicas, por el gradual desmantelamiento del sistema mercantil y por la competencia del ferrocarril en el transporte del carbón a Londres. El problema de su mano de obra no consistía en un ataque a sus salarios, sino en el paro creciente. Desde finales de la década de 1820, los sindicalistas de South Shields colaboraron progresivamente con los patronos en su lucha por conservar una industria naval británica protegida, en la que se había basado la anterior prosperidad de la ciudad. El modelo de desarrollo industrial de South Shields no sugería de inmediato una solución anticapitalista a sus problemas. Por ello, aun cuando la ciudad tenía una activa dirección cartista y prensa obrera, los militantes políticos fueron siempre una minoría. No fueron capaces de converger, como ocurrió en Oldham, con un movimiento más amplio.

## LOS MOTIVOS DE LA DERROTA

Por último, ¿cómo se transformó la «conciencia de clase» de Oldham en el colaboracionismo de clases de mediados de la era victoriana? Foster destaca dos procesos: en primer lugar, una respuesta liberalizadora de la burguesía local que consiguió destruir la alianza radical de predominio proletario a finales de la década de 1840; en segundo lugar, una reestabilización y reorientación de la economía capitalista, uno de cuyos resultados fue la aparición de una nueva forma de control social, esta vez no impuesta formal y externamente a la comunidad obrera por el magistrado, sino ejercida estructuralmente en el lugar de trabajo. Esto se produjo gracias al nacimiento de un nuevo estrato de productores —la aristocracia obrera— «que quiere y puede poner en práctica las instrucciones técnicas dadas desde arriba» [11], y comparten con los patronos el interés material por aumentar la productividad de los que están por debajo de ellos.

Las iniciativas liberalizadoras a nivel local fueron precedidas de una serie de reformas legislativas a finales de la década de 1830 y principio de la de 1840, destinadas a frenar la carrera aparentemente suicida de las industrias del algodón, a reestabilizar la economía y a reducir así la escala de los conflictos de clase. Dichas iniciativas incluyeron la reforma monetaria, la legislación fabril y el cese de la prohibición de exportación de maquinaria, y fueron acompañadas de una modificación de las posturas anteriores adoptadas por la economía política, consistente en nuevo acento en la moneda estable, la exportación de capital y la distribución de la renta. En Oldham, la burguesía comenzó a abandonar sus posiciones anteriores en 1847. En ese año, un sector de los capitalistas de la ciudad se proclamó a favor de la limitación de la jornada fabril, mientras que otro sector se pronunció a favor de la ampliación del sufragio. Los partidos conservador y liberal, respectivamente, se apropiaron de estos dos puntos del programa de la clase obrera. Foster muestra muy detalladamente cómo, en la confusión resultante, se rompió la alianza de la clase obrera. Los comerciantes se agruparon tras el candidato liberal, cuya plataforma incluía también la exigencia de la separación de la Iglesia y el Estado. Los pequeños patronos apoyaron la demanda conservadora de una legislación fabril. Abandonados por sus aliados pequeñoburgueses, los activistas obreros fueron también gradualmente absorbidos por los dos partidos de la burguesía. En los primeros años de la década de 1850, los cartistas habían quedado reducidos a un pequeño grupo.

Según Foster, esta derrota de la alianza obrera debido a la modificación de las posturas burguesas fue reforzada por cambios paralelos en la estructura de la mano de obra de Oldham. A finales de la década de 1830, la industria de fabricación de maquinaria de Oldham había crecido enormemente para satisfacer la demanda creada por la mecanización de la tejeduría. En la siguiente crisis, los capitalistas comenzaron a reducir costes luchando contra el control artesanal del sector. El cese de la prohibición de exportar maquinaria proporcionó un incentivo adicional para aumentar la escala de producción y transformar el proceso de trabajo. Siguió a esto una batalla entre obreros y patronos que duró diez años y terminó con la completa derrota de la Engineers' Union [Sindicatos de Mecánicos] en el cierre patronal nacional de 1851. El lugar del artesano cualificado, con un control sobre el acceso al oficio y a la práctica del trabajo, fue ocupado por la aristocracia obrera, desprovista del control artesanal y encargada de «marcar el paso» a sus ayudantes no cualificados. Foster señala que en la industria del algodón se produjo un proceso similar: los hilanderos que no habían sido eliminados por la máquina de hilar automática fueron encargados de «marcar el paso» a sus subordinados, lo que fue una

[11] *Ibid.*, p. 224.

de las razones por la que el movimiento en favor de la jornada de diez horas decayó a finales de la década de 1840. El crecimiento de este estrato aristocrático —Foster estima que en la década de 1860 incluía a un tercio de la mano de obra adulta masculina— fue acompañado de una mutación cultural y una escisión dentro de la clase obrera. La nueva aristocracia estaba rodeada de un conjunto de instituciones nuevas —educación de adultos, lucha antialcohólica, cooperativismo, metodismo, etc.— que la unían a sus patronos y la separaban de la población no cualificada por debajo de ella. La conclusión de Foster es que la creación de esta capa privilegiada dentro de la mano de obra fue el «componente clave» de la reestabilización de mediados del siglo XIX y que «la estructura social cristalizó más tarde en torno a esta situación de desigualdad» [12].

Son muchas las cuestiones de interpretación que podrían plantearse en un libro tan rico e importante como éste. Pero es mejor dejar tales cuestiones a otros historiadores especializados en la historia de Lancashire. El alcance de la presente crítica se limita al razonamiento global de Foster y al tipo de análisis marxista que utiliza para apoyarlo.

## UN ANALISIS CONVINCENTE

Hay que destacar de entrada que los apasionantes análisis que hace Foster de la estructura y evolución de la burguesía y la pequeña burguesía de Oldham suponen un importante avance con respecto a estudios anteriores. Demuestran de manera más irrefutable que cualquier otra sección del libro los inmensos frutos que pueden obtenerse mediante una historia social cuantitativa inspirada en el marxismo, sobre todo cuando ese marxismo está libre de toda piedra de toque formal de una ortodoxia a la que el material debe ajustarse. Los orígenes de las principales familias manufactureras son rastreados hasta el siglo XVII, lo que desmiente por completo, al menos en el caso de Oldham, la tesis aún muy extendida de que la Revolución industrial fue encabezada por unos hombres que se hicieron ricos de la noche a la mañana. Casi todos los propietarios de fábricas de Oldham iniciaron su ascensión social no en la década de 1770, sino en la de 1650. A continuación Foster ofrece una disección meticulosa de las divisiones dentro de este estrato dirigente, y distingue las concepciones sociales y políticas de aquéllos cuyo sustento dependía de sus relaciones con Manchester de las de

[12] *Ibid.*, p. 254.



aquellos que necesitaban ganarse la voluntad de la *gentry* local. Esta disección no se basa meramente en una impresión literaria o en una intuición histórica. Se demuestra exhaustivamente mediante una investigación sistemática de documentos legalizados, registros de matrimonio y datos del censo. Foster aporta pruebas prácticamente irrefutables de cada una de sus propuestas. Sin embargo, el lector no se siente agobiado por un discurso académico sobre los materiales y los métodos de investigación. Dentro del marco de un análisis marxista, le queda una vívida impresión de cómo eran esas personas, con quién se casaban, con quién se asociaban, en qué clase de casas vivían, qué hacían después del trabajo, cómo se enriquecían y cómo afectaba esto a sus puntos de vista.

El examen que hace Foster de las divisiones religiosas dentro de la burguesía local es especialmente sorprendente. Demuestra, en contra de Weber, que la relación entre capitalismo y calvinismo se basaba en la experiencia, no en la tradición [13]. En la primera fase del capitalismo industrial, cuando el control capitalista de la economía era todavía muy incompleto, el capitalista tenía que atraerse a sus trabajadores. Reducía la distancia social que le separaba de sus obreros y ejercía una supervisión patriarcal directa, legitimada por una interpretación calvinista del cristianismo que hacía hincapié sobre todo en la nocividad de la pereza. Cuando esta forma de relación era imposible, como, por ejemplo, en las minas de carbón de Oldham, el capitalista tendía a adoptar las costumbres y la teología de la *gentry* local; y cuando esta relación se rompía, como ocurrió en el centro de Oldham una vez que el tamaño de la mano de obra creció demasiado, el capitalista optaba por una religión más tolerante y un modo de vida más orientado al consumo. La geografía religiosa de Oldham confirma esta prioridad de la situación material sobre la doctrina. Como Foster observa, «la Iglesia de Inglaterra, ostentosa en el centro de la ciudad, adquirió conciencia en los distritos periféricos, coincidiendo con los disidentes en cuestiones de doctrina como lo hacían sus feligreses en cuestiones de amistad» [14].

## LOS DESEQUILIBRIOS

Pero si el análisis de la burguesía y la pequeña burguesía es muy convincente, hay aspectos importantes del análisis de la

[13] *Ibid.*, p. 177.
[14] *Ibid.*, p. 178.

clase obrera que no lo son. No es que disminuya la calidad de la investigación. Lo que desentona es la clasificación global y la forma en que ésta da a ciertas características de la historia un relieve excesivo, mientras que deja a otras en una oscuridad injustificable. El tratamiento de los orígenes de la comunidad obrera y de su estructura en el siglo XVIII es excelente. Los problemas aparecen en el momento en que Foster comienza a aplicar todo el peso de su clasificación al desarrollo de la lucha de clases en Oldham.

Se observará que la exposición del libro se dispone en torno a un número limitado de conceptos: *alienación, conciencia sindical, conciencia de clase* y *aristocracia obrera.* Foster quiere demostrar a toda costa que la lucha durante el período (1790-1820) se limitó a «una forma especial de conciencia sindical» cualitativamente diferente del segundo período de «conciencia de clase». Para Foster, la importancia de esta distinción reside en que el capitalismo, mediante la alienación que introduce, engendra en el proletariado una serie de «falsas» conciencias sectoriales que a su vez proporcionan un mecanismo de estabilización social dentro del desarrollo capitalista. ¿En qué circunstancias puede transformarse esta «falsa conciencia» en una «conciencia de clase»? «Sólo cuando el capitalismo revele todas sus contradicciones», escribe Foster, «empezará la gente a comprender por qué y cómo hay que derrocarlo» [15]. Esto, afirma, es lo que sucedió en Oldham en la década de 1830.

Sin embargo, a pesar del rigor y la imaginación de gran parte del análisis, la distinción esencial resulta un tanto intangible. Se ofrecen muchas comparaciones, pero ninguna de ellas es concluyente; demuestran una posibilidad empírica, pero no una certeza conceptual.

En primer lugar, Foster sugiere que, en comparación con el segundo período, el primer radicalismo político dependía estrechamente de las condiciones económicas y carecía de la resistencia que sólo una convicción intelectual podía proporcionar. Sin embargo, se podría oponer a esto que la disminución del radicalismo político de los hilanderos a partir de 1842 no parece ser distinta de la de los tejedores a partir de 1819 [16]. En segundo

[15] *Ibid.*, p. 124.

[16] En otro momento, Foster afirma: «Los diversos fracasos de 1839 son bien conocidos (y el Noroeste fue lo bastante prudente como para mantenerse al margen de ello)» (p. 143). De hecho, de junio a agosto, en la zona de Manchester, hubo intentos cartistas de organizar unas «vacaciones nacionales», y la idea que había detrás de esto no parece haber sido muy diferente de la de la huelga general de 1842. No encontró respuesta



lugar, Foster argumenta que el radicalismo primitivo, por igualitario que fuera, no poseía una concepción de un orden económico alternativo para el que la conquista del poder político fuera simplemente un medio: que el fin era una «república jacobina mal definida» y que la «bancarrota del Estado» era un paso hacia ella [17]. Por otra parte, afirma Foster, en la década de 1830 los líderes obreros pudieron hacer del cambio político radical una parte esencial de su programa laboral. Se pueden hacer ciertas objeciones a esto. La república jacobina *sí* implicaba una forma específica de economía —la de los pequeños productores de mercancías, iguales e independientes—, que sin duda era un «orden económico alternativo» aun cuando fuera regresivo. Además, es improbable que esta ideología del pequeño productor desapareciese tan abruptamente del radicalismo de Oldham como Foster sugiere, dado que conocemos su ininterrumpido vigor a escala nacional durante el período cartista (no deberíamos olvidar que la mayoría de los trabajadores de Oldham siguieron siendo tejedores manuales hasta finales de la década de 1820). Finalmente, aunque los objetivos de los obreros de Oldham pudieran ser plenamente recogidos en las demandas del movimiento en favor de la reducción de la jornada laboral en la década de 1830, éste era un programa anticapitalista *de facto* y no un programa conscientemente socialista. Foster refuerza su argumento señalando la riqueza y profundidad de la cultura revolucionaria en Oldham durante el período de «conciencia de clase». Pero el control político de la clase obrera sobre la ciudad fue continuo desde la década de 1810 hasta la de 1840. No parece haber habido rupturas bruscas. Este argumento es compatible tanto con la tesis de un crecimiento cuantitativo como con la de un salto cualitativo. De forma semejante, las pruebas que saca Foster de la estructura social —modelo de matrimonios y de vecindad—, aunque en sí mismas suponen un importante paso para precisar la historia social inglesa, en principio siguen abiertas no obstante a explicaciones alternativas. Respaldan su argumento pero no pueden probarlo. En último término, para oponerse a la evidencia de una rup-

en Oldham, donde la situación económica había mejorado temporalmente. En una reunión celebrada allí se declaró que las vacaciones nacionales eran innecesarias y que sólo se debería luchar por la Carta por medios pacíficos. Puede ser que los obreros de Oldham rechazaran esto por motivos políticos muy sólidos. Pero también se debería haber discutido la otra posibilidad, es decir la relación aparentemente estrecha entre el apoyo a una huelga general y la existencia o inexistencia de miseria. Para detalles, véase Asa Briggs, comp., *Chartist studies* (ed. 1962), pp. 47-49.

[17] Foster, *Class struggle,* p. 147.

tura, Foster manifiesta que hubo un alto grado de continuidad en el liderazgo político entre los dos períodos, y que ambos períodos de lucha fueron característicamente laborales en su forma e inspiración.

## LOS PROBLEMAS CONCEPTUALES

El problema del argumento de Foster no radica en una falta de información o de maestría en la utilización de los conceptos, sino en la arbitrariedad y falta de precisión de los mismos conceptos. La distinción histórica que intenta establecer se basa en dos parejas teóricas diferentes: alienación/conciencia de clase y conciencia sindical/conciencia de clase. Cada una de esas parejas plantea considerables problemas. Cuando se combinan, se introduce un problema adicional.

La pareja alienación/conciencia de clase proviene del joven Marx. La conciencia, en este sentido, implica la recuperación de una esencia alienada. El sujeto aliena su esencia en un objeto no humano (Dios, el Estado, la propiedad privada, etc.). En un determinado momento, es capaz de reapropiarse del objeto y se produce una identificación sujeto/objeto. Como es bien sabido, Marx dedujo este esquema de una aplicación y ampliación de la crítica de Feuerbach a Hegel. El momento de la «conciencia» no es en este caso histórico, sino ontológico. Apela a un momento de verdad absoluta al que jamás podría aspirar ningún proceso histórico concreto. De hecho, éste es su defecto más evidente porque —dejando a un lado otras objeciones epistemológicas que pudiera suscitar—, sólo guarda la relación más conceptual y abstracta con la historia concreta. No hace referencia alguna al desarrollo histórico específico del modo capitalista de producción; sólo se refiere a un mundo en el que el Hombre se ha perdido a sí mismo a través de la institución de la propiedad privada. El sujeto del proceso no es la clase obrera, sino el Hombre tal como se desarrolló en el pensamiento de la filosofía alemana clásica.

No estoy insinuando que el argumento de Foster dependa en algún sentido de esta lógica idealista o incluso que haga uso de ella. Al comienzo del libro, Foster intenta ofrecer una definición empíricamente viable de alienación que, después, desempeña un papel muy subordinado en su interpretación general de las luchas en Oldham. No obstante, es muy difícil aplicar este esquema, en la forma que sea, sin sucumbir a alguna de sus implicaciones. En el caso de Foster, lleva a una concepción excesivamente formalista de la «conciencia de clase». Porque si se identifica la alienación con una conciencia «falsa» o «sectorial», entonces la «conciencia de clase» se convierte en su contrario, la transcendencia del sectorialismo, la conciencia de la identidad de clase y de aquí, por implicación, la verdadera conciencia.



La pareja conciencia sindical/conciencia de clase tiene una genealogía muy diferente. Deriva de la distinción hecha por Lenin en *¿Qué hacer?* y no está emparentada con la primitiva pareja marxista. El argumento de Lenin, demostrable o indemostrable en términos históricos, iba dirigido contra «los economistas», los que glorificaban la lucha sindical, espontánea como *la* lucha de la clase proletaria y se oponían a la insistencia de los socialdemócratas en la lucha política revolucionaria contra la autocracia zarista. La conciencia sindical, afirmaba Lenin, surge espontáneamente en la lucha diaria entre obreros y patronos; es, en sí misma, «la política burguesa de la clase obrera» [18]. Por el contrario, la conciencia de clase socialista es aportada siempre a la clase obrera «desde el exterior», es decir, es aportada en primer lugar por determinados intelectuales burgueses a través de un partido socialista revolucionario. No es nuestra intención discutir aquí la validez general de la distinción leninista, pero está muy claro que se tropieza con enormes dificultades cuando se intenta aplicarla a Oldham siguiendo las líneas argumentales de *¿Qué hacer?* En primer lugar, estamos hablando de un período anterior a la existencia tanto de una teoría socialista revolucionaria como de un partido socialista revolucionario. Indudablemente, éstos sólo podían surgir como resultado de ese período formativo de la lucha de clases. Desde luego, podríamos tratar de encontrar analogías —ciertas ramas de la organización cartista, por ejemplo—, pero cuando se las contrasta con las definiciones leninistas del «Partido», sus objetivos y su tarea política unificadora, tales analogías resultan muy forzadas, sobre todo si las relacionamos con el otro polo de la distinción leninista: la conciencia sindical. «La historia de todos los países», escribió Lenin, «atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia sindical, es decir la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc.» [19]. La expresión «exclusivamente con sus pro-

[18] Lenin, *What is to be done?*, en *Selected works*, 3 vols., Moscú (1970), p. 186 [*¿Qué hacer?*, en *Obras escogidas*, 3 vols., Madrid, Akal, 1976].
[19] *Ibid.*, p. 143.

pias fuerzas» plantea difíciles problemas de definición. Pero está bastante claro que si hubo una transición de la «conciencia sindical» a la «conciencia de clase» en Oldham en la década de 1830, lo que principalmente la generó no fue una infusión desde el exterior sino, como dice Foster, la lógica del desarrollo capitalista en el mismo Oldham. «La conciencia política de clase», escribió Lenin, «no se le puede aportar al obrero *más que desde* el exterior», esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patronos» [20]. Pero la peculiaridad de Oldham, según el relato de Foster, fue precisamente la medida en que la «conciencia política de clase» se desarrolló dentro de la esfera económica. Enfrentado a la dificultad de hacer que Oldham encaje en la distinción leninista, Foster parece retroceder a la primitiva concepción marxista de conciencia de clase: el capitalismo pone de manifiesto sus propias contradicciones y entonces la gente se da cuenta de la necesidad de derrocarlo; el proletariado es la conciencia de la contradicción de la sociedad capitalista.

Otros historiadores han demostrado que los obreros comenzaron a considerarse miembros de una clase antagónica y aparte de la burguesía desde la década de 1830 y que el lenguaje del radicalismo populista abrió camino en muchas zonas a un lenguaje de polarización de clases. Por consiguiente, no sería extraño descubrir que los obreros de Oldham en la década de 1830 tenían una conciencia de clase en este sentido que no habían tenido en las dos primeras décadas del siglo. Pero el planteamiento de Foster va más allá. El término «conciencia de clase», tal como él lo emplea, es sinónimo de conciencia revolucionaria de clase. Esto es mucho más discutible. La ausencia de sectorialismo y la «convicción intelectual» no implican por sí solas un punto de vista revolucionario. Por supuesto que en principio son totalmente compatibles con la concepción de conciencia sindical de Lenin [21]. Sólo un examen de cuál era el contenido de esa convicción y de cómo impulsó las luchas de la época, podría determinar si era revolucionaria y, en caso afirmativo, qué tipo de revolución propugnaba. Aquí el análisis de Foster presenta su punto más débil. La habilidad y el ingenio con que intenta demostrar

[20] *Ibid.*, p. 182.

[21] La concepción de política sindical de Lenin incluía las luchas *políticas* de la clase obrera *en su conjunto* al nivel del Estado. Lenin definía esas luchas como «la aspiración común de todos los obreros de conseguir del Estado tales o cuales medidas cuyo fin es remediar los males propios de su situación, pero que todavía no acaban con esa situación, es decir, no suprimen el sometimiento del trabajo al capital». *Ibid.*, p. 153.



la existencia de una conciencia de clase quedan contrarrestadas por un análisis de su contenido decepcionantemente superficial y un tanto evasivo [22]. ¿Cuál fue el contenido de las luchas políticas y laborales de las décadas de 1830 y 1840, y cuál fue la relación entre ellas? Es imposible describir la «conciencia de clase» de los trabajadores de Oldham durante este período sin responder de algún modo a estas preguntas. Por consiguiente, examinaremos sucesivamente la lucha laboral y la política.

## LA LUCHA LABORAL

Vamos a ocuparnos primero de la lucha laboral en Oldham. Si queremos encontrar conceptos marxistas que nos ayuden a interpretarla, habrá que buscarlos en *El capital* mejor que en los *Manuscritos* de 1844 o en *¿Qué hacer?* Como cualquier otro modo de producción, el modo capitalista, según Marx lo define, se caracteriza por dos formas distintas de apropiación. Es un modo específico de apropiación del producto y un modo específico de apropiación de la naturaleza. En otras palabras, encarna una doble relación: una forma específica de propiedad de los medios de producción y una forma específica de control sobre el proceso de trabajo. Esos dos tipos de apropiación son relativamente autónomos. No pueden ser simplemente reducidos el uno al otro, ya que, como es obvio, sus tiempos son diferentes.

Si seguimos el análisis de la Revolución industrial presentado en *El capital*, vemos que implicó no tanto un cambio en la propiedad de los medios de producción como un cambio en la forma del proceso de trabajo. Como forma específica de propiedad de los medios de producción, el capitalismo comenzó hacia el siglo XVI, cuando la fuerza de trabajo se convirtió en una mercancía. Pero como forma específica de control sobre el proceso de trabajo, el capitalismo comenzó con la Revolución industrial. El período intermedio fue lo que Marx llamó el período de la manufactura. Durante este período, el control ejercido por el capitalista sobre el trabajo asalariado fue «formal», no «real» [23].

[22] Véase, por ejemplo, p. 73, donde Foster deja a un lado «la dificultad inicial de definir algo (es decir, la conciencia de clase) cuyo contenido ideológico es siempre históricamente relativo y específico». Véase también p. 148.

[23] Véase *Capital*, vol. I, Moscú (1961), p. 510 [*El capital*, libro I, Madrid, Siglo XXI, 1975]. Para un análisis de esta distinción como división fundamental entre la teoría económica marxista y la neorricardiana, véase Bob Rowthorn, «Neo-classicism, neo-Ricardianism and Marxism», *NLR*, 86

A través de su propiedad de los medios de producción, el capitalista pudo combinar y especializar el trabajo de los obreros de tal modo que aumentara su productividad y, por tanto, la tasa de plusvalor. El principal rasgo distintivo de la manufactura, tal como la definió Adam Smith, era la complejidad de su división del trabajo. Pero por muy compleja que fuera esta división, la base técnica de la manufactura seguía siendo la habilidad manual. El medio de trabajo, la herramienta seguía siendo una prolongación de la mano humana; su ritmo de producción era, por consiguiente y necesariamente, el del trabajo manual. A través de la descomposición del proceso de producción de una determinada mercancía en sus partes componentes, la manufactura creó una diferencia entre trabajo cualificado y no cualificado que, como Marx observa, no existía en la era anterior. Pero el poder del «obrero parcial» cualificado, el artesano, continuó siendo un enorme obstáculo para el desarrollo capitalista. Por el hecho de poseer una destreza manual poco común, el oficial podía controlar el acceso a su oficio (por medio del aprendizaje) y mantener un control considerable sobre el contenido y el ritmo del proceso de trabajo. «San Lunes» [lunes tomado como festivo por los obreros tras emborracharse el domingo] era un símbolo del poder residual que tenía.

La historia económica convencional suele fechar la Revolución industrial a partir del descubrimiento de nuevas fuentes de energía (máquinas de vapor de Watt). Pero el momento subrayado por Marx no es el de la aplicación de una nueva fuente de energía, sino el de la desaparición de la habilidad manual como base de la producción y la división del trabajo basada en ella. «La propia máquina de vapor [...] no provocó revolución industrial alguna. Fue, a la inversa, la creación de las máquinas-herramientas lo que hizo necesaria la máquina de vapor revolucionada. No bien el hombre, en vez de operar con la herramienta sobre el objeto de trabajo, actúa únicamente como fuerza motriz sobre una máquina-herramienta, pasa a ser casual el que la fuerza motriz se disfrace de músculo humano» [24]. Esta utilización de la máquina-herramienta en lugar de la herramienta manual era para Marx el modo específico de producción del modo capitalista de producción y, como cualquier otra forma de apropiación de la naturaleza, definía una relación social específica. Este cambio revolucionario en el proceso de trabajo fue lo que

(julio-agosto de 1974), pp. 63-88 [«Neoclasicismo, neorricardismo y marxismo», *En Teoría*, 4, enero-marzo de 1980].

[24] *Capital*, vol. I, p. 375.



sustituyó la subordinación «formal» del trabajo asalariado al capital por su subordinación «real»; fue también la conquista más portentosa del capitalismo, ya que hizo de la socialización del trabajo una necesidad técnica.

Sin duda debemos distinguir cuidadosamente la transformación general de un modo de producción (concepto puramente teórico) de la forma concreta de su transformación en un tiempo y un lugar concretos. Los historiadores sitúan la Revolución industrial en la industria textil algodonera en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero si queremos encontrar pruebas de su impacto social *directo* sobre la fuerza de trabajo, debemos buscar mucho después. La transición del control capitalista «formal» al «real» sobre la producción fue un largo y enconado proceso que, incluso en los principales sectores de la economía, se consiguió sólo parcialmente hacia finales del período cartista.

## EL IMPACTO DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL

¿Qué efectos iniciales tuvo la Revolución industrial sobre el *obrero varón adulto* de la industria algodonera? Aparte de inaugurar el ciclo económico moderno, y con ello, como observa Foster, socavar las formas consuetudinarias de regulación salarial, tuvo claramente el efecto de aumentar el porcentaje de obreros no cualificados con relación a los cualificados dentro del ámbito de la manufactura y, en el caso de los tejedores manuales, aumentar la tiranía del capitalista-comerciante. En la hilatura del algodón, el primer proletariado industrial moderno estaba constituido por mujeres y niños (peones, encargados de cuidar las máquinas, etc.). Eran dos sectores de la mano de obra que siempre habían estado excluidos del sector cualificado de la manufactura, razón por la que precisamente eran la fuente inicial más obra de los trabajadores requeridos por la moderna industria. Con la implantación de la hilatura mecánica su incorporación a la fábrica fue seguida de la de una minoría cualificada de varones adultos. Estos últimos no eran, por supuesto, trabajadores manuales tradicionales; antes de la mecanización, la hilatura había sido desempeñada por mujeres con la ayuda de niños. No obstante, su trabajo requería una habilidad manual y una aptitud mecánica. Casi desde el principio, los hilanderos del algodón describieron su trabajo como un «oficio», se organizaron fuertemente, impusieron un nivel salarial comparable al de los artesanos y consiguieron la limitación del acceso al oficio y un cierto control sobre la jornada laboral: en otras pala-

bras, una especie de control obrero comparable al de la manufactura [25]. Su posición técnica no peligró realmente hasta la invención de la máquina de hilar automática en la década de 1820, y si queremos entender sus luchas iniciales hemos de interpretarlas no como las primeras luchas de la industria moderna, sino como una prolongación del tipo de lucha laboral característico de la manufactura. *A fortiori* puede decirse lo mismo de las luchas iniciales de los tejedores manuales. Como Foster subraya, el enemigo de los tejedores manuales hasta la década de 1820 no fue el telar mecánico, sino la competencia extranjera. Así pues, no fue sino bien entrada la década de 1820 cuando la posición de la mano de obra adulta masculina en el proceso de trabajo se vio directamente amenazada por la industria moderna en el sector del algodón.

Marx escribió: «Se podría escribir una historia entera de los que surgieron, desde 1830, como medios bélicos del capital contra los amotinamientos obreros. Recordemos ante todo la *self-acting mule* [hiladora alternativa automática], pues la misma inaugura una nueva época del sistema automático» [26]. La *self-acting mule* amenazaba con transformar al obrero especializado en un encargado de máquina y con permitir la sustitución del artesano varón adulto por mano de obra femenina o juvenil. Este había sido el efecto real de la sustitución del telar manual por el mecánico, que había tenido además dos rasgos adicionales: el traslado del trabajo del hogar a la fábrica y el cambio en la propiedad de los medios de producción (en la medida en que el telar manual era todavía propiedad de los propios tejedores). Esta transformación técnica de la industria del algodón fue seguida de un cambio análogo en los métodos de producción de la industria mecánica y la fabricación de maquinaria. Aquí, la batalla contra el control obrero, con la ayuda de inventos como el soporte de corredera para torno de Maudsley, estuvo asimismo dirigida a destruir el dominio ejercido por el artesano sobre el método y el ritmo de producción.

En Oldham, estas tres luchas, tuvieron lugar en diferentes momentos. Los tejedores manuales habían sido derrotados a finales de la década de 1820; la lucha de los hilanderos dominó el período de 1830 a 1842; la de los constructores de maquinaria duró desde principios de la década de 1840 hasta la derrota de 1851. Es quizá sorprendente comprobar por el relato de Foster, el papel tan pequeño que desempeñaron los tejedores en las luchas de las décadas de 1830 y 1840, pero sí parece estar confirmado por un cambio de la forma dominante de lucha. Los movimientos huelguísticos de los trabajadores a domicilio eran muy difíciles de organizar. Por consiguiente, en los momentos culminantes de descontento entre los tejedores manuales, era más probable que pensaran en la destrucción de las máquinas o la insurrección. El talante insurreccional de 1817 y 1819 y el ataque a las fábricas en 1826-27 reflejaron la desesperación de los tejedores. En las décadas de 1830 y 1840, el insurreccionismo retrocedió. No desapareció, pero fue desplazado por la huelga como arma dominante. La idea de las posibilidades de la huelga como arma política o laboral estaba íntimamente ligada a la historia de los hilanderos. Cuando se conoce la posición excepcional que éstos tenían, todo queda mucho más claro. A diferencia del tejedor, el hilandero tenía poca «independencia» que perder, y no luchaba por conservar el control del proceso de producción asociado al mantenimiento de la propiedad individual de los medios de producción. Por otra parte, a diferencia del constructor de máquinas, no era el depositario de los secretos artesanales de una manufactura asentada. Era el producto de la industria moderna, inseparable de la fábrica, aunque llevaba a ella la aspiración a una forma de control del proceso de producción semejante al ejercido por el artesano en los talleres de manufactura. En la medida en que este control se consiguió, exigió de los hilanderos una forma de sindicalismo de miras mucho más ambiciosas y prácticas, mucho más coercitivas que las del taller artesanal. El Spinners' Union [Sindicato de Hilanderos] fue el primero en intentar un sindicalismo general con el Philantropic Hercules de 1818; el libro de Foster ilustra ampliamente el carácter coercitivo de sus prácticas sindicales [27].

## LA LUCHA DE LOS HILANDEROS

Si hubo una lucha revolucionaria de clases en Oldham en las décadas de 1830 y 1840, tuvo su base en la batalla mantenida

[25] Foster, *Class struggle*, p. 231; véase también S. D. Chapman, *The cotton industry in the Industrial Revolution* (1972), p. 58; Eric Hobsbawm, *Industry and Empire* (1968), p. 65.

[26] *Capital*, vol. I, p. 436. Sin embargo, habría que señalar que los historiadores económicos modernos han subrayado la relativa lentitud con que se aplicaron esos inventos en la Gran Bretaña del siglo XIX. Para un estimulante análisis del problema, véase H. J. Habakkuk, *American and British technology in the nineteenth century*, Cambridge (1967).

[27] Véase, por ejemplo, Foster, *Class struggle*, p. 101.

por los hilanderos en defensa de su posición laboral y social. Comparada con la de los hilanderos, la lucha de los constructores de maquinaria en la década de 1840 no parece haber tenido un gran impacto en el conjunto de la comunidad. (En la lista de Foster de los militantes políticos de Oldham entre 1830 y 1850 sólo aparece un constructor de máquinas.) Tres factores parecen haber conferido excepcional importancia a la lucha de los hilanderos. En primer lugar, la posición estratégica del algodón en la economía nacional: hasta que en la década de 1840 la construcción de ferrocarriles comenzó a proporcionar un elemento estabilizador, el capital e incluso la supervivencia de la economía industrial parecían depender precariamente del destino de la industria algodonera; de 1815 a 1850, el algodón suponía aproximadamente un 40 % de los ingresos totales por exportaciones, a pesar de una baja continua de los precios. En segundo lugar, la naturaleza de la crisis de la industria algodonera: la primera fase de industrialización de la industria mecánica de Oldham en la década de 1840 fue una respuesta a la enorme expansión del mercado de exportación de maquinaria. El objetivo no era tanto reducir los costes laborales como racionalizar y acelerar la produción. La mecanización se produjo en un contexto de pleno empleo. Esto dejó campo libre para llegar a un compromiso. Por el contrario, en la industria algodonera de la década de 1830 y comienzos de la de 1840, los propietarios de fábricas impulsaron la mecanización en un intento de detener el descenso catastrófico de su tasa de ganancia por medio de la reducción de los costes laborales. Sólo cuando se redujo el enorme desequilibrio de la economía nacional y los propietarios de fábricas empezaron a adoptar políticas de ahorro de capital, se pudo llegar a un compromiso con los trabajadores. Este proceso comenzó después de la depresión de 1842. En tercer lugar, un punto no suficientemente subrayado por Foster: la persistencia de la economía familiar dentro de la fábrica algodonera. En 1838, en todo el ámbito nacional, sólo el 23 % de los obreros de las fábricas textiles eran varones adultos. Los obreros de las secciones no especializadas de las fábricas de hilados y tejidos y los ayudantes de los propios hilanderos eran, en gran medida, sus esposas, hijos y parientes. Esto hizo que las luchas laborales de los hilanderos adoptaran una forma más local y tuvieran un efecto más amplio que las de industrias como la mecánica, donde la mayoría de los trabajadores eran varones adultos [28].

[28] Habría que subrayar también que la acción unitaria de obreros cualificados y no cualificados en la industria de la hilatura en la década de 1830 tuvo una sólida base material, ya que unos y otros se vieron afectados por la aceleración del proceso de producción. «Entre 1814 y 1841 el número de movimientos por minuto en la máquina de hilar, se triplicó, y la distancia recorrida a diario por el anudador pasó de 19 kilómetros a cerca de 48». *Ibid.*, p. 91.



La lucha de los hilanderos no podía reducirse a las reivindicaciones salariales. En la precaria situación de la década de 1830 y comienzos de la de 1840, fue inseparable de la lucha por el control de la producción. Según el relato de Foster, los momentos más álgidos de la confrontación de clases en Oldham se produjeron en 1834 y 1842, y ambos fueron desencadenados por las luchas en la industria algodonera. Hay que buscar los antecedentes de la huelga general de 1834 en los planes de los «regeneradores» y los líderes del movimiento en favor de la reducción de la jornada laboral. Estos planes implicaban el control democrático de la inversión en la industria algodonera y la introducción de la jornada de ocho horas como solución al recorte de los salarios y al paro. No está claro hasta qué punto los objetivos de los regeneradores contaron con el apoyo de las masas, pero otros sectores estaban al menos dispuestos a apoyar una huelga general (y a luchar en las calles) con objeto de impedir una persecución de afiliados de la Spinners' Union como la de Tolpuddle. La huelga general de 1842 fue política, aunque no inequívocamente. La Cámara de los Comunes había rechazado la petición cartista. La jornada reducida, el paro y la miseria estaban en su apogeo en la industria algodonera. El mensaje general de los oradores radicales en los meses anteriores a la huelga consistía en atribuir «la miseria actual a la mala utilización de la maquinaria, por medio de la cual se ha sustituido gran parte del trabajo humano y se han reducido considerablemente los salarios» [29]. Parece ser que una nueva amenaza de reducción salarial hizo estallar el movimiento huelguístico. Los obreros de Ashton se pusieron en huelga el 5 de agosto. Una concentración masiva en Mottram Moor el 7 de agosto reclamó la Carta y «un buen salario diario por un buen trabajo diario» [30]. El 8 de agosto, los trabajadores de Ashton marcharon sobre Oldham llamando a todos a sumarse a una huelga general hasta que se aprobara la Carta. A partir de ese momento, la huelga se propagó por los distritos algodoneros. Los sectores no textiles también se sumaron a la huelga. Los cartistas apoyaron el movimiento huelguístico, pero no lo iniciaron.

[29] *Ibid.*, p. 115.

[30] Briggs, comp., *Chartist studies*, p. 53.

LA DIMENSION POLITICA

Es extraordinariamente difícil trazar unas líneas divisorias claras entre las luchas laborales y las luchas políticas del período 1830-1850. Los historiadores no se han puesto todavía de acuerdo sobre cómo interpretar la huelga de 1842. La afirmación de Foster de que la lucha de clases en Oldham adoptó una forma peculiarmente laboral es otro ejemplo de esa dificultad. La forma de lucha tendía a cambiar, a nivel nacional, según la situación del sector, pero el deseo de un orden político y social diferente que suyacía a las distintas luchas se mantuvo más o menos constante. Obviamente, el descontento económico y político estaban íntimamente relacionados. Pero esto no es una explicación para definir este fenómeno como la «política del hambre»: el hambre en Northampton tenía un significado político muy diferente del hambre en Oldham, como Foster demuestra con claridad. El hambre dio alas a un descontento cuyos orígenes estaban en otra parte. El hilo conductor de la lucha de clases en este período fue una estimación del bienestar y la posición social del obrero diferente de la que se le asignaba previamente en las relaciones de producción del capitalismo industrial.

El curso característicamente radical de la lucha laboral de los hilanderos resulta más claro cuando se comprende que no sólo luchaban contra el empobrecimiento, sino que querían también conservar el lugar tradicional asignado al artesano dentro del proceso de trabajo. Aunque Foster incorpora esta lucha a su interpretación de la «lógica del desarrollo capitalista», no le concede especial importancia. Sólo aparece como una de las varias manifestaciones (sobreproducción, reducción salarial, paro cíclico) de una crisis capitalista resultante de una tasa descendente de ganancia. Sin embargo, no es tanto la existencia de una crisis capitalista como la forma que ésta adopta lo que determina el tipo de resistencia generado. Los hilanderos tenían delante de sus ojos el ejemplo de los tejedores manuales. La amenaza de la máquina de hilar alternativa, el intento de los patronos de completar su control «real» sobre la producción, pusieron en peligro no solamente el nivel de vida, sino también todos los medios de control sobre el acceso al trabajo y la jornada y las condiciones de trabajo que hasta entonces habían impuesto los hilanderos. Además pusieron en entredicho la división sexual básica del trabajo dentro de la fábrica. El alargamiento de la jornada de trabajo, la reducción de los salarios y el paro (que en sí mismos no



eran fenómenos nuevos) adquirieron un significado más radical a la luz de esta amenaza básica [31].

También merece la pena subrayar que las luchas laborales de las décadas de 1830 y 1840 no afectaron a la *propiedad* capitalista de los medios de producción, sino al *control* capitalista del proceso de producción. No parece que los militantes de Oldham cuestionasen directamente la propiedad capitalista de los medios de producción. Incluso las propuestas radicales de los regeneracionistas en 1834, aunque de hecho transferían el control de la industria algodonera desde los capitalistas a los trabajadores, no impugnaban formalmente la propiedad capitalista de la idustria. Solamente discípulos de Owen creían en la propiedad social, y en general no relacionaban esta creencia con la necesidad de la lucha de clases. De modo semejante, los conflictos en torno a la jornada y las máquinas suscitaron más problemas de control que de propiedad.

Por esta razón es difícil analizar la militancia obrera de Oldham en los términos propuestos por Lenin. La distinción leninista entre conciencia de clase y conciencia sindical equipara la lucha laboral con la lucha salarial y ambas con el reformismo, «la política burguesa de la clase obrera». Pero del análisis de Marx en *El capital* se desprende claramente que hay dos formas posibles de lucha laboral: la lucha por la apropiación del producto y la lucha por la apropiación de la naturaleza. Sin embargo, en la práctica, esas dos formas de lucha se solapan, y aunque ninguna de las dos puede existir en una forma pura, no pueden ser simplemente reducidas la una a la otra. La lucha por la apropiación del producto tiene lugar en la esfera de la circulación. Las reivindicaciones salariales a corto plazo pueden coexistir con objetivos políticos a largo plazo, pero no hay una relación necesaria entre unas y otros, que pueden permanecer separadas durante largos períodos de tiempo. En ciertas circunstancias, tales luchas pue-

[31] En 1841, Doherty afirmaba que el número de hilanderos en Manchester había descendido de 2 000 a 500 entre 1829 y 1841. Según un informe encargado por el comandante militar, el general Arbuthnot, en 1844, «en ciertos lugares la población masculina adulta ha sido despedida del trabajo en un grado mucho mayor de lo que se había calculado por el perfeccionamiento de las máquinas [...] y el empleo de mujeres» (Foster, *Class struggle*, pp. 296-97). En otro lugar, Foster afirma: «Más peligrosos a la larga (porque representaron pérdidas que no pudieron ser recuperadas) fueron los intentos de diluir la mano de obra, reducir el número de puestos de trabajo bien pagados y sustituir a los hombres por mujeres y niños. Esta fue la amenaza real para la posición de los hilanderos» (p. 83). Pero no extrae las consecuencias últimas de esta afirmación, es decir, no analiza qué clase de lucha laboral era y por consiguiente cuáles eran los lazos entre la lucha laboral y la política.

den cuestionar directamente la propiedad capitalista de una industria e ir acompañadas de reivindicaciones de nacionalización. Pero a menos que se introduzca un contenido socialista explícito, la lucha por la apropiación del producto es simplemente una lucha por mejorar la situación de los trabajadores sobre la base del contrato salarial. En otras palabras, es una lucha salarial, el rasgo dominante de la conciencia sindical tal como la define Lenin. Por el contrario, la lucha por la apropiación de la naturaleza tiene lugar dentro del proceso de trabajo, dentro de la producción. Estas luchas son menos frecuentes que las salariales, pero tienden a predominar cuando nuevos métodos de producción revolucionan una industria. Tienden a constituir el núcleo de los conflictos laborales en períodos de excepcional conbatividad entre los obreros cualificados. No son, en sí, ni más ni menos significativas que las luchas por la apropiación del producto, pero indudablemente su dinámica es diferente. En particular, la misma naturaleza de esas luchas hace problemática la coexistencia entre los objetivos a corto y a largo plazo. El descontento laboral y la expresión política de este descontento tienden a converger.

Las luchas de este tipo comienzan necesariamente con la defensa de una posición relativamente privilegiada en la producción y pueden adoptar una forma conservadora o incluso reaccionaria. Que lo hagan o no dependerá en parte de la naturaleza del trabajo y en parte de la situación política en la que esas luchas tienen lugar. Los artesanos responsables de los «disturbios de Sheffield» en 1867 no tenían perspectivas políticas más allá del liberalismo gladstoniano. Los tejedores de seda de Spitalfields se hicieron proteccionistas y conservadores. Por el contrario, según Eric Hobsbawm, a principios del siglo XX, cuando fue destruida la base semiartesanal de las industrias del metal:

> los obreros metalúrgicos, hasta entonces bastante conservadores, se convirtieron en los dirigentes característicos de los movimientos obreros combativos en la mayoría de los países del mundo. La historia de esos movimientos desde el cierre patronal británico de 1897 puede escribirse en gran medida tomando como base la de los obreros metalúrgicos, hasta tal punto que, por ejemplo, los movimientos pacifistas de 1916-18 siguieron el paso marcado casi exclusivamente por ellos. (Baste con recordar el sindicato de Merrheim en Francia, los delegados sindicales de Berlín y Gran Bretaña, la fábrica Putilov de Petrogrado, la Manfred Weiss de Budapest y los obreros metalúrgicos de Turín y Milán.) [32]

[32] Eric Hobsbawm, *Labouring men. Studies in the history of labour* (1964), p. 360.



## ENTRE LA REFORMA Y LA REVOLUCION

Si se interpreta la lucha laboral de Oldham como una lucha de esta naturaleza, dos cosas quedan claras. En primer lugar, la lucha por el control no se ajusta bien a la equiparación leninista entre conciencia sindical y reformismo, aunque, por otra parte, no llega ciertamente a lo que Lenin hubiera aceptado como «conciencia revolucionaria de clase». Los planes de Fielden para reorganizar la industrial algodonera eran ciertamente incompatibles con la propiedad capitalista de dicha industria. Pero, por otra parte, tampoco llegaban a un derrocamiento revolucionario del capitalismo conscientemente planeado. En segundo lugar, a partir de 1830 la línea divisoria entre la militancia política y la laboral se hizo borrosa, de tal forma que escapa a la distinción leninista entre la lucha política y la laboral. El intercambio aparentemente fácil entre lucha laboral y política y el carácter ambivalente de la huelga de 1842 corroboran esto.

Foster tiende a concebir la facilidad del intercambio entre las reivindicaciones políticas y las laborales como un signo de la existencia de una conciencia revolucionaria de clase entre las masas. Según él, los sucesos de 1834 «revelan la facilidad con que los líderes radicales podían pasar de la lucha laboral a la política sin perder el apoyo de las masas» [33], mientras que la respuesta entusiasta de las masas al llamamiento a la huelga general de los trabajadores de Ashton en agosto de 1842 es considerada como «quizá el caso más claro de hasta qué punto los obreros de Oldham habían superado una conciencia puramente sindicalista» [34]. Pero, como ya hemos dicho, el hecho de que la lucha laboral de Oldham no se ajustase a la concepción leninista de conciencia sindical no demuestra necesariamente que se trataba de una forma de conciencia revolucionaria de clase. Esto sólo podría demostrarse mediante un análisis de los objetivos políticos y sociales de los obreros de Oldham.

La insistencia de Foster en la forma más que en el contenido de la conciencia de clase dificulta esa tarea [35]. La política de Old-

[33] Foster, *Class struggle*, p. 114.

[34] *Ibid.*, p. 116.

[35] La costumbre de Foster de rebautizar las luchas y movimientos del período corre parejas con esta tendencia al formalismo. Así, por ejemplo, rebautiza la Convención Nacional Cartista de 1839 como «el parlamento de los trabajadores». Se hace desaparecer así la política y la ideología específicas del cartismo. La elección del término «Convención», con sus reminiscencias del jacobinismo y la Revolución francesa, no fue accidental y desde luego nos dice mucho sobre lo que los cartistas creían que estaban haciendo.

ham no es situada nunca en un contexto político nacional, y la comparación con Northampton y South Shields, aunque esclarecedora, no puede eliminar este defecto. En el sentido socialista del término, la conciencia revolucionaria de clase debe al menos implicar un compromiso de derrocamiento revolucionario del Estado acompañado de la expropiación de los expropiadores. Algunos teóricos de la década de 1830 defendieron esto. Bronterre O'Brien contemplaba una revolución de este tipo como consecuencia inmediata del sufragio universal. «De las leyes de una minoría han nacido las desigualdades existentes; las leyes de la mayoría acabarán con ellas [...] La propiedad, propiedad: eso es lo que debemos atacar» [36]. Pero el tema de la expropiación no parece haber encontrado eco audible en Oldham. El relato de Foster del control político de la clase obrera sobre la ciudad y la alianza entre dicha clase y la pequeña burguesía sería poco creíble si lo hubiera encontrado, al igual que su análisis de las relaciones entre la burguesía de la ciudad y el Estado. Es posible que los capitalistas de Oldham pidieran tropas y protestaran por su incapacidad de controlar la Administración local, pero no pararon la marcha de sus fábricas e incluso sin protección militar a finales de la década de 1830 e inicios de la de 1840 no abandonaron la ciudad. Sin embargo, sería erróneo deducir de esto que los militantes de Oldham eran todavía simples jacobinos. Foster tiene razón cuando señala que las reivindicaciones laborales y políticas a partir de 1830 tenían un contenido social diferente. La visión social de un Paine o un Cobbett no podía tener ya una relevancia inmediata para una población de obreros fabriles.

## DE LA LEY DE REFORMA A LA CARTA

Lo que a nivel nacional caracterizó los años anteriores y posteriores a 1830 fueron la Reform Bill [Ley de Reforma] de 1832 y los efectos del owenismo y de una economía política anticapitalista. Esta evolución, perceptible en Oldham, es probablemente tan importante para explicar el cambio de forma del lenguaje político a que Foster se refiere como la política de la industria algodonera. La Ley de Reforma fue considerada la gran traición a lo que se había concebido como una lucha común. Las

[36] Edward Thompson, *The making of the English working class* (1963), p. 822. Véase también, para el carácter de la conciencia de la clase obrera en este período, pp. 711-833 *passim*.



medidas que a continuación adoptó el gobierno liberal Iris Coercion Bill —[Ley de Coerción de Irlanda]—, el rechazo de la Ten Hours' Bill [Ley de las Diez Horas], el ataque a los sindicatos, Municipalities Act [Ley de Municipios] y la New Poor Law [Nueva Ley de Pobres] fueron consideradas como una confirmación de la traición de la clase media. Había que sacar la consecuencia práctica de que la clase obrera tenía que luchar por su propia emancipación. De este modo, la conciencia proletaria que se desarrolló en las décadas de 1830 y 1840 fue el resultado tanto de esta ruptura política como del crecimiento del capitalismo industrial, y en este sentido se desarrolló tanto en Londres como en Oldham [37]. El otro catalizador principal, el owenismo, tendió a ser interpretado por los diferentes tipos de trabajadores según su diferente situación laboral. Pero en las dos décadas siguientes, tres de sus legados más generales fueron la idea de que el trabajo era la fuente de todo valor, la de que el fin de la producción no debería ser la ganancia y la de que la sociedad debería basarse en la cooperación y no en la competencia. Ninguna de estas ideas era original de Owen, pero se difundieron al máximo en el período owenista (1830-34). El fermento de 1834 en Oldham es incomprensible a menos que lo situemos en el clima de entusiasmo nacional por los programas cooperativistas que en aquella época se apoderó de las comunidades de la clase obrera.

Aunque estas ideas eran anticapitalistas, su lógica no conducía a reivindicaciones de expropiación. La teoría del trabajo como sustancia del valor, tal como fue desarrollada por Thompson y Hodgskin en la década de 1820, tenía que ver tanto con Locke, hacia atrás, como con Marx, hacia adelante. No se basaba en una teoría de la explotación dentro de la producción, sino en una teoría del intercambio desigual. Los capitalistas eran concebidos aún sobre todo como intermediarios o monopolistas. Solamente poseían los medios de producción, que eran puestos a disposición de los productores. La ganancia era así una deducción del producto del trabajo, obtenida gracias a la propiedad de los medios de producción. La propiedad se justificaba en la medida en que era el producto del trabajo. Lo que no estaba justificado era la riqueza adquirida por medio del intercambio desigual. Los capitalistas podían cambiar salarios de subsistencia por una parte creciente de trabajo no remunerado valiéndose de su posición monopolista en el intercambio, que les permitía adquirir la propiedad de los medios de producción, y valiéndose también de la

[37] Véase Thompson, *Making*, y Iorwerth Prothero, «Chartism in London», *Past and Present*, p. 44 (1969).

creciente competencia de los trabajadores privados de su independencia.

La situación descrita por estos autores se parecía más a la del artesano o trabajador a domicilio. Sin embargo, cuando este tipo de análisis se aplicaba a la situación del obrero fabril, su principal efecto era el reforzamiento de las reivindicaciones del movimiento en favor de la reducción de la jornada laboral. Obligando a los obreros a trabajar una larga jornada o a aumentar su ritmo de producción por medio de las máquinas, los fabricantes les estaban privando de una parte de su propia remuneración. Todas las ganancias del aumento de la productividad eran monopolizadas por los capitalistas. La larga jornada laboral generaba desempleo y una creciente competencia entre los obreros, lo que a su vez reforzaba su posición desigual en el intercambio. La respuesta consistía en sustituir la competencia por la cooperación entre los trabajadores para conseguir así la gran unión que terminara con la posición monopolista de los capitalistas y redujera la jornada laboral, aboliendo de este modo el desempleo y la sobreproducción. Así, los planes de Fielden y los regeneracionistas en 1834 iban más allá del mero intento de mejorar la situación del obrero fabril. Lógicamente, podían ser considerados como el principio del «gran cambio» [38].

Es difícil separar las reivindicaciones políticas de las laborales en las décadas de 1830 y 1840, porque los mismos líderes de la clase obrera rara vez lo hicieron. Según Doherty, líder de los hilanderos, el sufragio universal «no significa nada más que un poder otorgado a todos los hombres para evitar que su trabajo sea devorado por otros» [39]. Después de la persecución gubernamental de los sindicatos en 1834-35, se volvió a insistir de nuevo en el sufragio. Pero la Carta no significaba democracia liberal. Significaba poder de la clase obrera para decidir su propio destino. No siempre estuvo claro cómo se conseguiría esto. Sin embargo, parece que para los sectores políticamente articulados de la clase obrera la nueva sociedad que había de surgir de la Carta estaría compuesta por grandes y pequeñas unidades cooperativas de producción que intercambiarían sus productos sobre la base del tiempo de trabajo utilizado. Las máquinas se utilizarían para reducir el tiempo de trabajo necesario. Al menos ésta era la visión de los dos teóricos más importantes del primer período cartista: Bronterre O'Brien y J. F. Bray. Las citas que hace Foster del líder de Oldham, John Knight, transmiten una impresión similar.

[38] «Cobbett to Fielden», en Foster, *Class struggle*, p. 114.
[39] Thompson, *Making*, p. 820.



## EL PROBLEMA CENTRAL

La última frase del libro de Foster dice que «la conciencia de clase que hemos examinado lleva la marca de ser *la primera*» [40] (históricamente, dentro del movimiento obrero internacional). Pero en realidad, éste es el problema que debería haber planteado al principio. Porque éste es el fondo del problema de intentar definir el carácter de la conciencia proletaria en las décadas de 1830 y 1840. Ahora, casi un siglo y medio más tarde, sería bastante fácil reducir el primer movimiento proletario a un catálogo de ilusiones mutualistas, sindicalistas, obreristas, racionalistas, utópicas y democráticas. Pero no había un camino «recto» histórico del que pudiera desviarse. Sólo podía confiar en su propia experiencia. Los elementos de la política de la clase obrera tenían que ser forjados a partir de la herencia mixta de la Ilustración, el jacobinismo, la disidencia y las ideas tradicionales de la economía moral en una situación sin precedentes [41]. Fue esta marca de «ser el primero» lo que determinó el carácter global del movimiento. Lo más importante de todo era que en la década de 1830 y a principios de la de 1840 no se creía en la inevitabilidad del capitalismo industrial. Los mismos industriales y economistas políticos creían que podían ir hacia una situación estacionaria y este pesimismo era comprensible dado el espectacular descenso de la tasa de ganancia en la industria algodonera. En cambio, la precariedad del nuevo sistema, por terribles que fueran sus efectos, ofrecía fuentes de esperanza a los obreros. Se reconocían las nuevas posibilidades productivas, pero el capitalismo era una aberración, un estado de cosas antinatural. Quizá no precisaba ser derrocado, podía ser soslayado y aislado hasta que se desvaneciera. Si los obreros lograran unirse, se terminaría con la jornada laboral excesiva, el desempleo y la pobreza, y el trabajo recibiría su justa recompensa. Después de los fracasos de 1834, esta visión tuvo que modificarse. La transformación social no sería posible hasta que los obreros hubieran conseguido el poder político. «Pacíficamente si podemos, por la fuerza si debemos». Pero la tendencia general a equiparar la Carta con el fin

[40] Foster, *Class struggle*, p. 254.
[41] Para la importancia de estas últimas, véase Thompson, *Making*, pp. 401-451; también del mismo autor «The moral economy of the English-crowd», *Past and Present*, p. 50 (febrero de 1971).

del hambre y la explotación muestra lo cerca que siguieron estando estos dos objetivos.

Entonces, ¿era revolucionaria la conciencia de clase de los obreros de Oldham? Si lo era, lo era en un sentido democrático, no socialista. La distancia que separaba el owenismo y el cartismo de una plataforma socialista plenamente desarrollada era también la distancia que separaba un proceso de industrialización primitivo e imprevisible de un capitalismo industrial desarrollado donde podían verse con mayor claridad los límites de la acción laboral y la democracia política. Por supuesto, después de 1830 Oldham había recorrido un largo camino desde el mundo de Paine y Thelwall. Tanto los medios como los fines de la lucha habían cambiado. Así como el trabajo a domicilio dio paso a la fábrica, la insurrección y la conspiración retrocedieron ante unos programas casi sindicalistas de transformación laboral nutridos por una economía política de la clase obrera. De manera similar, el objetivo no era ya solamente una república jacobina de productores libres e independientes, sino una comunidad cooperativa de productores asociados.

Pero no hay que exagerar la transformación. Las variantes del socialismo owenista reflejaban aún más exactamente la situación del artesano que la del proletariado fabril, y el mundo mental del hilandero de algodón estaba aún mucho más cercano al del artesano radical que al del moderno proletario fabril. Además, este mundo mental podía ser compartido hasta cierto punto por el pequeño maestro, el pequeño propietario, el pequeño comerciante y el oficial por cuenta propia. Foster muestra con bastante claridad las diferencias entre el punto de vista de la clase obrera y el de la pequeña burguesía, tal como se pusieron de manifiesto en 1847. Pero quizá exagera la medida en que la alianza de la década de 1830 y principios de la de 1840 fue una alianza forzada. Las esperanzas políticas, al igual que en los cuarenta años anteriores, estaban todavía puestas en el voto y en los seis puntos. Los argumentos sobre la fuerza moral y física se centraban en la consecución del sufragio masculino, no en la revolución social ni en la expropiación de la propiedad. Si la conciencia revolucionaria de clase en Oldham hubiera sido de un tipo más socialista, es difícil comprender cómo pudo sucumbir tan plenamente en 1847 a los halagos de la burguesía. El fin del cartismo como fuerza política de masas no se debió únicamente a una falta de adaptación de la táctica a una situación cambiante. Fue el final de una época, una época en la que ante todo había estado en juego la existencia del capitalismo industrial. Indudablemente, en los últimos años del cartismo se podía detectar algo parecido



al inicio del socialismo moderno. «El cartismo de 1850», escribía «Howard Morton» en el primer número de *Red Republican* de Harney, «es diferente del cartismo de 1840. Los líderes del proletariado inglés [...] han progresado desde la idea de una simple *reforma política* a la idea de una *revolución social*» [42]. Pero cuando apareció *Red Republican*, las enormes esperanzas y las heroicas luchas de los obreros de Oldham eran cosa del pasado. *Red Republican* fue el comienzo de una historia diferente.

He argumentado que la distinción que hace Foster entre conciencia sindical y conciencia de clase no es apropiada a la lucha de clases de Oldham. En primer lugar, porque la conciencia de clase de Oldham no era socialista en el sentido normal del término, lo que significa que la distinción entre el período anterior y el período posterior a 1830 es solamente cuantitativa, no cualitativa. En segundo lugar, porque toda una serie de luchas laborales escapan a esta distinción, si nos basamos en Lenin. Estas luchas, luchas por la apropiación de la naturaleza, son muy importantes durante los períodos de transformación industrial. Lo que es especialmente característico de ellas es la estrecha interrelación entre las reivindicaciones políticas y las laborales. Pero la forma en que están interrelacionadas dependerá de la situación política general y de las formas de pensamiento y tradición existentes en una clase obrera determinada. Después de 1830, la batalla laboral de los hilanderos fue de este tipo (aunque desde luego no solamente de éste) y la situación general en la que se produjo fue una situación en la que la polarización política creada por la Ley de Reforma de 1832 fue acentuada por la difusión de una economía política proletaria y una profundización de la crisis capitalista. Esta situación creó de hecho una conciencia de clase que no existía antes. Un componente esencial de esta nueva conciencia era el compromiso de transcender las divisiones sectoriales. En diferentes aspectos, éste fue el hilo conductor tanto del owenismo como del cartismo. Pero no podemos detenernos aquí. Esta idea de la unidad de la clase obrera, de la cooperación entre sus diferentes elementos, ocupó un lugar especial en el pensamiento de la clase obrera en las décadas de 1830 y 1840. Estuvo íntimamente ligada al diagnóstico social y político de sus pensadores, visionarios y activistas políticos. La forma es inseparable del contenido. Es aquí donde se observan con mayor claridad los defectos del formalismo de Foster. En primer lugar, saca de su contexto histórico específico la forma particular de conciencia de clase característica del owenismo y

[42] Citado por Briggs, comp., *Chartist studies*, p. 290.

del cartismo y la erige en el rasgo definitorio de la conciencia de clase revolucionaria en general. En segundo lugar, aplicando este criterio de conciencia de clase revolucionaria, Foster es capaz de encontrar pruebas de su presencia en Oldham en las décadas de 1830 y 1840. El argumento se muerde de cola.

## LA ARISTOCRACIA OBRERA

Si éste fue el contexto histórico de la «conciencia de clase» de Oldham, ¿de qué modo afecta al uso que hace Foster del concepto explicativo final: la aristocracia obrera? En la mayoría de los escritos marxistas esta idea se ha utilizado de manera ambigua e insatisfactoria. Su estatus es incierto y ha sido empleada *ad libitum*, descriptiva, polémica o teóricamente sin encontrar nunca un firme anclaje. Engels no construyó una teoría de la aristocracia obrera; tomó el término del lenguaje diario de los debates sindicales ingleses del siglo XIX. Desde entonces, el término se ha usado con frecuencia como si ofreciera una explicación. Pero sería más correcto decir que señalaba un área vacía en la que se necesitaba una explicación. Indicativa de su falta de precisión es la elasticidad del estrato de la clase obrera al que se refiere. Para Engels, significaba el movimiento sindical organizado de mediados de la época victoriana, en el que incluía principalmente a aquellos cuya habilidad manual no estaba amenazada por la máquina. Lenin lo aplicó indistintamente al sindicato y a los dirigentes socialdemócratas, al estrato superior de la clase obrera e incluso, en algunos momentos de la primera guerra mundial, al conjunto de la clase obrera en los países imperialistas. Desde la Revolución rusa, además de sus definiciones más tradicionales, el término ha sido utilizado también junto con las críticas a la burocracia dentro del movimiento obrero o como una descripción de la relación entre una clase obrera indígena metropolitana y un proletariado inmigrante, femenino o neocolonial.

Se ha dicho que el estrato obrero aristocrático fue comprado con métodos casi tan variados como las personas que lo componían. Esos métodos fueron desde el soborno de los dirigentes obreros hasta el intercambio desigual, pasando por la subcontratación en el lugar de trabajo, los salarios elevados derivados de las plusganancias imperialistas gracias a los aranceles y las medidas sociales. Todavía no hay un teoría materialista definitiva sobre la aristocracia obrera, y es discutible que pueda haberla alguna vez. Porque no está claro a qué tipo de preguntas daría



respuesta. Si está destinada a explicar por qué no se produjo la revolución, es errónea y simplista, ya que en ningún tiempo ni lugar la clase obrera ha sido una masa indiferenciada de esclavos asalariados. Tampoco ha habido jamás una correlación simple entre el grado de «privilegio» y el comportamiento político o laboral. Lo que importa no es la existencia de diferencias, sino el tipo de diferencias y sobre todo el contexto político y social en el que actúan.

A un determinado nivel, Foster utiliza la tesis de la aristocracia obrera de forma rigurosa y compleja. Evita las variantes más groseras, donde se coloca unilateralmente el acento en el soborno y la traición e intenta proporcionar una explicación más estructural. La aristocracia obrera de Foster es identificada firmemente con la subcontratación y con su uso para marcar la pauta tras la eliminación del control artesanal y considerada como una forma nueva y fundamental de control social capitalista que actúa ahora más en el lugar de trabajo que desde el exterior sobre el conjunto de la comunidad obrera. Por ello, el uso que hace Foster de este concepto rechaza implícitamente la identificación de Engels de la aristocracia obrera con esa parte del movimiento sindical que *conservaba* el control artesanal. Además, mantiene una clara distinción entre dos factores inmediatos que precipitaron la derrota de la clase obrera (la «liberalización») y los que luego cimentaron la estructura social reestabilizada (la aparición de la aristocracia obrera y la panoplia de instituciones culturales que la apoyaron). Estos son avances muy importantes en la argumentación. Sin embargo, es justamente la precisión y escrupulosidad con que Foster despliega su argumentación lo que revela sus limitaciones intrínsecas. Porque en última instancia, es el hecho de que la aristocracia obrera marcara el paso lo que sigue teniendo que soportar todo el peso del sutil y complejo análisis que se construye sobre él. Estas limitaciones se muestran tanto a nivel local como nacional.

## LAS LIMITACIONES DEL ANALISIS

En primer lugar, a nivel nacional, no se puede establecer una correlación directa o general entre la reestabilización del período posterior a 1850 y la aparición de una aristocracia obrera que se basa en la subcontratación y marca el paso a los demás. Ciertamente, la subcontratación no fue una creación de la década de 1840 (y, por supuesto, todas las formas de subcontratación implican, de alguna manera, marcar el paso). Según Edward

Thompson, refiriéndose al período de 1790-1830, «la subcontratación era predominante en la minería y las industrias del hierro y la cerámica, y estaba bastante extendida en la construcción, de modo que el "capataz" o "jefe de cuadrilla" solía emplear menos trabajadores cualificados, mientras que los hilanderos y mineros empleaban habitualmente a niños como anudadores en los talleres o como vagoneteros en los pozos»[43]. Tampoco la jerarquía social del trabajo, con una «aristocracia» en su cúspide, era un fenómeno nuevo. Tal jerarquía había existido durante el período de la manufactura y llevaba consigo una tajante distinción entre los que tenían un «oficio» y los que no lo tenían, y una escala relativa de prestigio entre los distintos oficios. La hazaña de Foster consiste en ofrecer, por una parte, una disección extraordinariamente hábil de la disolución política del poder de la clase obrera en Oldham y, por otra, un sutil análisis de las instituciones culturales, las afiliaciones políticas y las actitudes laborales que estratificaron la clase obrera de Oldham a mediados de la época victoriana. Pero las conexiones causales que trata de demostrar entre esos dos fenómenos, la aristocracia obrera y un cambio general en el capitalismo inglés del que dicha aristocracia fue una expresión, son insostenibles.

La debilidad del razonamiento de Foster se hace más evidente cuando se examinan una a una las industrias locales. Foster no tiene dificultades para demostrar el establecimiento de una aristocracia obrera, basada en una industria mecánica que marcaba el paso en Oldham. Pero la industria mecánica ha sido siempre el *locus classicus* de la tesis de la aristocracia. Mucho más difícil es demostrar su presencia en la hilatura del algodón y la minería del carbón. En la industria de la hilatura, la relación entre el estrato que marcaba el paso y sus ayudantes no cualificados fue y siguió siendo sobre todo una relación *dentro* de la familia. Probablemente sería erróneo todo intento de dividir la comunidad obrera posterior a 1850 en dos castas casi herméticas, basándose en este criterio. Una vez más, es evidente que la amenaza a la división sexual del trabajo, y su reestabilización, dentro de la industria algodonera desempeñaron un papel crucial en la determinación del carácter y la intensidad cambiante de la lucha laboral en Oldham; uno de los principales defectos del libro es que no analiza esta relación. Por último, no puede demostrarse la existencia física de una aristocracia obrera local en la minería. Aunque Foster esté en lo cierto cuando sugiere que la creación del controlador de pesos marcó un hito en la combatividad

[43] Thompson, *Making*, p. 243.



de la lucha de los mineros, esto no puede asimilarse en modo alguno al nuevo estrato que marcaba el paso en la industria mecánica[44]. Después de todo, fue una victoria de los mineros, no de los patronos; y supuso un fortalecimiento del control democrático desde abajo, no un control despótico desde arriba. En pocas palabras, en la minería surgió la presencia *ideológica* de una aristocracia obrera, pero no un estrato visible que marcara el paso entre los trabajadores. En la hilatura hubo un estrato de subcontratistas de mano de obra antes, durante y después del proceso heroico de la lucha de clases en Oldham. Solamente en el caso de la mecánica coinciden de forma convincente el reformismo y la subcontratación (pero en este caso, por el contrario, las pruebas de una combatividad política anterior entre los obreros no son muy numerosas).

## LA REESTABILIZACION

Es evidente que no hubo una relación *necesaria* entre la subcontratación o el hecho de marcar el paso y el síndrome de comportamiento asociado a la aristocracia obrera de mediados de la época victoriana. Si tal relación existió, sus causas estuvieron en otra parte. El mismo Foster cita la causa real del cambio en la actitud laboral de los hilanderos y los mecánicos, pero no le da la suficiente importancia, ya que desplaza el peso de la explicación de la causa al efecto. La causa real fue la ruptura real del control artesanal y la reestabilización del proceso de trabajo sobre una nueva base: una etapa decisiva en la eliminación de «la actividad artesanal en cuanto principio regulador de la producción social»[45]. O bien, siguiendo a Foster, el punto significativo de la transición en Oldham fue la sustitución de «la psicología restrictiva del artesano» por la de una mano de obra «que quiere y puede poner en práctica las instrucciones técnicas dadas desde arriba»[46]. No fue el establecimiento de una forma de marcar el paso en la subcontratación, que era sólo una de las varias formas posibles de organización de una mano de obra socializada, y bastante primitiva, por cierto.

Lo que Foster atribuye a la aparición de la aristocracia obrera en el terreno laboral no fue en realidad sino el efecto de una reestabilización del proceso de trabajo sobre la base de la gran industria. En la industria algodonera, a pesar de la hiladora al-

[44] Foster, *Class struggle*, p. 235.
[45] *Capital*, vol. I, p. 368.
[46] Foster, *Class struggle*, p. 224.

ternativa automática, el hilandero no fue reemplazado por una mano de obra femenina mal pagada como lo fue en prácticamente todas las otras industrias textiles europeas [47]. Se mantuvieron la anterior división del trabajo y los estatus relativos asociados a ésta, lo que indudablemente tuvo algo que ver con el marcado conservadurismo de los hilanderos del algodón en la segunda mitad del siglo XIX. En la industria mecánica se observó un proceso similar. Según Marx:

> La gran industria vio entorpecido su desarrollo pleno mientras su medio de producción característico —la máquina misma— debía su existencia a la fuerza y la destreza personales, dependiendo por tanto del desarrollo muscular, de la agudeza visual y el virtuosismo manual con el obrero parcial, en la manufactura, y el artesano, fuera de ella, manejaban su minúsculo instrumento [...] Pero al alcanzar cierto grado de desarrollo, la gran industria entró en conflicto también en el plano técnico con su base artesanal y manufacturera [48].

En este camino, la derrota total de la huelga de mecánicos en 1851 fue un paso decisivo. Quizá no se deban sobrevalorar sus efectos inmediatos. La industria mecánica se estaba expandiendo y los trabajadores cualificados no se enfrentaban a la perspectiva del derrumbamiento de su posición anterior, como había pasado con los hilanderos. Perdieron su control anterior sobre la producción, lo que incidió en gran medida en su comportamiento laboral posterior. Pero tanto antes como después de esta transformación industrial su posición siguió siendo privilegiada. No fue sino en el siglo XX *cuando* su estatus se vino abajo irreversiblemente.

## LAS NUEVAS REGLAS

Por tanto, los dos procesos laboralmente significativos fueron, primero la ruptura del control artesanal y después una reestabilización del proceso de trabajo que dejó intactas las diferencias formales de estatus. La ruptura del control artesanal y la sustitución de éste por una división del trabajo basada en la interacción de las máquinas y no en la cooperación de grupos específicos de obreros «detallistas» alteraron el modelo de conflicto dentro de la fábrica y afectaron al de la estructura social erigida en torno suyo. El triunfo de la gran industria no sólo enfrentó

[47] Véase G. Schulze-Gaevernitz, *The cotton trade in England and on the Continent* (1895).

[48] *Capital*, vol. I, pp. 382-383.



a los antiguos aliados, como sugiere Foster; fundamentalmente alteró lo que Hobsbawm denomina «las reglas del juego» [49]. Estas nuevas reglas sólo pudieron ser aprendidas lenta y trabajosamente. Ni siquiera los obreros cualificados, y mucho menos los no cualificados, pudieron adaptar fácilmente los métodos heredados de los gremios artesanales a la nueva situación. Fueron necesarios otros cuarenta años para que comenzara a surgir una forma viable de sindicalismo entre los obreros no cualificados directamente basado en la estructura de la gran industria. Pero incluso los sectores cualificados de ésta únicamente tenían un parecido superficial con los artesanales. Estas cualificaciones eran precarias y transformables a gusto del capitalista, como no lo habían sido las de los artesanos. Ya hemos hablado de la posición artificial del hilandero en la industria del algodón. En la industria mecánica, aparte de un residuo de cualificaciones semiartesanales, las nuevas formas de cualificación se basaban en un cierto grado de instrucción general y técnica, y a menudo incluían funciones casi de supervisión. No tenían, como la destreza artesanal, una influencia directa sobre el proceso de producción, y no eran útiles excepto en las fábricas para las que habían sido adquiridas. Esto forma parte de lo que se ha denominado subordinación «real» del trabajo asalariado al capital. Por eso, no hay que atribuir el cambio de comportamiento laboral de ciertos grupos de obreros (sobre todo los hilanderos y, en menor medida, los mecánicos) a la aparición de una aristocracia laboral que marcaba el paso. Esto fue, como máximo, un fenómeno secundario. Lo que fue decisivo fue el efecto de la gran industria sobre su papel técnico en el proceso de trabajo. Lo que cambió sus perspectivas laborales no fue tanto su posición privilegiada como la vulnerabilidad de esta posición.

Igual importancia tuvo la *reestabilización* del proceso de trabajo sobre esta base, no tanto por su efecto psicológico como porque excluía ciertas formas de lucha laboral, y particularmente las características de las décadas de 1830 y 1840. El punto de fricción más importante se desplazó del lugar de trabajo a la arena política. Pues, una vez que el control y la división del trabajo dejaron de ser temas candentes, la lucha laboral asumió progresivamente la forma de una lucha salarial, que es por definición sectorial y acepta como punto de partida el contrato de trabajo. De modo similar, cuando resurgió la aspiración al control colectivo de los medios de producción, adoptó predominantemente la forma de un programa que exigía la *propiedad* colec-

[49] Hobsbawm, *Labouring men*, pp. 344-71.

tiva de los medios de producción. Pero una lucha para cambiar la propiedad de los medios de producción no podía ser el resultado directo de una lucha salarial. Exigía la aceptación de una teoría de la sociedad que en sí misma no emanase de la lucha en la fábrica —es decir, el socialismo—, y la creación de una forma de organización directamente política para alcanzarla. Vemos ahora otra razón por la que la distinción leninista entre «conciencia sindical» y «conciencia de clase» se aplicó específicamente a las condiciones de la gran industria y aun así sólo a aquéllas en las que el mismo proceso de trabajo no estaba realmente en juego.

## LAS RAICES DEL REFORMISMO

La aristocracia obrera existió indudablemente a mediados de la época victoriana como fenómeno *social* e *ideológico;* pero es imposible explicar su existencia haciendo abstracción de la coyuntura general política e ideológica. Las actitudes de la aristocracia obrera no coinciden plenamente con las de estratos concretos de trabajadores, y nuestra intención no es, por supuesto, sustituir un estrato que marcara el paso por los efectos técnicos de la gran industria como explicación suficiente del reformismo de mediados de la época victoriana. Porque, refiriéndonos una vez más a la minería del carbón, no solamente no hubo ningún estrato que marcara el paso sino que además los efectos de la gran industria en el proceso de trabajo siguieron siendo mínimos.

Foster tiene toda la razón al insistir en la relación entre el reformismo y un cambio global más amplio en la naturaleza del capitalismo inglés. Pero la relación que establece no es convincente. Intenta relacionar la aparición del reformismo obrero con argumentos ofrecidos por Lenin en *El imperialismo.* Así, la tendencia general a la exportación de capital que según Lenin (siguiendo los pasos de Hobson) tuvo lugar hacia 1870, es retrotraída a la década de 1840. Incluso cuando este razonamiento se aplica a la Inglaterra de la década de 1870, las pruebas no son concluyentes, pero cuando se aplica a la década de 1840, el argumento es insostenible, y Foster se ve obligado a admitir que «lo que no puede demostrarse tan fácilmente es que esta reestabilización *local* fue parte de un cambio global en la naturaleza del capitalismo inglés, parte de la tendencia hacia un nuevo imperialismo de exportación de capital» [50]. Foster no aporta ninguna prueba directa en favor de su afirmación. Es indiscutible que el levantamiento de la prohibición de exportar maquinaria proporcionó un enorme estímulo al desarrollo de la industria mecánica británica. Pero equiparar la exportación de bienes de equipo con la exportación de capital (Lenin insistió mucho en que se trataba de exportación de capital, no de bienes) es un juego de palabras, y es caprichoso deducir que la Bank Charter Act (Ley de Documentos Bancarios) tuvo mucho que ver con el capital financiero en el sentido leninista. Además, si aplicamos rigurosamente el razonamiento leninista, tendríamos también que hablar del monopolio y las plusganancias coloniales. Pero entonces el razonamiento resultaría totalmente absurdo. Si las actitudes reformistas prevalecían en Gran Bretaña antes de 1870, esto no apunta necesariamente a la existencia de una exportación de capital, sino a un defecto en la relación establecida por Lenin entre reformismo y exportación de capital. No se puede rectificar este defecto situando esa relación treinta años antes, y el intento de encontrarla sólo puede calificarse de devoción descaminada.

[50] Foster, *Class struggle,* p. 250.



Indudablemente hubo una relación entre un cambio en el capitalismo británico y la decadencia de la lucha obrera, y el análisis de Foster la señala. Si la crisis de la industria algodonera fue el resultado del tremendo desequilibrio entre el sector industrializado y el resto de la economía, el final de la crisis fue principalmente el resultado de una nueva fase de industrialización que eliminó, o al menos atenuó, dicho desequilibrio. Si queremos identificar el rasgo más obvio de esta nueva fase del capitalismo industrial, no fue la exportación de capital, sino la construcción de ferrocarriles. Aunque es posible que no desempeñara un papel primordial en Oldham, fue la construcción de ferrocarriles, más que cualquier otra cosa, lo que resolvió la crisis capitalista de la década de 1830 y principios de la de 1840. Atenuó el impacto de la crisis cíclica, estimuló la producción del carbón, hierro, acero y maquinaria y resolvió la crisis de la rentabilidad. Más que ningún otro factor aislado, aseguró la transición a la economía de la gran industria.

Pero los verdaderos factores que resolvieron la crisis deben ser diferenciados de la manera en que dicha resolución fue vivida por la gente. La clase media la atribuyó a las cualiddes de Peel como estadista y a la derogación de las Corn Laws (Leyes sobre Cereales) (aunque en la práctica los efectos inmediatos fueran muy pequeños). Para la clase obrera, los fracasos de la huelga de 1842 y de la manifestación de Kennington Common fueron derrotas desmoralizadoras (aun cuando el cartismo no llegó a su final en 1848, como supone el mito de la clase media). El fracaso

general de las revoluciones de 1848 no hizo sino aumentar esta desilusión. Por encima de todo, ahora parecía asegurada la permanencia del capitalismo industrial, y todos, excepto los más desesperados de los obreros a domicilio, se vieron obligados a adaptarse a este hecho. Una lucha continuada contra el capitalismo necesitaba algo más que lo que las variantes del owenismo y el cartismo podían proporcionar. Implicó el reconocimiento de que no había manera de sustraerse al nuevo sistema industrial y que la única forma de terminar con él era derrocándolo. Implicó también un reconocimiento de que la victoria de la Carta no alcanzaría por sí sola este objetivo. En otras palabras, implicó la aceptación de alguna forma de socialismo.

Pero pocos estaban dispuestos a dar este paso en la situación reestabilizada posterior a 1840 (y quizá en Lancashire algunos años antes). Se prestaban más oídos a O'Connor que a Harney o Ernest Jones, y en Oldham la derrota de 1842 parece haber paralizado el desarrollo político posterior. Foster muestra con gran perspicacia cómo los obreros de Oldham se adaptaron a esta nueva situación y cómo, a consecuencia de esto, desapareció la visión unitaria que había mantenido unida a la clase obrera, sobre todo una vez eliminada la base laboral de una acción común. Foster no sólo estudia sistemáticamente la interrelación entre el movimiento antialcohólico, el cooperativismo, la escuela dominical, el metodismo y la educación de adultos como caldo de cultivo de la aristocracia obrera; también examina el lado oculto de la vida de la clase obrera de Oldham —la taberna, los centros de reunión orangistas, el habla dialectal, el comportamiento «derrochador»— como refugios del sencillo trabajador de la fábrica. Además revela cómo esta nueva estructura de la mano de obra de Oldham otorgó nuevos significados y funciones a las instituciones más antiguas de la clase obrera y a los mecanismos tradicionales de control social. Especialmente impresionante es la forma en que muestra cómo una nueva coraza de instituciones protectoras separaba a la «aristocracia» obrera del contacto con la mano de obra no aristocrática fuera del lugar de trabajo. Por último, expone brillantemente el papel vital desempeñado por el nacionalismo como ideología capaz de unir a unos trabajadores estratificados en términos capitalistas y demuestra cómo se utilizó para «bloquear» un análisis de clase precisamente porque este último «planteaba un desafío devastador a los supuestos protectores tan cuidadosamente erigidos en los años anteriores» [51].

[51] *Ibid.*, p. 242.



Este examen del nuevo modelo político e ideológico de la clase obrera de Oldham resulta impresionante. Libre del formalismo que distorsiona su tratamiento de los períodos de 1790-1820 y 1830-47, en muchos aspectos abre nuevos caminos. En particular, la disección de los «supuestos protectores» de los nuevos tipos de ideología de la clase obrera se acerca mucho más a la esencia del reformismo de mediados de la época victoriana que a la búsqueda de un estrato que marca el paso y el diagnóstico de un imperialismo exportador de capital. Porque estos «supuestos protectores» ocultaban cómo fueron reinterpretadas las luchas de las décadas de 1830 y 1840 sobre la base del compromiso que había puesto fin a la batalla. Este compromiso no fue simplemente el resultado de las propuestas políticas de la burguesía urbana en 1847. Evidentemente implicó un compromiso social más amplio. Estamos de acuerdo con Foster en hacer más hincapié en la eficacia del movimiento cartista que en su impotencia; también estamos de acuerdo con su sugerencia general de que las luchas importantes de la clase obrera tienen un «efecto de trinquete», es decir que ciertos avances, una vez conseguidos, no pueden ser puestos nuevamente en entredicho sin consecuencias políticamente explosivas [52]. Pero no debemos subestimar los logros obtenidos a cambio por la burguesía.

## BALANCE FINAL

La aceptación del principio de la jornada laboral regular había sido una indudable victoria de la clase obrera en esta batalla. No sólo situó la explotación dentro de unos límites prescritos, sino que fue también la primera gran victoria de la política económica de la clase obrera e indicó las nuevas relaciones políticas entre los trabajadores y el Estado por las que habría que luchar en las condiciones de la gran industria. Pero más allá de esto, es difícil hablar inequívocamente de victorias de la clase obrera en el período cartista. Es cierto que los cartistas forzaron indirectamente un realineamiento del capitalismo británico. La mejor prueba de ello son las medidas del gobierno Peel (aunque aquí es difícil separar el efecto de la actividad cartista de la presión directa de los manufactureros). Por el contrario, hay que admitir que la batalla global por el control de la producción había tenido un final feliz para los capitalistas de Oldham. Sólo hicieron concesiones en esta área después de haber ganado la batalla.

[52] *Ibid.*, p. 6.

Y es tentador, aunque especulativo, sugerir que sólo fue posible hacer las concesiones políticas de la liberalización cuando las condiciones del libre desarrollo de la gran industria estuvieron aseguradas. Con esto no negamos la eficacia del cartismo. Pero lo que mantuvo unido a éste no fue simplemente un conjunto de reivindicaciones políticas, sino la visión de una economía y una sociedad diferentes. No es de extrañar que el movimiento se debilitara cuando las visionarias esperanzas puestas en la Carta fueron destruidas o abandonadas. Esto parece explicar la pérdida de iniciativa política de los militantes políticos de Oldham a partir de 1842, aunque hasta 1847 no les fue arrebatado su control político formal. En 1847, cuando los capitalistas de Oldham comenzaron a hacer concesiones, los tejedores manuales habían desaparecido, la lucha de los hilanderos estaba prácticamente resuelta y los mecánicos estaban perdiendo terreno. Tampoco habría que exagerar las concesiones que acompañaron a la liberalización. Sólo fueron realizadas a nivel nacional a finales de la década de 1860, época en la que distinción leninista entre lucha política y lucha económica era una realidad general, al menos en los principales sectores industriales británicos.

Lo que en realidad había sucedido era que, a cambio del reconocimiento de ciertos puntos políticos del programa del proletariado, la burguesía de Oldham había obtenido una aceptación *de facto* de las nuevas relaciones de producción del capitalismo industrial [53]. Por supuesto, este cambio difícilmente habría ocurrido sin la resolución de la crisis de la industria algodonera, la expansión de la industria mecánica y la reestabilización del proceso de trabajo. Pero tampoco habría podido ocurrir sin la derrota política del cartismo a nivel nacional. Muchos de los elementos que Foster identifica con la aristocracia obrera, como, por ejemplo, el autodidactismo, el antialcoholismo, el cooperativismo, habían estado presentes en el movimiento cartista, pero habían sido utilizados para diferentes fines. Privados de un horizonte político general, se hicieron fácilmente compatibles con el reformismo o se convirtieron en un simple distintivo de un estatus superior. Lo mismo sucedió con las luchas económicas. Los mineros de Oldham continuaron librando durante la década de 1850 una batalla laboral activa pero carente ya de intencionalidad política.

A la inversa, la renovada estabilidad de la industria mecánica y la algodonera, especialmente esta última, reforzó el conservadurismo de los «supuestos protectores» analizados por Foster. El algodón, el sector que había sido la punta de lanza de la gran industria en la primera mitad del siglo XIX, mostraba signos crecientes de conservadurismo técnico, como lo atestiguaba la supervivencia de los hilanderos (no está claro hasta qué punto esto tiene relación con el período anterior de la lucha de clases). La división sexual del trabajo recobró su pasada coherencia y la familia de la clase trabajadora recuperó una aparente rigidez. En el contexto general de la aparente invulnerabilidad de Gran Bretaña como taller del mundo, el ritmo de la transformación industrial se hizo más lento. Sin embargo, aunque Marx tenía razón en general cuando afirmaba que el progreso de la gran industria tendía a eliminar las divisiones sectoriales de la mano de obra, de hecho (incluso en la industria mecánica avanzada) aparecieron y se consolidaron diferencias y demarcaciones nuevas que incluían distinciones no sólo entre aristocracia y no aristocracia, sino también entre ingleses e irlandeses, entre hombres y mujeres. No se había olvidado la combatividad de clase del período anterior, pero fue canalizada hacia una forma más limitada de laborismo que llevaba en su seno un momento inequívocamente conservador y nacionalista. En este sentido, deberíamos tratar de comprender la decadencia de la lucha de clases tras el período cartista no sólo en función de la deserción de los dirigentes de la aristocracia obrera, sino también de la consolidación de una nueva estructura que incluía a la totalidad de los trabajadores en el contexto de la aparente inevitabilidad del capitalismo. Solamente en estos términos se puede comprender la relativa estabilidad política del núcleo de la industria británica en muchos lugares hasta los años anteriores a la primera guerra mundial.

Foster señala que su libro es «experimental». Hay que destacar que las propuestas que ofrece van mucho más allá. Lo verdaderamente importante es que Foster no sólo ha reabierto un gran número de debates históricos importantes, sino que también ha redefinido los términos en los que muchos de ellos tendrán que ser planteados a partir de ahora. Su libro representa un paso importante en la interpretación de la historia británica y en los métodos marxistas de análisis histórico. Por la magnitud y escrupulosidad de su «experimento» todos le estaremos profundamente agradecidos.

[53] Para algunos de los efectos de este proceso en Londres, véase el capítulo 4 de este libro.

## 2. ¿EXPRESION DE CLASE O CONTROL SOCIAL? CRITICA DE LAS ULTIMAS TENDENCIAS DE LA HISTORIA SOCIAL DEL «OCIO»

Es relativamente reciente el interés sistemático de los historiadores sociales por el esparcimiento popular y el debate sobre la utilización del ocio. Las primeras investigaciones sobre el tema apenas van más allá de finales de la década de 1950; y sin duda, la progresiva atención que los historiadores han prestado al tema se debe en gran medida al creciente recurso a la sociología y la antropología para definir problemas dignos de una investigación histórica. El volumen del trabajo realizado en esta área ha alcanzado actualmente un nivel que permite retroceder para hacer al menos algunos juicios provisionales sobre la manera en que los problemas parecen haber sido concebidos y examinar hasta qué punto los instrumentos conceptuales utilizados han sido adecuados para plantear las preguntas oportunas o para resolverlas [1].

Pero antes de examinar los conceptos empleados, hay que destacar en primer lugar que el conocimiento de esta área es

[1] Este artículo fue una ponencia presentada en la conferencia «The working class and leisure» organizada por la Society for the Study of Labour History en la Universidad de Sussex en el otoño de 1975. El texto no ha sido tocado, excepto algunos cambios estilísticos menores a fin de hacer el tema más comprensible para el lector en general. Se ha incluido en este volumen porque se pensó que el análisis del concepto de «control social» poseía una relevancia histórica más amplia. (Ni que decir tiene que estas observaciones se aplican también a mi *Outcast London*, 2.ª ed., Londres (1984).) Pero en la medida en que el texto se ocupa de las tendencias de la investigación sobre el esparcimiento popular, no se ha intentado ponerlo al día.

Las investigaciones que se mencionan aquí fueron ponencias presentadas en la conferencia de Sussex. Puede conseguirse la colección completa de las ponencias presentadas en esta conferencia en la Universidad de Sussex, a través del préstamo interbibliotecario. Además de éstos, otros dos estudios especialmente importantes sobre este tema son: R. W. Malcolmson, *Popular recreations in English society 1700-1850*, Cambridge (1973); y Brian Harrison, «Religion and recreation in nineteenth-century England», *Past and Present*, 38 (1967).



todavía muy irregular. Han surgido determinados temas muy definidos, lo cual ha estimulado la investigación por unas pocas vías muy trilladas, mientras quedaban desdibujadas grandes zonas del mapa. La investigación ha tendido a concentrarse en los adelantes de una racionalidad capitalista metódica y en la desaparición o decadencia de las formas tradicionales de esparcimiento popular como secuela de ello. Los problemas que no pueden acomodarse tan fácilmente dentro de los términos de esta yuxtaposición han tendido a ser pasados por alto. Por ejemplo, no hay un estudio a fondo de en qué medida los cambios en la división sexual del trabajo antes, durante y después de la industrialización originaron nuevos modelos de ocio, sexualmente segregados, o incluso del mismo modelo de segregación. Hay unas cuantas ideas seductoras —los hombres pasaban el lunes que faltaban al trabajo bebiendo y las mujeres fregando—, pero en general podemos decir que está todavía por explorar la relación entre la mitad de la clase obrera y el «ocio».

También hay otras áreas que, si no desconocidas, están sin duda escasamente presentes en la aproximación dominante al tema. Se ha prestado mucha más atención a las formas en que los empresarios o las clases propietarias intentaron cambiar los usos populares del tiempo de ocio que a las formas en que artesanos o activistas de la clase obrera intentaron organizar su tiempo libre o pretendieron reorientar el uso que otros hacían de este tiempo. Por supuesto, se sabe algo acerca de las actitudes hacia la cultura popular de los niveladores [*levellers*], jacobinos, owenistas, cartistas, radicales campesinos, sindicalistas y socialistas inconformistas. En algunos casos se ha hecho un trabajo extraordinariamente bueno. Pero en general no se ha integrado en las aproximaciones dominantes al esparcimiento popular y obrero.

Como consecuencia de este conocimiento o acento desigual, el cuadro acumulativo que la investigación ha trazado del esparcimieno y el ocio populares carece de perspectiva. El primer plano, vivamente delineado, está ocupado por los reformadores morales puritanos, metodistas y evangélicos, personas acomodadas que decidían a dónde dirigir su mecenazgo, magistrados prescientes, empresarios calculadores, élites municipales salaces, taberneros emprendedores y comerciantes de ocio racionalistas. Detrás de este grupo llamativo podemos distinguir los rasgos borrosos y bastante indiferenciados de las masas rurales y urbanas. Una o dos veces, una «llamarada de conflicto de clase» ilumina sus perfiles, generalmente tenues. Momentáneamente pueden discernirse unas formas de resistencia. Pero dado que,

a esta distancia en el tiempo, por lo general sólo pueden encontrarse pruebas de su resistencia en actividades no verbales —por ejemplo, un almiar quemado, o una batalla campal callejera—, es difícil situar esas «llamaradas» en su contexto. Es como si los únicos documentos de la burguesía procedieran de los tribunales de quiebros o las únicas pruebas sobre el matrimonio de las peticiones de divorcio. Es un gran paso adelante haber abierto esta vasta área de la historia social —que en teoría nos permite reexaminar una gran parte de la historia del trabajo a la luz de un conocimiento mucho más amplio de las ideologías de los aldeanos pobres, los artesanos rurales, los trabajadores manufactureros, los obreros de las fábricas y los eventuales—, pero sería muy peligroso suponer que nuestro conocimiento de esas ideologías y de las situaciones materiales en las que se articulan está en algo más que en un estado muy primitivo.

Algunos de los mejores estudios han reconocido esta ignorancia y han admitido que si se quiere plantear correctamente el problema, la defensa del acusado no puede ser satisfactoriamente deducida ni siquiera de la lectura más perspicaz de los testimonios que nos aporta la acusación. Pero no todos los trabajos han escapado a la tentación de traducir por pasividad histórica el silencio de los archivos. El complejo cuadro del desarrollo capitalista, las relaciones de clase y el «ocio» parece inclinarse excesivamente en una dirección, lo que se suma a la relativa ausencia de estudios que examinan los intentos de la clase obrera por determinar el uso de su tiempo libre. Es como si el conflicto de clases en Inglaterra hubiese sido un asunto en gran medida unilateral, manejado por el capitalismo y sus representantes; como si las masas urbanas y rurales, al igual que el niño recién nacido de la psicología de Locke, fueran simplemente una página en blanco en la que las sucesivas etapas del capitalismo hubieran conseguido dejar su huella. Tenemos un cuadro extrañamente similar en ciertos aspectos al panorama gris, secularizado, burocratizado y racionalizado que pintó Max Weber: una lúgubre progresión que va desde el pobre aldeano privado de sus costumbres lugareñas, pasando por el minero de Padstow forzado a cambiar su afición al caballo por el himno metodista, el pobre londinense obligado a abandonar la espontaneidad de la reunión con los amigos por el decoro «controlado» del Palace of Variety, el rústico bebedor de té de Whitsun que disfruta obedientemente de sus nuevas formas de esparcimiento racional bajo la benévola mirada del párroco y el hacendado, el artesano eduardiano que se pone cuello duro, corbata y su mejor traje para ver un partido de fútbol, y así sucesivamente, hasta llegar al obrero no cualificado de entreguerras que ejerce la última libertad que le queda —rellenar el boleto de apuestas— y el proletario alienado de la posguerra que cambia su conciencia de clase por el modesto y vicario partidismo ofrecido por los juegos olímpicos televisados y el «partido del siglo».



Este cuadro no es simplemente el resultado de la escasez de fuentes ni la consecuencia de haber esperado demasiado de la primera fase de la investigación. El problema es ante todo conceptual. Los historiadores han realizado alguna conquistas reales cuando se han visto obligados a abordar los problemas planteados por los sociólogos y los antropólogos. La consecuencia ha sido una enorme ampliación del campo histórico. Pero sin duda ha llegado el momento de que los historiadores comiencen a prestar más atención crítica a los conceptos que la sociología ha puesto a su disposición. Con demasiada frecuencia estos conceptos han sido aceptados pasivamente, como si no fuesen más que inofensivos mecanismos heurísticos sin consecuencias más allá del significado de las mismas palabras.

En realidad, éste no suele ser el caso. El uso vulgar, vago, de un término sociológico tiende a ser, cuando se examina más detenidamente, circular o estrictamente carente de sentido: un mero gesto bien intencionado en dirección a un rigor inexistente. Por el contrario, cualquier intento de uso sistemático entrañará un marco interpretativo y explicativo definido, que no se puede manipular a placer. Cuando los historiadores, en su búsqueda de un marco conceptual mayor dentro del cual puedan situar sus investigaciones, pasan de un estrecho empirismo a un eclecticismo teórico, pueden caer fácilmente en todo tipo de senderos resbaladizos que previamente no tenían intención de recorrer.

Un ejemplo evidente de esto ha sido el frecuente recurso al concepto de «control social». Es una expresión que encierra un significado obvio y plausible. Parecería razonable que los que poseen poder y autoridad en la sociedad tuvieran interés en imponer, mantener o reimponer el «control social», y muchos han usado la idea de «control social» en esta forma vaga y vulgar. A veces parece casi darse por supuesto que el concepto es de procedencia marxista, al ser el control algo que por definición administra de forma continuada la burguesía, en dosis cada vez más fuertes, a un proletariado errante pero gradualmente domesticado.

No es difícil demostrar que la utilización ocasional de la metáfora del «control social» conduce a la falta de interpretación

y de coherencia. No hay ninguna institución política o ideológica que, en algún sentido, no pudiera ser considerada como un órgano de control social. No hay en la expresión un indicio de quiénes podrían ser los agentes o instigadores del control social; ni un indicio del mecanismo común por el que se aplica ese control; ni un criterio constante por el que podamos juzgar si el control social se ha roto; ni, por supuesto, conflicto, ya que esto podría ser en última instancia o incluso de forma inherente, un medio de reforzar la conformidad. Finalmente, tampoco hay una norma fija por la que podamos saber cuándo se ha reimplantado el control social. Dado que el capitalismo está todavía vigente, podemos suponer impunemente, si así lo deseamos, que en todo momento, en los últimos trescientos años, los mecanismos de control social han estado operando con efectividad.

Si una alusión ocasional al «control social» resulta vacua, también está claro que dicho concepto no puede ser meramente equiparado a una interpretación marxista. La expresión control social sugiere una metáfora de equilibrio estático, que podría ser alterado y después reasegurado sobre una nueva base. Sugiere por consiguiente tres estados sucesivos, un funcionamiento inicial, un período de ruptura y un renovado estado de funcionamiento. Incluso si nos detenemos en este punto, podemos observar una incompatibilidad básica con cualquier interpretación marxista. Porque si deseamos verdaderamente adoptar una explicación marxista, es imposible llevar a cabo esta separación mecánica de períodos de control y ruptura. Un modo de producción es, de modo irreductible, una unidad contradictoria de fuerzas y relaciones de producción. Dado que, para sobrevivir, las relaciones de producción deben reproducirse continuamente, la contradicción encarnada en dichas relaciones se reproduce continuamente. La contradicción no está presente de forma episódica, sino continua; el antagonismo entre los productores de plusvalor y los propietarios y controladores de los medios de producción que extraen el plusvalor es un rasgo estructural y permanente. Por eso, el conflicto de clases es un rasgo permanente, no un signo de ruptura, y las condiciones en las que el conflicto de clases asume formas revolucionarias o explosivas guarda sólo un remoto parecido con el tosco concepto expresado por la frase «ruptura del control social».

Quizá una sencilla ilustración aclare esta diferencia. En algunas interpretaciones del surgimiento y desarrollo del esparcimiento racional la red de ferrocarriles del siglo XIX es presentada acríticamente como un agente de progreso material y moral que transportaba obreros sobrios a la playa, despertaba una



inocua admiración ante las bellezas de la naturaleza, disminuía las tentaciones del alcohol y el juego, y así sucesivamente. En otras palabras, si bien es cierto que los reformadores de las costumbres abandonaron la coacción por una «estrategia de contraatracción», este éxito fue obra de un empresario cuya búsqueda de ganancias había llevado a la creación de una magnífica tecnología del progreso moral. Pero esto es sólo una de las formas de considerar el ferrocarril. Porque la construcción de estaciones y el trazado de nuevas líneas por parte de esos mismos empresarios provocó la demolición arbitraria de amplias zonas de viviendas pobres y el desahucio perentorio de decenas de miles de personas. Por eso, si en cierto sentido el desarrollo del ferrocarril fue un refuerzo de las nuevas «formas de control social», fue al mismo tiempo un agente generador de nuevos problemas de «control social».

Tal vez sea más pertinente para la confusión provocada por la mezcla de conceptos marxistas y nociones de control social el argumento siguiente: los reformadores morales, los partidarios del descanso dominical, los metodistas, los entusiastas de la abstinencia alcohólica y los miembros de organizaciones benéficas no fueron, a fin de cuentas, los auténticos agentes responsables de la imposición de nuevas formas de control social. A pesar de todos sus esfuerzos siguieron siendo los defensores de causas minoritarias, fastidiosos tanto para los obreros como para el grueso de la clase media. Los verdaderos instigadores de las nuevas y más eficaces formas de control social fueron los capitalistas del ocio. La domesticación de las nuevas clases obreras industriales no fue obra de Wesley, Wilberforce, Samuel Smiles u Octavia Hill, sino de Charles Morton, Lord Northcliffe y Alfred Littlewood. Pese a la intención declaradamente anticapitalista de este razonamiento —la convicción de que la armonía de clases es un estado de cosas antinatural e indeseable—, me parece que se asemeja a una versión remozada de la «mano invisible» de Adam Smith. La avaricia y los vicios privados de los capitalistas crean, sin saberlo ellos, mecanismos cada vez más eficaces para amortiguar, canalizar o desviar la conciencia de clase de los obreros, ya que el método más eficiente de control social es la capitalización del mercado de ocio. Sea cual fuere el valor de este argumento, ciertamente no es marxista porque, al igual que Adam Smith, reduce el capitalismo al mercado y da por supuesto que las ideologías predominantes dentro de la clase obrera no son, en ningún sentido fundamental, articulaciones de sus relaciones de producción en el marco capi-

talista, sino el resultado de su situación como consumidora de ocio.

Antes de adentrarnos en el análisis de las consecuencias de emplear un concepto de control social vulgar y vago en combinación con otros conceptos finalmente incompatibles con él, debemos examinar los usos lógicos sistemáticos del término, puesto que así seremos más conscientes de los peligros de tomar prestado un término cuyas credenciales, genealogía e implicaciones ignoramos.

Las dificultades de los historiadores que intentan dar algún significado al término son confirmadas sobradamente por un examen de la teoría. El concepto fue popularizado por primera vez en la sociología americana por Edward A. Ross, quien, en 1901, escribió un libro titulado *Social control. A survey of the foundations of order*. En él se pretendía sociologizar a Darwin en el marco del darwinismo social. Ross sustituyó la interacción entre organismo y naturaleza por la interacción entre individuo y sociedad. En esta teoría, lo que la sociedad tiene que controlar es la naturaleza animal del «Hombre». La tendencia del «Hombre» a perseguir su propio interés aun a costa de una guerra de todos contra todos debe ser corregida por medio del aprendizaje o la selección. El concepto de Ross era bastante similar a la *conscience collective* de Durkheim, que también podía limitar la «vitalidad» de los hombres con una fuerza directamente proporcional a la intensidad de la interacción en torno a sus formas específicas. A un nivel primario se asignaba esta fuerza a la familia, el matrimonio y la religión, mientras que a nivel secundario las asociaciones profesionales actuaban de forma similar para contrarrestar la anomia endémica en la vida económica.

El concepto de control social de Ross —un elemento de coacción social que refrenaba la parte animal más oscura del Hombre— fue recogido por Robert Park y los sociólogos de Chicago de comienzos del siglo XX. Como he sugerido, el estado trivalente que la palabra implica es la forma en que se desarrolló el concepto. El primero era el estado de «orden natural», surgido según Ross de la fusión espontánea de la personalidad y la sociabilidad del hombre, por un lado, con su sentido de la justicia y su capacidad de resentimiento, por otro. Este «orden natural» era similar a lo que otro sociólogo americano, Charles Horton Cooley, describía en 1909 como el «grupo primario». Si esta era la primera fase, la segunda era la ruptura, estado que, según los sociólogos de Chicago, tenía su origen en la urbanización, la



inmigración, la ruptura de la pequeña comunidad en grupos competitivos y la pérdida de eficacia de la selección natural (de la que, dicho sea de paso, se afirmaba que era responsable del progresivo número de «idiotas o lunáticos morales», personas que, según Ross, «no pueden ponerse en el lugar de otro, lo mismo que una fiera salvaje no puede comprender la angustia de su víctima»). La tercera fase es, evidentemente, la recreación de un orden moral racional que sustituya al orden natural hecho inviable por la heterogeneidad y la densidad crecientes de la población: un proceso que Parker concibió como el paso de los medios primarios de control social, tales como la familia, el vecindario y la comunidad, a los medios secundarios de control, tales como la policía, el aparato político y los tribunales.

Si la primera forma del concepto de control social es considerada poco sugestiva, la segunda versión, popularizada por Talcott Parsons, no resulta mucho más atractiva. Su concepto de control social se deriva de una teoría sistemática de la marginación. De nuevo tenemos aquí un proceso en tres etapas, pero en esta ocasión de carácter más psicológico que biológico. La primera fase es el funcionamiento normal de las expectativas de actuación. La desviación (segunda fase) no es el resultado de la vitalidad, sino del aprendizaje obtenido de pasadas interacciones, de factores específicos de la personalidad o de las presiones y oportunidades de situaciones inmediatas de interacción. Cuando se frustran las expectativas de actuación, es probable que la motivación del actor genere una ambivalencia que puede conducir a (a) una pérdida del apego a un objeto o modelo, (b) una expresión compulsiva de una sola cara de la ambivalencia, o, lo que es más frecuente, (c) un estado levemente esquizoide en el que los resultados de la cara normal y de la alienada están segregados en el tiempo y el lugar.

La desviación puede ser un peligro para la sociedad, sobre todo cuando los desviados se agrupan, pero Parsons ve en su ambivalencia una fuente última de control social y en los puentes que unen a los grupos radicales o utópicos con la corriente principal un modelo de valores. Esos puentes, según Parsons, permiten a muchos miembros de organizaciones desviadas abandonarlas después de una estancia más o menos larga en ellas. Una vía alternativa de retorno a la tercera fase (funcionamiento normal) es permitir una desviación parcial: es el caso de la institución secundaria, como la cultura juvenil o el juego organizado, que permite una cierta desviación con respecto al modelo de valores dominante, pero mantiene a los participantes integrados dentro del mismo. Al permitir la expresión de algunos

sentimientos alienados, pueden hacer que los «actores» se conformen de nuevo a la norma.

Este modelo psicoterapéutico puede aplicarse a cualquier proceso de conducta social. Normalmente, se tomarán medidas estructurales para «eliminar» tensiones que pudieran desencadenar una conducta desviada. Normalmente, grupos primarios como la familia cumplen ese papel. Otras modalidades son las instituciones relacionadas con el espectáculo y el juego a través de las cuales se asegura la catarsis de los impulsos antisociales. En este sentido se citan las fiestas, los carnavales o los espectáculos de masas. No realizaré un análisis de esos modelos sociológicos de control social. Baste decir que ambos son modelos funcionalistas cuya referencia primaria sigue siendo la interacción entre unos individuos y un organismo social. No se parte de un sistema de clases antagónicas basado en la explotación, sino, por ejemplo, de una comunidad urbana y una subcultura obrera. La contradicción no es el estado normal de este sistema, ya que se trata de una *comunidad*. La ruptura es analizada en términos de patología biológica o psicológica. De esto puede deducirse que un intento de relacionar la idea de control social con alguna teoría marxista o semimarxista del desarrollo del capitalismo, no daría buenos resultados.

Son pocos los historiadores que se confiesen funcionalistas, pero no es raro que los historiadores sociales adopten inconscientemente los modelos funcionalistas que he descrito. Esto es, en parte, consecuencia de los problemas técnicos de la profesión de historiador. El problema del historiador es en general que sabe mucho de una sola época, lo que provoca una relativa ignorancia de lo que viene antes o después. Por eso es muy fuerte la tentación de empezar por algo llamado «sociedad tradicional», como hace Malcolmson en un libro muy interesante sobre los pasatiempos populares en el tiempo de ocio o como Edward Thompson dejaba entrever cuando escribía sobre la economía moral de las masas en el siglo XVIII. En este contexto es muy útil saber, gracias a las investigaciones de Keith Wrightson, que muchas de las características que suelen citarse de la aldea del siglo XVIII no eran tradicionales, sino nuevos atributos introducidos a partir de 1640. Pero esto hace que nos preguntemos hasta qué punto eran en realidad tradicionales las costumbres que Wrightson describe como objeto de ataque a partir de 1552. El historiador del derecho T. F. T. Plucknett demostró en cierta ocasión que el término medieval «costumbre de tiempos inmemoriales» no tiene por qué significar de más de veintiún años. Sin duda, el historiador debería abstenerse de llamar «sociedad



tradicional» a la historia que no conoce. En mi opinión, este hábito pernicioso ha sido una de las muchas consecuencias desafortunadas de las teorías sociológicas de la modernización.

Asimismo, los historiadores están a merced de su ignorancia de lo que viene después del período concreto en el que son expertos. Aquí hay de nuevo una tendencia espontánea a pensar que se ha establecido un nuevo equilibrio, equilibrio que, una vez más, es tentador considerar como el resultado de la imposición de un control social.

En mi opinión, este terreno es incluso más peligroso que el del concepto de «sociedad tradicional». Porque el control social hace pensar en un proceso de «asimilación», «adaptación», «aburguesamiento»; o, si se desea exhibir unas credenciales revolucionarias, se puede hablar de la «hegemonía burguesa», del reestablecimiento de la «falsa conciencia» o incluso de la «desublimación represiva». Lo curioso de esos términos es que, aunque marquen una cierta distancia moral con respecto a la complacencia apologética de la teoría funcionalista, no rompen en absoluto con sus ataduras teóricas. Afirmar que una totalidad funcional se basa en la alienación no es sino añadir un epíteto de condena política o moral. No cambia la relación causal entre los términos de esa totalidad funcional. Sencillamente se transforman los signos «más» en «menos». Podemos considerar, por ejemplo, que el deporte es un escape saludable para la libertad y la espontaneidad, como hace el sociólogo Eric Dunning; o que representa un uso intrascendente del tiempo de ocio que refuerza la conciencia alienada engendrada por el lugar de trabajo. Pero con ello no se impugna el análisis funcionalista del deporte.

Esta sobrestimación del funcionamiento del control social —por el que normalmente se entiende control ideológico— va a menudo acompañada de otra tendencia que se encuentra con frecuencia en el pensamiento sociológico: el uso de los «tipos ideales» sacados de Weber o, si se quiere otra vez invocar una ascendencia marxista, el enfoque de la conciencia de clase asociado por Lukács. Del mismo modo que Weber nos ofrece un cuadro idealizado, por no decir fantasioso, del capitalista *racional*, Lukács nos ofrece una idealización homóloga del proletario *revolucionario*. En este último caso, el resultado es un modelo surrealista de la conciencia de clase proletaria revolucionaria que jamás se ha visto en la historia real. Para los que abogan por este modelo, el problema es descubrir por qué la historia se ha desviado de él, y a menudo responden recurriendo al concepto de hegemonía, que en algunas de sus acepciones más recientes actúa de manera parecida al concepto funcionalista de

control social pero con una terminología de clase añadida. La idea de hegemonía de Gramsci es ciertamente útil en la medida en que hace que nos fijemos en las instituciones a través de las que se transmite la ideología dominante. Pero sólo puede dar una respuesta tautológica a una falsa pregunta si se utiliza para explicar la ausencia de una conciencia de clase proletaria revolucionaria en el sentido previsto por Lukács. En el mismo Lukács, la clase obrera tiene una conciencia revolucionaria de clase o no tiene conciencia en absoluto (es decir, habita en el mundo de la reificación y posee únicamente una «falsa conciencia»). Por lo tanto, a sus discípulos sociológicos modernos no les cuesta mucho traducir esta yuxtaposición de términos por un proceso histórico de transición en el que los proletarios, originalmente revolucionarios, son «asimilados» a través de los mecanismos del «control social» o la hegemonía burguesa.

En un análisis del tiempo de ocio, los resultados de este tipo de enfoque son especialmente absurdos: a no ser por el eficaz mantenimiento del control social, por la hegemonía de la burguesía, por la confiscación capitalista del tiempo de ocio o por cualquier otro instrumento ideológico al que el analista asigne esta función, sería de esperar que los obreros cantaran canciones revolucionarias y prepararan la insurrección. El motivo por el que no lo hacen es que su supuesta conciencia de clase les ha sido confiscada y desviada hacia determinados canales de mantenimiento del sistema: por ejemplo, el chovinismo, el deporte o el consumismo.

La pregunta que debemos plantear es qué explican en realidad esas teorías. Hace mucho tiempo, el historiador Elie Halévy sostenía que la influencia ejercida por el metodismo sobre la clase obrera había impedido una revolución en Inglaterra a principios del siglo XIX. Desde que se propuso esta tesis por primera vez, el análisis pormenorizado de las pruebas ha demostrado que no explica ni la periodicidad del sentimiento revolucionario ni su geografía. La tesis de Halévy no era en modo alguno absurda, ya que el metodismo era un candidato muy plausible para el papel que él le atribuía. Pero si no se puede demostrar de manera plenamente convincente que el metodismo impidió la revolución, ¿qué decir del fútbol? Es muy interesante descubrir, gracias a las investigaciones de John Hutchinson sobre las masas de aficionados a este deporte antes de 1914, que Glasgow fue uno de los primeros centros del fútbol como espectáculo deportivo de masas. Partiendo de los supuestos del argumento anterior, podríamos esperar que sus obreros fueran especialmente dóciles. Pero lo que ciertamente no esperaríamos es encontrar que, pocos años más tarde, durante la primera guerra mundial, la ciudad se había convertido en el centro más combativo e incluso insurreccional.



Es muy importante investigar el tiempo libre y las diferentes maneras en que los obreros lo han utilizado. Pero sería un error garrafal convertirlo en un tema por derecho propio. El mayor «control social», si se quiere utilizar el término, de que dispone el capitalismo es la propia relación salarial: el hecho de que, para vivir y reproducirse, el obrero o la obrera tiene que revender perpetuamente su fuerza de trabajo. La necesidad de conseguir trabajo, de seguir siendo apto para el trabajo y de ganarse la vida es mucho más importante que cualquier ideología consumista envasada que consiga inmiscuirse en el período nocturno o semanal de descanso y recuperación del obrero. El tiempo de ocio está claramente condicionado por el tipo y el horario de trabajo. Estudiar el ocio como un tema independiente es peligroso al menos en dos aspectos.

En primer lugar, muchas de las batallas libradas en torno al ocio en la primera mitad del siglo XIX no fueron más que epílogos de batallas libradas durante la semana laboral. La introducción de un nuevo proceso de trabajo cambió a menudo el horario y la intensidad del trabajo, así como su estacionalidad. Si fracasaron las formas de resistencia sindicalistas y de otros tipos, no es de extrañar que la lucha por mantener el antiguo modelo de ocio, basado en un proceso de trabajo anterior perdiera rápidamente su sentido. Resulta interesante saber que las luchas por la transformación del esparcimiento popular hasta ahora investigadas fueron sucesos aislados. Parece incluso que las peleas provocadas por el fútbol callejero en Derby a principios de la década de 1840 duraron sólo tres o cuatro años. Lo típico es que, mientras que las huelgas suelen ser unánimes, las luchas por el esparcimiento populares estén divididas. El hecho mismo de que el esparcimiento popular tradicional apenas fuera defendido verbalmente no se debió sólo a que los partidarios del esparcimiento racional monopolizaran los medios de comunicación. Se debió a que los mismos obreros no se ponían de acuerdo sobre si merecía la pena defender las formas tradicionales de esparcimiento. Por regla general, el sector políticamente más articulado de la mano de obra local no salió abiertamente en su defensa. Esta actitud no debe resultarnos especialmente sorprendente, a menos que creamos que la industrialización fue un error. Los owenistas y los cartistas no se opusieron a la

máquina de vapor en sí, sino al control por el capitalista de la máquina de vapor y a su utilización sistemática para sobrecargar de trabajo a sus empleados. La respuesta fue terminar con el control capitalista del trabajo o apoderarse del Estado que sostenía al capitalista. No sólo el esparcimiento tradicional ocupó un lugar subordinado en esta batalla, sino que muchos activistas políticos consideraron que esos pasatiempos tradicionales eran contraproducentes para la formación de una clase obrera capaz de librar esa batalla. Algunos de ellos debieron de considerar esos pasatiempos tradicionales del mismo modo que, en la década de 1960, los militantes del poder negro consideraron a menudo los aspectos más celebrados de la cultura negra tradicional como rasgos injuriosos para la dignidad del pueblo negro, como parte del síndrome simbolizado por el «Tío Tom».

El segundo peligro de estudiar el ocio de modo independiente está una vez más relacionado con la primacía del trabajo —y de las relaciones sociales dentro de las que éste se realiza— para determinar la posición de clase y para articular las actitudes de clase. Estudiar el ocio y el esparcimiento popular como un tema aparte —sobre todo si intentamos concebirlo en función de una polarización entre «expresión de clase» y «control social»— entraña el peligro real de politizar excesivamente el ocio como escenario de lucha. Las instituciones relacionadas con el ocio que seguían siendo esenciales para los obreros —las tabernas, por ejemplo— fueron defendidas con uñas y dientes. Pero otras fueron abandonadas sin apenas resistencia, porque habían dejado de tener sentido. Es verdaderamente peligroso interpretar la desaparición de las formas de esparcimiento preindustriales simplemente como una enorme derrota. Algunos historiadores han trazado un paralelismo entre las huelgas y las luchas por el esparcimiento popular. Hay que poner también de manifiesto su profunda disparidad. La lucha en la fábrica es inherente a las relaciones de producción. Toda argumentación sobre la asimilación encuentra aquí un terreno movedizo. Las luchas en torno al tiempo de ocio no encierran ese antagonismo intrínseco. El objetivo fudamental de un día festivo no es político: es divertirse, ya que mañana habrá que trabajar. Atribuir al esparcimiento una forma simbólica de conflicto de clases —o, al contrario, de canalización o diversión de una conciencia de clase— conduce precisamente a la irrupción de teorías de la asimilación para explicar por qué los obreros parecen haber aceptado la capitalización del ocio con aparente pasividad. Claro que los carnavales, las ferias o los partidos de fútbol pueden convertirse en ocasión de luchas sociales importantes. Así ha ocurrido con frecuencia. Pero en casi todos los casos descubriríamos que actuaron como ocasión o catalizador de los acontecimientos que desencadenaron y no como causa. Para terminar, descubriríamos que cuanto más buscásemos esas causas, más lejos nos hallaríamos de la tentadora aunque tautológica pareja expresión de clase/control social.

## 3. RECONSIDERACION DEL CARTISMO

¿Quiénes eran los cartistas? En la introducción a la Petición de 1842, Thomas Duncombe expresaba el punto de vista de los propios cartistas: «Los que inicialmente fueron denominados radicales y después reformadores, son llamados ahora cartistas» [1]. Pero el grueso de la opinión contemporánea nunca aceptó esto. Desde el momento en que surgió el cartismo como un movimiento público, lo que prendió en la imaginación de los contemporáneos no fueron los objetivos y la retórica formalmente radicales de sus portavoces, sino el nuevo y amenazador carácter social del movimiento. Un movimiento independiente, a nivel nacional, de las «clases obreras» que blandían lanzas en las concentraciones a la luz de las antorchas para defender sus «derechos» era un acontecimiento sin precedentes, y cualquiera que fuera la forma oficial en que se identificara el cartismo los observadores contemporáneos no podían abstenerse de proyectar en él unos motivos y sentimientos más oscuros, inconfesables. La distinción de Thomas Carlyle entre «la encarnación incoherente y confusa del cartismo» y su «esencia viva [...] el amargo descontento intensificado y enloquecido, la mala situación o la mala disposición de las clases obreras de Inglaterra», con su implícito abismo entre la definición real y la definición formal del cartismo, fijó los términos de la respuesta predominante, cualquiera que fuera la definición exacta de esos términos [2]. Los cartistas alegaron en vano su respeto a la propiedad [3]. En el debate sobre la Petición de 1842, Macaulay dedujo la posición del cartismo con respecto a la propiedad de la composición social de su electorado. Aceptar la Petición equivaldría a confiar el gobierno a una clase que sería incitada a «perpetrar grandes y sistemáticas incursiones contra la seguridad de la propiedad. ¿Cómo es posible que según los principios de la naturaleza humana, si les damos ese poder, no lo utilicen al máximo?» [4]. Incluso los observadores más comprensivos de la clase media ignoraron prácticamente los argumentos políticos de los cartistas. Por ejemplo, la novela de Mrs. Gaskell, *Mary Barton*, analizaba el cartismo únicamente en términos de cólera, miseria y destrucción de las relaciones sociales. Así pues, desde el principio hubo una práctica unanimidad entre los observadores externos en considerar al cartismo no como un movimiento político, sino como un fenómeno social.

El joven Engels, también profundamente impresionado por la descripción de Carlyle del problema de la «situación en Inglaterra», aventuró una opinión parecida desde la izquierda comunista del continente. «La clase media y la propiedad lo dominan todo; el pobre carece de derechos, está oprimido y despojado, la constitución lo repudia y la ley lo maltrata». Por ello, en opinión de Engels, la forma de democracia representada por

Deseo agradecer especialmente la ayuda crítica y el aliento que he recibido de Sally Alexander, Istvan Hont y Raphael Samuel para desarrollar este ensayo. Agradezco asimismo la generosidad con que Dorothy Thompson puso a mi disposición su propio trabajo y sus conocimientos sobre la historia del cartismo.

[1] *Hansard* [Actas de los debates parlamentarios], 3.ª serie, LXIII, pp. 13-91; *cf.* la observación de O'Connor: «El movimiento del partido era conocido, se había fortalecido y unido bajo el término político de "radical" cuando hete aquí que, para demostrar que en un nombre caben muchas cosas, nuestros oponentes políticos nos rebautizaron, dándonos el nombre de cartistas. Así que, aunque no había ninguna diferencia entre los principios de un radical y los de un cartista, la prensa de ambos partidos [...] consiguió despertar los prejuicios de los débiles, los tímidos y los confiados hasta que al fin logró el objetivo deseado: la división entre unos partidos que tenían un mismo fin». *The trial of Feargus O'Connor* (1843), p. IX. El ala izquierda del movimiento tendió a describirse como «demócrata» en lugar de «radical», véase J. Bennett, «The Democratic Association 1837-41: a study in London radicalism», en J. Epstein y D. Thompson, comps., *The Chartist experience. Studies in working class radicalism and culture 1830-1860* (1982).

[2] T. Carlyle, *Chartism* (1839), p. I.

[3] «*Sr. Dudoso.*—Pero, ¿dónde está la cláusula de la redistribución de la propiedad? ¿Habéis olvidado eso?
*Radical.*—Eso es una calumnia ruin y difamatoria que han forjado los que se aprovechan de las cosas para hacer daño a nuestra causa. Jamás hubo el menor fundamento para semejante acusación, aunque los jueces en los tribunales y los párrocos en el púlpito no han tenido escrúpulos en dar crédito a la falsedad».
«The Question "What is a Chartist?" Answered», Finsbury Tract Society (1839), reeditado en D. Thompson, comp., *The early Chartists* (1971), p. 92. Sin embargo, dada la definición cartista de la propiedad, no es de extrañar que las clases propietarias se sintieran amenazadas.

[4] *Hansard*, 3.ª serie.

el cartismo no era la de «la Revolución francesa, cuya antítesis era monarquía y feudalismo, sino *la* democracia cuya antítesis es la clase media y la propiedad [...] En Inglaterra, la lucha de la democracia contra la aristocracia es la lucha del pobre contra el rico. La democracia hacia la que se dirige Inglaterra es una democracia *social*» [5]. El cuadro que Engels traza del cartismo en *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844* fue interpretado retrospectivamente como una confirmación empírica de la posterior concepción marxista de «conciencia de clase» elaborada en obras como *La ideología alemana, La miseria de la filosofía* o el *Manifiesto comunista.* La premisa de esta posición era, en palabras de Marx, que «la lucha contra el capital en la forma moderna de su desarrollo, en su punto de apogeo» es «la lucha del obrero asalariado industrial contra el burgués industrial» [6]. Así pues, aplicado al cartismo, cualesquiera que fuesen sus declaraciones formales, su esencia era la de un movimiento de clase de un proletariado nacido de las nuevas relaciones de producción engendradas por la gran industria. Su verdadero enemigo era la burguesía, y la revolución que llevaría a cabo supondría el derrocamiento de esa clase. A medida que el cartismo se desembarazara de sus aliados de la clase media —proceso que Engels consideraba culminado en 1842 [7]— el carácter proletario de la lucha asumiría una forma cada vez más consciente.

Aunque por razones evidentes las optimistas conclusiones de Engels no han sido aceptadas, muchas de sus formas básicas de enfocar este período han sido incorporadas a la historiografía posterior del cartismo. La relación entre cartismo, gran industria y conciencia de clase ha seguido siendo un tema destacado de los historiadores del trabajo y socialistas. Tanto los historiadores sociales como los sociólogos han desarrollado ampliamente el contraste que Engels señala entre Manchester y Birmingham, entre las relaciones de clase de una ciudad fabril y las de una ciudad de pequeños talleres. Pero es importante insistir en que el hincapié que hace Engels en el carácter social del cartismo, por brillantemente que se argumente, no era en modo alguno —como indica el testimonio de Carlyle y Macaulay— una

[5] F. Engels, *The condition of England. The English Constitution,* en K. Marx y F. Engels, *Collected works* (1973), vol. 3, p. 513.

[6] K. Marx, *The class struggles in France, 1848-1850, Collected works,* vol. 10, p. 57 [*Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850,* en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* Madrid, Akal, 1975].

[7] F. Engels, *The condition of the working class in England, Collected works,* vol. 4, p. 523 [*La situación de la clase obrera en Inglaterra,* Madrid, Akal, 1976].



característica peculiar de una posición protomarxista. La interpretación social constituyó el enfoque predominante entre los contemporáneos. El análisis del joven Engels representó una variante concreta de éste: la variante que interpretaba el cartismo como la expresión política del nuevo proletariado industrial. Otra variante, algunos de cuyos elementos pueden rastrearse asimismo en los comentarios liberales de la época, ha influido igualmente, si no más, en la historiografía posterior del cartismo: la que identifica el cartismo no como la expresión de los obreros fabriles modernos, sino de los tejedores manuales y otros grupos «preindustriales» en decadencia. El período transcurrido desde la segunda guerra mundial ha producido otras variantes, igualmente características, del enfoque social: la correlación entre el cartismo y el ciclo económico, formulada por Rostow, y la identificación del cartismo con respuestas atávicas a la modernización, formulada por Smelser [8]. De hecho, en casi todos los estudios sobre el cartismo, excepto en los de los propios cartistas, el punto focal de la investigación ha sido el carácter de clase del movimiento, su composición social, o más sencillamente, el hambre y la miseria de los que se pensaba que era la manifestación, y no su plataforma o su programa.

No es sorprendente que los historiadores hayan hecho de estos temas el centro de sus estudios sobre el cartismo. Pero sí lo es que no se hayan reconocido los costes interpretativos de tal enfoque. Por regla general, las dudas expresadas con respecto a determinadas versiones de un enfoque social no se han hecho extensivas a las limitaciones de dicho enfoque como tal. El modo de crítica imperante ha sido tan resueltamente social en sus planteamientos como el de interpretación al que se oponía. El análisis crítico se ha centrado sobre todo en cuestiones como el carácter explotador de la industrialización en sí, la realidad de la amenaza a los niveles de vida y la extensión o profundidad de las hostilidades de clase. El problema de esta forma de crítica es que, apremiada por sus conclusiones, hace que la existencia misma de un movimiento combativo de masas sea difícil de explicar, independientemente de su carácter preciso. Mucho más problemático, aunque apenas tratado por los críticos de las diversas interpretaciones sociales del cartismo, es el olvido general de la forma política e ideológica específica en que se expresó este descontento masivo y la consiguiente tendencia a pasar por alto el lenguaje cartista de clase con una serie de conceptos

[8] W. R. Rostow, *The British economy of the 19th century,* Oxford (1948); N. J. Smelser, *Social change in the Industrial Revolution* (1959).

sociológicos o marxistas de conciencia de clase. Lo que no se ha cuestionado suficientemente es si este lenguaje puede analizarse simplemente en función de su expresión de la supuesta conciencia de una determinada clase o grupo social o profesional, o en función de su correspondencia con ella. Si un análisis de este lenguaje no confirma esta relación de expresión o correspondencia directa, ¿qué repercusión tiene esto para la interpretación del cartismo en su conjunto? Raras veces el propio lenguaje ha sido sometido a un minucioso examen [9]. Pero incluso en las ocasiones en que lo ha sido, la fuerza de gravedad ejercida por la interpretación social ha sido en general lo bastante poderosa como para impedir una revisión fundamental del cuadro convencional del movimiento.

Este ensayo se propone sugerir los rudimentos de dicha reinterpretación. En contraste con el enfoque social predominante del cartismo, que parte de una determinada concepción de conciencia de clase o profesional, argumenta que la ideología del cartismo no puede ser concebida haciendo abstracción de su forma lingüística. Un análisis de la ideología cartista debe partir de lo que los cartistas dijeron o escribieron realmente, los términos en que se dirigieron unos a otros o a sus contricantes. No puede ser simplemente deducida —con la ayuda de citas descontextualizadas— de las supuestas exigencias, por plausibles que sean, de la situación concreta de una clase o grupo social determinados. Tampoco es correcto adoptar, como alternativa, un enfoque más subjetivo y tratar el lenguaje cartista como una traducción más o menos inmediata de la experiencia en palabras. Esta manera de interpretar el cartismo tiene la virtud de prestar más atención a lo que dijeron los cartistas. Pero en último término transforma los problemas presentados por la forma del cartismo en los problemas de sus supuesto contenido. Frente a este enfoque se sugiere que el análisis del lenguaje en sí excluye semejante teoría directamente referencial del significado. Lo que se propone a cambio es un enfoque que intenta identificar y situar el lugar del lenguaje y la forma, y que se resiste a la tentación de convertir las cuestiones planteadas por la forma del cartismo en cuestiones de su supuesta esencia. Se argumenta que, si la interpretación del lenguaje y la política es liberada de las adherencias sociales apriorísticas, resulta entonces posible

[9] Para dos análisis que arrojan luz sobre el lenguaje y la política del radicalismo durante este período, véanse T. M. Parssinen, «Association Convention and Anti-Parliament in British radical politics, 1771-1848», *English Historical Raview*, LXXXVII (1973), y Iorwerth Prothero, «William Benbow and the concept of the "general strike"», *Pas and Present*, 63 (1974).



establecer una relación entre ideología y actividad más estrecha y precisa que la transmitida por el cuadro clásico del movimiento.

Sin embargo, al adoptar este enfoque se pretende sugerir que el análisis del lenguaje pueda proporcionar un relato exhaustivo del cartismo o que las condiciones sociales de existencia de este lenguaje fueran arbitrarias [10]. No es cuestión de sustituir una interpretación social por una interpretación lingüística; lo que hay que reconsiderar es más bien la manera en que ambas se relacionan. En abstracto, la materia determina la posibilidad de la forma, pero la forma condiciona el desarrollo de la materia. Históricamente hay buenas razones para pensar que el cartismo sólo podría haber sido un movimiento de la clase obrera, porque el descontento al que apelaba era abrumadora, si no exclusivamente, el de los asalariados, y la solidaridad con que el movimiento contaba era asimismo la de los asalariados. Pero la forma en que se apelaba a ese descontento no puede entenderse en función de la conciencia de una clase social determinada, ya que la forma era anterior a cualquier acción independiente realizada por dicha clase y no cambió de manera significativa en respuesta a ella. Además, la forma no era, como a veces da a entender la interpretación social, un mero caparazón dentro del que se desarrolló un movimiento de clase. Pues fue esta forma la que inspiró la actividad política del movimiento, la que definió los términos en que debía entenderse la opresión y la que facilitó la visión de una alternativa. Fue además la que definió la crisis *política* de la que surgió el cartismo y configuró los medios políticos por los que se resolvió esa crisis. La explicación que atribuye el movimiento a la miseria o a los cambios sociales que acompañaron a la Revolución industrial no se enfrentaba nunca al hecho de que la ascensión y decadencia del cartismo estuvieron determinadas por su capacidad de convencer al electorado para que interpretara en términos de su lenguaje político la miseria o el descontento. El cartismo fue un movimiento político, y los movimientos políticos no pueden definirse satisfactoria-

[10] Tampoco se pretende sugerir que lo que aquí se ofrece es un análisis exhaustivo del lenguaje del cartismo. El lenguaje analizado aquí está sacado en gran parte de la literatura y los discursos radicales reproducidos en la prensa radical. Aparte de que los discursos reproducidos no tienen en cuenta el acento o el dialecto, no afirmo que sea el único lenguaje empleado por los cartistas. Lo que aquí examino es únicamente el lenguaje político público del movimiento. Serían necesarias muchas nuevas investigaciones para poder ofrecer un relato completo del lenguaje del cartismo.

mente en términos de la ira o la disconformidad de unos grupos sociales descontentos o incluso de la conciencia de una clase determinada. Un movimiento político no es simplemente una manifestación de miseria y dolor; su existencia se caracteriza por una convicción compartida que articula una solución política a la miseria y un diagnóstico político de sus causas. Para triunfar, es decir, para engarzarse en los planteamientos de las masas populares, un determinado vocabulario político tiene que transmitir la esperanza factible de una alternativa general y de unos medios creíbles para llevarla a cabo, de tal modo que los posibles adherentes puedan pensar en sus términos. Debe ser lo suficientemente amplio y adecuado como para permitir que sus adherentes utilicen ese lenguaje a fin de enfrentarse a los problemas cotidianos de la experiencia política o social, elaborar tácticas y lemas utilizándolo como base y resistirse a los intentos de los movimientos contrarios de apropiárselo, reinterpretarlo o sustituirlo. Por eso la historia del cartismo no puede escribirse correctamente en términos de las quejas sociales y económicas de las que se afirma que era la expresión. Semejante enfoque no explica por qué esos descontentos adoptaron una forma cartista ni por qué el cartismo no continuó expresando los miedos y aspiraciones cambiantes de su electorado social en las nuevas circunstancias. Estas son las cuestiones de las que se ocupa este ensayo. Pero antes de embarcarnos en tal análisis, hemos de intentar primero demostrar más concretamente cuáles han sido los costes interpretativos del enfoque social.

Una consecuencia fundamental de la interpretación social del cartismo es que al analizar las reivindicaciones reales del movimiento las ha tratado más como un legado de su prehistoria que como un foco real de actividad. Partiendo del supuesto de que el cartismo representó la primera manifestación de un movimiento moderno de la clase obrera, hay algo paradójico en el hecho de que tal movimiento pudiera alinearse con una serie de reivindicaciones constitucionales radicales planteadas por primera vez medio siglo antes. Pero incluso en los trabajos en los que no se plantea la modernidad o el carácter de clase del cartismo, se hacen pocos esfuerzos por explicar las razones por las que la miseria y el paro encontraron su expresión en un movimiento que defendía el sufragio universal en lugar de presionar de forma más inmediata para obtener ayuda del Estado. En lugar de eso, desde que en 1913 Edouard Dolléans sugiriera por vez primera que había que buscar la causa del cartismo en la



reacción de la clase obrera contra la Revolución industrial [11], los historiadores han tendido a subestimar el programa político de los cartistas como mera expresión de un descontento cuyos auténticos orígenes y remedios estaban en otra parte.

Este enfoque se ha mezclado con otro tema de la historiografía cartista, en principio no relacionado con la interpretación social, pero que a lo largo del siglo XX se ha fundido cada vez más con ésta. Desde el momento en que se comenzó a escribir sobre el cartismo, la atención se centró en el carácter dividido del movimiento. La primera generación de historiadores del cartismo, antiguos cartistas amargados como Gammage, Lovett y Cooper, se ocuparon desproporcionadamente de las desavenencias en la organización y las luchas tormentosas y divisorias entre sus dirigentes [12]. En la historiografía posterior, la importancia dada al carácter social del movimiento se prestaba fácilmente al análisis de estas divisiones en términos sociales y económicos. Ahora se hacían coincidir las divergencias de personalidad y formación cultural con divergencias de situación económica y localidad. El antagonismo entre Lovett y O'Connor adquirió un tinte sociológico. Se convirtió en el símbolo de la supuesta incompatibilidad entre los artesanos de Londres y Birmingham, no industrializados y de tendencia constitucional (partidarios de Lovett, Attwood y Sturge, quienes se inclinaban por la alianza de clases y la fuerza moral) y los obreros fabriles o los tejedores manuales en decadencia del norte (partidarios de O'Connor, hostil a la clase media, poco instruido y casi un insurrecto) [13]. Versiones posteriores y más sofisticadas de este enfoque, liberadas de algunos de los supuestos fabianos que lo habían estructurado inicialmente, desplazaron aún más los argumentos sobre el cartismo de las luchas e ideas de los dirigentes a las diferentes texturas sociales de la protesta en las diferentes regiones, y ordenaron esas regiones en una escala de polarización progresiva de clase determinada por la extensión de la industrialización [14]. Sin embargo, investigaciones más recientes han restado fuerza a esa polarización. A pesar de la conocida fama de Birmingham

[11] S. Dolléans, *Le chartisme, 1831-1848*, ed. rev., París (1949), cap. I y p. 319.

[12] R. G. Gammage, *The history of the chartist movement* (1845); ed. facsímil de la ed. de 1894 (1976); W. Lovett, *Life and struggles of William Lovett, in his pursuit of bread, knowledge and freedom* (1876); T. Cooper, *Life of Thomas Cooper, written by himself* (1872).

[13] Véase, en particular, M. Hovell, *The Chartist movement*, Manchester (1918).

[14] Véase, por ejemplo, Asa Briggs, «The local background of Chartism», en Asa Briggs, comp., *Chartist studies* (1959).

como centro de un armonioso radicalismo interclasista, los cartistas locales rechazaron la dirección de la BPU *(Birmingham Political Union)* y en los cuatro años siguientes a 1838 se inclinaron por O'Connor e insistieron en la independencia de clase [15]. De modo parecido se ha demostrado que el cartismo londinense en la década de 1840 no era especialmente débil ni especialmente moderado, como suponían las antiguas interpretaciones. En 1848 se había convertido en uno de los centros más combativos del cartismo [16]. Por el contrario, las zonas de fábricas e industria pesada, como el sur de Lancashire y el Nordeste, centros notablemente activos en los primeros años del cartismo, eran mucho menos importantes en 1848 [17]. Además, un reciente análisis de las profesiones de los militantes cartistas de los primeros años parece sugerir que se ha exagerado el alcance de la representación despropocionada de determinados oficios —zapateros o tejedores manuales, por ejemplo—, y que el cartismo atraía a una muestra de los principales oficios de cada localidad mucho más representativa de lo que se creía [18]. De ser así, esto sugiere que una excesiva atención a las peculiaridades profesionales o locales puede oscurecer el hecho de que el cartismo *no* fue un movimiento sectorial o local. El cartismo fue un movimiento nacional. Sin embargo, este sorprendente fenómeno —la amplitud de la unidad del movimiento cartista primitivo y la duradera lealtad, durante más de una década, de una considerable minoría a las virtudes de la Carta, pese a las disensiones y diferencias— se ha visto confinado al ámbito de los supuestos vulgares.

Así, al hacer hincapié en la división y las diferencias locales se ha tendido a acentuar los puntos débiles de la interpretación social del cartismo: su tendencia a pasar por alto la forma política del movimiento y hacer así que el razonamiento en que se basa la petición de la Carta resulte oscuro e inconsecuente. Mark Hovell, quizá aún hoy el historiador más influyente del cartismo, sentaba las bases del enfoque predominante cuando argumentaba que «en 1838 el programa radical no era considerado ya como un fin en sí, sino como un medio para conseguir un fin, y el fin era la regeneración económica y social de la sociedad» [19]. Aparentemente esta afirmación era irrecusable y algo parecido habían dicho alguna vez los propios cartistas. Pero lo que Hovell añadía delataba una básica incomprensión que transformaba la Carta en una rareza y el «fin» en una incoherencia. «Ni el más optimista de los entusiastas del cartismo», escribía, «podía creer que nacerían un nuevo cielo y una nueva tierra del mero perfeccionamiento de la maquinaria política». «Pero», continuaba, «el cartismo social fue una protesta contra lo que existía, no un programa político razonado para poner algo en su lugar. Dejando a un lado la maquinaria, el cartismo fue sobre todo una apasionada negación» [20]. Si los hitos posteriores de la historiografía del cartismo han conseguido algo, ha sido fortalecer la impresión de incoherencia en el núcleo del movimiento. Para G. D. H. Cole, «el movimiento cartista fue esencialmente un movimiento económico con un programa puramente político» [21]. «Una idea común podría haberlos mantenido unidos; la Carta, un simple programa común, no bastó para impedirles dar rienda suelta a sus antipatías recíprocas» [22]. Asa Briggs escribía en sus *Chartist studies*, en 1959, que la Carta no fue tanto un foco como «un símbolo de unidad». Pero «ocultaba tanto como proclamaba: la diversidad de presiones sociales locales, la variedad de los liderazgos locales, la sensación de urgencia relativa entre personas y grupos diferentes» [23].

A la vista de este consenso en la interpretación, merece la pena citar la postura del primer historiador del cartismo, R. G. Gammage, que escribía en 1854. Por supuesto, Gammage no negaba los orígenes sociales del descontento político en el sentido de que «en tiempos de prosperidad apenas se ve una ola en el océano de la política» [24]. Tampoco negaba que el pueblo, una vez victorioso, adoptaría «medidas sociales» para mejorar su situa-

[15] Véase C. Behagg, «An alliance with the middle class: The Birmingham Political Union and early Chartism», en Epstein y Thompson, *The Chartist experience;* y véase también T. Tholfsen, «The Chartist crisis in Birmingham», *International Review of Social History*, III (1958).

[16] Véase Iowerth Prothero, «Chartism in London», *Past and Present*, 44 (1969); D. Goodway, «Chartism in London», *Bulletin for the Society for the Study of Labour History*, 20 (1970).

[17] Para el Nordeste, véase W. H. Maehl, «Chartist disturbances in Northeastern England, 1839», *International Review of Social History*, VIII (1963): para el sur de Lancashire, véase R. Sykes, «Early Chartism and trade unionism in South East Lancashire», en Epstein y Thompson, *The Chartist experience;* y véase también John Foster, *Class struggle and the Industrial Revolution. Early industrial capitalism in three English towns* (1974); P. Joyce, *Work, society and politics*, Brighton (1980).

[18] D. Thompson, «The geography of Chartism», manuscrito inédito; y véanse también sus observaciones al respecto en la «Introducción» a su *Early Chartists.*

[19] M. Hovell, *The Chartist movement* (ed. 1970), p. 7.

[20] *Ibid.*, p. 303.

[21] G. D. H. Cole, *A short history of the British working class movement 1789-1947* (1948), p. 94.

[22] *Ibid.*, p. 120.

[23] Briggs, *Chartist studies*, p. 26.

[24] Gammage, *History of the Chartist movement*, p. 9.

ción. Pero resulta significativo que no hable de «maquinaria política», «un simple programa común» o «un símbolo». Por el contrario, declara que «es la existencia de grandes injusticias sociales lo que enseña sobre todo a las masas el valor de los derechos políticos»; y al explicar las ideas que se ocultan tras la Carta, subraya aspectos muy diferentes de los resaltados por Hovell y los historiadores que le han seguido. En un «período de adversidad», escribía,

> las masas observan a las clases con derecho de voto, a las que suponen descansando en un lecho de opulencia, y comparan esa opulencia con la pobreza de su propia situación. Al razonar de efecto a causa, no es de maravillar que lleguen a la conclusión de que su exclusión del poder político es la causa de nuestras anomalías sociales [25].

El *poder político* es la causa. La *opulencia* es el efecto. Pero para los historiadores posteriores, ya fueran liberales, socialdemócratas o marxistas, ha sido axiomático que el poder económico es la causa y el poder político el efecto. Si se aplica retrospectivamente este axioma al programa político de los cartistas, no es de maravillar que dicho programa pareciera incoherente.

No todos los historiadores han supuesto que los cartistas se referían a lo económico y lo social cuando hablaban de lo político. *The making of the English working class*, de Edward Thompson, corrige magníficamente la subestimación del carácter político de las luchas populares y su contexto en el período precartista. Demuestra que la experiencia del movimiento plebeyo entre 1780 y 1830 no provenía simplemente de una intensificación de la explotación económica, sino también de una fuerte y semipermanente represión política. Además, la actitud del gobierno y del Parlamento no reformado hacia las prácticas gremiales consuetudinarias parecía a menudo más arrogante que la que se daba en las localidades pequeñas. Por ello, Thompson puede argumentar con cierta energía que «la línea que va de 1832 al cartismo no es una azarosa alternancia pendular de agitación "política" y "económica", sino una progresión directa, en la que movimientos simultáneos y relacionados entre sí convergen en un solo punto. Este punto era el voto» [26].

La gran hazaña del estudio de Thompson es haber liberado al concepto de clase de toda reducción simplista al desarrollo

[25] *Ibid.*

[26] E. P. Thompson, *The making of the English working class* (1963), p. 826.



de las fuerzas productivas, medido por el progreso de la industria a gran escala, y haberlo relacionado con el desarrollo de un movimiento político que no puede ser reducido a la terminología de una protesta incoherente. Establecer esa relación fue un avance vital. Pero debemos ir más lejos. El concepto de conciencia de clase de Thompson supone aún una relación relativamente directa entre «ser social» y «conciencia social» que deja poco espacio al contexto ideológico en el que se pueda reconstruir la coherencia de un determinado lenguaje de clase. La simple dialéctica entre conciencia y experiencia no puede explicar la forma precisa que asumió la ideología cartista. Destacar la experiencia de la explotación y opresión política no explicaría por sí solo la afirmación de Gammage. No era una simple experiencia, sino más bien una determinada ordenación lingüística de la experiencia, lo que podía llevar a las masas a creer que «su exclusión del poder político es la causa de nuestras anomalías sociales» y que el «poder político» era la causa de la «opulencia». La conciencia no se puede relacionar con la experiencia a no ser que se interponga entre ambas un determinado lenguaje que organice la comprensión de la experiencia, y es importante subrayar que un mismo conjunto de experiencias puede ser articulado por más de un lenguaje. El lenguaje de clase no era simplemente una verbalización de la percepción o el afloramiento a la conciencia de un hecho existencial, como han supuesto las tradiciones sociológica y marxista. Pero tampoco era simplemente la articulación de la experiencia acumulativa de una forma determinada de relaciones de clase. Se estructuraba y se inscribía dentro de una compleja retórica de asociaciones metafóricas, deducciones causales y construcciones imaginativas. La conciencia de clase —«una conciencia de la identidad de intereses entre trabajadores de las profesiones y los niveles de conocimiento más diversos» y una «conciencia de la identidad de intereses de la clase obrera o de las clases productoras frente a los intereses de las otras clases», como Thompson la define [27]— formaba parte de un lenguaje cuyos vínculos sistemáticos provenían de los planteamientos del radicalismo: una visión y un análisis de los males políticos y sociales que sin duda eran muy anteriores a la aparición de la conciencia de clase, cualquiera que fuera su definición.

En Inglaterra, el radicalismo emergió por primera vez como programa coherente en la década de 1770, y se convirtió por primera vez en vehículo de las aspiraciones políticas plebeyas a partir de la de 1790. Su fuerza, y por supuesto su definición, se

[27] *Ibid.*, p. 807.

basaba en la crítica de los efectos corruptores de la concentración de poder político y su influencia corrosiva en una sociedad privada de unos medios adecuados de representación política. Como tal, y en diferentes formas, podía proporcionar todo un vocabulario de agravios a una serie de grupos políticos y sociales [28]. Algunos elementos de este vocabulario se remontaban a las revoluciones del siglo XVIII y fueron forjados de nuevo por los que se sentían excluidos por los acuerdos de 1688 ó 1714 o por el denominado «partido rural» durante los años de dominio de Walpole o Pelham. La especial resonancia, todavía viva en el período cartista, de palabras como «patriota» o «independiente», y la relación demonológica entre rentista y agiotista datan de esa época. A partir de la década de 1760, la tenencia de ese lenguaje tendió a pasar de la derecha a la izquierda. El conservadurismo rural retrocedió —aunque no desapareció nunca— ante el liberalismo radical. Los americanos y sus defensores ingleses añadieron nuevos componentes al vocabulario, y pudieron detectarse de nuevo ecos de un radicalismo menos decoroso del siglo XVII. Con la controversia de Wilkes dio comienzo un movimiento radical en el pleno sentido de la palabra. No se centraba ya en las camarillas urbanas y cortesanas ni en la corrupción de las prebendas y los empleos sino, de manera más coherente y decidida, en la Constitución y los instrumentos de representación. La Constitución, desequilibrada y enferma, sólo podía recuperar la salud recurriendo al «pueblo», y al mismo tiempo se ampliaba la definición de pueblo haciendo hincapié no ya en la propiedad sino en la persona. En la década de 1790 el radicalismo se hizo plebeyo y democrático, y los éxitos en América, Irlanda y sobre todo Francia le prestaron un cariz revolucionario. En consecuencia, fue reprimido, situación que, dada su supervivencia, le confirió un sentido aún más intransigente de su rectitud y de la exactitud de su diagnóstico. Una vez finalizadas las guerras napoleónicas, el radicalismo se vio forzado a ampliar su vocabulario para dar cabida dentro de su terminología a nuevas fuentes de miseria y descontento. Porque no sólo se vio enfrentado a una nueva situación económica, sino que también vio cómo sus recetas eran cuestionadas, aunque de diferentes maneras, por las nuevas tendencias de la economía política y el owenismo, ya que tanto la una como el otro se oponían a sus premisas. La respuesta del radicalismo fue atribuir un origen político a un creciente número de calamidades económicas, y durante los treinta años siguientes consiguió resistir con cierto éxito a estos análisis rivales. Hizo suyas muchas de las preocupaciones de los owenistas, mientras que, más o menos acertadamente, rechazaba todo compromiso con la economía política. El coste de este proceso fue un creciente distanciamiento del grueso de sus antiguos electores de la clase media. Pero por mucho que el radicalismo ampliara su campo durante este período, no podía ser jamás la ideología de una clase específica. Ante todo y sobre todo era un vocabulario de exclusión política, cualquiera que fuese el carácter social de los excluidos. Por eso, aunque *de facto* se convirtiera cada vez más en propiedad exclusiva de las «clases obreras» durante las décadas de 1830 y 1840, esto no llevó a una reestructuración básica de la propia ideología. El radicalismo no se identificó con ningún grupo específico, sino con el «pueblo» o la «nación» frente a los monopolizadores de la representación y el poder políticos y *por tanto* el poder económico o financiero.

En este sentido hay que entender la progresiva hostilidad política entre las clases medias y las clases obreras a partir de 1832. En términos radicales, el «pueblo» se convirtió en las «clases obreras» en 1832. Explicando el surgimiento del cartismo en 1838, por ejemplo, el *Northern Star* afirmaba:

La atención de las clases trabajadoras —el «pueblo» auténtico— se ha visto atraída sucesivamente (y hasta cierto punto simultáneamen-

[28] Para fuentes sobre la ideología del partido rural en el siglo XVIII y su relación con el radicalismo, véanse los siguientes trabajos: C. Hill, «James Harrington and the people», en *Puritanism and Revolution* (1958); P. Zagorin, *The Court and the Country. The beginning of the English Revolution* (1969); D. Rubini, *Court and Country, 1688-1702* (1967); C. Robins, *The eighteenth-century Commonwealth man*, Nueva York (1968); I. Kramnick, *Bolingbroke and his circle. The politics of nostalgia in the age of Walpole*, Cambridge, Mass. (1968); J. G. A. Pocock, *The Machiavellian moment*, Princeton, N. J. (1975); J. G. A. Pocock, «Virtue and comerce in the 18th century», *Journal of Interdisciplinary History*, 3 (1927); M. Peters, «The "monitor" on the Constitution, 1755-1765: new light on the ideological origins of the English radicalism», *English Historical Review*, LXXXVI (1971); J. Brewer, *Party ideology and popular politics at the accessions of George* III, Cambridge (1976); J. Brewer, «English radicalism in the age of George III», en J. G. A. Pocock, comp., *Three British revolutions*, Princeton, N. J. (1980); I. Kramnick, «Religion and radicalism: English political theory in the age of revolution», *Political Theory*, 5 (1977); C. H. Hay, «The making of a radical: the case of James Burgh», *Journal of British Studies*, 18 (1979); M. Canovan, «Two concepts of liberty: eighteenth century style», *Price-Priestley Newsletter*, 2 (1978); I. Hampshire-Monk, «Civic humanism and Parliamentary reform: the case of the Society of the Friends of the People», *Journal of British Studies*, 18 (1979); J. M. Murrin, «The great inversion, on Court versus Country: a comparison of the revolution settlements in England (1688-1721) and America (1776-1813)», en Pocock, *Three British revolutions;* D. O. Thomas, «Richard Price and the tradition of civic humanism», trabajo inédito (1980) presentado en el «Political Economy and Society Seminar», Research Centre, King's College, Cambridge.

te) por las injurias infligidas por el funcionamiento de un sistema corrupto de mecenazgo que las hace cargar por una plaga de langostas en forma de pensionistas inútiles y ociosos y con un enjambre de zánganos en forma de arribistas y apoderados para mantener a los cuales se les aplasta bajo el peso de los impuestos; por la acción de las Leyes sobre Cereales, que elevan los alquileres y encarecen el pan; por la inicua protección de los rentistas que encarecen el dinero y abaratan el trabajo; por los horrores del sistema fabril, que inmola a su progenie y acuña monedas de oro con la sangre de sus hijos para unos rufianes avaros y despiadados; y por la perversidad de la Ley de Pobres, que virtual y prácticamente les niega el derecho a la vida. Todos estos agravios, y otros cien menos importantes, destinados al mismo gran fin (hacer de las clases obreras bestias de carga —taladores de bosques y extractores de agua— para la aristocracia, la judeocracia, la fabricocracia, la tenderocracia y todas las demás cracias que se alimentan de vidas humanas), han despertado los sentimientos del pueblo y movido a sus respectivos partidos a buscar un remedio para el escozor de sus heridas [29].

Por la misma razón, la clase media como grupo había dejado de ser parte del «pueblo». Porque se había unido al sistema de los opresores y de ahora en adelante sería responsable de las acciones de la legislatura. De hecho, rigurosamente hablando, el gobierno se había convertido en el de las «clases medias». Refiriéndose a la Ley de Reforma, el *Poor Man's Guardian* escribía un año después: «Por esa Ley, el gobierno del país está básicamente en manos de las clases medias; decimos de las clases medias porque aunque la aristocracia conserva su parcela de autoridad, está prácticamente absorbida en la de las clases medias que forman la gran mayoría del electorado» [30].

Ahora bien, si es cierto que el lenguaje de clase —al menos tal como lo utilizó el movimiento popular— fue el lenguaje del radicalismo, de esto se deducen una serie de consecuencias. La más evidente es que las reivindicaciones políticas del movimiento popular deberían ser situadas en el centro de la historia del cartismo, en vez de ser consideradas como simbólicas o anacrónicas; y no solamente las reivindicaciones, sino también los presupuestos que las sustentan. Porque no eran ni el revestimiento superficial de una conciencia de clase proletaria ni un simple medio de traducción de la experiencia al programa. Si se analiza nuevamente de este modo la historia del cartismo, se puede precisar más la cronología de su ascenso y decadencia. El dogma

[29] *Northern Star*, 4 de agosto de 1838.
[30] *Poor Man's Guardian*, 17 de agosto de 1833.



central del radicalismo —la atribución del mal y de la miseria a una causa política— lo diferenciaba claramente tanto de una economía política popular basada en el malthusianismo, que situaba el origen de la discrepancia en la propia naturaleza [31], como del socialismo owenista, que localizaba el mal en las falsas ideas que dominaban por igual la sociedad civil y el Estado [32]. Pero también sugería que el éxito del radicalismo como ideología de un movimiento de masas dependería de unas condiciones específicas en las que el Estado y las clases propietarias, en su calidad *política y legal*, pudieran ser considerados como la fuente de toda opresión. El programa del cartismo siguió siendo creíble mientras se pudo atribuir de modo convincente a causas políticas el desempleo, los bajos salarios, la inseguridad económica y otras calamidades materiales. Por ejemplo, si la pobreza de las clases obreras se debía más a la falta de representación política y a la corrupción del sistema de poder que a fenómenos económicos, la consecuencia era que reformas parciales como la Ley de las Diez Horas o la derogación de la Ley sobre Cereales no podían aportar una mejora real y de hecho era más probable que aceleraran el deterioro, ya que dejaban el sistema intacto. Tampoco el sindicalismo podía ser considerado como una alternativa realista, ya que, si el mercado de trabajo estaba determinado polí-

[31] El *Essay on the principle of population*, de Malthus, empezó y continuó siendo considerado por el propio Malthus como una polémica contra el igualitarismo radical, y en primer lugar contra *Enquiry concerning political justice* de William Godwin. El carácter directo y mordaz del ataque de Malthus se vio fuertemente reforzado por su íntimo conocimiento de la disidencia radical y de la tradición «rural», de los que en gran parte procedía la obra de Godwin. Era una tradición en la que él mismo se había educado, y el *Essay* de 1798 representó el momento en que la rechazó definitivamente. No es demasiado sorprendente la enconada hostilidad de los radicales hacia Malthus y la postura aislada de aquellos que, como Francis Place, intentaron combinar malthusianismo y radicalismo. Sobre esto, véase B. Fontana, I. Hont y M. Ignatieff, «The politics of Malthus' first essay and the Scottish tradition», ponencia presentada en el coloquio sobre Malthus, París (mayo de 1980). La incorporación de los planteamientos de Malthus a la incipiente disciplina de la economía política, al menos por algunos de sus practicantes más conocidos, explica también, más que cualquier otro factor aislado, el odio que la gran mayoría del movimiento radical sentía por la economía política. A finales de la década de 1830 los que combinaban radicalismo y malthusianismo eran generalmente conocidos como «radicales de pega». Esta hostilidad no incluía a Adam Smith. Sobre la utilización de Smith para apuntar los argumentos cartistas, véanse las observaciones de Peter Bussey, *Northern Star*, 16 de febrero de 1839, y de William Lovett, *Northern Star*, 31 de marzo de 1838.

[32] Para un análisis de las características definitorias de una postura «socialista» hasta 1848, véase G. Stedman Jones, «Utopian socialism reconsidered», en I. Hont, comp., *After Adam Smith* (en prensa).

ticamente, las diferencias de capacidad negociadora entre los distintos grupos de las clases obreras eran en gran medida ilusorias. Los cartistas tuvieron pocos motivos para temer grandes deserciones de sus filas mientras las previsiones empíricas derivadas de las premisas radicales parecieron confirmarse. Pero cuando se hizo evidente que era posible una reforma real dentro de un sistema no reformado, que el Estado no respondía totalmente a la descripción radical y que las condiciones cambiaban de tal manera que resultaban claramente visibles las diferencias en el destino de los diferentes oficios pese a la igualdad de su situación política, entonces la ideología radical pudo temer por la pérdida de influencia entre un gran número de sus seguidores. Este enfoque sugiere una manera de considerar la estabilización de mediados de la época victoriana diferente de la habitual entre los historiadores sociales [33]. En el discurso radical, la línea divisoria entre las clases no separaba a empleadores y empleados, sino a representados y no representados. Así pues, la hostilidad a las clases medias no se atribuía a su papel en la producción, sino a su participación en un sistema político corrupto y no representativo, y se pensaba que era a través de este sistema político como los productores de riqueza eran despojados de los frutos de su trabajo. Por ello, una vez que comenzó a debilitarse la creencia en el carácter absolutamente maligno del sistema político en sí y que la miseria se hizo menos general, dejó de haber en la ideología radical una razón para el enfrentamiento con la clase media como tal. Si esto es así, para explicar la desaparición del cartismo no es necesario introducir ambiciosas explicaciones sociológicas, tales como la aparición de una aristocracia obrera, la cooptación por las clases medias o la invención de nuevos y sutiles medios de control social. Tales enfoques ignoran el punto más elemental: que como sistema de creencias que era, el cartismo comenzó a debilitarse cuando se abrió un abismo entre sus premisas y las ideas de su electorado. Se mantuvo, por supuesto, la conciencia diaria y local de la posición social, pero ésta dejó de estar unida por el lenguaje del radicalismo, en todo el país a la creencia compartida en una posible alternativa institucional y política. Así pues, no debe ser motivo de sorpresa que la hostilidad expresa hacia las clases medias disminuyera, a pesar de la continuación de las relaciones capitalistas de producción, porque fue producto de la decadencia de un

[33] Véase, por ejemplo, H. J. Perkin, *The origins of modern English society, 1780-1880* (1969); Smelser, *Social change;* T. Tholfsen, *Working class radicalism in mid-Victorian England* (1976); Foster, *Class struggle.*



movimiento político cuyas razones expresas para sentir hostilidad hacia las clases medias habían tenido poco que ver con el carácter del sistema productivo en sí.

Hasta ahora hemos abogado por un análisis del cartismo que asigne un peso específico al lenguaje dentro del cual fue concebido. Si se interpreta el lenguaje del cartismo no como un medio pasivo a través del cual pudieron encontrar una expresión las nuevas aspiraciones de clase, sino más bien como una retórica compleja que agrupó, de modo sistemático, unas premisas compartidas, unas rutinas analíticas, unas opciones estratégicas y unas reivindicaciones programáticas, podemos introducir una cierta idea de un límite que el análisis radical no podría superar sin abandonar sus principios básicos y perder así coherencia como conjunto interrelacionado de supuestos. Pero antes de sugerir algunos de los puntos en que se llegó a esos límites, debemos explorar cuáles fueron los supuestos interrelacionados del radicalismo y el cartismo a partir de 1830 y mostrar cómo el lenguaje de clase estaba unido a las premisas radicales.

Lo mejor es empezar por una pregunta sencilla, ¿por qué se consideraba conveniente la Carta? Según Lovett, que redactó la Carta, «al ser el fin y objeto de todo despotismo defender los monopolios, no puede haber escapatoria mientras se permita que la facultad exclusiva de hacer leyes corresponda a los monopolistas» [34]. Entre la extrema izquierda del movimiento el modo de razonamiento era parecido, aunque el vocabulario ciertamente difiera. Según el Manifiesto de la Asociación Democrática de Londres, que aspiraba a emular a los jacobinos en la revolución venidera, «porque las instituciones del país están en manos de los opresores, porque los oprimidos no tienen voz en la elaboración de las leyes que rigen su destino: las masas están socialmente esclavizadas porque están políticamente esclavizadas. Para poner fin al actual sistema caníbal debemos tener y tendremos un sufragio universal» [35]. De igual modo, Hetherington atribuía la causa principal de la pobreza al «monopolio del poder legislativo en manos de unos pocos». El monopolio de la tierra y el monopolio de las máquinas como instrumentos de producción eran básicamente atribuibles a «la injusticia aún más evidente del monopolio de hacer leyes como instrumento de distribución» [36].

[34] *London Mercury,* 4 de marzo de 1837, reproducido en Thompson, *Early Chartists,* p. 58.
[35] *Northern Star,* 13 de octubre de 1838.
[36] *Ibid.,* 20 de abril de 1839.

Porque hacer leyes, como dice O'Brien, era un «monopolio en virtud del cual se permite a los propietarios seguir aumentando continuamente su propiedad a costa del salario robado a los obreros» [37]. Por regla general, la defensa del sufragio universal no se hacía a un nivel abstracto como un derecho universal, inherente a todos los ciudadanos. Lo más normal era que la defensa se hiciera en términos prácticos y corporativos y que estuviera estrechamente relacionada con el análisis cartista de la causa de la situación de las clases obreras. Aunque frecuentemente los observadores exteriores consideraban el cartismo como un ataque de los desposeídos a los poseedores, los cartistas no consideraban desposeídas a las clases obreras. Porque dado que las únicas fuentes legítimas de la propiedad era el trabajo, los trabajadores estaban en posesión de la forma más fundamental de toda propiedad. Como había declarado Cobbett en su *Address to the journeymen and labourers of England* en 1817, «independientemente de lo que el orgullo de rango, riqueza o instrucción pueda haber inducido a creer, o a fingir creer, a algunos hombres, la fuerza real y todos los recursos del país siempre han procedido y siempre procederán del trabajo de sus gentes» [38]. En consecuencia, el objetivo no era la expropiación de los ricos por los pobres, sino el fin de una situación de monopolio que proporcionaba apoyo político y legal a todas las otras formas de propiedad mientras que la del trabajo se dejaba a merced de los que monopolizaban el Estado y la Ley. Como observaba John Crabtree, de Barnsley:

> Hace tiempo se observó que sin el sufragio no podía protegerse la propiedad; pero a la clase obrera se le dijo que no tenía necesidad de sufragio porque no tenía propiedad que proteger. Ciertamente no tenía ninguna, salvo la que residía en la fuerza de sus brazos; y de esta propiedad dimanaba toda descripción de propiedad y, por consiguiente, la suya era la única propiedad de valor real y debería ser la primera del mundo en tener una protección legislativa. Si no se hubiera esforzado por conseguir unas leyes que procuraran la protección de su única propiedad, no habría podido asombrarse al ver elevarse las mansiones en las esquinas de los campos por los que pasaban y a la aristocracia alimentarse de su trabajo más que nunca [39].

[37] *Ibid.*, 6 de octubre de 1838.
[38] *Cobbett's Weekly Polical Register*, 2 de noviembre de 1816; sobre esto, véase también Thompson, *Making*, p. 772; Prothero, «Benbow», p. 158.
[39] *Northern Star*, 19 de junio de 1839.



O como señalaba O'Brien:

> Los granujas os dirán que si no estáis representados es porque no tenéis ninguna propiedad. Yo os digo, por el contrario, que si no tenéis ninguna es porque no estáis representados [...] vuestra pobreza es el resultado, no la causa, de que no estéis representados [40].

Al no haber ninguna protección legislativa del trabajo, los que poseían el poder político podían acaparar propiedades mediante una simple legislación. No sólo podían fijar los impuestos a su antojo, sino también manipulaban la oferta monetaria para enriquecerse. Así, del mismo modo que en 1815 la Ley sobre Cereales fue definida como una «ley de hambre» en beneficio de los terratenientes, la reanudación de los pagos al contado en 1819 fue una ley en beneficio de los rentistas, mediante la cual se creía que millones de libras habían pasado del bolsillo de los deudores al de los acreedores [41]. La propiedad acumulada gracias a estas medidas era «artificial». No era producto del trabajo sino, literalmente, obra de la ley. La progresiva polarización entre la pobreza de las clases obreras y esta «riqueza artificial» podía ser considerada, en consecuencia, como el resultado de un atraco legal, posibilitado por el monopolio de la legislación. En este sentido manifestaba O'Connor que todas esas leyes eran una ficción, «porque han sido hechas para proteger un dinero ficticio, que no representa más que el producto de tu riqueza en un momento de transición de un hatajo de prestamistas a otro hatajo de especuladores» [42]. Es sin duda posible describir diferencias de tono y acento entre los portavoces cartistas en las discusiones sobre estos temas, pero lo que destaca más claramente a finales de la década de 1830 es la notable unanimidad en los razonamientos en que se sustenta la reivindicación de la Carta. En este aspecto no hay disensiones entre O'Connor, Lovett, Harney y los innumerables oradores de todo el país citados en el *Northern Star*. La pobreza y la opresión sólo podían ser eliminadas mediante la abolición del monopolio de la legislación; como señalaba O'Connor, «no había ni un solo vicio en el pueblo al que fuera imposible asignar un argumento legal» [43]. La amplia gama de posiciones entre la moderación y el extremismo se da *dentro* del radicalismo, y no *entre* éste y otra cosa.

[40] Citado en A. Plummer, *Bronterre. A political biography of Bronterre O'Brien* (1971), pp. 177-78.
[41] Véase, por ejemplo, el discurso de O'Connor en Glasgow, *Northern Star*, 28 de julio de 1838.
[42] *Northern Star*, 22 de junio de 1839.
[43] *Ibid.*, 15 de septiembre de 1838.

Si éste era el sentir general en el que los cartistas podían coincidir en atribuir la opresión de las clases obreras a su exclusión de la representación política, sugiere una continuidad entre el cartismo y las formas anteriores de radicalismo muy superior a lo que la mayor parte de los historiadores ha admitido. Pues si se consideraba que la opresión tenía un carácter político y legal, la Carta se convertía en algo más que un símbolo o un simple medio para conseguir un fin. Sin embargo, para apoyar este argumento hay que preguntarse si no hubo otros con un carácter de clase más reconocible que hubieran surgido de la experiencia de los movimiento apoyados por las «clases obreras» entre 1815 y 1837, y que pudieran constituir la base real, si no explícita, del apoyo de la clase obrera al cartismo. Se puede sacar una deducción de este tipo, por ejemplo, de todas las interpretaciones del período cuyo material se organiza en torno a dos temas gemelos: el de la Revolución industrial y el del desarrollo del movimiento obrero. En este esquema, es posible concebir el período comprendido entre 1815 y 1832 como una época en que el movimiento popular se transformó en un movimiento obrero con una forma característicamente obrera de considerar la política y la sociedad. El sindicalismo, el cooperativismo, el owenismo, el «socialismo ricardiano», la prensa sin franqueo y la experiencia del movimiento de reforma parlamentaria pueden ser concebidos, pues, como hitos en un proceso de aprendizaje a través del cual se formó la conciencia de clase. La confirmación de esto, a nivel ideológico, viene dada por el hecho de que el radicalismo de Paine y Cobbett, que hacía hincapié en el Estado y los impuestos como única fuente de la opresión, dio paso a una concepción más clasista de la explotación de los obreros en su papel de productores, y no de consumidores, y, como consecuencia, a una insistencia en el carácter de clase del movimiento popular. Así pues se considera que el radicalismo, en su forma inicial, retrocede a medida que avanza la conciencia de clase, y que la división política entre la clase media y la clase obrera en 1832 ratifica un proceso que llevaba madurando mucho tiempo.

Cualquiera que sea la validez de esta descripción, aquí se argumentará que no está confirmada, al menos explícitamente, por las pruebas acerca de un cambio ideológico del tipo oportuno. Ciertamente, se produjeron cambios en el radicalismo entre 1815 y 1840, y el cartismo incorporó muchos de los nuevos temas que adquirieron relevancia en la década de 1820, pero no hasta el punto de romper con sus supuestos básicos ni necesariamente en una dirección que lo aproximara más a un lenguaje socialista



posterior de base clasista. Argumentaremos que hay pruebas de que en la década de 1820 el radicalismo en sentido estricto seguía siendo la ideología dominante del movimiento popular, que determinaba tanto la concepción de la opresión como el vocabulario popular de clase, y de que, además, las perspectivas rivales, en la medida en que podían ser situadas más allá del horizonte radical, ofrecían un modo de comprender la sociedad y la política de orientación menos clasista que la del radicalismo al que se contraponían. Para verificar este argumento examinaremos las concepciones políticas y sociales desarrolladas dentro del sindicalismo, el owenismo y el «socialismo ricardiano», y trataremos de señalar la forma en que modelaron el radicalismo del período posterior a 1832. El primero y más obvio de los lugares en que se podría esperar encontrar algún tipo de impugnación del análisis radical es en los razonamientos y declaraciones que acompañaron al desarrollo del sindicalismo en la década de 1820. Del radicalismo de Paine o Cobbett se desprendía que la sociedad civil y las relaciones entre patronos y obreros funcionarían de forma armoniosa a no ser por el parasitismo del Estado y sus beneficiarios. Sin embargo, en los años posteriores a 1815 las manifestaciones de descontento de los miembros de las clases obreras provenían más directamente de su experiencia como asalariados: jornada laboral agotadora, salario en descenso, pero, competencia de las máquinas y nuevas formas de división del trabajo que se enfrentaban a las expectativas consuetudinarias. Además, estas calamidades fueron acompañadas de la creciente importancia de un nuevo tipo de patrono, orientado principalmente, a lo que parecía, hacia el mercado exterior más que hacia el consumo interior, y hostil, o por lo menos despectivo, con respecto a las prácticas tradicionales y a la economía moral de tipo informal que las había sustentado real o supuestamente. En esta situación, en la que la conducta que en un principio asociada con algunos patronos especialmente «duros» se estaba convirtiendo al parecer en la norma en todos los sectores, el oficial se vio obligado a formalizar sus prácticas y supuestos, a formar sindicatos e incluso a aliarse con trabajadores de otros sectores, otros distritos y otras cualificaciones laborales.

¿Cómo pudieron estos hechos ser considerados compatibles con los supuestos del radicalismo, según los cuales la fuente original de la opresión era el sistema político y no la sociedad civil? El destino del campesino desalojado o expropiado por el proceso de cercamientos podía atribuirse con bastante facilidad a la arbitraria violencia política y jurídica de la aristocracia

dominante y ocupar sin dificultad un lugar preparado de antemano dentro de la retórica radical. Pero la situación del artesano, del trabajador a domicilio y del obrero fabril no tenía una sabida tan obvia en el léxico radical. Ese estado de cosas se había desarrollado al parecer *dentro* del pueblo, y no *entre* el pueblo y los sistemas de «fuerza y fraude» o las maquinaciones de la «antigua corrupción».

La prensa y los discursos sindicalistas desbordaban de quejas acerca de la nueva situación que se había creado a partir de la época de las guerras napoleónicas, pero es difícil descubrir el desarrollo de una teoría o una práctica sindicalista que contradijera o superara los supuestos radicales (excepto en la medida en que provenían de posiciones owenistas, que serán analizadas por separado). La práctica sindical en sentido estricto planteaba por su propia naturaleza un desafío potencial al radicalismo por cuanto presuponía que la organización sindical podía mantener los niveles salariales y las condiciones de trabajo consuetudinarios pese al carácter arbitrario y opresivo de la clase legisladora. Pero en el período anterior a 1833-34, esta diferencia nunca se hizo muy explícita porque prácticamente todos los sindicalistas activos eran también radicales. Tampoco el desarrollo de los sindicatos en este período fue tan original como alguna vez se pensó. La pretensión de crear una unión general de todos los sectores no fue una deducción casi sindicalista de las ideas del owenismo o el «socialismo ricardiano», ni una invención del período de 1829-34. Se habían realizado intentos previos en Manchester y Londres en 1818 y 1825. La práctica de la cooperación intersectorial en un distrito concreto estaba bien arraigada. La novedad estaba en la formalización de esta idea unida a una progresiva sensación de semejanza de las situaciones en los diferentes sectores y lugares, posible gracias a la difusión de una prensa sindical recientemente legalizada [44].

Además, la idea de un sindicato general no se desarrolló en el contexto de una ofensiva para hacerse con el producto total del trabajo, como se pensó en otro tiempo, sino en el de una creciente sensación de vulnerabilidad entre los sectores más débiles frente a los ataques de un medio económico hostil. La

[44] Para el desarrollo del sindicalismo en la década de 1820 y principios de la de 1830, véanse, en particular R. G. Kirby y A. E. Musson, *Voice of the people. John Doherty 1798-1845, trade unionist, radical and factory reformer*, Manchester (1976); Iorwerth Prothero, *Artisans and politics in early nineteenth century London*, Folkestone (1979). El cuadro que trazo del sindicalismo en este período debe mucho a estos dos estudios de Doherty y Gast, respectivamente.



Asociación General de Oficios de Londres, asociada al carpintero de ribera John Gast, surgió en 1827 a consecuencia de la amenaza de reimplantación de 1825-26. La Asociación Nacional para la Protección del Trabajo (NAPL), asociada al dirigente de los hilanderos John Doherty, se formó tras la derrota del sindicato de éste en la huelga de 1829. La creación de la Unión Nacional de Oficios (GNCTU) en Londres en 1833 se debió a los preparativos de los sastres para una huelga general destinada a detener la decadencia de su oficio tras el fracaso de las huelgas de 1827 y 1830 [45]. Es significativo que los estatutos de la NAPL admitieran la ayuda a los sindicatos afiliados sólo en caso de huelgas contra la *reducción* de los salarios. «El objetivo que tenían que conseguir», señalaba Doherty, «era la libertad y la independencia que durante largo tiempo habían sido características del pueblo inglés, pero de las que entonces sólo quedaba un pequeño vestigio» [46]. De manera semejante, Gast pensaba que «el "valiente campesino" debe convertirse de nuevo en el "orgullo de su país", el pauperismo hacerse odioso a los ojos de los trabajadores, el lastre ser soltado, y entonces (y no antes) Inglaterra volverá a ser un modelo para el mundo y la envidia de las naciones vecinas» [47]. En respuesta a los radicales, los owenistas y los partidarios de la economía política, todos los cuales, por diferentes razones, se mostraban escépticos en cuanto a la capacidad de los sindicatos para influir en los niveles salariales y las condiciones de trabajo, los sindicalistas de la época tenían poco que ofrecer más allá del deseo de recuperar un mundo presidido por las expectativas consuetudinarias y unos acuerdos justos que regularan la conducta de patronos y obreros.

Del mismo modo que el desarrollo de la práctica sindical se produjo principalmente por exigencias de la situación, la postura de los sindicatos con respecto a la economía se desarrolló forzosamente como respuesta a la ofensiva de la economía política popular. Factor crucial para ello fue el crecimiento de una prensa sindical, posibilitado por la derogación de las Leyes sobre Asociación, y los intentos de utilitaristas radicales como Francis Place por atraer a los sindicatos al magisterio de la economía política. Así se comenzó a formular una postura específicamen-

[45] Véase T. M. Parssinen y Iorwerth Prothero, «The London tailors' strike of 1834 and the collapse of the Grand National Consolidated Trades' Union: a police spy's report», *International Review of Social History*, XXII (1977); B. Taylor, «"The men are as bad as their masters...": socialism feminism and sexual antagonism in the London tailoring trade in the early 1830s», *Feminist Studies*, 5, I (1979).

[46] Kirby y Musson, *Voice of the people*, p. 163.

[47] Prothero, *Artisans*, p. 227.

te sindical con respecto a los problemas económicos y políticos en el *Trades Newspaper* de Londres, en el *United Trades Cooperative Journal*, de la NAPL y en su sucesor, la *Voice of the People*. Pero, de nuevo, no hubo allí ideas que fueran más allá de las concepciones radicales sobre la relación entre empleadores y empleados. La postura básica fue, de hecho, idéntica a la sostenida por radicales y cartistas hasta el final de la década de 1840. Aunque el *Trades Newspaper* trató de popularizar el *Labour defended* de Hodgskin, y los periódicos de Doherty reprodujeron extractos de William Thompson, la postura más popular y más ampliamente difundida fue la enunciada por los propios sindicalistas: una sincera creencia en que el incremento del consumo nacional remediaría los males del paro, fortalecida por la convicción del derecho de todos los trabajadores a un buen salario y por la alarma, constantemente reiterada, ante el desarrollo de una «nueva aristocracia de la riqueza» y el progresivo deterioro de la situación de los productores de dicha riqueza. Por primera vez, en la década de 1820 entre sindicalistas y radicales la palabra «maltusiano» se convirtió en un epíteto injurioso, y a finales de esa misma década estaba ya consolidada una postura que sería típica: la de relacionar la competencia excesiva, el abuso de las máquinas, los largos horarios, el descenso de los salarios y el paro con el crecimiento como hongos de los grandes capitalistas y la promoción del comercio de exportación. Thomas Single expuso de manera característica este punto de vista en el *Trades Newspaper:*

> Si renunciáramos a algunas de nuestras máquinas y perdiéramos parte (o mejor dicho, casi todo) de nuestro comercio exterior, y diéramos a los obreros lo necesario por el trabajo diario, nuestro comercio interior se incrementaría tanto o más de lo que descendería nuestro comercio exterior. En todo caso, no viviríamos en medio del hambre en un país de abundancia [...] Pero ¡qué digo! Son miles y millones en este país los que se mueren de hambre por mor del comercio, por mor de permitir que unos cuantos grandes capitalistas mantengan un sistema de comercio con el extranjero basado en las máquinas, lo que no tiene otra consecuencia que enriquecer a unos cientos y matar de hambre a millones [48].

El papel aciago del comercio exterior siguió siendo una característica constante en el análisis cartista del deterioro de la situación de las clases obreras y de una parte importante de las clases medias. Había provocado la destrucción de toda relación

[48] *Ibid.*, p. 228.



natural entre producción y consumo y su sustitución por un sistema de especulación que proporcionaba excesivos beneficios a los grandes capitalistas a expensas de los pequeños y provocaba una disminución constante de los salarios. Su origen se debía buscar en la ausencia de impuestos sobre la maquinaria. Según el *Nothern Star* en 1839 :

> Nuestro moderno comercio exterior debe su existencia al privilegio, concedido a los capitalistas manufactureros, de rebajar gradual e incesantemente el valor del trabajo humano —de cuyas repercusiones en el mercado nacional dependen los honrados beneficios de todos los sectores—, así como el valor del suelo en Inglaterra por medio de una maquinaria libre de impuestos [49].

O, como había publicado un año antes:

> De ese modo el trabajo, que debería ser el regulador del comercio, ha sido supeditado, por falta de leyes reguladoras del beneficio sobre la maquinaria, a una partida de especuladores que han inundado el mercado exterior con los frutos del trabajo barato hasta que finalmente hemos podido ver los productos del obrero inglés almacenados en países extranjeros y ofrecidos por el especulador a un precio inferior a aquél al que ese mismo artículo puede ser adquirido en casa [50].

La solución cartista era la misma que proponían los sindicalistas y los radicales en la década de 1820. Lovett escribía, en representación de la Asociación de Obreros de Londres:

> Les instaríamos a no olvidar las mayores ventajas de un provechoso consumo interior. Porque si se reducen continuamente los salarios para hacer frente a la competencia extranjera, se producirá una disminución gradual de nuestro comercio interior; la respetable clase de los tenderos y comerciantes, que en cierto modo son prósperos gracias a los actuales salarios de las clases obreras —si estos salarios se redujeran o se aproximaran de alguna manera a los de nuestros desgraciados hermanos irlandeses— se vería pronto expulsada del país o hundida en la clase degradada a la que todos estaríamos reducidos: la de meros conductores hambrientos de las espléndidas máquinas de Inglaterra [51].

Esto fue básicamente lo mismo que O'Connor, McDouall y Jones expusieron a los comerciantes y a los sectores no corrompidos

[49] *Northern Star*, 2 de marzo de 1839.
[50] *Ibid.*, 12 de mayo de 1838.
[51] *Ibid.*, 31 de de marzo de 1838.

de la clase media en los meses anteriores a la presentación de la tercera petición cartista en 1848 [52].

Por lo tanto, el sindicalismo fue sin duda indicativo de las divisiones que habían surgido dentro del pueblo pero no se oponía a la idea de pueblo que tenía el radicalismo. Gast condenaba la postura de los constructores de ribera sobre la deuda nacional y los impuestos. Doherty consideraba que el apoyo a la NAPL no debía enfrentar a los trabajadores con los patronos honrados, ya que éstos, oprimidos por unos impuestos excesivos y por las Leyes sobre Cereales, eran un producto de las circunstancias, al igual que sus obreros. Incluso en 1834 esperaba que los patronos consiguiera librarse de la «filosofía infernal» de los «sumos sacerdotes», Malthus y MacCulloch, que les enseñaban que las desgracias eran el resultado de la superpoblación y los monopolios, y no de los impuestos, el papel moneda y la competencia excesiva [53]. No se concebía la economía política como la ideología de una clase, sino como una visión inhumana, egoísta y falsa de la naturaleza humana que había conseguido el apoyo de muchos maestros pero que sería destruida por los argumentos en contra de los oficiales. De modo similar, en las propias huelgas y en la batalla por la opinión pública que las acompañaba, el enemigo no eran los patronos como clase, sino los patronos tiránicos y despóticos en contraposición a sus colegas honorables. Un sindicato fuerte que mantuviera un nivel salarial convenido a cambio de un volumen de trabajo convenido beneficiaría a los patronos, al impedir una competencia excesiva entre ellos. Los salarios altos estimularían la demanda interior y en consecuencia asegurarían una tasa aceptable de ganancia. Por el contrario, en los sectores no organizados los buenos patronos se veían obligados a seguir a los malos en la reducción de los salarios, porque la competencia no les dejaba otra opción. Sin duda había una constante y expresa hostilidad hacia los «capitalistas». Pero éstos, como veremos, tendían, a diferencia de los patronos, a ser considerados como parte del sistema político más que de la estructura de clases, ya que acaparaban lo que los radicales calificaban de riqueza «artificial».

Si el sindicalismo no representaba una alternativa extraña al radicalismo en sus conceptos de clase y opresión, ¿qué decir del owenismo, tan estrechamente relacionado con la actividad sindical y cooperativista entre 1829 y 1834? En términos generales, se puede sugerir que los owenistas ampliaron el concepto de opresión predominante en el movimiento radical mediante la crítica de la distribución y del sistema competitivo, pero su posición siguió siendo fundamentalmente incompatible con el desarrollo de un lenguaje de clase, ya que contradecía los presupuestos en que éste se basaba. Sin embargo, los historiadores, al enfocar el owenismo como una fase de la historia del movimiento obrero o del desarrollo de la clase obrera, han tendido a despreciar los planteamientos formales de los owenistas y a sugerir que los activistas obreros remodelaron el owenismo, convirtiéndolo en una postura de clase de nuevo cuño. Nos ocuparemos de cada uno de estos puntos sucesivamente.

[52] Véase J. Belcham, «Fergus O'Connor and the collapse of the mass platform», en Epstein y Thompson, *The Chartist experience.*

[53] Kirby y Musson, *Voice of the people,* pp. 283-84.



No caben dudas sobre el papel desempeñado por el owenismo y el movimiento cooperativista en general en la ampliación del concepto de opresión tal como lo habían entendido Paine, Cobbett y Richard Carlisle. El owenismo se centró en aquellos problemas que en cualquier caso preocupaban a los sectores deprimidos —salarios bajos, maquinaria, plustrabajo y polarización creciente entre riqueza y pobreza— y los situó en un contexto sistemático. Si el trabajo era la fuente de toda riqueza, entonces la creciente disparidad de las rentas no podía atribuirse simplemente a la maldad de la aristocracia, los monopolios, los impuestos y la corrupción, que habían sido los temas predominantes de la plataforma radical de 1819 [54]. La diferencia entre lo que producía el trabajo y su retribución real no podía explicarse totalmente por el saqueo de «los que fijan los impuestos, los pensionistas, los intermediarios y, en general, los devoradores de impuestos». John Gray, de la Sociedad Cooperativista de Londres, cuya *Lecture oh human happiness* (1825) se convirtió en un texto clásico del movimiento coperativista, ofreció, mediante la dramatización de las estadísticas de la renta nacional de Colquhoun de 1814, una imagen vívida y concreta de una clase de propietarios improductivos que vivían del trabajo de los demás. Paine había calculado que los impuestos absorbían más de una cuarta parte del trabajo de la humanidad [55]. Pero de las tablas de Colquhoun se podía deducir que mientras que el pro-

[54] Para un examen esclarecedor de los cambios en la ideología radical entre el período posterior a las guerras napoleónicas y la década de 1830, véase P. Hollis, *The pauper press. A study in working-class radicalism of the 1830s,* Oxford (1970). Sin embargo, su análisis de la importancia de esos cambios difiere significativamente de la interpretación ofrecida aquí.

[55] T. Paine, *The rights of man,* ed. Everyman (1969), p. 213 [*Los derechos del hombre,* Madrid, Alianza, 1984].

ducto anual medio del productor ascendía a 54 libras, su retribución media en salarios ascendía solamente a 11 libras y que, por consiguiente, «las clases productivas son despojadas, mediante las disposiciones actuales de la sociedad, de casi las cuatro quintas partes del producto de su trabajo» [56]. La renta real del país, concluía Gray, «es sustraída a sus productores principalmente a través del arrendamiento de las tierras, del alquiler de las casas, del interés del dinero y de las ganancias conseguidas por aquellos que les compran su trabajo a un precio y lo venden a otro» [57]. Estas ideas u otras parecidas fueron frecuentes en los veinte años siguientes. Doherty calculaba que el gobierno y los patronos se quedaban con las tres cuartas partes del producto del trabajo agrícola y manufacturero [58]. En marzo de 1832, «uno de los oprimidos» escribía desde Manchester al *Poor Man's Guardian:*

Os he dicho que las calamidades que presiden vuestro trabajo no están originadas por los impuestos. Os he demostrado que el gesto total del gobierno, desde el rey hasta el último soldado, no supone más de medio penique diario por persona en los dos reinos; y que la abolición de todo el gobierno os supondría un alivio de medio penique diario solamente [...] y os he dicho que la causa *inmediata* de vuestra pobreza es los alquileres desorbitados, los diezmos, los intereses del dinero, los beneficios sobre el trabajo y las ganancias del comercio, que os imponen las leyes creadas por los ladrones de tierras, los mercaderes, los manufactureros y los comerciantes de esa casa de la que estáis excluidos, exclusión que os impide hacer leyes para regular vuestros salarios [59].

El mismo *Poor Man's Guardian* opinaba que los impuestos eran una «simple bagatela» [60], mientras que la idea de que las clases productivas recibían sólo la quinta parte de su producto se convirtió en parte del repertorio clásico de los discursos y artículos de Bronterre O'Brien en el primer período cartista [61]. O'Connor creía que los obreros consumían una cuarta parte de su producto [62], y hasta Attwood, en la presentación de la petición cartista de 1839 al Parlamento, afirmaba:

[56] J. Gray, *A lecture of human happiness* (1825), p. 20.
[57] *Ibid.*, p. 70.
[58] Kirby y Musson, *Voice of the people*, p. 422.
[59] *Poor Man's Guardian*, 14 de abril de 1832; la carta estaba fechada en Manchester el 19 de marzo.
[60] *Ibid.*, 22 de marzo de 1834.
[61] Véase, por ejemplo, *Northern Star*, 6 de abril de 1839.
[62] *Ibid.*, 29 de septiembre de 1838.



Lo primero que buscaban esos hombres honrados, cada uno de los cuales producía con su trabajo cuatro veces más para el país de lo que pedía a cambio, era una subsistencia justa, y sin embargo el país les negó una cuarta parte del valor de su trabajo [63].

Esta ampliación del concepto de las calamidades con que se enfrentaba el productor iba generalmente acompañada en la literatura owenista del concepto del ascenso de los «capitalistas» o de la nueva «aristocracia de la riqueza». Esta idea no era tanto una innovación teórica como una sistematización de una idea que se había convertido en moneda corriente. Por ejemplo, Doherty hablaba de los maestros hilanderos como Cobbett había hablado de los granjeros. Al principio había sido «simple hombres industriosos» dispuestos a mezclarse socialmente con sus obreros, pero las ganancias masivas los habían transformado en una «nueva raza» de «señores del algodón» [64]; y *Voice of People* consideraba que nunca había sido mayor el abismo entre ricos y pobres desde que la aristocracia de título había sido sustituida por una aristocracia de la riqueza que había «implantado una esclavitud de efectos más odiosos y sumido a sus víctimas en la más extrema de las pobrezas» [65]. O, más formalmente, Thomas Hodgskin consideraba que el capital y los capitalistas

han reducido desde hace tiempo a una relativa insignificancia al antiguo tirano de la tierra, al tiempo que han heredado su poder sobre todas las clases trabajadoras. Ya es hora pues de que los reproches que durante tanto tiempo recayeron sobre la aristocracia feudal sean lanzados contra el capitalismo y los capitalistas; o contra esa aristocracia, más opresiva incluso, que se funda en la riqueza y se alimenta de la ganancia [66].

Por el contrario, William Thompson opinaba que no se trataba tanto de que una clase hubiera reducido a otra como de que

La aristocracia feudal y la aristocracia de la riqueza se han fundido; y los últimos admitidos en la nefasta coalición contra la felicidad de la gran mayoría de sus conciudadanos, son frecuentemente los enemigos más acendrados —como esclavos elegidos como conductores de esclavos en los distritos contaminados por la esclavi-

[63] *Ibid.*, 22 de junio de 1839.
[64] Kirby y Musson, *Voice of the people*, p. 370.
[65] *Ibid.*, p. 219.
[66] T. Hodgskin, *Labour defended* (1825), reimpresión de la ed. de 1922, Nueva York (1969), p. 67.

tud— de las clases industriosas, cuyas penalidades compartieron hasta hace poco [67].

Lo que los movimientos owenistas y cooperativistas en particular, aportaron a estas ideas, fue una interpretación de este proceso de ampliación de la opresión y crecimiento de la polarización como productos de un sistema competitivo. Como observaba John Gray:

> No hay un solo hombre en este país, cuya subsistencia dependa de alguna manera del comercio, que no tenga un millar de enemigos comerciales. El trabajador que busca empleo suele hallar enemigos de sus intereses incluso entre aquellos que, en otras circunstancias, serían sus amigos [...] El comerciante, el mayorista, el minorista, el mecánico, cada uno de ellos encuentra un enemigo de sus intereses comerciales en cada individuo dedicado al mismo tipo de negocios que él [68].

«El actual sistema de los asuntos humanos», concluía, «está calculado en casi todos sus aspectos para que el principio del egoísmo choque con el de la benevolencia» [69].

Fue sobre todo William Thompson, un cooperativista que aceptaba la conveniencia del sufragio universal, quien planteó el debate en torno a la competencia de la manera más aceptable para los radicales y sindicalistas. Porque, a diferencia de Owen, utilizó las imágenes de Paine y Godwin para presentar el caso. El lenguaje de corrupción y engaño que se había desarrollado a principios del siglo XVIII como respuesta a las nuevas prácticas financieras asociadas con los partidos parlamentarios y el crecimiento de la deuda pública, y que Paine y Cobbett habían ampliado yuxtaponiendo pueblo y «antigua corrupción» o las fuerzas de «fuerza y fraude». «En otros tiempos», escribía Thompson,

[67] W. Thompson, «One of the idle classes», en W. Thompson, *Labour rewarder* (1827); reed. Nueva York (1969), p. 9.

[68] Gray, *Human happiness*, p. 45. Sin embargo, hay que señalar que hubo matices en la postura hacia la competencia tanto dentro del movimiento owenista como fuera de él. El mismo Owen era totalmente contrario a la competencia, pero William Thompson, por ejemplo, estaba más interesado en eliminar la fuerza en el intercambio que en los efectos de la competencia como tal, actitud que había tomado de Godwin. Para un análisis de estos temas, véase G. Claeys, «The Owenite theory of exchange», manuscrito inédito (1980).

[69] *Ibid.*, p. 46.



> los sistemas feudales y teológicos, los sistemas de fuerza y fraude, a veces en guerra y a veces en paz entre ellos, gobernaban los asuntos humanos y consumían todos los productos del trabajo que no eran necesarios para mantener a los trabajadores vivos y en condiciones de trabajar. En medio de estas discordias de la fuerza y el fraude, el sistema de la industria basada en el saber ha ido abriéndose paso gradualmente. El sistema de la industria se ha implantado parcialmente en todas las partes de Europa. Y en ninguna parte de Europa, o del mundo, predomina el sistema de la industria, como debería predominar, sobre los sistemas de fuerza y fraude. En otros tiempos las guerras se hacían por el botín o por la superstición. En los últimos tiempos se han hecho con frecuencia por la creencia, ignorante y sincera, de obtener ventajas comerciales gracias a ellas. Sin embargo, los viejos sistemas de fuerza y fraude están tan entremezclados en nuestro orden social actual que no hay apenas un trámite en el que, incluso hoy, no intervengan la fuerza y el fraude [70].

Y después de analizar los impuestos y los diezmos, continuaba:

> Debido a la complicidad de la producción, a la dificultad de averiguar el valor y la calidad, a la disparidad de saber y la destreza, no hay apenas una operación de trueque o intercambio en la que el engañoso espíritu de la competencia no se mezcle con el fraude, ya sea afectando indiferencia ante el intercambio, subvalorando el objeto a adquirir o sobrevalorando el objeto a ofrecer. Por medio de *intercambios* injustos, apoyados por la fuerza y el fraude, ya sea mediante una actuación directa de la ley o una actuación indirecta de un orden social estúpida, a las clases industriosas se les quita de las manos el producto de su trabajo. El ámbito del engaño es tan ilimitado como el ejercicio de las facultades humanas [71].

En 1844, Engels consideraba que actitudes incompatibles hacia la competencia estaban en el origen de la división entre radicales obreros y radicales de la clase media [72]. En la medida en que esto era cierto, el owenismo y el cooperativismo habían desempeñado un papel importante en la agudización de esta división. El viejo radicalismo del período anterior a 1820 había tendido a yuxtaponer competencia y monopolio. Los que aceptaban las enseñanzas de la economía política podían seguir articulando su radicalismo en esos términos. Por el contrario, el owenismo y el cooperativismo, como algunas corrientes del romanticismo en los círculos de clase media, yuxtaponían competencia y comunidad, siendo el contraste entre competencia y asociación una

[70] Thompson, «Idle classes», p. 11.

[71] *Ibid.*, p. 12.

[72] Marx y Engels, *Collected works*, vol. 4, p. 523.

importante fase intermedia. Este concepto de competencia como fuerza *antinatural* que se imponía a los hombres desde fuera podía acomodarse fácilmente —más que la idea marxista posterior de la competencia como resultado de una contradicción dentro del propio sistema de producción— a la tesis sindicalista de que los buenos patronos tenían que seguir a regañadientes a los malos en la reducción de los salarios, y a la creencia radical de que la corrupción y la opresión eran extraños intrusos en un orden natural de cosas en el que el patrono, el mecánico, el comerciante y el tendero recibirían su parte correspondiente. Además, el hincapié en la asociación como fase de transición permitía establecer un vínculo entre el owenismo y las preocupaciones de los sindicalistas. Así fue como se hizo predominante en los círculos radicales y sindicales una forma modificada del punto de vista owenista y no la creencia liberal en la competencia como fuerza natural y benéfica. La consideración de los efectos de la competencia se convirtió en parte integrante del análisis cartista en las décadas de 1830 y 1840, con consecuencias destructivas para puntos importantes de la antigua plataforma común de los radicales. Acerca de los impuestos, por ejemplo, el *Poor Man's Guardian*, al mismo tiempo que coincidía con los seguidores de Cobbett en la conveniencia de derogar los diezmos y los impuestos, afirmaba en 1833:

> La sinceridad nos obliga a expresar nuestra convicción de que si la reforma se detuviera ahí, el trabajador pobre obtendría pocos o nulos beneficios de esas medidas. Indudablemente, le costarían mucho menos los productos de primera necesidad, pero la progresiva saturación del mercado de trabajo pronto haría descender su salario en una medida equivalente. Las clases mercantiles acapararían todas las ventajas y al esclavo productor le daría igual que su jornal fuera a parar al párroco o al esclavo codicioso convertido en tenderócrata [73].

Y acerca de la derogación de las Leyes sobre Cereales, otro viejo grito de guerra de los radicales, O'Connor desarrollaba además otros argumentos:

> El libre cambio no es más que un sustituto del monopolio terrateniente de nuestro país; el libre cambio no es más que un medio de crear un poder competitivo para el capataz y una nueva fuente de especulación comercial para los tahúres con dinero ficticio a cambio de trabajo auténtico: ten almacenes en el extranjero y tendrás un mercado mayorista para los especuladores monetarios y tus exigencias fijarán el tipo de precios al por menor [74].

[73] *Poor Man's Guardian*, 26 de octubre de 1833.



Sin embargo, pese a todo lo que los radicales habían absorbido de la crítica owenista de la competencia, siguió existiendo una gran diferencia entre ambas posturas. La importancia del owenismo radicó sobre todo en su esclarecedora concepción de la competencia no como una calamidad particular de tal o cual sector, sino como un sistema general que extendía la opresión más allá de la esfera directamente imputable a las actividades del Estado. Así resultaba problemática la tesis de Tom Paine de que «cuando en los países que se llaman civilizados vemos cómo los ancianos van a los asilos y los jóvenes a los patíbulos, algo va mal en el sistema de gobierno» [75]. Pero la postura radical y cartista siguió estando más cerca de Paine que de Owen. Porque lo que los radicales y sindicalistas condenaban con más frecuencia no era la competencia, sino la competencia excesiva; y, como declaraba el *Poor Man's Guardian*, lo que estaba mal era «no tanto el principio competitivo del que se lamenta el Sr. Owen como la dirección ilícita que le ha dado la civilización caníbal» [76].

De hecho, no se debe infravalorar la incompatibilidad fundamental entre owenismo y radicalismo [77]. El owenismo, en sentido estricto, fue bastante coherente al considerar que el cambio político era irrelevante para su diagnóstico básico. El origen de la competencia y la «antipatía» no era político, sino ideológico. Las falsas ideas sobre la naturaleza humana inscritas en las teorías religiosas, políticas y económicas e institucionalizadas por la educación eran las responsables de los males de la sociedad competitiva y de la innecesaria polarización entre riqueza y pobreza. El cambio únicamente podía provenir del reconocimiento de esta verdad, mediante un proceso de esclarecimiento y transformación. Si no se producía esta revolución moral, el cambio político sería inútil; el ejemplo de los Estados Unidos, un país con instituciones democráticas donde la competencia era la norma suprema, podía ser y era citado frecuentemente como prueba de ello. En segundo lugar, si el origen del mal era ideológico, el owenismo fue también coherente al no apelar en concreto a una clase a expensas de otra. En el

[74] *Northern Star*, 3 de noviembre de 1838.
[75] Paine, *Rights of man*, p. 221.
[76] *Poor Man's Guardian*, 19 de octubre de 1833.
[77] Para una presentación más elaborada de la argumentación aquí avanzada, véase mi «Utopian socialism reconsidered».

análisis de la inmoralidad de la competencia, el owenismo no distinguía en principio entre la competencia de unos ricos desgraciados por un lujo insensato y la competencia de los pobres desgraciados por un puesto de trabajo. Todos padecían por igual la guerra de todos contra todos. Por eso era más razonable apelar tanto a los gobernantes como a los gobernados. Por supuesto, un principio elemental de propaganda exigía expresar con diferentes términos la apelación a los diferentes grupos sociales. Así, al rico se le podía prometer seguridad y verdadera felicidad mientras que al pobre se le podían mostrar los medios legítimos para asegurar el fruto total de su trabajo. Sin embargo, pese a su asociación con esta última aspiración, el owenismo tuvo siempre cuidado de distanciarse de cualquier ambición expresada en términos de clase. De hecho, se pensaba que el mismo vocabulario de clase era uno de los nocivos resultados de la competencia, promovido en particular por sus representantes más crueles. William Thompson acusaba a «la clase de los economistas políticos *competitivos*» de divulgar términos como el de «clases obreras o trabajadoras» para describir a los «industriosos», «como si no tuvieran nunca nada más que hacer o pensar que trabajar» [78]. Por razones similares, el owenismo rechazaba en general un lenguaje de derechos y prefería un lenguaje de utilidad. Los cambios que propugnaba eran aquellos que proporcionarían a todos la máxima felicidad una vez que ésta fuera racionalmente entendida. Había que evitar los derechos históricos y naturales y las reivindicaciones de grupos sociales concretos porque formaban parte de las divisiones y pretensiones del viejo mundo competitivo. El hombre no poseía derechos naturales, sino una propensión natural a perseguir la felicidad. Por consiguiente, no era la supresión de sus derechos lo que le impedía alcanzar su objetivo, sino la falsa conciencia engendrada por la «antipatía». Lo que el owenismo ofrecía a los «industriosos» no era una identidad de clase, sino una «ciencia», un auténtico conocimiento de las causas generales de la infelicidad, en comparación con el cual las formas concretas de gobierno, la opresión del rico o los pasados errores del pueblo inglés eran sencillamente irrelevantes, ya que todos ellos eran productos de las creencias falsas y egoístas del viejo mundo.

Gracias a esta teoría de la posibilidad de un «nuevo mundo moral», y no a pesar de ella, el owenismo atrajo a grupos de artesanos de Londres, Birmingham y otros centros, a través de los cuales contribuyó más que ninguna otra fuente aislada al

[78] Thompson, «Idle classes», p. 94.



engrandecimiento del campo y del lenguaje de las aspiraciones dentro del mismo movimiento radical. Desde la época de la London Corresponding Society, y durante los años centrales de la campaña de Cobbett y Hunt, el lenguaje dominante de los radicales había sido una forma de retórica constitucionalista que había utilizado los precedentes para justificar las imágenes de una comunidad orgánica y había elaborado una historia mítica de la Inglaterra medieval y sajona para reclamar los derechos que históricamente correspondían al pueblo inglés. Incluso los discípulos más puros de Paine, como Richard Carlisle, no vieron nada incongruente en oscilar entre los ataques de Cobbett a la «vieja corrupción» y los ataques de Paine a las «artes del rey, la nobleza y el clero» en nombre de los derechos del hombre [79]. Analizando las limitaciones de esta retórica radical constitucionalista del siglo XVIII, Edward Thompson ha escrito:

> Implicaba la absoluta santidad de ciertas convenciones: respeto a las instituciones de la monarquía, al principio hereditario, a los derechos tradicionales de los grandes terratenientes y la Iglesia establecida, y a la reivindicación no de los derechos humanos, sino de los derechos de propiedad. Una vez enredados en los debates constitucionales —aun cuando los utilizaran para plantear las reivindicaciones del sufragio masculino—, los reformadores quedaron atrapados en las trivialidades de una renovación constitucionalista por partes. Para que surgiera un movimiento plebeyo, era esencial abandonar por completo esas categorías y promover reivindicaciones democráticas más amplias [80].

El movimiento plebeyo nunca «abandonó por completo esas categorías» porque el radicalismo, como vimos en las razones en que se apoyaba la petición de la Carta, determinó la forma adoptada, por el movimiento democrático, tanto antes como después de 1832, y su lenguaje se estructuró en función de un vocabulario de la propiedad, ya fuera en forma de historia ficticia o de derechos naturales. Esto siguió siendo cierto aun cuando se ampliara para acoger las reivindicaciones de una clase cuya única propiedad residía en «la fuerza de sus brazos». Pero en la medida en que la reivindicación de los derechos democráticos por parte de un gran número de cartistas tuvo un más coherente humanista y universalista que el que habían utilizado los defensores del sufragio masculino en las décadas de 1790 ó 1810,

[79] Sobre este punto, véase E. Yeo, «Social science and social change: a social history of some aspects of social science and social investigation in Britain, 1830-1890», tesis doctoral de la Universidad de Sussex (1972), pp. 18-19.

[80] Thompson, *Making*, p. 88.

esa transformación se debió más al movimiento owenista que a Paine. No hay que olvidar que fue un antiguo owenista, William Lovett, el que originalmente redactó la Carta, y que en su primera formulación no sólo rechazaba tajantemente, como Paine, cualquier reivindicación basada en los precedentes históricos, sino que mezclaba un lenguaje de derechos con un lenguaje owenista de utilidad y también incluía a las mujeres en sus objetivos. Cualesquiera que sean los límites de la ley de Owen de que «el carácter del hombre es creado para él, no por él», fue de enorme importancia para las que entraron en contacto con ella, ya que desbrozó el terreno para una creencia con la igualdad natural y universal, la perfectibilidad humana, la maleabilidad de las instituciones sociales y políticas y un movimiento que miraba inequívocamente al futuro y no al pasado. En lugar de los errores del «inglés nacido libre», en lugar de un vocabulario limitado, apropiado para deshacer entuertos concretos, Owen ofrecía a sus simpatizantes un lenguaje universal e históricamente liberado con el que expresar sus reivindicaciones y aspiraciones. Así fue como el movimiento popular heredó las tendencias racionalistas y cientificistas del pensamiento ilustrado. En palabras de George Holyoake, Owen permitió a «los obreros razonar sobre su situación» [81], y eso representó un logro permanente incluso para aquellos que, como Lovett, rechazaban muchos de los rasgos específicos del análisis o de la estrategia owenista. Podemos hacernos una idea del duradero impacto de Owen en las creencias morales y el vocabulario de los obreros para interpretar el mundo examinando el testamento de Henry Hetherington, un veterano editor de prensa cartista y gratuita que se había separado tiempo atrás del movimiento owenista ortodoxo. Expresaba en él su esperanza de que el discurso pronunciado en su funeral en 1849 aludiera con igual franqueza a los aspectos buenos y malos de su carácter para que «nadie pueda declarar principios justos y racionales sin esforzarse por purgarlos de aquellos errores que provienen de los malos hábitos, previamente contraídos, y que empañan el lustre de sus principios benignos y gloriosos». Y continuaba:

> Estos son mis pareceres y sentimientos al abandonar una existencia en la que se han alternado las miserias y los placeres de un sistema egoístas, competitivo y oportunista en el que las aspiraciones morales y sociales de los seres humanos más nobles son aplastadas por la

[81] G. H. Holyoake, *Sixty years of an agitator's life* (1893), vol. I, p. 19; y para este aspecto del owenismo, véase Yeo, «Social science and social change», cap. 2.



> fatiga incesante y las privaciones físicas; en el que, de hecho, todos los hombres son entrenados para ser esclavos, hipócritas o criminales. De aquí mi ardiente comunión con los principios de ese hombre bueno y grande: Roberto Owen [82].

¿No había, pues, una corriente entre las clases obreras que reuniera las experiencias de los movimientos radicales, cooperativista y sindicalista para crear una estrategia más característicamente obrera que trascendiera la concepción radical de clase? Con objeto de verificar esta idea, al menos en el plano del lenguaje, examinaremos brevemente la fusión de radicalismo y owenismo en los primeros años de la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras (NUWC) y, desde la perspectiva sindical, los análisis de *Crisis* y *Pionner* en 1833-34, ya que a veces se ha argumentado que representan una postura sindicalista.

Los historiadores del socialismo y del movimiento obrero han considerado importante la NUWC, fundada en 1831, por diversas razones. Su nombre ha sido tomado como un hito en la conciencia de una identidad independiente de la clase obrera. Algunos de sus miembros más destacados, Hetherington, Hibbert, Benbow y O'Brien, junto con los radicales obreros de Hunt, en Manchester, representaron la oposición más temprana e intransigente a la Ley de Reforma de 1832 y al derecho de voto para la clase media. Benbow propuso por primera vez a esta organización su estrategia de vacación general: otro hito convencional en la formación de la conciencia de la clase obrera. Por último, la NUWC incluía también a algunos de los más notables artesanos partidarios de la cooperación, por lo que puede ser considerada como una de las primeras conjunciones entre socialismo y política de la clase obrera.

[82] *Democratic Review*, septiembre de 1849, p. 159; véase también un comentario anterior sobre Owen en el *Poor Man's Guardian:* «Sus conferencias sobre la organización de la industria y la formación del carácter han hecho mucho bien. Han familiarizado la mente de los obreros con la importancia del trabajo, y en consecuencia de las clases trabajadoras. Han enseñado a estas últimas a verse como lo que realmente son: los señores de la creación. Cada obrero que lee los ensayos del Sr. Owen se convierte a sus propios ojos en un nuevo ser. Deja de sentirse como un mero pedazo de mecanismo vivo, predestinado para el uso y el abuso de otros. Ve que, por mucho que le hayan degradado, le es posible, en nuevas circunstancias, llegar a ser igual a aquellos que le miran desde arriba. Ve que la Naturaleza no ha dejado en él huella alguna de inferioridad; que la Providencia ha sido igualmente generosa con él que con los otros en todos los aspectos esenciales de la felicidad humana; y que, en pocas palabras, toda inferioridad que le incumba es UNICAMENTE OBRA DEL HOMBRE y, *por consiguiente, remediable por el hombre*». *Poor Man's Guardian*, 4 de abril de 1835.

Ninguno de estos puntos, sin embargo, respalda la interpretación que se ha hecho de ellos. El concepto de clase de la NUWC seguía estando por completo dentro de los parámetros radicales. Su nombre estaba justificado por la premisa igualitaria de que todo el mundo debía trabajar, por lo que la pretendida polarización no se establecía entre «clases trabajadoras» y «clases medias», sino entre clases trabajadoras y clases ociosas. Fue el mismo razonamiento el que un poco más tarde llevó a la Asociación de Trabajadores a inscribir en los carnés de sus afiliados: «El hombre que elude su parte de trabajo útil disminuye la reserva pública de riqueza y arroja su propia carga sobre su vecino» [83]. De modo similar, la oposición a la Ley de Reforma de 1832 no se debió a que ésta concediera el derecho de voto a una clase media enemiga, sino a que transigía con el principio del sufragio masculino, que había sido el punto de partida de la plataforma radical en 1819 [84]. Mientras que la mayoría de los radicales apoyaron la reforma, inicialmente al menos, como un primer paso hacia el sufragio universal (masculino), Hetherington y los que le rodeaban, como Hunt, la consideraron como un truco para reforzar la «vieja corrupción». Como Hetherington recordaba pocos años después, él había comprendido que el objetivo de la Ley era «separar a la clase media de la clase obrera y unir a la primera con la aristocracia, en la liga común contra los productores» [85]. En lo que se refiere a la propuesta de vacación general de Benbow, Iorwerth Prothero ha demostrado convincentemente que hay que entenderla como una postura ultrarradical que se remontaba a los planes revolucionarios de 1816 y 1817. Además, la postura política de Benbow no debía nada a Owen: su defensa de la estrategia huelguística y su interés por los programas cooperativistas se enmarcaban dentro de una perspectiva dominada por sus héroes, Paine y Cobbett. La «vacación general» no se basaba en la idea de que la clase obrera debería utilizar su fuerza laboral contra el Estado capitalista, sino en la de que los industriosos —incluyendo empleadores y empleados— deberían cesar de trabajar y provocar en consecuencia la violenta confrontación de los ociosos con el pueblo [86]. Semejante concepción explica que O'Connor y O'Brien pusieran en guardia a los cartistas contra el cumplimiento del «mes sagrado» aprobado por la Convención de

[83] Gammage, *History of the Chartist movement*, p. 9.
[84] Véase Prothero, *Artisans*, cap. 14.
[85] *Poor Man's Guardian*, 24 de mayo de 1834.
[86] Prothero, «Benbow».



1839 sobre la base de que el pueblo no estaba armado [87]. Finalmente, en la medida en que las posturas owenista y radical se fusionaron en la NUWC, la forma en que esto ocurrió no da pie para hablar de una postura de la clase obrera que transcendiera a ambas. Por el contrario, sugiere la ininterrumpida hegemonía de los supuestos radicales, incluso entre aquellos artesanos más profundamente impresionados por las ideas de Owen, que aceptaban el ideal de la cooperación. Esto se hizo evidente, por ejemplo, en un debate en la NUWC en diciembre de 1831, cuando todavía estaba en su punto álgido el interés por la cooperación. La NUWC aprobó, a propuesta del radical owenista William Lovett, una resolución que decía:

> Esta asamblea es de la opinión de que la mayoría de los males actuales de la sociedad son imputables a una legislación corrupta, unida a una maquinaria incontrolada, y a la competencia individual; y que el único remedio permanente reside en un nuevo sistema en el que habrá leyes iguales para todos y justicia igual para todos; cuando la maquinaria beneficie a todo el pueblo y cuando se ignore la competencia individual por la obtención de riquezas [88].

De esta postura se deducía que las causas de la competencia no eran ideológicas, sino políticas. Los terratenientes y capitalistas vivían de los frutos del trabajo expropiado a los productores. Se beneficiaban del actual sistema, no lo padecían. La cooperación llegaría a ser una posibilidad real únicamente cuando el pueblo hubiera conseguido sus derechos políticos. Hacia esa misma época, esta misma postura era explícitamente defendida por Henry Hetherington, cuando comentaba el plan de Owen de «emplear beneficiosamente y educar útilmente a todos los que no están empleados y educados en el Imperio británico», impulsado por una panoplia de apelaciones a los miembros titulados y respetables del Royal Bazaar de Gray's Inn Road:

> El *Chronicle* piensa que las *tesis* de la Asociación son demasiado utópicas para verse realizadas. Todo lo contrario, son esencialmente beneficiosas y practicables si el pueblo disfrutara de un escenario libre y no hubiera tratos de favor. Cuando el pueblo tenga IGUALDAD DE DERECHOS y la consiguiente IGUALDAD DE LEYES, podrá demostrarse la superioridad de los principios del Sr. Owen, pero no antes. Intentar probar, aunque sea parcialmente, sobre bases independientes, cualquiera de las tesis filantrópicas del Sr. Owen en el estado actual del país, y antes de que las clases obreras estén po-

[87] *Northern Star*, 3 de agosto de 1839.
[88] *Poor Man's Guardian*, 24 de diciembre de 1831.

líticamente emancipadas, equivale sólo a poner el carro delante del caballo y conducirá al fracaso [...] Está bastante claro que la Asociación no puede ser popular entre los trabajadores honrados con una pizca de sentido en sus cabezas, porque a todos los ladrones públicos del país, del rey abajo, se les pide que le concedan protección [89].

Así, el owenismo participó en la estretegia de la NUWC, hasta donde lo hizo, no sólo subordinándose a la reivindicación del sufragio universal, sino también al análisis radical que lo sustentaba.

El análisis de la postura expresada en *Crisis* y *Pioneer*, los periódicos oficiales de la Unión de Trabajadores de la Construcción y la GNCTU proporcionan una visión diferente durante los revueltos años de 1833-34. Se ha dicho que estos periódicos representaban una alternativa owenista «sindicalista» al radicalismo, lo que implica una sociedad dividida en clases desde el punto de vista económico más que político. Ambos defendían la estrategia de un solo gran sindicato, y durante el período de agravamiento de la represión sindical en 1834 abogaron por una huelga general como único medio para acabar con la competencia y asegurar el triunfo de la «regeneración» y la producción cooperativa. Es cierto que tanto *Crisis* como *Pioneer* desarrollaron una definición sorprendentemente no constitucionalista del sufragio uiversal. Por ejemplo, según Smith, de *Crisis:*

> Las consecuencias inmediatas de cualquier intento de aplastar los esfuerzos de la opinión popular en la actual coyuntura serán la más resuelta determinación, por parte del pueblo, de legislar por sí mismo. Ese será el resultado. No hemos tenido nunca una Cámara de los Comunes. La única Cámara de los Comunes es una Cámara de Oficios, y ésta se encuentra sólo en vías de formación [90].

Pero, pese a esta diferencia esencial de estrategias, el análisis de la división entre las «clases obreras» y sus opresores no era muy diferente del que hacía la prensa radical obrera. El *Pioneer*, por ejemplo, dividía a la sociedad en agricultores, manufactureros, gobernantes y ociosos. La sociedad contemporánea se caracterizaba por un «gran número» de personas que «viven del producto del trabajo de otros mientras que ellos no hacen nada». La manera de conseguir la emancipación de los industriosos consistía «simplemente en que los que trabajan se unan para declarar que los que no producen nada no consumirán el producto de los otros mientras no hagan nada» [91]: una perspectiva no muy diferente de la visión de cambio bosquejada en *Ruins of empire* de Volney [92]. Además, esa unión, al menos tal como se concibió en teoría y en principio, englobaría a maestros y trabajadores: ése era, por ejemplo, el programa de afiliación del Gremio de Constructores en septiembre de 1833 [93]. De acuerdo con su inspiración owenista, el *Pioneer* consideraba también que la competencia era la causa de los bajos salarios [94]. «Es la ruina tanto del individuo de la clase media como del de la clase obrera; ambos son obligados a jugar juntos a un juego salvaje de autodestrucción en beneficio de los judíos y los agiotistas» [95]. Pero, a diferencia del programa owenista, en el que la competencia era concebida como el resultado de la ignorancia, el *Pioneer* consideraba que los ociosos fomentaban activamente la competencia en su beneficio. El medio del que se valían para promover las batallas competitivas era su control del dinero. «Es sólo el dinero lo que proporciona a las clases improductivas su poder sobre el productor y permite al ocioso arrebatar al industrioso el fruto de su esfuerzo» [96]. Fue esta creencia la que llevó a Morrison, director del *Pioneer*, a concebir el programa de intercambio y vales de trabajo en 1833 como una alternativa a la estrategia radical del sufragio universal y a declarar que «nuestro objetivo no es político» [97]. Porque, absteniéndose de participar en el uso del instrumento de circulación diseñado por los ociosos y los improductivos, el pueblo disponía de una solución a corto plazo a su opresión. Sin embargo, volviendo a los orígenes y causas de la usurpación del control del dinero, el *Pioneer* planteaba su análisis en los mismos términos políticos que los radicales:

[89] *Ibid.*

[90] *Crisis*, 12 de abril de 1834; y véase también *Pioneer*, 31 de mayo y 7 de junio de 1834.

[91] *Pioneer*, 5 de octubre de 1833.

[92] Véase C. F. Volney, *The ruins, or a survey of the revolutions of empires* (ed. 1881), pp. 52-55.

[93] Véase *Pioneer*, 14 de septiembre de 1833.

[94] En una asamblea de delegados celebrada en Londres en octubre de 1833 se discutió un proyecto para una Unión General de las Clases Productivas. En su discurso de presentación del programa, Owen afirmó: «Los miembros de esta Unión han descubierto que la competencia en la venta de sus productos es la causa principal e inmediata de su pobreza y degradación, y que jamás podrán superarla mientras lleven sus asuntos individualmente y en oposición los unos con los otros». *Crisis*, 19 de octubre de 1833.

[95] *Pioneer*, 23 de noviembre de 1833.

[96] *Ibid.*, 30 de noviembre de 1833.

[97] *Ibid.*, 12 de octubre de 1833.

P. ¿Cuál fue el origen de la división de la sociedad en trabajadores y ociosos?
R. En los comienzos de la sociedad, todos los hombres se esforzaban en satisfacer sus propias necesidades y servir al bien común; pero con el paso del tiempo un hombre asumió el poder sobre los otros y les obligó a mantenerlo ocioso; y así se acabó el estado social natural.
P. ¿Fue esto lo que sucedió en Gran Bretaña?
R. Sí. Hace unos mil años, un vil saqueador (llamado Guillermo el Conquistador) invadió Gran Bretaña y repartió el suelo entre sus seguidores. Estos, desde entonces hasta hoy, han utilizado a la clase trabajadora para satisfacer sus necesidades [98].

Por último, si bien no se puede mantener que el *Pioneer* significara una ruptura fundamental con el radicalismo en dirección al sindicalismo o a la socialdemocracia, siguen en pie tanto el fenómeno que los historiadores han denominado incorrectamente «socialismo ricardiano» como los argumentos que supuestamente se derivaron de él o se desarrollaron paralelamente en algunos sectores de la prensa radical posterior a 1830 [99]. Podría suponerse que fue aquí donde surgieron formas de argumento que articularon una concepción obrera independiente del capitalismo y de la explotación durante los años que mediaron entre Peterloo y el cartismo. Porque en los trabajos de Hodgskin, Gray, Thompson y Bray, y en los análisis que a veces hacía el *Poor Man's Guardian* y el *Northern Star*, el antiguo acento radical en «las artes del rey y el clero» y en los impuestos como la principal fuente de la opresión dio paso a los ataques a los capitalistas, la propiedad y la clase media. Las antiguas historias del socialismo relacionaban la aparición de esta teoría «socialista ricardiana» con un período en el que «Gran Bretaña se desprendió de su carácter agrícola y se pasó a la industrialización a gran escala» [100]. La afirmación de Hodgskin de que «no es la renta, sino el interés compuesto del capitalista lo que mantiene al trabajador en la pobreza», podría así interpretarse como una ruptura con la teoría de la explotación basada en las clases, que ya no sólo comparaba lo que producía el trabajo con lo que consumía, sino que comparaba el valor y la retribución del trabajo con el valor y la retribución del patrono, rompiendo o trans-

[98] *Ibid.*, 5 de octubre de 1833.
[99] Véase H. S. Foxwell, «Introduction», en Anton Menger, *The right to the whole produce of labour* (1899); E. Lowenthal, *The Ricardian socialists*, Nueva York (1911); M. Beer, *A history of British socialism*, 2 vols. (1919); G. D. H. Cole, *Socialist thought. The forerunners 1789-1850* (1967) [*Historia del pensamiento sacialista. Los precursores (1789-1850)*, México, FCE, 1957].
[100] Beer, *Britis socialism*, vol. I, p. 283.



cendiendo así la concepción radical de las clases productivas. Se ha discutido hasta qué punto este «nuevo análisis» desplazó a los supuestos de la antigua plataforma radical que databa de 1819, aproximadamente [101]. Algunos se muestran escépticos sobre la medida en que la nueva actitud política de la década de 1830 pudiera haber derivado de una lectura por la clase obrera de la literatura «socialista ricardiana» [102], y sustituyen el impacto del «socialismo ricardiano» por la hipótesis implícita de que fue la lógica de los acontecimientos la que impulsó a los radicales de la clase obrera en una dirección socialdemócrata. Suponen, por ejemplo, que el concepto de huelga general, aun cuando surgiera en un marco puramente radical hacia 1813-32, se transformó en una estrategia laboral más claramente proletaria a consecuencia de la hostilidad de los patronos y el Estado a las aspiraciones sindicales en 1834.

Todas esas interpretaciones, sin embargo, subestiman las semejanzas básicas entre «antiguo» análisis y el «nuevo» y la continuidad básica de la postura política radical. Si examinamos con atención la imagen del capitalista y del proceso de intercambio desigual, tal como se desarrolló en la denominada literatura «socialista ricardiana» y se manifestó en la prensa, será fácil comprender por qué el acento en el capital y los capitalistas no alteró nunca los supuestos básicos radicales ni sancionó una hostilidad de clase hacia los patronos sino que más bien reforzó la hostilidad hacia los enemigos tradicionales de los radicales: los terratenientes y los financieros. Podemos empezar examinando la postura de Thomas Hodgskin, puesto que su análisis —más el de un neogodwinista que el de un radical político ortodoxo— puede ser considerado como un caso límite de las nuevas concepciones de la explotación «capitalista» en las décadas de 1820 y 1830, y puesto que a veces se ha visto en él la fuente originaria de una

[101] Véase Hollis, *Pauper press*, cap. VII.
[102] Esta dificultad se debe en parte a las discrepancias sobre la fiabilidad de Francis Place. Place escribió de Owen y Hodgskin: «El daño que estos dos hombres han causado en algunos aspectos es incalculable». Los historiadores anteriores de este período tendieron a aceptar sin críticas el cuadro dibujado por Place. Según Hovell, por ejemplo, «el nuevo sindicalismo buscó sus principios económicos en Hodgskin y su inspiración en Robert Owen» (Hovell, *The Chartist movement*, p. 45). Prothero, sin embargo, afirma que Place tenía razones particulares para exagerar la importancia de Hodgskin y Owen, por lo que debe considerarse con escepticismo su valoración del impacto de ambos sobre las ideas de los obreros. Véase Prothero, *Artisans*, p. 208 y cap. 10 *passim*. Pero las ideas de Hodgskin penetraron en el *Poor Man's Guardian* a través de O'Brien.

«economía política de la clase obrera» alternativa que supuestamente se desarrolló a partir de 1832 [103].

De hecho, la concepción de Hodgskin de la explotación «capitalista» no aporta nada específico sobre la forma de explotación asociada con el capitalismo industrial, ni se puede decir de ella que tiene que ver con el razonamiento económico de Ricardo. Su descripción del «capitalista» es la de un intermediario:

> Entre el que produce los alimentos y el que produce la ropa, entre el que hace los instrumentos y el que los usa, se sitúa el capitalista, que ni los hace ni los usa y se apropia del producto de ambos. De la forma más cicatera posible, transfiere a cada uno una parte del producto del otro y él se queda con la mayor porción. De manera gradual y segura se ha ido deslizando entre ellos, aumentando de volumen a medida que se nutría de sus trabajos cada vez más productivos y abriendo entre ellos un espacio tan ancho que ninguno puede ver de dónde procede el suministro que recibe a través del capitalista. A medida que los expolia, excluye tan perfectamente al uno de la vista del otro que ambos creen que es a él a quien le deben la subsistencia. Es el intermediario de todos los trabajadores [104].

¿Cómo, entonces, consiguió el capitalista hacerse con este poder? Ya que Hodgskin, como discípulo de Locke y Adam Smith, vistos a través de los ojos de Godwin, consideraba la producción como un proceso natural y la naturaleza como algo armonioso, no había que buscar el origen del intercambio desigual en el mismo proceso económico, sino en las leyes artificiales y en el poder político [105]. En realidad, la situación del trabajador debía ser atribuida a la oposición entre los derechos de propiedad naturales y los artificiales. «La propiedad misma», escribía Hodgskin, «o el derecho del hombre al uso de su mente y cuerpo y a apropiarse de cuanto crea con su propio trabajo, es el resultado de las leyes naturales» [106]. La naturaleza provee al hombre de un objeto determinado a cambio de una cierta cantidad de trabajo: ése es el precio natural o real de un objeto. El capitalista, sin embargo, para entregar ese mismo objeto al trabajador le exige, además de la cantidad requerida por la naturaleza, una cantidad aún mayor de trabajo [107]. La capacidad del capitalista para extraer

[103] Sobre Hodgskin, véase E. Halévy, *Thomas Hodgskin*, trad. A. J. Taylor (1956).
[104] Hodgskin, *Labour defended*, pp. 71-72.
[105] Para la lectura de Locke por Hodgskin, véase T. Hodgskin, *The natural and artificial right of property contrasted* (1832), pp. 11-27 y *passim*.
[106] T. Hodgskin, *Popular political economy* (1827), p. 236.
[107] Hodgskin, *Labour defended*, p. 75.



este trabajo suplementario le viene de su posesión de la propiedad, ya que el capital circulante no es sino el poder de disponer del trabajo de otro hombre. Esta propiedad del capitalista era definida como «el privilegio de deducir una porción del producto del trabajo que le otorgan las leyes de la sociedad a la que pertenece» [108]. Puesto que las leyes de la naturaleza son benévolas, los conocimientos y la capacidad productiva tienden naturalmente a aventajar a la población. Por consiguiente, la pobreza no es el resultado de la naturaleza, sino de la monopolización artificial de la propiedad gracias a las leyes. Y así, aunque haya un incremento natural de la productividad y los hombres pudieran trabajar menos, el capitalista, a través de su control de la ley, se embolsa todo el incremento de la productividad y no le da al trabajador más que un salario de subsistencia. Las leyes que sostienen al capitalista son obra de aquellos que primero consiguieron el monopolio del poder, hombres «que no tenían más profesión que la guerra ni conocían más comercio que el robo y el pillaje» [109]. En el estado original de la sociedad europea, el progreso natural de la agricultura hizo que la cantidad de tierra que cada individuo necesitaba fuera reduciéndose progresivamente. Pero este proceso natural fue interrumpido por la invasión de las hordas bárbaras, pueblos de pastores que, por derecho de conquista, dividieron el suelo en unidades de propiedad mayores y más primitivas [110]. Fue entonces cuando surgieron los conflictos entre los derechos de propiedad naturales y los legales. El capitalismo fue el resultado de la conquista y la monopolización de la tierra. «El Sr. R. ha descubierto que el trabajo es remunerado en nuestra sociedad como si el trabajador fuera un esclavo, y ha supuesto que ésta era su condición natural» [111].

Lo que hay que destacar es que el «capitalista» era definido exclusivamente «por su papel de opresor parásito y que Hodgskin, lo mismo que William Thompson a pesar de sus grandes diferencias, concebía su poder como una extensión del sistema de fuerza y fraude. Incluso el propietario de capital fijo era simplemente concebido como un usurero que alquila los medios de producción a los trabajadores a un tipo de interés compuesto. Así, en uno de sus ejemplos, Hodgskin supone que el que hace el paño, además del coste natural de la producción, tiene que pagar intereses al propietario de las ovejas, al comprador de la

[108] Halévy, *Thomas Hodgskin*, p. 101.
[109] *Ibid.*, p. 120; y véase Hodgskin, *Natural and artificial*, p. 73.
[110] Hodgskin, *Natural and artificial*, pp. 70-73.
[111] Hodgskin a Place, 28 de mayo de 1820, citado en Halévy, *Thomas Hodgskin*, p. 72.

lana, al propietario de la hilandería, al propietario de la tejeduría, al comerciante de paños y al maestro de la sastrería [112]. La diferencia entre la postura de Hodgskin y los posteriores análisis socialdemócratas se desprende claramente de su concepción de los manufactureros. «Es evidente que los maestros», escribía, «son *trabajadores* al igual que sus oficiales. En este aspecto, sus intereses coinciden totalmente con los de sus trabajadores. Pero también son capitalistas o agentes de los capitalistas, y en este sentido sus intereses son claramente opuestos a los de sus trabajadores» [113]. Al igual que John Gray, quien incluía a un cierto número de manufactureros en su «clase útil», Hodgskin concebía el papel laboral de los manufactureros como trabajo útil de dirección y supervisión. Solamente en su papel de intermediarios, poseedores de un monopolio político sobre el sistema de intercambio, había que enfrentarse a ellos como capitalistas. Lo que se nos ofrece aquí no es, pues, la imagen de dos clases opuestas engendradas por un nuevo sistema de producción, en el que el papel del empresario como director y controlador del proceso es un rasgo fundamental de su carácter explotador, sino más bien un universo armonioso de producción habitado por maestros y obreros y degradado por la imposición artificial de un sistema político que sanciona y mantiene el pago de unos intereses exorbitantes a una clase puramente parásita de capitalistas apostados en todos los puntos del intercambio.

En la prensa gratuita y radical de la década de 1830 se hace igualmente mucho hincapié en el control político del proceso de intercambio. Además, la constancia básica del supuesto en el que se basan las diferencias entre el «nuevo» y el «antiguo» análisis queda sugerida por el modo en que las rentas, los diezmos, el interés y la ganancia eran todos ellos concebidos como tributos de carácter político, que conceptualmente no se distinguían demasiado de los impuestos oficiales fijados por el Estado. Por ejemplo, la tasa de ganancia se concebía primordialmente no como un índice del estado de la actividad económica, sino de la amplitud del poder político de la clase legisladora. Como escribía «uno de los ignorantes» en 1831:

No digo que cualquier individuo tenga el poder de aumentar sus ganancias a placer; pero sí digo que cualquier conjunto o clase de individuos que tengan el privilegio de hacer las leyes, pueden aumentar sus ganancias en la medida en que les plazca; y al aumentar las

[112] Hodgskin, *Labour defended*, pp. 75-76.
[113] *Ibid.*, p. 80.



suyas, aumentan las ganancias de todos los demás que están en el mismo tipo de negocios que ellos; y como prueba de esto, repito, véanse los terratenientes [114].

Y según otro corresponsal, que escribía en el *Poor Man's Guardian* en 1834:

Con el término «ganancia remuneradora» el autor se refiere probablemente al veinte por ciento, que es quizá la tasa ordinaria de ganancia sobre el capital variable. Pero está muy equivocado si imagina que una ganancia tan moderada como ésa es lo que hace falta para crear una demanda de mano de obra. La realidad es que un trabajador que no puede producir mercancías tres veces más valiosas de lo que consume no puede devengar ganancia alguna a su patrono. Ningún capitalista puede emplear una mano de obra que no rinda una tasa del 200 % al grueso de los capitalistas [115].

El intercambio justo se asemejaba a la descripción que hace Smith del intercambio primitivo entre el cazador de castores y el cazador de ciervos en el libro II de *Wealth of nations*, en el que cada uno recibía a cambio un equivalente del trabajo empleado. El derecho natural a los frutos del trabajo podía deducirse del *Second treatise* de Locke [116]. La diferencia entre el in-

[114] *Poor Man's Guardian*, 24 de diciembre de 1831.
[115] *Ibid.*, 30 de agosto de 1834.
[116] «Leed a Paine, Locke, Puffendorf y muchos otros y os dirán que el trabajo es la única propiedad genuina», O'Brien, *True Scotsman*, 6 de julio de 1839; véase especialmente J. Locke, *Second treatise on government*, cap. 5. La atracción que ejerció Locke sobre los radicales de finales del siglo XVIII y principios del XIX es difícil de reconciliar con la descripción de su pensamiento como una legitimación de las relaciones de propiedad específicamente capitalistas, tal como lo presenta C. B. MacPherson, *The political theory of possessive individualism*, Oxford (1962) [*La teoría del individualismo posesivo*, Barcelona, Fontanella, 2.ª ed., 1979]. Es mucho más fácil de comprender si se sitúa la teoría de Locke en el contexto del puritanismo, las Escrituras y el Derecho natural: véase J. Dunn, *The political thought of John Lock*, Cambridge (1949). El mejor análisis de la teoría de la propiedad de Locke es el de J. Tully, *A discourse on property*, Cambridge (1980), que respalda esta última postura; sobre la historia anterior de las teorías del Derecho natural, véase R. Tuck, *Natural rights theories*, Cambridge (1979); para un examen y una explicación de la falta general de un auténtico interés por la teoría de Locke de la obligación política antes de la década de 1760, véase J. Dunn, «The politics of Locke in England and America in the eighteenth century», en J. Dunn, *Political obligation in its historical context*, Cambridge (1980), pp. 53-81. Todavía está por investigar el proceso mediante el cual la teoría de la propiedad de Locke llegó a ser utilizada como un axioma radical en el curso del siglo XVIII. Parece ser que las posibilidades de una interpretación radical del texto no fueron apreciadas, o al menos explotadas a fondo, antes de

tercambio equitativo y el actual estado de cosas era imputable al monopolio político:

El objeto y el derecho del trabajador es conseguir el equivalente de su trabajo, es decir, el pleno valor de su producto en dinero. Lo que le impide conseguir este valor es, *para él*, un robo. La pregunta fundamental que se plantea es, por consiguiente, ¿qué es lo que le impide conseguir ese valor? La respuesta es (y no hay más que una): las INSTITUCIONES DEL PAIS. Esas instituciones dan una parte de lo que obtiene al terrateniente, otra al párroco, una tercera al recaudador de impuestos, una cuarta al abogado, una quinta al prestamista, una sexta al rentista (no incluido en las clases anteriores) y una séptima (que es con mucho la mayor) al capitalista, o sea a las partes que se enriquecen haciéndole trabajar para ellos o intercambiando y vendiendo sus productos. Ahora bien, todo lo que dé a esas partes, o mejor dicho lo que éstas le quiten, por encima de un equivalente justo por sus servicios respectivos, es *para él* (el trabajador) un robo descarado [117].

Una de las maneras —a veces, como para el *Pioneer*, la principal— en que se pensaba que el poder político monopolista había subvertido la reciprocidad natural de los intercambios era a través de la introducción del dinero como instrumento general de intercambio. El dinero permitía la acumulación de excedentes de riqueza no consumidos, estaba controlado por la clase legisladora, era manipulable y permitía fijar impuestos oficiales u oficiosos sobre todas las transacciones a expensas de los productores. Así, mientras que para Ricardo las mercancías se intercambiaban a la larga según la cantidad de trabajo necesario para producirlos, la fijación del precio era, para los radicales, un fenómeno político en el que la relación entre valor y precio era arbitraria en términos económicos. Como observaba por ejemplo O'Connor en 1839:

las décadas de 1760 y 1770. Spence se sintió atraído por la concepción de Locke de la tierra como propiedad originalmente común de toda la humanidad. Sobre la utilización específica de Locke para defender el derecho del trabajador a su producto y para explicar la pauperización de los trabajadores como consecuencia de la usurpación de este derecho, véase J. Thelwall, *The rights of nature against the usurpations of establishments* (1976). Las relaciones entre la teoría de Locke y el radicalismo de principios del siglo XIX son brevemente tratadas por C. H. Driver, «John Locke», en F. J. C. Hearnshaw, comp., *The social and political ideas of some English thinkers of the Augustan age 1650-1750* (1928); véase también I. Hampshire Monk, «Thelwall's critique of England», manuscrito inédito (1980).

117 *Poor Man's Guardian*, 14 de febrero de 1835.



La mayoría de las clases medias viven, no del comercio, no de un trato justo, sino de los precios ficticios que los impuestos les permiten poner a sus mercancías. Los pequeños comerciantes y todas las personas con un capital pequeño y sobre todo inmobiliario están, igual que los trabajadores, oprimidos por los impuestos; pero el orgullo les ha inducido a preferir la distinción social al progreso político [118].

O como Shelley había señalado:

*Paper coin -that forgery*
*Of the title deeds which ye*
*Hold to something of the worth*
*Of the inheritance of the earth* * [119].

El control político del proceso de intercambio había provocado también la distorsión de la división misma del trabajo. Aquellos radicales que habían hecho suyas algunas de las preocupaciones del owenismo insistieron con frecuencia en que el sistema había originado una innecesaria proliferación de «distribuidores» interpuestos entre los productores directos de mercancías útiles. O'Brien, por ejemplo, se remontaba a un tiempo

en el que las ganancias eran poco más que la justa remuneración por el tiempo, la destreza y el desvelo vigilante del maestro, y en el que había grandes ferias anuales en diversas partes del país a las que el productor solía llevar su producto directo y venderlo él mismo en lugar de vender su trabajo a un patrono que lo vende de nuevo al agente o comerciante que lo vende de nuevo al minorista y así sucesivamente hasta que llega al consumidor, con una acumulación de ganancias sobre él mucho mayor que el coste original del artículo manufacturado [120].

Porque, como decía el *Poor Man's Guardian* en 1831:

El modo actual de convertir en empleadores a los distribuidores y en empleados a los productores es una inversión del orden natural de las cosas y es igualmente perjudicial para los consumidores y los productores. La consecuencia es que el trabajo de los productores se

118 *Northern Star*, 8 de junio de 1839.

* Papel moneda, esa falsificación
de los títulos de propiedad
con el que conserváis algo del valor
de la herencia de la tierra. [*N. de la T.*]

119 Shelley, *Queen Mab*.

120 *Northern Star*, 28 de julio de 1838.

transforma en artículo de comercio y, como tal, está sujeto a todas las consecuencias de la competencia [121].

O de nuevo en 1833:

Al intercambio y distribución de riqueza, que intrínsecamente es sólo un trabajo secundario, se le da el mayor relieve, mientras que la producción de riqueza, que es la primera en importancia, al igual que en el orden de la naturaleza, se convierte en la menos provechosa, la más laboriosa y, en consecuencia, la más degradada en la estima pública [122].

El sufragio universal, continuaba, acabaría con los meros consumidores y reduciría el número actual de los intercambistas a una décima parte. De hecho, en su versión más extrema, los distribuidores se transformarían en ayudantes asalariados de las cooperativas de productores [123].

Este hincapié de los owenistas y cooperativistas en los males del sistema de distribución contribuyó en cierta medida a la compleja imagen del «tenderócrata» que surgió en el radicalismo posterior a 1830. En la misma literatura cooperativista, la multiplicación de los tenderos y minoristas se concebía como un símbolo de la irracionalidad de la sociedad competitiva. Según John Gray:

Cierto es que esos hombres no son improductivos, porque jamás hubo algo sobre la faz de la tierra que produjera la mitad de engaño y falsedad, idiotez y extravagancia, esclavitud de las facultades corporales y prostitución de las facultades mentales del hombre como el actual sistema de comercio minorista [...] Y cierto es que no dan a la sociedad el equivalente de lo que consume. Pasan una cuarta o una quinta parte de su tiempo decorando los escaparates, es decir estropeando las mercancías, y por lo menos la mitad del tiempo esperando a los clientes o sin hacer nada útil. Si un hombre pasea por las calles de Londres y usa sus ojos, no necesitará argumentos para convencerse de que por lo menos dos tercios de esta clase no se necesitan para nada [...] ¿Hasta cuándo la humanidad será tan tercamente ciega como para no darse cuenta de que todos los comerciantes, desde el tendero a la frutera, son meros *distribuidores de riqueza, cuyas molestias se pagan con el trabajo de aquellos que la crean?* [124].

[121] *Poor Man's Guardian,* 17 de septiembre de 1831.

[122] *Ibid.,* 23 de noviembre de 1833.

[123] Postura manifestada en W. Thompson, *Inquiry to the principles of the distribution of wealth most conducive to human happiness* (1824), página 167. Este ideal fue abrazado en un gran número de ocasiones por el *Poor Man's Guardian;* véase, por ejemplo, 31 de agosto de 1833.

[124] Gray, *Human happiness,* pp. 26-27.



Esos males del sistema de distribución estaban íntimamente relacionados con la distorsión de la división del trabajo, en otros tiempos pergeñada para cubrir las necesidades ficticias del consumidor ocioso. Como de nuevo señalaba Gray:

¿Se nos va a decir siempre que el hombre que gasta miles para satisfacer algún capricho absurdo está haciendo bien porque hace circular el dinero entre los comerciantes y porque proporciona empleo a un cierto número de trabajadores? Todo trabajador así empleado es un miembro inútil de la sociedad porque el producto de su trabajo es inútil; y el efecto es un impuesto directo sobre el trabajador productivo que hace un trabajo útil [125].

Los radicales, a diferencia de los owenistas, eran más circunspectos en su actitud hacia los tenderos. Como en su reacción contra la competencia, el objeto de su crítica no era la existencia del minorista privado como tal, sino la injusta preponderancia de los minoristas, producto del «canibalismo de una sociedad artificial». En este aspecto, radicales y owenistas coincidían sobre todo en la crítica del lujo y el comercio suntuario [126]. Sin embargo, poco había de nuevo en esta actitud. El elogio de la sencillez de las necesidades y la condena de la opulencia manirrota de la sociedad urbana adinerada había sido tema manido de la opinión rural en el siglo XVIII. La acentuación de estas ideas en el radicalismo y en el «socialismo ricardiano» indica, una vez más, que no es correcto concebir las posturas desarrolladas en ambos movimientos como componentes de una economía política alternativa o específicamente obrera. Una teoría del origen y la dinámica de la sociedad comercial —que presuponía una economía política sistemática— difería igualmente de una crítica política o ética de la sociedad comercial en nombre del Derecho natural o de una valoración racionalista de las necesidades. Porque la única postura que finalmente pudo formalizarse en una economía política fue la expresada de forma más notable por Mandeville en la *Fábula de las abejas,* basada en el reconocimiento, aunque fuera irónico, de la aleatoriedad del desarrollo de las necesidades asociado con el desarrollo de la división del trabajo y el desplazamiento del consumo consuetudinario por el

[125] *Ibid.,* p. 30.

[126] Véase, por ejemplo, para una postura característica, *The Associate,* marzo de 1829. «Los costosos artículos de lujo (que tienen el efecto de aumentar la codicia y disminuir nuestra simpatía hacia los otros) [...] dejarán de ser creados cuando los que los producen tengan que comparar la molestia de producirlos con el placer de exhibirlos en sus propias personas». [Agradezco a Greg Claeys esta referencia.]

consumo presidido por la moda. Así, según Adam Smith, el desarrollo del comercio de lujo desempeñó un papel crucial en el derrumbamiento de la sociedad feudal y en su sustitución por una economía basada en el trabajo libre [127]. Para los radicales y los owenistas, por el contrario, el aumento del lujo y la proliferación de los intermediarios era simplemente un síntoma del estado antinatural de la sociedad y la artificiosidad de sus necesidades [128]. Por consiguiente, mientras aprobaban el progreso de las artes y las manufacturas, engendradas por el desarrollo de la división del trabajo, colocaban el dominio político o la ignorancia en el lugar de la mano invisible y contemplaban una sociedad en la que, una vez eliminada esas distorsiones, pudiera coexistir en armonía un alto nivel de desarrollo productivo con la primitiva equidad que había caracterizado al trueque entre el cazador de castores y el cazador de ciervos.

Todo esto contribuye a explicar por qué, para los teóricos del «intercambio desigual» y para los portavoces de la nueva forma de radicalismo en la prensa gratuita, el conflicto fundamental no se planteaba entre empleadores y empleados, sino entre clases trabajadoras y clases ociosas. Como observaba el *Poor Man's Guardian* en 1833:

> En el Estado hay dos grandes grupos y dos grandes principios motores [...] Estos grupos son: 1, los que están dispuestos a trabajar; y 2, los que no lo están. Los principios son el trabajo y el capital [129].

El patrono estaba incluido, como el tendero, en la categoría de los intermediarios. Ocupaba literalmente una posición media o intermedia entre el productor trabajador y el consumidor ocioso y se hallaba sometido a las presiones contrapuestas de ambos. Como intermediario, cuyo interés radicaba en comprar barato y vender caro, se alineaba junto a otros opresores, pero más como

[127] A. Smith, *The wealth of nations*, E. Cannan, ed., Chicago (1976), libro III [*La riqueza de las naciones*, Barcelona, Orbis, 1977].

[128] El odio contra las «necesidades ficticias» y los artículos de lujo era la forma predominante de aproximación al tema en la prensa owenista y radical, pero no era la forma universal y constante. Para una defensa del carácter ilimitado del deseo y en consecuencia de la necesidad, véase, por ejemplo, *Trades' Newspaper*, 28 de enero de 1827.

[129] *Poor Man's Guardian*, 3 de agosto de 1833; *cf.* la observación de Hodgskin: «La lucha parece estar ahora entre maestros y oficiales, o entre un tipo de trabajo y otro, pero pronto se planteará en los debidos términos; y se declarará una guerra de la industria decente contra la prodigalidad ociosa que durante tanto tiempo ha gobernado los asuntos del mundo de la política con incontrovertida autoridad». *Labour defended*, pp. 103-104.



lacayo que como controlador del sistema. Por ello se le atacaba no como beneficiario último, sino como sumiso acatador de las reglas tiránicas de la propiedad. El «Political Corrector» hacía un retrato característico de su papel en la nueva forma de radicalismo:

> Cuando el agricultor vende su trigo, en lugar de pagar con dinero a sus trabajadores por hacer el trabajo, como debería hacer, se lo da a los ociosos a título de arriendo, diezmo, usura o peaje, o se lo queda él a título de ganancia. Los maestros de todas las ramas útiles de la manufactura actúan según el mismo principio con el dinero que reciben por el producto de sus trabajadores [130].

Y en 1835 el *Poor Man's Guardian* observaba más explícitamente:

> El punto principal que hay que comprender es éste: que la tendencia del sistema actual es conceder a los propietarios de la *tierra* y el *dinero* (del dinero especialmente) un control ilimitado sobre la capacidad productiva del país. Bajo este sistema, el productor recibe, no lo que gana —no el equivalente de sus servicios, no el valor de su producto en dinero o en otro producto—, sino lo que esos grupos deciden darle. Si produce bienes por valor de una libra, no recibe a cambio una libra, u otros bienes a cambio por valor de una libra como debería ser, sino sólo lo que su patrono le induce a aceptar antes que morirse de hambre [...] No es que su patrono se embolse el resto. Sabemos que en la mayoría de los casos no lo hace; más aún, que a menudo consigue menos que el mismo productor. Pero en casos como éste, reciben la riqueza otros grupos que tienen derecho a ella como arrendamiento, diezmo, pensión, anualidad o alguna otra forma [...] Como el patrono y los otros grupos mencionados crean las instituciones mediante las que se hace esta distribución, es evidente que no tendrán ningún interés en cambiarlas mientras se benefician de ellas [131].

La discusión sobre la estrategia de la huelga general en 1834 ilustra bien esta concepción del patrono como intermediario entre las dos principales clases contendientes. Los historiadores han destacado con razón la novedad que suponía plantear una huelga general organizada por los sindicatos y no simplemente por las clases industriosas, como en la fórmula original de Benbow. Pero también es importante observar la continuidad de la concepción radical en que se basa [132]. «Los capitalistas no aumen-

[130] *Poor Man's Guardian*, 22 de febrero de 1834.

[131] *Ibid.*, 25 de julio de 1835.

[132] Véase, por ejemplo, Prothero, «Benbow», pp. 166-71.

tarán nunca los salarios como no sea por miedo a la fuerza física de los trabajadores», escribía un corresponsal del *Poor Man's Guardian,* «así que hagamos una huelga general por un mínimo salarial en cada sector» [133]. La razón fundamental de esta postura, más allá de la mejora de la situación del propio productor, no era acabar con el poder de clase de los patronos, sino asestar un golpe a los propietarios ociosos y a su Estado. En cualquier caso se pensaba que el resultado sería un alza de los precios que afectaría al consumidor ocioso más que a las clases trabajadoras, o también podía argumentarse lo siguiente:

> Salarios altos implican rentas bajas, tasas bajas, ganancias bajas, usura baja, impuestos bajos, y todo lo que se recaude de la industria bajo. Tomemos por ejemplo al trabajador agrícola. No puedes elevar *su* salario sin reducir las ganancias del agricultor. Si lo haces obligas al agricultor a privar al terrateniente y al párroco de una parte de sus rentas y diezmos; y al reducirse éstos, es evidente que el recaudador de impuestos se quedará sin una parte de sus impuestos. Así, aumentar los salarios significa bajar las rentas, los diezmos, los impuestos y todos los demás gravámenes del trabajo [134].

Al igual que el programa de vales de trabajo, esta propuesta representaba claramente una alternativa a la estrategia radical ortodoxa, pero también al igual que aquél se basaba en el mismo conjunto de supuestos acerca de la naturaleza del poder y las relaciones de clase. Por lo tanto, no era difícil para los radicales rechazar la argumentación. «¿Cómo podemos derrocar el sistema actual?», escribía el *Poor Man's Guardian* inmediatamente después de la manifestación de los sindicatos contra la sentencia de Tolpuddle. «Respondemos: empleando la organización de los sindicatos para traer el sufragio universal». Y proseguía:

> Con el sistema actual, los maestros no *podrían* aunque quisieran, y no *querrían* aunque pudieran, aumentar los salarios de los trabajadores porque es tan antinatural la posición en que los ha colocado la competencia que no pueden, como colectivo, favorecer a los trabajadores sin perjudicarse ellos. Hay miles de patronos que apenas pueden mantenerse con la tasa actual de ganancias. Atacad esas ganancias mediante un incremento de los salarios por ligero que sea, y estarán arruinados [135].

Por el contrario, concluía, el maestro no tenía razones equiparablas para rechazar el sufragio universal. «No puedes hacer una

133 *Poor Man's Guardian,* 30 de agosto de 1834.
134 *Ibid.,* 22 de febrero de 1834.
135 *Ibid.,* 26 de abril de 1834.



objeción al derecho de voto del trabajador que no esté basada en la ignorancia y el fraude» [136].

Esta nueva forma de radicalismo criticaba al patrono, como a cualquier otro intermediario, no por su papel económico, sino por sus creencias políticas y sus actitudes sociales. Como escribía Hetherington:

> No se puede censurar a nadie por acumular todo lo que pueda ganar como patrono, tendero, prestamista o lo que sea mientras dure el sistema actual. Este no deja al individuo otra elección que *vivir de él* o morir.
>
> En todo caso, no le deja otra alternativa que esclavizar a otros o ser él un esclavo. Así pues, la culpa no está en vivir *del* sistema o *de acuerdo con él:* está en apoyarlo [137].

Resultaba por tanto bastante coherente que la actitud de los radicales hacia los patronos, los intermediarios y las clases medias en general fluctuara según la actitud de las clases medias hacia las reivindicaciones populares. Ahora que las clases medias tenían derecho de voto era razonable deducir su actitud de las acciones del legislativo. Pero para los radicales posteriores a 1832 y luego para los cartistas, la cuestión no era cómo derrocar a las clases medias, sino por qué, en las condiciones imperantes, éstas no apoyaban las reivindicaciones populares y cómo podían ser persuadidas u obligadas a hacerlo. Si las clases medias no eran de fiar era porque sus acciones políticas demostraban su egoísmo básico. Como observaba el *Poor Man's Guardian* en abril de 1833: «Desde que la Ley de Reforma les otorgó el derecho de voto, las clases medias pensaron sólo en ellas mismas [...] la experiencia de los últimos tres meses nos ha convencido de que el espíritu con que quieren ejercer el derecho de voto es tan absolutamente egoísta como arbitrario e injusto era el espíritu aristocrático que les dio el monopolio de ese derecho» [138]. Prueba de ello era su mezquino interés por el impuesto sobre casas y ventanas, los parlamentos trienales y el recuento de votos en contraste con su silencio sobre el impuesto sobre el pan, la malta, el lúpulo, el tabaco, el azúcar, el vidrio, los licores y los periódicos.

Las razones de su debilidad y ruindad estaban relacionadas con la posición artificial del intermediario en un sistema político dominado por la propiedad. Refiriéndose a las consecuencias de

136 *Ibid.*
137 *Ibid.,* 14 de febrero de 1835.
138 *Ibid.,* 6 de abril de 1833.

la aprobación, por un legislativo de clase media, de las medidas para la represión irlandesa, el *Poor Man's Guardian* describía así su posición:

Hasta los tenderos y maestros manufactureros, que suman (con los que dependen de ellos) más de seis millones de personas, están más o menos interesados en el sistema: al consistir su negocio en comprar trabajo *barato* al pobre y vendérselo *caro* a la aristocracia, dependen estrechamente de esta última para su sustento. Además, como colectivo, son la base de la sociedad, ocupando una posición intermedia entre el trabajador y el aristócrata: al emplear al uno y ser empleado por el otro, contraen insensiblemente los vicios del tirano y del esclavo; son tiranos para los que están debajo de ellos y sicofantes para los que están encima, y usureros por necesidad y hábito; se ceban en la debilidad del trabajador mientras que extorsionan todo lo que pueden valiéndose de la vanidad del aristócrata. De hecho, las clases medias son las destructoras de la libertad y la felicidad en todos los países. Les interesa (en el estado actual de la sociedad) que el pobre sea débil y el rico extravagante y vano; y de este modo, el hombre que espere de ellas cualquier inclinación a oponerse realmente al despotismo, tiene que ser un tonto o un loco [139].

Este mismo tipo de razonamiento llevaba a «PC» a considerar que «el patrono de todo trabajador útil es el mayor tirano con que el hombre tiene que enfrentarse».

Cede y otorga prontamente ante los ociosos sin un murmullo, y al mismo tiempo llama en su ayuda al alguacil, a la policía, al ejército y a la ley para sofocar las justas reivindicaciones de sus obreros [...] ¿Por qué no se enfrenta a los ociosos en vez de a sus obreros? La razón es la siguiente: porque al dar dinero a esos ociosos que no tienen derecho a él, obtiene su autorización y protección para apoderarse, en concepto de *ganancia,* de mucho más de lo que le corresponde por derecho, y para acumular esa ganancia en lo que él llama *propiedad,* lo que pronto le permite convertirse en un ocioso y vivir de las rentas y de la usura [140].

Pero tales ataques, basados como estaban en deducciones del comportamiento político de la clase media, podían ser siempre rebatidos dentro del marco radical a la luz de unos datos cambiantes. Allen Davenport, disconforme con el ataque del *Poor Man's Guardian* a los intermediarios, señalaba el apoyo prestado por éstos al pueblo en el caso del jurado de Calthorp Street:

[139] *Ibid.,* 23 de marzo de 1833.
[140] *Ibid.,* 1 de marzo de 1834.



Me habría gustado más el artículo si hubiérais lanzado vuestros rayos contra el gran capitalista y los monopolizadores de toda laya, ya sean tenderos, rentistas, terratenientes o eclesiásticos; pero vuestro ataque indiscriminado al colectivo de los tenderos llega a destiempo, por no decir otra cosa [...] Tengo la impresión de que los hombres actúan de modo parecido en las mismas circunstancias; por consiguiente, como no podemos crear una nueva raza de hombres, mejor haríamos en dirigir nuestros esfuerzos a la creación de nuevas circunstancias [141].

La postura radical con respecto a la clase media fue menos inconsecuente de lo que a veces se ha supuesto. En general, todos estaban de acuerdo en que, dada su posición contradictoria entre el servilismo y la tiranía, las clases medias como colectivo sólo apoyarían las reivindicaciones populares cuando las apremiara la necesidad. Este no fue un descubrimiento de la época posterior a 1832. Como recordaba Cobbett, «miles de veces le dije al mayor Cartwright que no habría nunca una reforma mientras el sistema del papel moneda permaneciera intacto», y atribuía la agitación reformista de la clase media de Birmingham a la presión sobre los precios y el crédito resultante de la reanudación de los pagos al contado por Peel en 1819 [142]. Después de 1832 y durante el período cartista, el intento de crear dicha presión continuó siendo una constante estrategia radical. La imagen predominante de las clases medias era la de un grupo tímido y miedoso, pero al mismo tiempo tiránico, que sólo se aliaría con el pueblo por necesidad o conveniencia. Sus simpatías naturales dentro del sistema artificial imperante se alineaban con la propiedad y se suponía que ellos mismos aspiraban a convertirse en ociosos. Por lo tanto, para combatir esta situación, el *Poor Man's Guardian* opinaba que «el espíritu democrático» tenía que ser impulsado «hacia arriba», puesto que «el principio aristocrático» estaba siendo impulsado «hacia abajo» [143]. Además, la clase media tal como la concebían los radicales, no sólo era sensible a las presiones, sino que constituía ya una clase fraccionada:

La fuerza de la sociedad está en sus manos. Tienen la prensa, la Cámara de los Comunes, la capital del país, el peso de la opinión, medios de asociación ilimitados; en resumen, toda la artillería de la sociedad. Tan irresistible es su poder que si actuaran unitariamente la destrucción sería inevitable para cualquier individuo que moviera un dedo contra ellos. Afortunadamente, sin embargo, no están unidos;

[141] *Ibid.,* 24 de agosto de 1833.
[142] Del *Register* de Cobbett, citado en *Poor Man's Guardian,* 29 de octubre de 1831.
[143] *Poor Man's Guardian,* 25 de octubre de 1834.

porque, independientemente de sus intereses mutuamente contrapuestos, una gran parte de ellos depende por completo de su clientela de pobres y otra parte considerable se rige por sentimientos humanos a pesar de sus intereses egoístas. Esas dos partes, actuando con la parte inteligente de las clases obreras, ofrecen un importante contrapeso al resto del colectivo que, no obstante, es una clara mayoría del total [144].

Esto era a su vez la razón por la que los radicales y los cartistas, al mismo tiempo que apoyaban un tratamiento exclusivo, tendían a oponerse a la acción conjunta de los sindicatos para asegurar unos salarios más altos y no un cambio político. Reflexionando sobre la actividad de los sindicatos en 1834, el *Poor Man's Guardian* escribía:

Podréis, por ejemplo, convencer fácilmente al empleado de oficina, que gana sólo treinta o cuarenta libras al año, de que podría recibir una remuneración mucho mayor por su tiempo y su trabajo bajo unas instituciones que no concedieran los beneficios de la industria a los ociosos aristocráticos o a los usureros acumuladores; pero nunca podréis demostrarle las ventajas que conseguiría si una asociación para elevar los salarios elevara el precio de los zapatos, los trajes o el pan sin que tuviera lugar una elevación similar del suyo. Los sindicatos empezaron mal. Empezaron indisponiendo contra ellos a la clase que les presionaba directamente en lugar de pedir la ayuda de esa clase contra las leyes e instituciones que los empobrecían a ambos en beneficio de la aristocracia de la tierra y el comercio. Habría sido fácil mostrar a casi todos los pequeños tenderos y maestros que los cambios que nosotros, los del *Guardian*, pretendemos tienen para ellos un interés decidido, vivo y duradero [145].

Esta pretensión de ganarse a las clases medias con amenazas o halagos no cambió sustancialmente durante el período cartista. A la luz de las experiencias de la década de 1830 y cuando la depresión se agravó a partir de 1837, aumentaron la desconfianza y la indignación contra las clases medias. Se habían confirmado de sobra todas sus características más mezquinas dentro del sistema existente. Pero dado que los supuestos básicos permanecían inalterados, la proclividad a cortejar, amenazar o ignorar a las clases medias, en lugar de seguir una dirección lineal, fluctuó según la situación política.

Así, tras la retirada de los líderes de la clase media de Birmingham de la Convención de 1839, ostensiblemente ante la perspectiva de «medidas ulteriores», O'Connor señalaba «la importancia primordial de la retirada de las tímidas clases medias que, creedme, nunca tuvieron la intención de unirse a vosotros en la cuestión del sufragio universal sin comprender que dirían: "Hasta aquí debéis llegar y ni un paso más"» [146]. Se expresó la ira ante la deserción de la clase media, se sacaron a relucir rasgos más mezquinos y se insistió en las dificultades intrínsecas de una alianza entre «los hombres que compran barato y venden caro» y «los hombres que venden barato y compran caro». Ya a finales de 1838, O'Connor había declarado su determinación de no moderar la agitación a instancias de los «traficantes de dinero» que consideraban que el movimiento estaba llegando demasiado lejos: «Amigos míos, guardaos de todos los que pretenden sembrar la discordia entre vosotros. Comienzo esta batalla con el traje de pana, la barbilla sin afeitar y las manos callosas» [147]. Pero esto no debía ser considerado como un abandono de la estrategia radical; era más bien un intento, por parte de las clases trabajadoras sin representación, de presionar al legislativo con «un enérgico retrato de vuestro poder moral». Como decía a O'Connell en junio de 1839:

*No* excluimos a las clases medias de nuestras filas sino que, por el contrario, las cortejamos. Las clases medias *no* tienen el mismo interés que los trabajadores por un gobierno bueno y barato; porque las clases medias, muchas de ellas, viven gracias a un gobierno malo y prosperan gracias a un gobierno caro. Las clases medias son las autoras de todos los sufrimientos que *ellas mismas padecen* a manos de la aristocracia, mientras que son también las autoras de todas las miserias que las clases trabajadoras padecen a manos de las clases medias, de la aristocracia y del gobierno malo y caro; porque el gobierno emana de una mayoría de las clases medias y por consiguiente tenemos que buscar en ellas las autoras de nuestra propia miseria [148].

El problema era, como decía a los cartistas, «que no heredan más que vuestro trabajo, y no son lo bastante sagaces como para descubrir que su prosperidad depende de vuestra independencia» [149]. Tras el fracaso de la Convención y los planes ultrarradicales del verano y el otoño de 1839, se intentaron diferentes tácticas. Cuando en 1840 McDouall salió de la cárcel, declaró

144 *Ibid.*, 11 de julio de 1835.
145 *Ibid.*, 30 de mayo de 1835.
146 *Northern Star*, 30 de marzo de 1839.
147 *Ibid.*, 29 de diciembre de 1838.
148 *Ibid.*, 8 de junio de 1839.
149 *Ibid.*, 30 de marzo de 1839.

que «nada se había ganado atacando a las clases medias» [150]; igualmente, O'Brien adoptó una estrategia más conciliadora tras haber declarado en 1839 que «las clases medias no son amigas vuestras. Nunca serán amigas vuestras mientras dure el actual sistema comercial» [151]. O'Connor y la mayoría de los dirigentes cartistas respaldaron a los conservadores en las elecciones de 1841 como otro medio de presionar a las clases medias ayudando a expulsar a los liberales [152]. De manera similar, las dificultades con que tropezaba la posibilidad de una alianza con Sturge y la Unión para el Sufragio Total en 1842 no radicaban en la conveniencia de conseguir el apoyo de las clases medias sino de ponerse de acuerdo en las condiciones en que debía basarse. Los auténticos partidarios del sufragio universal entre las clases medias estaban a favor de la Carta y, a la luz de los documentos políticos de organizaciones como la BPU y la Liga contra las Leyes sobre Cereales, toda propuesta de fusión del cartismo con una organización de la clase media estaba condenada a encontrar resistencia. Pero no se renunciaba a la aspiración de reclutar a las clases medias bajo el estandarte de la Carta cuando los tiempos fueran propicios, y en 1847-48, O'Connor, McDouall y Ernest Jones intentaron de nuevo movilizarlas contra los dinerócratas [153].

Indudablemente se produjo un cambio de acento y de imagen durante el período cartista. La campaña sobre la esclavitud fabril, la introducción de la Nueva Ley de Pobres en el norte, el destino de los tejedores manuales y el crecimiento de desempleo cíclico y tecnológico dieron a los propietarios fabriles una importancia que no tenían en 1832. Según el *Northern Star* en 1839:

El progreso de la maquinaria ha sido tan rápido, tan incontrolado y autoprotegido en su desarrollo, que los que estaban en el negocio se han convertido, como por arte de magia, en la aristocracia adinerada del país; y como nuestros gobernantes favorecen y nuestro sistema sanciona un derecho de voto basado en el dinero como prueba de aptitud legislativa, no hay que asombrarse de que el rango social de los traficantes de dinero llegue a ser igual que sus posesiones; ni tampoco de que dentro de poco comprobemos que se generaliza lo que ha ido en aumento, a saber, un cambio total de la situación entre la aristocracia del vapor y la aristocracia de la tierra [154].

150 *Ibid.*, 22 de agosto de 1840.
151 *Ibid.*, 22 de septiembre de 1838.
152 Sin embargo, los cartistas respaldaron a los candidatos conservadores únicamente como último recurso, ante la ausencia de candidatos que apoyaron la ampliación del sufragio.
153 Véase J. Belcham, «Fergus O'Connor and the collapse of the mass platform», en Epstein y Thompson, *The Chartist experience.*



De modo parecido, McDouall consideraba:

El sistema fabril se originó en el robo y se asentó en la injusticia [...] Los maestros de las fábricas han acabado con una raza del mejor y más inteligente de los tipos: la de los tejedores manuales [...] El maldito sistema fabril ha minado tan completamente la sociedad inglesa y ha destruido de tal modo la confianza pública que un gobierno despótico puede introducir cualquier medida, entre ellas la ley de pobres o la centralización [155].

Esta posición se reforzó considerablemente con la campaña de los radicales de procedencia conservadora [156]. Resumiendo la postura de Raynor Stephens, el Sr. Tong of Bury explicaba por qué había sido arrestado:

Fue porque el Sr. Stephens había denunciado el actual sistema de gobierno que hacía de la virtud un crimen y recompensaba el vicio (aplausos), porque había declarado abierta y cándidamente que los hijos de los pobres no debían ser reclamados en el trabajo antes de que el sol apareciera por el horizonte ni ser machacados mucho después de que se pusiera; porque había declarado que las mujeres no debían trabajar sino que sus tareas debían limitarse al hogar; que los chicos de todo el país debían jugar a pídola y las chicas debían ser educadas bajo la vigilancia e instrucción inmediata de sus padres para aprender a coser, tejer, amasar pan y elaborar cerveza; porque decía que todo inglés debía estar en posesión de un salario suficiente para mantener decentemente a su familia (eso, eso), porque decía a los tiranos en su cara que su dinero era dinero sangriento y que Dios todopoderoso había jurado blandir su espada vengadora para aniquilar a los opresores de los pobres (grandes aplausos) [157].

El movimiento del período cartista atrajo a un sector de la población obrera mucho más amplio que el de principios de la

154 *Northern Star*, 16 de marzo de 1839; para la serie de medidas sugeridas para regular el progreso de la maquinaria, véase M. Berg, *The machinery question and the making of political economy 1815-1848*, Cambridge (1980), especialmente parte 5.
155 *Northern Star*, 23 de marzo de 1839.
156 Cuando se investigan las interrelaciones entre el radicalismo y la ideología rural del siglo XVIII, resultan más fáciles de entender los puntos de afinidad entre conservadores como Oastler y los dirigentes radicales.
157 *Northern Star*, 16 de marzo de 1839.

década de 1830. No es de extrañar que a la luz de las experiencias y agitaciones de la década de 1830, los propietarios de las fábricas fueran identificados a finales de esa década —en el Norte— como los principales tiranos. El grado de hostilidad hacia ese grupo se puso de manifiesto en el antagonismo cartista hacia la Liga contra las Leyes sobre Cereales, a la que consideraron como una maniobra de desviación de los manufactureros o un medio de intensificar su tiranía, aunque en realidad la Liga fue sobre todo un movimiento de las clases medias bajas [158]. De modo parecido, relacionaron unilateralmente la Nueva Ley de Pobres con la nueva clase media industrial, aunque de hecho los terratenientes habían influido más que los patronos para sacar adelante la Ley en el Parlamento. E incluso atribuyeron a estos últimos proyectos más siniestros. En 1839, refiriéndose al folleto ultramalthusiano, probablemente satírico, de «Marcus», Harney decía a una muchedumbre en Derby:

> La falta de sufragio universal ha permitido que continúen tanto tiempo los horrores del sistema fabril, ese sistema sangriento que deforma los cuerpos y pervierte las mentes de nuestros hijos. ¡Eh, vosotros, los dueños de las fábricas y propietarios de los talleres! ¿Cómo responderéis de todos los asesinatos que habéis cometido, cómo responderéis en el juicio ante el trono de Dios de vuestros crímenes contra la humanidad? Con la sangrienta ley de Marcus en vigor, para completar el sistema sólo hará falta un paso más, y éste será una ley que autorice a los propietarios de los talleres, a los dueños de las fábricas y a la tenderocracia en general a daros muerte cuando seáis inservibles [159].

Como decía el *Nothern Star* observaba, refiriéndose a la legislación fabril, en abril de 1839:

> Si [el pueblo] obliga, como puede hacer fácilmente, a los imbéciles titubeantes que ahora tienen las riendas del gobierno a devolverles el derecho al sufragio universal, el parlamento así elegido enseñará pronto a bailar a un son muy diferente a esos demonios de las fábricas [160].

No cabe duda de que en 1839 la hostilidad hacia los propietarios de las fábricas era muy intensa y había crecido hasta convertirse en ira contra las clases medias en general, como descubrió William Benbow cuando, por esas fechas, intervino en una asamblea en Abbey Leigh, cerca de Gorton:

> El señor Benbow dijo: Me dirijo a los trabajadores y también a los hombres de la clase media de Gorton. Lo hago basándome en el principio de que son hombres buenos como trabajadores y también hombres buenos como hombres de la clase media (aquí algunos asistentes le interpretaron mal, lo que provocó varias interrupciones). Caballeros, permitidme, voy a sacaros del error. No pretendo decir que no haya hombres de la clase media que no traten en toda ocasión de reducir vuestros salarios [161].

Pero, aunque no se cuestione la profundidad y amplitud de este antagonismo, no debería suponerse por ello que el análisis radical en el que se basaba la Carta estaba siendo desplazado por una forma de pensar diferente y más impregnada de conciencia de clase. James Leach, un obrero fabril, futuro dirigente de la Asociación Cartista Nacional (NCA) y uno de los cartistas más preocupados por la cuestión fabril, hablando en la misma asamblea que Benbow, afirmaba: «Ni un solo trabajador de esta gran asamblea recibe más de cinco chelines por cada libra de valor real (vergüenza, vergüenza); los otros quince le son arrebatados para mantener a la aristocracia» [162]. La terminología, —«fabricocracia», «señores del algodón», «aristocracia del vapor»— indica la incertidumbre de algunos radicales sobre cómo definir a los propietarios de las fábricas en relación con los terratenientes, los financieros y las clases medias. Pero la creencia de que ahora habían desplazado a la antigua aristocracia no debilitó el convencimiento del origen y la definición política de la opresión; y en cualquier caso reforzó la idea de que la expropiación de la tierra, impuesta por medios políticos, continuaba siendo el origen último de la situación de la clase obrera y de la progresiva tiranía de los dueños del dinero y de las fábricas. Como hemos visto, no sólo se habían hecho ya afirmaciones semejantes en la década de 1820, sino que, dado que la operación provenía de la usurpación y monopolización de la propiedad más que de una forma determinada de producción, resultaba bastante lógico continuar considerando la monopolización de la tierra como la causa primordial de la miseria del trabajador, siendo la monopolización del dinero y la maquinaria derivaciones secundarias. A diferencia de la ganancia que, en términos moderados, podía ser justificada como el salario de la supervi-

158 Véase V. A. C. Gattrell, «The commercial middle classes in Manchester 1820-57», tesis doctoral de la Universidad de Cambridge (1972).
159 *Northern Star*, 9 de febrero de 1839.
160 *Ibid.*, 27 de abril de 1839.
161 *Ibid.*, 20 de abril de 1839.
162 *Ibid.*

sión, la renta y el interés no eran producto de ningún trabajo y por consiguiente no había ningún derecho natural que pudiera justificarlos. Según John Gray, por ejemplo:

La tierra es la morada, la herencia natural de toda la humanidad de los tiempos presentes y futuros; una morada que no pertenece a ningún hombre en particular, sino a todos; y que todos tienen el mismo derecho a habitar [...] No hay sino tres maneras posibles de hacerse correctamente con la propiedad. La primera es creándola; la segunda, comprándola; la tercera, recibiéndola de otro que la tenía. Ahora está claro que ninguno de nuestros actuales terratenientes, ni sus antepasados [...] pueden ser propietarios de un solo palmo de ella [163].

Para Bray, la sucesión de razonamiento estaba igualmente clara:

La posesión individual del suelo ha sido una de las causas de la desigualdad de la riqueza; esa desigualdad de la riqueza da lugar necesariamente a la desigualdad del trabajo; y esa desigualdad de la riqueza, el trabajo y el disfrute constituye en conjunto la lacra [164].

Además, aunque en la nueva forma de radicalismo se insistía a menudo en que la propiedad capitalista de las máquinas era la razón de la competencia entre los obreros, de los salarios bajos y de la existencia de un «ejercicio de reserva laboral», seguía siendo cierto que la usurpación de sus derechos naturales a cultivar el suelo los había convertido en esclavos asalariados «sin tierra» en primer lugar, y que la recuperación de los derechos a la tierra sería la respuesta más eficaz a la tiranía del propietario del taller. Como observó frecuentemente O'Connor éste era

el pecado constante, el gran agravio bajo el que trabajan las clases obreras, es decir, los que viven al día y están en un completo estado de dependencia de sus patronos; de aquí la diferencia entre la agitación irlandesa y la inglesa. Si todos los hombres tuvieran en la despensa provisiones para un mes (lo que, con la bendición de Dios, les proporcionará el sufragio universal) se habrían acabado vuestros sofismas [165].

En la década de 1830, la vieja crítica de los discípulos de Spence a la propiedad de la tierra reforzó esta postura. El *Northern*

163 Gray, *Human happiness*, p. 35.
164 J. F. Bray, *Labour's wrongs and labour's remedies, or the age of right*, Leeds (1839), p. 34.
165 *Northern Star*, 8 de junio de 1839.



*Star* señalaba que «no sólo se predica la doctrina de Spence, sino que se muestran ante los ojos de todos los detalles para su puesta en práctica» [166]. Además, relacionaba el resurgimiento del interés por Spence con lo que consideraba como una nueva usurpación, facilitada por la Nueva Ley de Pobres, de los derechos de los pobres a una parte de la renta de la tierra:

El pueblo, que nunca antes de la Ley de Reforma discutió seriamente el derecho del terrateniente a su parte de tierra, sino que simplemente se quejó de su interferencia legislativa en esa proporción del producto de la tierra que pertenece a la nación, descubre ahora que mientras exista el derecho continuará la nociva interferencia [167].

Los seguidores de Spence se oponían a toda propiedad privada de la tierra, basando sus argumentos no sólo en el Derecho natural y en los principios bíblicos, sino también en la convicción de que la tierra había pertenecido históricamente a los pobres y les había sido robada [168]. De hecho, durante la década de 1840, la principal solución cartista a la existencia del capitalismo industrial era el fin de la monopolización de la tierra. Según James Leach:

Si privaron al trabajador de toda posibilidad de poder vivir de su trabajo manual, deberían darle por lo menos los medios de recurrir a la tierra para asegurarse su libertad y su vida [169].

O'Connor coincidía con otros cartistas más socialistas en identificar la tierra como el punto central de un programa social cartista. En la medida en que era político, el debate se centró en si se debían introducir programas agrarios antes de obtener la Carta y si se debía dividir la tierra entre los propietarios campesinos o, como defendía Herney siguiendo a los discípulos de Spence, éste debería ser la «hacienda del pueblo» [170]. De modo similar, durante el período del «socialismo cartista» a partir de 1848, cuando los cartistas pedían «la Carta y algo más», resulta sorprendente la continuidad básica de sus análisis a pesar del cambio de nomenclatura. «Los señores feudales están condenados», escribía Harney:

166 *Ibid.*, 16 de junio de 1838.
167 *Ibid.*
168 Sobre Spence y su doctrina, véase T. R. Knox, «Thomas Spence: the trumpet of jubilee», *Past and Present*, p. 76 (1977).
169 Citado en D. Jones, *Chartism and the Chartists* (1975), p. 130.
170 Citado en A. R. Schoyen, *The Chartist challenge* (1958), p. 148.

Pero los señores del dinero están llenos de vida y energía y completamente decididos a establecer su ascendiente sobre las ruinas del dominio de los que un día fueron sus amos pero ahora son rivales agonizantes [...] Los señores feudales han azotado a los proletarios con látigos pero los señores del dinero (si prosperan en sus designios) los azotarán con escorpiones [...] Con la aristocracia feudal condenada a muerte habrá que tener cuidado de que ninguna nueva aristocracia ocupe su lugar. Por eso, LA TIERRA DEBE SER PROPIEDAD NACIONAL [...] LA TIERRA PERTENECE A TODOS y el derecho natural de todos es superior a los derechos de conquista o compra falsamente mantenidos [171].

Se observará que incluso en esta última fase del cartismo e incluso en un pasaje en el que se detecta directamente la influencia de Marx y Engels, predominaba aún el lenguaje de los derechos naturales. Era este lenguaje, y sus presupuestos individualistas residuales pero inextirpables, el que estaba en el corazón de la concepción de las clases del radicalismo inglés, dándole la fuerza de sus convicciones militantes pero también señalando claramente sus fronteras analíticas. Fuera del owenismo, la teoría obrera de la propiedad estaba inextricablemente ligada a la teoría de los derechos naturales, los derechos naturales del productor a su *propiedad,* los frutos de su trabajo. Tras el rechazo de la segunda petición cartista en mayo de 1842, el *Northern Star* respondía al ataque de Macaulay en la Cámara de los Comunes: «La miseria, el hambre y la desesperación impotente de las clases obreras proclaman a gritos que *su propiedad* —su trabajo y los frutos de éste— no les está garantizada, sino que, por el contrario, es presa común de todos los saqueadores legales de la sociedad» [172]. La fuerza y los límites del análisis aparecen de modo parecido en la argumentación de O'Brien sobre la tierra:

Se supone que la tierra, las minas, los ríos, etc., son un objeto conveniente y adecuado para la propiedad privada, como las balas de paño, los cacharros de loza o cualquier otro producto de la destreza e industria del hombre; y que, por consiguiente, las obras de la creación divina deben venderse y comprarse en el mercado lo mismo que si fueran obras de manos humanas. Este principio es tan profundamente odioso al sentido común y a la razón, es una perversión tan grande de la justicia natural ante ellos, que los derechos de propiedad no pueden reconciliarse con ellos ni coexistir por un momento con ellos [...] y por esta simple razón: porque los

171 (Harney), «The Charter and something more», *Democratic Review,* febrero de 1850, p. 351.

172 Citado en Schoyen, *The Chartist challenge,* p. 117.



derechos del trabajo y los derechos de la propiedad, que tendrían que ser en realidad una misma cosa, son profundamente irreconciliables en este sistema [173].

Un pensamiento no muy diferente del que expresaba Thomas Spence más de setenta años antes:

> *All men, to land, may lay an equal claim;*
> *But goods, and gold, unequal portions frame;*
> *The first, because, all men on land, must live;*
> *The second's the reward industry ought to give* * [174].

Si se podía socializar la tierra, liquidar la deuda nacional y terminar con el control monopolista de los banqueros sobre la oferta de dinero era porque todas esas formas de propiedad compartían la característica común de no ser producto del trabajo. Por esta razón, el rasgo que más se destacaba en la clase dirigente era el de su ociosidad y su parasitismo. Por esta razón Hodgskin y sus seguidores excluían de la condena todos aquellos rasgos que distinguían al fabricócrata del tenderócrata. Es sorprendente que pese a la intensa hostilidad hacia la «clase productora de vapor» durante el período cartista, no se propusiera nunca apoderarse de las fábricas y expropiar a sus propietarios [175]. Lo más que se propuso fue que los productores adquirieran el capital fijo y lo pagaran en forma de bonos de trabajo, pero incluso esta propuesta —hecha por Bray— seguía estando dentro de los límites estrictos de la teoría del trabajo.

Si un trabajador paga en oro a un capitalista, o un capitalista paga en otro a otro, lo que da es simplemente una representación de las cosas que *ha producido* el trabajo; si da un bono a pagar en el futuro, lo que promete es simplemente pagar lo que el trabajo *producirá.* Las transacciones pasadas, presentes y futuras del capital dependen todas ellas del trabajo para su cumplimiento. Siendo así, ¿por qué el trabajo no efectúa él mismo la compra? [176].

173 J. B. O'Brien, *The rise, progress and phases of human slavery* (1885), pp. 127-28.

* Todos los hombres tienen el mismo derecho a la tierra,
pero las mercancías y el oro expresan partes desiguales;
las primeras porque todos los hombres de la tierra deben vivir;
el segundo es la recompensa que la industria debe dar.

174 Citado en Knox, *Thomas Spence,* p. 87.

175 Para una descripción del conflicto dentro de la gran industria durante este período, véase el cap. 1 de este volumen.

176 Bray, *Labour's wrongs,* p. 173.

La compra obligatoria o incluso la expropiación era el destino que se merecía el *rentista;* la necesidad de trabajar sería el justo merecido del ocioso: en adelante, los «zánganos» tendrían que trabajar tan duro como las «abejas». Pero lo más que se defendía frente a la tiranía del fabricócrata era los salarios altos, la jornada limitada, un impuesto sobre la maquinaria y el acceso renovado a la tierra, facilitado por un gobierno democrático. Para que se pudiera concebir algo más allá, la teoría del trabajo basada en el derecho natural tenía que ser arrojada por la borda.

Hemos intentado mostrar la interrelación de los presupuestos según los cuales la Carta parecía ser el remedio para las penurias de la clase obrera en particular y del pueblo en general. Como hemos tratado de demostrar, la esperanza que representaba la Carta únicamente era comprensible dentro del lenguaje del radicalismo. Los cartistas podían plantear una discusión sobre la competencia y el poder de los «capitalistas» al tiempo que mantenían, con Paine, que el origen y la base del sistema eran los principios de fuerza y fraude. Como afirmaba el *Poor Man's Guardian,* no se hacían objeciones a los «principios de Paine», sólo a «sus medidas paliativas como reformista práctico» [177]. Ahora estamos en mejores condiciones para apreciar la fuerza de la postura cartista en la segunda mitad de la década de 1830 y comprender por qué el creciente descontento adoptó una forma cartista. Porque el radicalismo partía de la premisa del papel activo y opresor del poder político monopolista y el Estado. La actividad agresiva e intervencionista del gobierno y el Parlamento en la década de 1830, cuando se reestructuraron las instituciones y se revitalizó el sistema competitivo a expensas de las clases obreras, justificó sobradamente la postura radical. Las medidas tomadas para la represión irlandesa en 1833 pudieron considerarse como un ensayo previo a un ataque a los productores ingleses. El trato dado a los tejedores manuales —cuando las propuestas radical y conservadora de un salario mínimo aplicado por las juntas de comercio fueron rechazadas y se abandonó a los obreros a las fuerzas de la competencia— confirmó los peores temores acerca del gobierno de la clase media [178]. Como escribía el *Northern Star:*

[177] *Poor Man's Guardian,* 14 de febrero de 1835.
[178] Véase P. Richards, «The State and early capitalism. The case of the handloom weavers», *Past and Present,* 83 (1979).



Metámosle en la cabeza al pobre tejedor manual que el uso ilimitado de las máquinas lo ha excluido del mercado y recordemos a los que todavía son lo bastante afortunados como para tener trabajo que esos tejedores manuales sirven en todo momento como un ejército de reserva que puede ser comprado a bajo precio por los patronos y mantener sometidos a los que trabajan [179].

Y, refiriéndose a los manufactureros, continuaba:

La Ley de Reforma ha tenido el efecto de depositar el poder en manos de los poseedores de este género de propiedad, y su apoyo al gobierno está condicionado por el apoyo del gobierno a su demanda de utilización ilimitada de la mano de obra del país [180].

Por eso habían fracasado las alternativas sindicales al sufragio universal y los programas owenistas de «regeneración». Refiriéndose a 1834, el *Poor Man's Guardian* decía:

Los sindicatos intentaron un pequeño cambio parcial el año pasado y, ¿cuál fue la consecuencia? Fueron trasladados y dispersados a causa de sus esfuerzos; y, no satisfecho con aplastarlos por el momento, el gobierno de la clase media ha tomado medidas eficaces para impedirles resucitar aprobando una ley por la que se conduce al hospicio o a la tumba a todos los que piden ayuda parroquial [...] Ahí tenemos la historia de los condenados de Dorsetshire y de la criminal Ley de Enmieda a la Ley de Pobres. Ambas fueron obra de las clases medias a través de su herramienta, el Parlamento reformado [181].

También para John Gray estaba claro el completo fracaso de los sindicatos, como escribía en 1837:

En último extremo, el capitalista y el patrono han sido demasiado fuertes para ellos; y los sindicatos se han convertido, a los ojos de los enemigos de la clase obrera, en un ejemplo de cautela o desprecio —una muestra de la debilidad del trabajo cuando se enfrenta al capital— un recordatorio indestructible de lo mal que funciona el sistema actual en relación con las dos grandes clases que hoy integran la sociedad [182].

En 1838, el juicio de los hilanderos del algodón de Glasgow remachó la lección. No tenía sentido esperar una reforma eficaz cuando el poder político seguía siendo monopolio de los propie-

[179] *Northern Star,* 23 de junio de 1838.
[180] *Ibid.*
[181] *Poor Man's Guardian,* 21 de marzo de 1835.
[182] Bray, *Labour's wrongs,* p. 100.

tarios. La historia de la Ley de Fábricas de 1833 lo demostraba, y como O'Connor añadía:

Aunque hubieran trabajado seis horas diarias con las máquinas actuales, habrían tenido mercados sobresaturados de mercancías. Era imposible, pues, incluso con una ley de diez horas, a menos que tuvieran el mismo control sobre su trabajo que el que tenía el agricultor sobre su producto, a saber, enviarlo al mercado cuando existiera demanda. En todos los otros casos, el pueblo podía hacer eso, y como los capitalistas lo sabían, intentaron expulsar de su posición a sus obreros fabriles destruyendo las asociaciones sindicales [183].

Y lo mismo podía decirse, *a fortiori*, de la derogación de las Leyes sobre Cereales. Aunque se descartara la sospecha generalizada de que había sido una maniobra para rebajar los salarios, el *Northern Star* podía escribir:

Debemos repetir que no creemos que la oligarquía permitiera siquiera la derogación de las Leyes sobre Cereales por el bien de la comunidad. Si del cielo cayera «maná» —trigo, vino y aceite—, la clase privilegiada encontraría la manera de apoderarse del botín. Mientras que la aristocracia tenga el monopolio del poder podéis estar seguros de que nunca renunciará, salvo de palabra y fraudulentamente, al monopolio de la ganancia [184].

Ante todo se podía presentar de forma convincente la secuencia de las actividades legislativas y gubernamentales de la década de 1830 como un sistema. Estaba construyéndose una tiranía cuyo objetivo era esclavizar al productor. El progreso de las máquinas y la promulgación de la Nueva Ley de Pobres estaban íntimamente relacionados. «Repetidas veces hemos declarado nuestra convicción», escribía el *Northern Star,*

de que el espíritu y la tendencia de esta ley era aumentar y perpetuar la servidumbre de las clases industriosas obligándolas a entregar su trabajo en las condiciones que optaran por ofrecer los especuladores de la clase media [...] Su objeto e intención es proporcionar los medios para barrer al punto de la faz de la tierra a las muchedumbres que, habiendo perdido su empleo como consecuencia del monopolio de la capacidad productiva de las máquinas por parte de los ricos, empiezan a ser consideradas como una carga pecuniaria por los canallas que les han arrebatado los medios de independencia [185].

183 *Northern Star*, 23 de junio de 1838.
184 *Ibid.*, 9 de febrero de 1839.
185 *Ibid.*, 3 de marzo de 1838.



Y en respuesta al escepticismo de los periódicos del Sur sobre la vehemencia de la campaña contra la Ley de Pobres en el Norte, *Northern Star* afirmaba que no sólo se oponía a la medida, sino que veía en ella «la base de una nueva constitución»:

Los ayudantes de esa ley infernal son el sistema fabril, la policía rural y la completa destrucción de las asociaciones sindicales, que son el último vestigio de poder en manos de la clase obrera y mediante las cuales se podría regular de un modo saludable la oferta y la demanda. Si los patronos vieran sus intereses bajo una luz real, fomentarían esas asociaciones sindicales en lugar de ayudar a reprimirlas [186].

Por todo ello, la gran fuerza de la Carta en 1838-39 residió en su identificación del poder como fuente de la opresión social y en su capacidad de concentrar en un objetivo común el descontento de las clases obreras sin representación. Como decía O'Connor: «Los cartistas de hoy tienen lo que no tenían los radicales de 1819: unidad y energía rectora» [187]. Pero la gran dificultad del radicalismo, especialmente en su forma cartista, estribaba en que la viabilidad de su estrategia dependía de la movilización no sólo de la clase obrera, sino de la gran mayoría del pueblo. La petición y la «Convención General de las Clases Industriosas» no tenían como premisa una política proletaria. Su coherencia dependía de la yuxtaposición entre el Estado y sus partidarios parásitos, los terratenientes, los financieros y los capitalistas, por un lado, y el sector industrioso de la nación, incluyendo una parte importante de las clases medias, por otro. En otras palabras, una especie de repetición de 1832. La mayor parte de las «medidas ulteriores» propuestas en 1839 —retirada de los ahorros de los bancos, abstención de comprar bienes gravados con impuesto sobre el consumo, negativa a pagar impuestos e incluso el «mes sagrado»— suponían igualmente una presión de los industriales sobre los ociosos. Sin embargo, el problema era que, incluso en los términos planteados por los radicales, semejante programa era muy problemático. Porque no sólo los radicales estaban convencidos en general de que la clase media se uniría al pueblo únicamente cuando le apremiase la necesidad, sino que desde 1832 esa clase formó parte del poder legislativo y se convirtió así en responsable de las miserias de que se lamentaban las clases obreras. Aunque parte de la opinión de la clase media estaba dispuesta a apoyar la peti-

186 *Ibid.*, 23 de junio de 1838.
187 *Ibid.*, 3 de agosto de 1839.

ción cartista, no había un apoyo similar a la Convención que, como órgano legislativo rival, representaba una amenaza para el Parlamento. Por eso, aunque muchos portavoces cartistas seguían confiando, en la primera mitad de 1839, en que a pesar de la retirada de los dirigentes de Birmingham «tan cierto como que el sol se pondrá hoy, las clases medias se unirán a las filas del pueblo» [188], la progresiva evidencia de la falta de un apoyo decidido por parte del pueblo a los poderes y medidas de la Convención debilitó primero la determinación de las clases obreras de las distintas localidades y finalmente provocó la ignominiosa disolución de la propia Convención. Como ha observado Parssinen, la idea de una convención antiparlamentaria estuvo claramente ausente durante la huelga general de 1842, y en 1848 incluso los mismos delegados creían sólo a medias en ella [189].

Pero con la impugnación de la idea de la Convención por los acontecimientos de 1839 la defensa radical se vio privada de un importante baluarte. Era muy citado el supuesto radical de que «para que una nación sea libre basta con que lo desee». Asimismo estaba muy extendida la idea de que el Estado iniciaría la violencia al oponerse a ese deseo, incluso antes de que se reunieran los representantes de la nación. Como había declarado el *Poor Man's Guardian* en 1834: «Llegará un tiempo (y llegará pronto) en que los usureros os empujarán a oponeros a la ley, pero no antes de haberla violado ellos primeros. Obedeciendo rígidamente a la ley, los empujaréis por ese camino» [190]. Una clase media presionada por la necesidad material y alienada por la violencia del Estado se uniría entonces al pueblo en su justificada resistencia. Pero los acontecimientos de 1839 demostraron que la imagen radical del Estado —basada como estaba en la época de las guerras napoleónicas y las Seis Leyes— había dejado ya de ser una guía fidedigna para la acción. Porque el gobierno permitió que la Convención siguiera adelante. No arrestó a los delegados en bloque y confió lo bastante en la opinión de la clase media como para permitir que los debates de la Convención se desarrollaran sin impedimento. Esto dejó inoportunamente la iniciativa en manos de los delegados, produciendo disensiones desmoralizadoras sobre la cuestión de la fuerza moral frente a la fuerza física. Los intentos de provocar la violencia de las autoridades no consiguieron más que agrandar las diferencias entre la izquierda y la derecha y amedrentar a la

188 Discurso de R. J. Richardson, *Northern Star*, 27 de abril de 1839.
189 Parssinen, «Association Convention and Anti-Parliament», pp. 530-31.
190 *Poor Man's Guardian*, 12 de abril de 1834.



mayor parte de los simpatizantes de clase media. El levantamiento de Monmouth completó el proceso de retirada de la clase media y el desorden cartista, y la prudente decisión de conmutar la sentencia en Frost eliminó el último foco potencial de unidad [191]. Así, 1839 acabó con toda idea simplista sobre la unidad del pueblo y la predecible perversidad del Estado.

Si 1839 demostró la insuficiencia de una concepción del cambio político heredada por los radicales, 1842 demostró la incapacidad del radicalismo para obtener ventajas de un nuevo tipo de lucha. La dificultad de una estrategia radical practicada —esta vez exclusivamente— por una sola clase social se puso de manifiesto aún más llamativamente, y el resultado fue la confusión. En cierto sentido, la huelga de 1842 representó un gran triunfo radical. En 1839 los sindicatos no habían aprobado oficialmente el cartismo, habían desempeñado sólo un papel pasivo en la agitación y ni siquiera habían sido consultados sobre cómo organizar el «mes sagrado». En 1842, por el contrario, los sindicatos de determinadas zonas no sólo estaban convencidos de la validez del diagnóstico cartista, sino que estaban dispuestos a ponerse a la cabeza del movimiento en favor de la Carta [192]. Esto representó un triunfo de la estrategia que había defendido el *Poor Man's Guardian* en 1834 y por la que habían estado abogando en los dos años anteriores cartistas como McDouall y Leach. Los objetivos declarados de la huelga en gran parte de la zona de Manchester y en otras muchas regiones coincidían exactamente con el análisis cartista. Como decía William Muirhouse el 7 de agosto en la concentración de Mottram Moor que dio inicio a los conflictos en Lancashire, no era «una cuestión salarial», sino «una cuestión nacional» [193]. El enemigo no era el patrono como tal, sino la «legislación de clase». Como decía la conferencia de delegados de Manchester en su resolución del 12 de agosto:

Nosotros, delegados representantes de distintas ramas de Manchester y sus alrededores junto con los delegados de diversas zonas de Lancashire y Yorkshire, declaramos categóricamente nuestra convicción solemne y consciente de que los males que afligen a la sociedad y han agotado las energías de la gran masa de las clases productivas,

191 La importancia de la conmutación de la sentencia de Frost es subrayada por Thompson, *Early Chartists*, pp. 21-22. Dicha conmutación no fue, sin embargo, resultado de la política del gobierno liberal, sino que se produjo gracias a la enérgica insistencia del presidente del Tribunal Supremo.
192 Véase Sykes, «Early Chartism and trade unionism».
193 Citado en M. Jenkins, *The general strike of 1842* (1980), p. 68.

provienen únicamente de la legislación de clase; y que el único remedio para las presentes y alarmantes calamidades y para la indigencia general es la inmediata e íntegra adopción y aplicación del documento conocido como Carta del Pueblo [194].

Tampoco se abandonó el objetivo radical de arrastrar a todo el pueblo tras el movimiento. Los delegados de la conferencia de Manchester declaraban el 15 de agosto:

La asamblea propone que se nombren delegados para visitar y departir con los tenderos, los clérigos disidentes y las clases medias en general con el propósito de averiguar hasta qué punto están dispuestos a apoyar y ayudar al pueblo en la lucha por la consecución de sus derechos políticos [195].

Tampoco hubo una simple división entre los que querían la Carta y los que querían «un buen salario diario por un buen trabajo diario». En muchas zonas, la consecución del uno había llegado a ser considerada como la condición previa para la consecución del otro. Como declararon los mineros del carbón en paro de Hanley, «la opinión de esta asamblea es que nada excepto la Carta del Pueblo puede darnos poder para conseguir "un buen salario diario por un buen trabajo diario"» [196].

Pero en otros aspectos la huelga aceleró la involución del cartismo. Sin preparación u organización y sin una previa movilización de la opinión pública es díficil concebir cómo pensaban los dirigentes de la huelga que podrían hacer caer el gobierno y, a diferencia de 1839, tampoco se produjo la circunstancia de un gobierno enfrentado a un pueblo armado, uno de los componentes esenciales del plan original de Benbow. La dirección cartista estaba desunida y fue tomada por sorpresa. Los fundados temores a una represión gubernamental y la consiguiente ausencia de propuestas acerca de una convención u organización política capaz de encauzar las exigencias de la huelga, la incapacidad de los delegados para proporcionar una dirección al movimiento a partir de mediados de agosto y la eficaz negativa de la NCA a prestar algo más que un respaldo pasivo a las demandas de la huelga acabaron con las escasas posibilidades de éxito que el movimiento pudiera haber tenido [197]. La razón de

[194] *Ibid.*, p. 264.
[195] *Ibid.*, p. 266.
[196] *Northern Star*, 20 de agosto de 1842.
[197] Siguen siendo un misterio muchos aspectos del pensamiento que sustentó al movimiento huelguístico de 1842. Para relatos de la huelga, véase A. G. Rose, «The plug riots of 1842 in Lancashire and Cheshire», *Transactions of the Lancashire and Cheshire Antiquarian Society*, LXVII (1958); F. C. Mather, «The general strike of 1842; a study in leadership, organisation and the threat of revolution during the plug plot disturbance», en J. Stephenson y R. Quinault, *Popular protest and public order* (1974); M. Jenkins, *General strike*.



la huelga no estuvo nunca clara. Incluso Richard Pilling, generalmente reconocido como uno de los principales instigadores del movimiento, se mostró siempre ambiguo en cuanto a la relación entre la cuestión salarial y la Carta. Por una parte, en su juicio afirmó: «No soy *yo* el padre de este movimiento, sino esa Cámara. Hemos presentado nuestras peticiones ante esa Cámara y no ha satisfecho nuestras quejas; ahí y sólo ahí reside la causa» [198]. Pero en su conclusión declaraba: «Independientemente de lo que haya sido para otros, para mí ha sido una cuestión salarial. Y afirmo que si el Sr. O'Connor ha hecho de ello una cuestión cartista, ha conseguido maravillas al extenderla por Inglaterra, Irlanda y Escocia. Pero para mí ha sido siempre una cuestión salarial y de la ley de las diez horas» [199]. Tan confusa fue la actitud de la NCA hacia la huelga que un eminente cartista como Harney pudo interpretar sin dificultades su declaración de apoyo como una consigna para impedir la extensión de la huelga. En su declaración del 16 de agosto, la NCA se comprometía a ir a las distintas localidades «para proporcionar una dirección adecuada a los esfuerzos del pueblo».

Bien, caballeros, ¿cuál fue mi conducta cuando volví a Sheffield? ¿Cuál fue la dirección que di a los esfuerzos del pueblo? Pues bien, me opuse a que la huelga se extendiera a esa ciudad e impedí que allí tuviera lugar cualquier paro [200].

La huelga se limitó a los obreros; en aquellas zonas donde el objeto político de la huelga estuvo más claro, la opinión de la clase media se mantuvo en general distanciada del cartismo debido al antagonismo que había provocado la cuestión de la derogación de las Leyes sobre Cereales. El empeño de O'Connor y el grueso de la dirección cartista en responsabilizar de la huelga a la Liga contra la Ley sobre Cereales o en afirmar que la huelga era simplemente una lucha salarial contradecía las premisas radicales de las reivindicaciones obreras. Aún más que en 1839, en 1842 se puso de manifiesto la disonancia entre el intento de aplicar una estrategia radical y un movimiento de composición casi exclusivamente obrera que cada vez se abs-

[198] *The trial of Feargus O'Connor*, p. 249.
[199] *Ibid.*, pp. 254-55.
[200] *Ibid.*, p. 235.

tenía más de ejercer toda presión que no fuera la de la fuerza sobre la opinión de la clase media.

No sabemos con certeza hasta qué punto la huelga provocó una reorientación de la política gubernamental en lugar de confirmarla en la dirección que ya había intentado seguir [201]. Pero lo que sí es seguro es que la política del gobierno se hizo cada vez menos vulnerable a la crítica radical a lo largo de la década de 1840, al mismo tiempo que se desdibujaba progresivamente la coherencia del radicalismo. Tras el fracaso de la huelga resultó imposible mantener la prolongada concentración de las energías en la Carta. La depresión se suavizaba y la solución cartista —desacreditada por el experimento de 1842— ya no atraía a muchas asociaciones sindicales, que ahora confiaban más en la capacidad de negociación dentro del sistema. Ciertos elementos del lenguaje alternativo de la economía política popular, mantenidos a raya durante la mayor parte de la década transcurrida entre 1832 y 1842, se incorporaron al uso popular. Ciertamente no hubo una simple capitulación ante la ideología liberal del esfuerzo personal y la identidad de intereses entre empleador y empleado, como algunos historiadores han pretendido [202]. Pero sí hubo una mayor aceptación del carácter determinante de las fuerzas del mercado y un uso progresivo de los términos «trabajo» y «capital» que no hacía referencia al sistema político en el que el radicalismo de la década de 1830 inscribía forzosamente esos términos. Para los cartistas convencidos, 1843 fue «el año de la calma chicha» y 1844 «apenas trajo un soplo que hinchara nuestras velas» [203]. En los distritos fabriles, incluso los cartistas incondicionales vieron desviarse sus intereses hacia la campaña en favor de la Ley de Diez Horas. Como decía James Leach, «nadie le ganaba en la defensa de la Carta», pero «no creía que ése fuera el momento adecuado para su introducción» [204]. El éxito a medias de la Ley de Diez Horas en 1844 y el triunfo en 1847 reforzaron considerablemente la tendencia al reformismo y las campañas en torno a un tema específico —«ideas fijas», como O'Connor las había denominado a finales de la década de 1830— que desviaron al pueblo de la causa real de sus miserias. El hecho de que la Ley de Fábricas no sólo fuera aprobada, sino también, al cabo de pocos años, reconocida como eficaz [205] asestó otro golpe a la concepción radical del Estado corrupto, no representativo y egoísta.

Sin embargo, mayores consecuencias inmediatas para la coherencia de la plataforma radical tuvo el hecho de que O'Connor adaptara el programa agrario. Esto no sólo dividió la actitud de los cartistas hacia la política agraria. También abrió una brecha mucho más profunda en el radicalismo de la década de 1830, ya que implicaba que era posible una mejora dentro del sistema vigente. Como señalaba O'Brien:

> Lo más extraño de todo [es] que el filantrópico Feargus haya arrastrado tras él a asambleas a la luz de las antorchas, manifestaciones, etcétera, a millones de personas que han asistido a ellas con grandes sacrificios de tiempo y dinero, y haya causado la ruina de miles de personas por encarcelamiento, pérdida de empleo y expatriación, cuando, durante todo el tiempo, no tenía más que crear una «Sociedad Cooperativa Agraria Nacional Cartista» para asegurarnos a todos la felicidad social, y cuando, por utilizar sus propias palabras [...] había comprendido que «la igualdad política sólo puede provenir de la felicidad social». Antes nos había dicho que la felicidad social tenía que venir de la igualdad política [206].

Además, lo que O'Brien señalaba como el efecto desintegrador del programa agrario en los supuestos del radicalismo fue confirmado por el cambio de chaqueta de O'Connor en relación con las Leyes sobre Cereales. Desde la nueva perspectiva del programa agrario se veían ahora como un beneficio las mismas consecuencias desastrosas que los cartistas habían profetizado que derivarían de la derogación de dichas Leyes a instancias de los traficantes de dinero. Como decía Gammage: «Cuando la Liga estaba mal vista, O'Connor profetizaba un desastre en caso de que tuviera éxito. Ahora la Liga haría que el programa agra-

201 John Foster formula la hipótesis de que la huelga provocó una reorientación de la política del gobierno en M. Jenkins, *General strike*, páginas 3-4. Aunque se ha hecho una buena defensa del cambio de la táctica gubernamental durante el juicio que siguió a la huelga (véase Jenkins, *General strike*, cap. 10), la afirmación en general continúa siendo dudosa. Más adelante se dice que el Estado había empezado ya a abandonar la postura ideológicamente expuesta de la década de 1830 antes de que empezase la huelga. Véase también G. Kitson Clark, «Hunger and politics in 1842», *Journal of Modern History*, 25 (1953).

202 Véase, por ejemplo, Perkin, *Origins;* B. Harrison y P. Hollis, «Chartism, liberalism and the life of Robert Lowery», *English Historical Review*, LXXXII (1967).

203 Citado en J. T. Ward, *Chartism* (1973), p. 176.

204 *Ibid.*, p. 175: para la opinión de Leach sobre la cuestión fabril, véase W. Rashleigh, *Stubborn facts from the factories by a Manchester operative* (1844).

205 Véase P. Joyce, *Work, society and politics*, Sussex (1980), pp. 67-70.

206 *National Reformer*, 15 y 22 de mayo de 1847; citado en Gammage, *History of the Chartist movement*, p. 269.

rio triunfara bajando el precio de la tierra y permitiendo así que el pueblo la adquiriera más fácilmente» [207]. Habían desaparecido la vehemencia y la convicción de la reprobación radical del Estado. La interrelación de las premisas radicales y el carácter consecuente de sus argumentos se cruzaban ahora con casos especiales y cláusulas modificadoras. Comentado la derogación de las Leyes sobre Cereales llevada a cabo por Peel, el *Northern Star* escribía:

> Ahora, si se hubiera propuesto el librecambio al estilo liberal, si se hubiera admitido como un favor para el creciente poder de la Liga y un regalo para los intereses monetarios, sin que lo acompañaran aquellos ajustes prudentes, saludables y propios de un buen estadista que proponía Sir Robert Peel, todo el poder a disposición del gobierno no habría podido impedir los horrores de una revolución [208].

No podía haber un testimonio más oportuno de lo conseguido por Peel.

Como observábamos al principio de este ensayo, las interpretaciones del cartismo se han centrado abrumadoramente en su carácter obrero. Esta insistencia ha eclipsado ciertas dimensiones fundamentales del carácter y la cronología del movimiento. Los historiadores a la búsqueda de pruebas de una conciencia de clase son propensos a pasar por alto las auténticas condiciones previas del triunfo y del fracaso del cartismo. Porque si el cartismo se convirtió en un movimiento obrero, no lo hizo por elección, sino por necesidad, como resultado de su capacidad cada vez menor de convencer a una parte importante de las clases medias de la viabilidad de su postura y del atractivo de su visión social; y finalmente, por supuesto, dejó también de contar con la lealtad de una parte considerable de las propias clases obreras. Visto desde este ángulo —como una forma de radicalismo y no simplemente como el movimiento de una clase— el cartismo puede ser situado en dos perspectivas diferentes, la primera a largo plazo y secular, y la segunda a corto plazo y coyuntural.

Como fenómeno secular, el cartismo fue la versión última, más importante y más desesperada —aunque quizá no la más revolucionaria— de la crítica radical de la sociedad, que había disfrutado de una existencia casi ininterrumpida desde las dé-

[207] Gammage, *History of the Chartist movement*, p. 270.
[208] *Northern Star*, 17 de enero de 1846.



cadas de 1760 y 1770. La visión subyacente en esta crítica era la de una sociedad más o menos igualitaria, compuesta exclusivamente por las clases industriosas y mínimamente necesitadas de gobierno. El poder político, tal como los cartistas lo entendían, en sintonía con los radicales del siglo XVIII, era fundamentalmente un fenómeno negativo, la liberación de la opresión existente y la prevención legal o legislativa de su repetición. Harney resumía así la variante aparentemente jacobina del movimiento:

> La Carta era un medio para un fin: el medio era los derechos políticos; el fin la igualdad social. ¿Quería decir con esto que todos tendrían la comida preparada de la misma forma, sus casas construidas en paralelogramos o sus abrigos cortados por el mismo patrón? ¡Dios mío! De ningún modo. Simplemente quería decir que todos los hombres tendrían lo que ganaban y que «el que no trabajara tampoco comería» (aplausos) [209].

En esa sociedad, la recompensa sería proporcional al trabajo, se eliminarían la dependencia y la clientela, habría idéntico acceso a la tierra y se restablecería el equilibrio entre la ciudad y el campo [210]. La corrupción, la tiranía y la polarización entre riqueza y pobreza en la sociedad existente eran atribuidas a las depredaciones políticas de una clase parasitaria: los terratenientes, los receptores de diezmos, los rentistas, los banqueros y, en la versión cartista, la aristocracia de la riqueza, los intermediarios y los dueños de las fábricas. Del primero al último, el contraste entre la creación de riqueza real y artificial seguía siendo una característica constante de la retórica radical, cualesquiera que fueran los cambios en el personal incluido o destacado en sus respectivas categorías. La distinción no se establecía primordialmente entre clases dirigentes y clases explotadas en el terreno económico, sino entre beneficiarios y víctimas de la corrupción y el monopolio del poder político. La yuxtaposición era en primera instancia moral y política, y se podían trazar líneas divisorias tanto dentro de las clases como entre ellas. En el siglo XVIII, radicales como Wyvill, Price y Cartwright distinguían claramente entre los que dependían de un patronazgo y un lugar y los que mantenían su independencia. Las sospechas no recaían sólo sobre los pensionistas de alto

[209] *Ibid.*, 15 de junio de 1839.
[210] Para el modo en que la «persona mediana», predominantemente urbana, de las décadas de 1760 y 1770 adaptó la ideología rural a sus propios fines, véase Brewer, «English radicalism».

rango, sino también sobre los pobres dependientes [211]. Al menos, hasta bien avanzada la década de 1870 la retórica radical de corte republicano se refería despectivamente a la desigualdad del trato dispensado a los pobres reales en la cima de la sociedad y a los pobres de los asilos en el fondo de la misma [212]. Un parecido desprecio moral hacia los que acrítica o inconscientemente se beneficiaban del vigente sistema artificial caracterizó la desconfianza cartista hacia las clases medias con derechos de voto. De ahí la admiración por los auténticos «patriotas» que mantenían su independencia de criterio cualquiera que fuera su papel económico. En este contexto no es de extrañar que John Fielden, uno de los mayores fabricantes de algodón del Norte, ocupara un lugar tan destacado en el movimiento radical. Su postura política constituyó una prueba viviente de que no era ineludible la asociación entre los patronos y la economía política malthusiana, la Liga contra la Ley sobre Cereales o los principios liberales de un Brougham, un Baines o un Macaulay. Su defensa de los tejedores manuales, su incansable apoyo al movimiento fabril y su apología del sufragio universal ejemplificaban el tipo de apoyo que los cartistas esperaban obtener de la parte no corrompida de la clase media pero que cada vez conseguían menos. Además, la descripción que hacía Fielden de una relación más equilibrada entre agricultura e industria se parecía mucho a la visión alternativa de la economía mantenida por muchos cartistas. «No hay una causa natural de nuestra miseria», escribía Fielden:

> Poseemos tierra fértil, el mejor ganado del mundo y los ganaderos más capacitados. Poseemos ríos y puertos, y una flota sin igual; y nuestro ingenio e industria nos han proporcionado unas manufacturas que deberían completar esas ventajas. Soy un manufacturero, pero no uno de esos que piensan que es hora de que prescindamos de la tierra. Creo que ambos intereses conducen a la prosperidad de la nación, que deben marchar juntos y que la ruina de uno de ellos dejará al otro en una relativa inseguridad [213].

Hubo siempre una minoría de patronos como Fielden, de aristócratas como Duncombe o de notables locales como Frost, incluso en esta última fase del radicalismo del siglo XVIII, que prestaron credibilidad a la visión política y al sistema de clases

211 Véase Prothero, *Artisans*, pp. 26-27.

212 Sobre el republicanismo de mediados de la época victoriana, véase R. Harrison, *Before the socialist* (1965), cap. v.

213 J. Fielden, *The curse of the factory system* (1836), p. iii.



del movimiento. Incluso durante la huelga de 1842 hubo algunos patronos que simpatizaron evidentemente con la postura cartista. Por ejemplo, Dundee:

> Easson (primer taller) —33 hombres— se dirigieron al patrono y le pidieron un aumento. El Sr. E. afirmó que no lo daría, que el comercio no lo permitía — Consideraba que la legislación de clase era la raíz de todos sus males —18 de los 33 hombres acordaron parar si la huelga era nacional, el resto decidió no moverse [214].

Por el contrario, merece la pena destacar que en las huelgas de 1842, los que fueron objeto de ataques agresivos fueron los que se señalaron por sus opiniones políticas odiosas. En Manchester, fueron las fábricas Birley, cuyo propietario era considerado el principal responsable de la matanza de Peterloo. En las revueltas de las Potteries, como demuestran las investigaciones de Robert Fyson, las víctimas de la violencia no fueron los magistrados impopulares y los comisarios de la Ley de Pobres, y en particular el rector de Longton, un hombre famoso por su bodega de excelentes vinos que había aconsejado a los pobres que usaran hojas de bardana como sustitutivo del café [215].

Se ha considerado con frecuencia al cartismo como una respuesta a la Revolución industrial y a los cambios que ésta originó en las relaciones sociales. Pero tal consideración presupone la observación de un hecho social cuya definición fue común entre los historiadores contemporáneos y posteriores. Los radicales y los cartistas juzgaron los aspectos sociales del proceso que los historiadores posteriores denominaron industrialización en unos términos que seguían las líneas de los radicales del siglo XVIII, muy diferentes a las de los historiadores económicos y sociales del siglo XX. Por eso, la política radical y cartista carece de sentido si se la interpreta como una respuesta a la aparición de un capitalismo industrial concebido como un proceso económico objetivo, inevitable e irreversible. La imagen radical era la de un desarrollo mucho más arbitrario y artificial, cuyo origen debía buscarse no en el funcionamiento real de la economía, sino en la aceleración y agudización de un proceso de saqueo financiero posibilitado por el desarrollo político de los cincuenta años anteriores. Los remotos antecedentes de esta se-

214 *Dundee Warder*, agosto de 1842, citado en C. Bebb, «The Chartist movement in Dundee», St. Andrews B. Phil. (1977).

215 Véase R. Fyson, «The crisis of 1842: Chartism, the colliers strike and the outbreak of 1842 in the Potteries», en Epstein y Thompson, *The Chartist experience*.

cuencia podían ser rastreados remontándose a la dominación normanda, a la pérdida del derecho de sufragio en la Inglaterra medieval o a la disolución de los monasterios, hechos que consolidaron el monopolio de los terratenientes [216]. Pero la prehistoria más inmediata del presente comenzó con el establecimiento de la deuda nacional y el desarrollo de las nuevas prácticas financieras hacia finales del siglo XVII, que empeoraron con los cercamiento del siglo XVIII y culminaron en el enorme botín obtenido de la especulación durante las guerras contra Francia. O'Brien, refiriéndose a estas guerras, escribía:

A la clase adinerada de Inglaterra y del continente se le abrió un campo nuevo e inagotable para invertir masas de capital ficticio o fraudulento que sin esa inversión (es decir, la guerra) se habría convertido en algo inútil y pronto no habría tenido más valor que la misma cantidad nominal de asignados franceses o el dinero continental de América en la última fase de depreciación [...] La extensión del comercio, las manufacturas y la maquinaria habían engendrado una nueva caterva de capitalistas a los que también había que permitir que convirtieran sus fondos estancados de riqueza podrida en corrientes perennes de riqueza saneada. Dicho lisa y llanamente, había que permitirles que después de apropiarse de la mayor parte del producto de la generación de trabajadores de la época y de consumirla, se apropiaran también del producto de las generaciones venideras para uso de sus herederos, asignatarios y representantes en los tiempos futuros. Para lograrlo prestaron más de 500 millones de libras a nuestro gobierno con objeto de que hiciera la guerra contra la Revolución francesa, aumentando así nuestra deuda nacional de 280 millones de libras a más de 800 millones y matando de ese modo dos pájaros de un tiro, es decir, por un lado, colaborando a acabar con los demócratas franceses y con los derechos del hombre, y por otro, asegurándose para ellos y sus descendientes el privilegio de ser rentistas perpetuos [217].

Pero la infamia de este proceso no se detuvo con las guerras contra Francia. Se agravó durante la paz. Según John Fielden:

Pero cuando la guerra terminó, Inglaterra volvió a la moneda oro y restauró en los tratos de los nacionales del país el intercambio en moneda metálica, supeditado a una deuda contraída en papel; y de

[216] Para el carácter cambiante de los argumentos sobre la dominación normanda desde el siglo XVII al XIX, véase C. Hill, «The Norman Yoke», en *Puritanism and Revolution* (1958).

[217] J. B. O'Brien, *The life and character of Maximilian Robespierre, proving by facts and arguments that that much calumniated person was one of the greatest men and one of the purest and most enlightened reformers that ever existed in the world* (1838), vol. 1, pp. 254-55.



ahí surgieron todos los cambios que han presenciado desde entonces. Y ahora, a una paso más rápido que nunca, por el camino a la tiranía. En resumidas cuentas, esta deuda contraída en papel no se podría pagar nunca en oro [218].

Las guerras contra Francia habían originado la gran expansión del comercio exterior a expensas del interior, el desarrollo de la maquinaria a expensas de los obreros, el crecimiento de la especulación en papel a expensas de la industria real. La situación de la posguerra había consolidado la posición de los especuladores y tahúres así aupados a expensas de todas las demás clases sociales. Como decía el *Northern Star:*

Así como el jugador que se sienta a la mesa de juego con una banca de un millón está seguro de hacerse tarde o temprano con todas las pequeñas bancas de la mesa, así también el actual sistema está seguro de sacrificar a los trabajadores, los pequeños capitalistas y los comerciantes a aquéllos que puedan disponer de más dinero y mayor crédito, hasta que al fin el conjunto de las especulaciones comerciales del país estén en manos del jugador más afortunado [219].

Estas razones influyeron también en que los radicales plebeyos y después de ellos los cartistas abrigaran la esperanza de aliarse con esas clases perjudicadas para invertir el proceso.

Por tanto, lo característico de la fase cartista del radicalismo no fue ni el abandono de la aspiración radical heredada de construir una amplia alianza popular, ni una manera nueva y específicamente clasista de considerar la historia reciente en términos de lo que historiadores posteriores describirían como industrialización. En estos dos campos hubo una fuerte continuidad entre el cartismo y las versiones anteriores del radicalismo. Lo específico del cartismo fue, en primer lugar, la equiparación del pueblo con las clases obreras a consecuencia de 1832 y, en segundo lugar, el correspondiente desplazamiento del acento puesto en la relación entre el Estado y la clase obrera, subrayado por la legislación progresista posterior a 1832. Como consecuencia de este desplazamiento, se puso menos el acento en el Estado como un nido de egoísmo y corrupción, «antigua corrupción», en palabras de Cobbett; en cambio comenzó a considerársele cada vez más como el precursor tiránico de una dictadura sobre los productores. A lo largo de la década de 1830, la imagen dominante dejó de ser la de unos arribistas, enchufados y rentistas interesa-

[218] *Northern Star*, 9 de junio de 1838.

[219] *Ibid.*, 12 de mayo de 1838.

dos principalmente en los ingresos procedentes de los impuestos sobre el consumo para asegurar sus inmerecidas prebendas para convertirse en algo más siniestro y dinámico: una máquina de represión poderosa y maligna al servicio de los capitalistas y los dueños de las fábricas, dedicada esencial y activamente a disminuir los salarios de las clases obreras mediante la eliminación de cualquier protección residual a su disposición, ya fuera en forma de asociaciones sindicales, reparaciones legales, ayuda a los pobres o lo que sobrevivía de la representación de los intereses de las clases obreras en los gobiernos locales [220]. Como fenómeno coyuntural, el cartismo representó el rápido avance y el gradual retroceso de esta visión específica del Estado.

En los últimos años, el debate sobre «la revolución en el gobierno del siglo XIX» ha oscurecido en parte la dimensión total del carácter activista e innovador del Estado en la década de 1830 [221]. Los análisis de las innovaciones políticas y administrativas han sugerido que el fenómeno puede reducirse al impacto de las doctrinas de Bentham sobre la eficacia y la destreza, o a una serie de respuestas pragmáticas a los nuevos problemas sociales. Lo que ha quedado oscuro es la importancia del contexto político e ideológico en el que esos cambios tuvieron lugar. Para muchos contemporáneos, las reformas posteriores a 1832 tuvieron un alarmante carácter revolucionario, y, desde una perspectiva radical y cartista, como hemos visto, es difícil subestimar el inquietante significado político de las nuevas medidas. La nueva Ley de Pobres y el impulso dado a la emigración de indigentes del Sur hacia las ciudades del Norte —medidas consideradas como parte de una estratagema para bajar los salarios por medio de organismos estatales centralizados y no representativos—, la Ley de Corporaciones Municipales y la ampliación del sistema policial —que excluyeron a las clases obreras de la participación en los gobiernos locales, el rechazo de la legislación fabril, la negativa a proteger a los tejedores manuales y el ataque a los sindicatos fueron juzgados, en palabras de Fielden, como «el camino a la tiranía»; o, como opinaba Peter Bussey refiriéndose a la

220 El grado en que los patronos se hicieron con el control de la magistratura en las regiones industriales en la década de 1830 exacerbó la tensión; véase D. Philips, «The Black Country magistracy 1835-60; a changing local elite and the exercise of its power», *Midland History* (1976).

221 Para un resumen del debate, véase A. J. Taylor, *Laissez-faire and State intervention in nineteenth century Britain*, Economic History Society (1972); para una crítica y sugerencia de reinterpretación, véase P. Richards, «State formation and class struggle, 1832-48», en P. Corrigan, comp., *Capitalism, State formation and Marxist theory* (1980).



policía rural, «de hecho, otro ejército permanente para obligar al pueblo a someterse a los insultos y opresiones que el gobierno pretende imponerle» [222]. El historial legislativo, desde que Peel introdujo la policía metropolitana hasta su desaparición del programa liberal de reformas a finales de la década de 1830, representó de hecho el intento más importante de desmantelar o transformar el tratamiento descentralizado de los problemas de la delincuencia, la pobreza y el orden social característico del Estado del siglo XVIII [223]. Este resuelto esfuerzo del gobierno liberal por crear el marco administrativo y represivo para una sociedad plenamente basada en la libre competencia se llevó a cabo a expensas de todas aquellas fuerzas a las que el cartismo había dado voz, del «radicalismo conservador» y de otras formas todavía vigorosas y difusas del sentimiento «rural» que sobrevivían del siglo anterior. Así podía entenderse la actividad del Estado como la culminación brutal de las ambiciones de la riqueza y el poder monopolista que habían estado en acción desde 1668. La centralización de los poderes del Estado a expensas de la representación local, junto con el aparente propósito de establecer una tiranía sobre los productores en el contexto de los cambios estructurales y las dificultades cíclicas experimentados por la economía, originaron una oposición potencialmente enorme en las distintas localidades, tanto de clase media como obrera, y tanto radical como conservadora. Las premisas del radicalismo eran en teoría las más adecuadas para centrar y delimitar esta nueva actividad del Estado. Esta es una de las razones por las que el descontento social adoptó una forma cartista. No se puede decir simplemente que el cartismo comenzó en 1832; fue el efecto combinado de 1832 y de la reacción general a las medidas legislativas del gobierno liberal. La tendencia de los historiadores de las instituciones estatales a concebir en términos demasiado restrictivos «la revolución en el gobierno» como un fenómeno administrativo, y la de los historiadores del trabajo y socialistas a tratar el cartismo como un fenómeno social, han oscurecido la íntima conexión entre ambos procesos. El sentimiento cartista de 1837-39 fue en gran parte una respuesta a «la revolución en el gobierno».

Pero la misma vehemencia de la oposición que esa política había provocado impuso un cambio de rumbo. A finales de la

222 *Northern Star*, 9 de marzo de 1839.

223 Para el papel y la función de la ley en el Estado del siglo XVIII, véase D. Hay, «Property, authority and the Criminal Law», en D. Hay, P. Lineburgh, J. Rule, E. P. Thompson y C. Winslow, *Albion's fatal tree* (1975); E. P. Thompson, *Whigs and hunters* (1975).

década de 1830, el Estado ya había empezado a retirarse de su antigua posición. Russell no repitió una política de represión frontal como la que había aplicado Sidmouth [224]. La evidente «legislación de clase» de comienzos de la década de 1830 estaba empezando a ser matizada por medidas de carácter menos siniestro, encaminadas, por ejemplo, a la educación estatal y la discusión de proyectos para la mejora de la sanidad en las ciudades [225]. En semejantes circunstancias, la agitación cartista no tuvo nunca más que una remota posibilidad de éxito, ya que la concesión del derecho de voto a la clase media en 1832 supuso un importante obstáculo en el camino de la alianza entre los cartistas y las clases medias. No había necesidad alguna de que el descontento de las clases medias adoptara una forma cartista. Una parte de éstas expresó su discrepancia de la política doctrinaria de los liberales en la década de 1830 votando a los conservadores en las elecciones de 1841. Pero el miedo y el disgusto hacia el extremismo gubernamental fueron contrarrestados por la ansiedad con respecto al carácter amenazador y potencialmente insurreccional del descontento cartista. En consecuencia, el electorado votó por un gobierno fuerte que prometía mantener y proteger las instituciones existentes. Peel no hizo concesiones políticas al cartismo, pero su objetivo declarado era eliminar las fuentes materiales del descontento popular y evitar que se identificara al Estado con una fracción o interés económico concreto de las clases propietarias [226]. Siguiendo al teólogo escocés Thomas Chalmers, creía que el sistema competitivo era un sistema sancionado teológicamente en el que el industrioso sería recompensado y el pródigo castigado por la actuación autónoma de sus leyes [227]. Sin embargo, para que existiera semejante capitalismo moral, la legislatura tenía que asegurar el fin de la innecesaria interferencia estatal en el funcionamiento de la economía, la eliminación de los gravámenes sobre la industria y la empresa y la fijación de una clara línea divisoria entre los beneficios rápidos producidos por la especulación y las ganancias reales de la industria. Un firme objetivo de su administración fue reducir los impuestos sobre el consumo, aun cuando esto significara reintroducir el impuesto sobre la renta, y regular mediante una legislación para los bancos y las empresas el funcionamiento del crédito, cuyo desajuste consideraba que era la causa de las crisis comerciales que afligían periódicamente al país desde el «fatal» recurso al papel moneda en 1797 [228]. Sin embargo, hubo puntos significativos de convergencia entre las prioridades del gobierno de Peel y las cuestiones planteadas por la plataforma cartista. Pero el efecto que pretendían las reformas de Peel era precisamente terminar con el desorden social y el desacato a las instituciones establecidas, cuyas principales manifestaciones eran supuestamente el cartismo y la Liga contra las Leyes sobre Cereales.

Si la retórica cartista era en teoría la adecuada para agrupar a la oposición contra las medidas liberales de la década de 1830, estaba, por el mismo motivo, mal pertrechada para modificar su postura en respuesta al nuevo carácter de la actividad estatal en la década de 1840. La crítica del Estado y de la opresión de clase que ésta había engendrado era una crítica totalizadora. No se prestaba a discriminar entre una medida legislativa y otra, puesto que ello equivalía a admitir que no todas las medidas propugnadas por el Estado tenían un propósito clasista obviamente malévolo y que una legislatura egoísta en un sistema no reformado podía llevar a cabo reformas beneficiosas. La reducción de los impuestos sobre el consumo realizada por Peel y continuada con celo de cruzado por Gladstone a mediados del período victoriano, su preocupación, por poco realista que fuera, por distinguir entre actividad económica moral e inmoral, el elevado tono moral de la conducta del gobierno y el hecho de poner el interés del Estado por encima de los intereses económicos particulares —ya fueran de los terratenientes, los financieros o los manufactureros—, se plasmaron en la Ley de Minas de 1842, el presupuesto de ese mismo año, la Ley de Sociedades Anónimas, la Ley de Documentos Bancarios, sobre todo, en la manera en que se aprobó la derogación de las Leyes sobre Cereales. Todo esto resultó fatal para la convicción y autoconfianza del lenguaje del cartismo, especialmente en el

[224] Véase F. C. Mather, *Public order in the age of the Chartists*, Manchester (1959).

[225] En relación con esto, véase el cambio en las preocupaciones de las sociedades estadísticas que pasaron de los salarios y el empleo a la vivienda, la salud y la educación, Yeo, «Social science», cap. 3; véase también para la educación, Hollis, *Paper press*, caps. I y III; R. Johnson, «Educational policy and social control in early Victorian England», *Past and Present*, 49 (1970).

[226] No Gash, «Peel and the party system», *Transactions of the Royal Historical Society* (1951); N. Gash, *Reaction and reconstruction in English politics 1832-1852*, Oxford (1964), cap. V.

[227] Véase B. Hilton, *Corn, cash, commerce*, Oxford (1977), pp. 308-13; B. Hilton, «Peel: A reappraisal», *Historical Journal* (1979).

[228] Véase el discurso de Peel al presentar la Ley de Estatutos Bancarios el 6 de mayo de 1844, *Speeches of the late Rt Hon. Sir Robert Peel delivered in the House of Commons*, 4 vols. (1853), vol. IV, pp. 349 ss.

período posterior a 1842, cuando la economía recuperó un cierto grado de prosperidad. La falta de representatividad de la Cámara de los Comunes, el carácter aristocrático de la Constitución, la posición privilegiada de la Iglesia y la exclusión de las clases trabajadoras del legislativo continuaban siendo males en los que podían coincidir todos los radicales. El poder político continuaba tan concentrado como antes; obispos, aristócratas y arribistas no estaban mucho menos atrincherados en sus puestos [229]. Pero comenzaban a aflojarse los estrechos lazos entre la opresión de las clases obreras y el monopolio del poder político ejercido mediante la «legislación de clase», esencia de la retórica cartista. La capitulación cartista en la cuestión de la derogación y el librecambio debilitó la insistencia en el mercado nacional y el subconsumo. El mercado de trabajo y el destino del productor no podían ser presentados ya como simples fenómenos políticamente determinados. La política y la economía se estaban separando progresivamente y comenzaba a surgir el embrión del liberalismo de mediados de la época victoriana. El cartismo resurgió de nuevo en 1747-48, pero el sabor rancio y anacrónico de su retórica era patente incluso para sus defensores más fieles [230]. Que la estabilización de la economía y el auge de mediados de siglo acabaron finalmente con todo salvo unas pocas avanzadillas cartistas sitiadas es un hecho reconocido por todos los historiadores del cartismo [231]. Pero como lenguaje político coherente y como visión política creíble, el cartismo no se desintegró a principios de la década de 1850, sino de la de 1840. En principio, su decadencia no fue el resultado de la prosperidad y la estabilización económicas, puesto que en realidad fue anterior a ambas. Un atento examen del lenguaje del cartismo sugiere que su ascensión y caída han de ser relacionadas en primera instancia, no con los avatares de la economía, las divisiones en el movimiento o una conciencia de clase inmadura, sino con el carácter y la política cambiantes del Estado, el enemigo principal de cuyas acciones los radicales siempre habían pensado que dependía su credibilidad.

229 Para el nuevo carácter del radicalismo en el período poscartista, véase F. Gillespie, *Labour and politics in England 1850-1867* (1927); F. M. Leventhal, *Respectable radical, the life of George Howell* (1971); Harrison, *Before the socialists*.

230 Véase Belcham, «Fergus O'Connor».

231 En el cap. 1 de este volumen se analiza brevemente lo que significó esta estabilización.

# 4. CULTURA Y POLITICA OBRERAS EN LONDRES, 1870-1900: NOTAS SOBRE LA RECONSTRUCCION DE UNA CLASE OBRERA

Como bien recordaba Charles Masterman, todo el mundo había previsto para el Londres de la década de 1880 un futuro de lucha de clases y la formación de un partido obrero. Pero ese futuro no se había materializado. Porque «una ola de imperialismo ha barrido el país y todos estos esfuerzos, esperanzas y visiones se han desvanecido como si se hubiera pasado una esponja» [1]. Masterman escribía estas palabras en 1900, al año de la victoria de Mafeking. Ninguno de los que vieron cómo se congregaba la multitud en la noche de Mafeking podría olvidarlo jamás. La palabra «mafficking» entró a formar parte del vocabulario inglés y el recuerdo estaba aún vivo en las décadas de 1920 y 1930, cuando los libros de recuerdos, cada vez más abundantes, consolaban a los desanimados habitantes de las casas sin servicio con la leyenda de una edad de oro ya desaparecida. «En aquellos días», afirmaba un antiguo corredor de bolsa, «el *East End* se mezclaba con el *West End*. Y sin embargo cada uno "sabía cuál era su sitio": ése era el orgullo de la época [...] Se podían ver grupos de hombres y mujeres, en aquellas manifestaciones nacionales, saliéndose de las aceras congestionadas para bailar hasta olvidarse de las tristes realidades de Bermondsey y Bethnal Green mientras se llamaban unos a otros en una orgía de aullidos y armónicas» [2]. La extraña situación era sorprendentemente revivida por Thomas Burke cuarenta años después: «Estaba en la calle la noche del armisticio, pero no recuerdo que los taberneros perdieran la cabeza y se negaran durante todo el día a recibir dinero de nadie. No recuerdo que ningún joven arrugara billetes de cinco libras y los lanzara al aire para que los cogiera quien quisiera. No recuerdo que los avaros hombres de la *City* se volvieran tan locos como

Publicado en *En Teoría*, 8/9, octubre de 1981 - marzo de 1982, pp. 33-98.

1 *The heart of the Empire* (1901), p. 3.

2 Shaw Desmond, *London nights of long ago* (1927), pp. 94-95.

para enseñar soberanos y puñados de plata en medio de la multitud. No recuerdo haber visto a los hombres quitarse el sombrero y saltar sobre él» [3]. La celebración no se limitó a la zona de esparcimiento del centro o a los barrios de clase media. Según la información de los acontecimientos ofrecida por el *Times*, «las noticias fueron acogidas con extraordinario entusiasmo en el East End, y por lo general el sábado se celebró como un día de fiesta. Whitechapel Road y Bow Road eran un hervidero de banderas y gallardetes, mientras que todos los tranvías y autobuses portaban banderas [...] una gran masa de trabajadores con banderas y pancartas deambulaban por Bow Road entonando canciones patrióticas, mientras que centenares de ciclistas, llevando fotografías del coronel Baden Powell, formaban una procesión y desfilaban por las principales calles de Poplar y Stepney» [4]. No es de extrañar que liberales asombrados, como Masterman, creyeran estar presenciando la aparición de una «nueva raza [...] el tipo de la ciudad [...] voluble, excitable, con escasa firmeza, energía o aguante, que busca estímulo en la bebida, en las apuestas, en cualquier insólito conflicto en el país o en el extranjero» [5].

Este cuadro, pintado por liberales preocupados y conservadores satisfechos de sí mismos, debe ser ligeramente modificado. El sentimiento predominante en la noche de Mafeking no era de agresión, sino de alivio tras los desastres de la «semana negra». Apenas se produjeron actos de gamberrismo o violencia. Recientemente se ha comprobado que no eran obreros, sino estudiantes y oficinistas quienes formaban las bandas de feroces jingoístas que reventaban los mítines en favor de los bóers y saqueaban las propiedades de los *little Englanders* [6]. Recientes investigaciones sugieren también que la guerra de los bóers no fue la principal preocupación de los votantes obreros en las «elecciones caqui» de 1900. La afluencia a las urnas estuvo por debajo de la media, y las cuestiones decisivas en los colegios electorales más pobres de Londres fueron de carácter local y material: los elevados alquileres, las posibilidades de empleo, la inmigración judía, la protección de los oficios en crisis y la mejora del abastecimiento de agua [7]. Por último las cifras de

[3] Thomas Burke, *The streets of London* (1940), p. 136.
[4] *Times*, 21 de mayo de 1900.
[5] *Heart of the Empire*, pp. 7-8.
[6] Richard Price, *An imperial war and the British working class* (1972), capítulo IV.
[7] Price, ob. cit., cap. III; Henry Pelling, *Social geography of British elections 1885-1910* (1967), pp. 45, 47, 52, 57; Pelling, *Popular politics and society in late Victorian Britain* (1968), p. 94.



reclutas indican que los trabajadores no se enrolaron como voluntarios en número significativo hasta el retorno del desempleo en 1901 [8].

Estas puntualizaciones son importantes, pero no es probable que contribuyeran mucho a disipar la preocupación de los radicales y socialistas de la época. Pues aunque la clase obrera no fomentara activamente el jingoísmo, no hay duda de que lo aceptaba pasivamente. Es cierto que la celebración de la noche de Mafeking no estuvo claramente definida desde un punto de vista político. Hay muchas razones para creer que fue una expresión de admiración por el valor de los maridos, hermanos e hijos en el frente, más que un respaldo general a la guerra, y que esta identificación con el soldado raso fue la principal forma de relación de los obreros londinenses con la campaña de Sudáfrica. Pero, con todo, es importante recordar que los obreros no habían expresado anteriormente tales sentimientos bailando en las calles y fraternizando con los ricos.

Los historiadores modernos han tendido a minimizar la preocupación de Masterman y la perplejidad de radicales y socialistas. Las interpretaciones habituales de la época, 1870-1914, han tendido a centrarse en los grandes movimientos de expansión del sindicalismo, el desarrollo del socialismo, la fundación del partido laborista, el abandono del liberalismo por la clase obrera, la exigencia de reformas sociales y los inicios del Estado del bienestar. Fenómenos como Mafeking y el predominio del conservadurismo entre la clase obrera en una gran ciudad como Londres han sido considerados —si es que han sido analizados— como rasgos accidentales o aberrantes de un período cuya tendencia básica fue el auge del laborismo y la creciente presión en favor de la reforma social. Cuando se han hecho intentos de explicar tales desviaciones en el período de la guerra de los bóers, éstos se han centrado casi exclusivamente en las causas a corto plazo y en los factores subjetivos: las disensiones en el Partido Liberal, la ausencia de una figura «carismática», como Gladstone o Bradlaugh, capaz de desencadenar un movimiento contra la guerra, la falta de teorías apropiadas acerca del imperialismo y la incapacidad de radicales y socialistas a la hora de formular un programa político alternativo y atractivo.

Cualquier tipo de explicación histórica que se vea obligada a recurrir a una teoría del carisma revela inmediatamente su insuficiencia. En realidad, la debilidad de la plataforma, la

[8] Price, ob. cit., cap. V.

ausencia de una dirección eficaz y la endeble organización eran síntomas más que causas de la falta de vitalidad de la política obrera en Londres. El hecho de que los radicales y socialistas no consiguieran ejercer una influencia profunda en la clase obrera londinense a finales del período victoriano y en el eduardiano tenía raíces más profundas que una deficiencia subjetiva. Tras ella se ocultaban cambios estructurales a más largo plazo en la forma de vida de la clase obrera londinense que hacían cada vez más difíciles los intentos de movilización política. Lo que Mafeking y otras celebraciones imperialistas auguraban no era tanto el predominio de una política equivocada entre la masa de obreros londinenses como su alejamiento de la actividad política en sí. Todo el mundo estaba de acuerdo en que un obrero políticamente activo en aquellos tiempos no podía ser más que radical o socialista. La lealtad era producto de la apatía.

Uno de los rasgos de este período al que por lo general han dado poca importancia los historiadores es la aparición de un nuevo modelo de cultura típicamente obrero en los años comprendidos entre 1870 y 1900: un tipo de cultura que críticos literarios como Hoggart calificarían de «tradicional» en la década de 1950 [9]. Una razón por la que se ha hecho caso omiso del desarrollo de esta cultura es que, por lo general, su presencia no puede ser detectada en las actas de los debates parlamentarios, la prensa política o los archivos de los sindicatos. Se podría también añadir que las pruebas de su creciente ubicuidad y fuerza son difíciles de reconciliar con las actuales interpretaciones generales del período, que en buena parte se basan todavía en la obra de Cole y de los Webb. Pero si se admite la importancia de esta información, resulta imposible explicar el comportamiento y las actitudes de la clase obrera durante esta época fuera del contexto de esta cultura y de la situación material que representó.

En este artículo intentaré —de forma muy provisional— señalar las condiciones de aparición de una nueva cultura obrera en Londres y esbozar sus instituciones e ideología características. Para ello, sin embargo, hay que tener presente que el Londres del siglo XIX no sólo dio lugar a una nueva cultura de la clase obrera, sino también a una nueva forma de cultura de la clase media basada en una creciente convergencia de opiniones entre la clase media y la aristocracia. Ambas «culturas» han de ser examinadas, porque no es posible entender una sin relacionarla con la otra. Al yuxtaponerlas, espero explicar la aparición de una cultura de la clase obrera que se mostró indefectiblemente impermeable a los intentos de la clase media por guiarla, si bien su característica predominante no fue la combatividad política, sino un conservadurismo defensivo y encerrado en sí mismo. De esta forma, espero ofrecer un nuevo enfoque al problema de la política londinense en la época del imperialismo y avanzar un poco hacia la reconciliación de la historia cultural, económica y política de la clase obrera.

En la actualidad, la idea de una cultura de la clase obrera, de una forma de vida distintiva de la clase obrera, es un tópico en Inglaterra. Sigue siendo un tema fundamental de inspiración para humoristas, expertos en protocolo, escritores y profesionales de la investigación literaria o sociológica. Tanto se ha generalizado este tema que la clase es invariablemente interpretada como una categoría cultural y no económica o política.

Pero no fue sino a comienzos del siglo XX —en Londres al menos— cuando los observadores de la clase media empezaron a darse cuenta de que la clase obrera no *carecía* de cultura o de moral, sino que en realidad tenía una «cultura» propia. La observación de Charles Booth en el sentido de que la clase obrera londinense se regía por unas «reglas de propiedad muy estrictas», aunque estas reglas no coincidieran con «las líneas habituales de la moral legal o religiosa» [10], puede parecer trivial y anodina si se la compara con la obra de expertos posteriores como Orwell y Hoggart. Sin embargo, señalaba el inicio de una nueva actitud hacia la clase obrera. Por supuesto, había habido precursores. Henry Mayhew, por delante de su tiempo y de su clase en tantos aspectos, había defendido sin éxito esta idea en sus primitivas distinciones antropológicas entre tribus «nómadas» y tribus «civilizadas» [11]. Pero el método de Mayhew no encontró eco alguno en los estudios sobre la vida de los suburbios realizados en los cuarenta años siguientes. Los trabajadores londinenses eran unos «bárbaros». La «civilización» no había llegado a ellos. Los pobres vivían en lugares inaccesibles, en «antros», en el «fango», en las «profundidades», en «la jungla», en el «abismo». La «luz» de la «civilización» no bri-

[9] Richard Hoggar, *The uses of literacy* (1957). Una exploración histórica de los orígenes de esta cultura ha sido llevada a cabo por Eric Hobsbawm; véase *Industry and Empire*, 1868, pp. 135-137 [*Industria e imperio*, Barcelona, Ariel, 1977].

[10] C. Booth, *Life and labour of the people in London*, Religious Influences, serie 3 (1902), vol. 2, p. 97.

[11] H. Mayhew, *London labour and the London poor* (1861), vol. 1, pp. 1-2.

llaba sobre sus cabezas porque moraban en las «sombras», «la oscuridad», «el mundo inferior», las regiones «más oscuras». Cuando algún misionero procedente de la «civilización» se aventuraba en esta «Babilonia», se enfrentaba a «terribles espectáculos», y si le asaltaba un sentimiento de culpabilidad o miedo, recordaba las historias de Epulón y Lázaro, o de Jacob y Esaú. Los términos «clases trabajadoras» o «masas laboriosas» no implicaban ninguna connotación cultural positiva, ya que significaban *im*piedad, *in*temperancia, *im*previsión o *in*moralidad. En realidad, a estos extranjeros del mundo «civilizado» a menudo les resultaba difícil descubrir dónde terminaban las «clases trabajadoras» y empezaban las «clases peligrosas». Pues también se suponía que el crimen, la prostitución, el desorden y la sedición acechaban en estas regiones pobres, ocultos a las miradas de los ricos, y que si se dejaba que emponzoñasen ese mundo inferior» podían estallar de repente y amenazar a la ciudad [12]. Como observaba el experto en economía política J. R. MacCulloch en 1851:

> Las clases más bajas, aquellas cuyos medios de existencia son precarios, deshonrosos o vergonzosos, tienen costumbres peculiares. Apenas se preocupan por las apariencias y son prácticamente unos desconocidos para el resto de la gente, excepto cuando sus necesidades y sus delitos las exponen a la vista del público [13].

*La clase obrera carecía de «civilización» porque estaba oculta y apartada de ella.* Las imágenes de este lenguaje y la situación que expresaban eran en sí un nuevo producto del período victoriano. Refiriéndose a las clases más bajas de Londres en 1807, J. P. Malcolm escribía:

> Me atrevería [...] a llamar la atención del lector sobre los asilos, hospicios, escuelas de beneficencia, hospitales y prisiones que nos rodean y a preguntar: ¿quiénes los llenan? ¿Quién presta atención *a los bajos, a las buhardillas, a los cuartos interiores y a los sótanos* de esta metrópoli? [14].

Los escritores del siglo XVIII se habían inquietado a menudo por la «insolencia de la plebe», pero la plebe no estaba aislada

[12] Para una bibliografía selecta sobre la vida en los barrios bajos que emplea estas imágenes, véase Gareth Stedman Jones, *Outcast London* (1971), pp. 398-407.

[13] J. R. MacCulloch, *London in 1850-1* (1851), p. 107.

[14] J. P. Malcolm, *Anecdotes of the manners and customs of London*, 2.ª ed. (1810), vol. 11, p. 413. (El subrayado es mío.)



desde un punto de vista geográfico de los barrios más prósperos de la ciudad. Como muestran las observaciones de Malcolm, maestros, comerciantes, oficiales y peones no sólo vivían en las mismas zonas, sino que a menudo residían en los diferentes pisos de una misma casa. Las distinciones entre uno y otro oficio eran más importantes que las distinciones entre maestros y oficiales. Como ha dicho Dorothy George, «el aprendizaje tendía a hacer hereditarios los oficios, los cuales tenían sus propias costumbres, sus propios lugares de reunión, a menudo una forma de vestir distintiva y un gran espíritu de cuerpo» [15]. Las distinciones sociales abundaban en todos los niveles, pero no había grandes divisiones políticas, culturales o económicas entre la clase media y quienes estaban por debajo de ella. Pese a la gran turbulencia del populacho londinense, sus ideas políticas estaban por lo general de acuerdo con las del Ayuntamiento de Londres, que tendía a reflejar las opiniones de los comerciantes y maestros menos acaudalados [16]. Esta alianza no comenzó a romperse hasta después de los motines de Gordon. Desde el punto de vista cultural, había sin duda mayor afinidad entre estos grupos de la que habría más tarde. Todas las clases compartían la pasión por el juego, el teatro, los merenderos al aire libre, el pugilismo y los deportes en los que intervenían animales [17]. Salvo los comerciantes más ricos, todos vivían a escasa distancia del trabajo, cuando no en el propio lugar de trabajo [18]. La taberna era para todos un centro social y económico, y los excesos en la bebida eran frecuentes tanto entre los patronos como entre los trabajadores [19].

En el período de 1790-1840, la distancia entre la clase media londinense y los que estaban por debajo de ella aumentó de forma espectacular. Las posturas políticas se vieron polarizadas por la Revolución francesa. Los propietarios se inclinaron cada vez más por la Iglesia evangélica. Los pequeños maestros y comerciantes, después de un coqueteo inicial con la London Corresponding Society, encontraron más convenientes las ideas de Bentham acerca del gobierno barato, la extensión del derecho

[15] M. Dorothy George, *London life in the XVIIIth century* (1930), p. 157.

[16] Véase George Rudé, *Hanoverian London 1714-1808* (1971), pp. 183-227; E. P. Thompson, *The making of the English working class*, 1963, pp. 69-73 [*La formación de la clase obrera inglesa*, Barcelona, Laia, 1977].

[17] Véase Malcolm, ob. cit.; Mary Thale, comp., *The autobiography of Francis Place* (1972); William B. Boulton, *Amusements of old London*, 2 vols. (1901); Sybil Rosenfeld, *The theatre of the London fairs in the eighteenth century* (1960).

[18] George, ob. cit., pp. 95-96.

[19] Brian Harrison, *Drink and the Victorian* (1971), pp. 45-46.

de voto y la economía política. La carrera de Francis Place simboliza muy bien su evolución. Los artesanos adoptaron una postura política propia, inspirada en los escritos de Paine y el jacobinismo de la Revolución francesa. Su ideología era atea, republicana, democrática y ferozmente antiaristocrática. La alianza entre el radicalismo de la clase media y la democracia de los artesanos se vio sometida a crecientes tensiones a partir de 1815. La incompatibilidad entre el desarrollo del sindicalismo y la adhesión de los radicales a la economía política anunció la ruptura. Tras el proyecto de Ley de Reforma de 1832, la alianza dejó de tener una base común. El owenismo y la Nueva Ley de Pobres completaron la ruptura. El impacto directo de la Revolución industrial en Londres fue ligero. La inmensa mayoría de las empresas siguieron siendo de dimensiones reducidas y las fábricas escasas. Pero el impacto indirecto fue tremendo. Puede ser detectado en la decadencia de los tejedores de Spitalfields, la supresión de la legislación sobre protección del aprendizaje, el aumento de las tiendas de ropa, muebles y zapatos baratos, la enorme expansión de la actividad comercial y el desarrollo del puerto de Londres. Aunque no hubiera fábricas, la conciencia de la clase media se desarrolló notablemente. Desde finales de la década de 1820, un número creciente de personas de la clase media abandonaron el centro de la ciudad y los barrios industriales para instalarse en las zonas residenciales de la periferia. El centro se convirtió en sede de oficinas, talleres, almacenes y viviendas de trabajadores, mientras que la periferia se convertía en un paraíso burgués y pequeñoburgués: un mundo privado en el que no se discutía de negocios y en el que cada casa aislada o semiaislada, con su jardín vallado y su obsesión por la intimidad, aspiraba a ser una casa de campo en miniatura [20]. El autobús de Shilibeer, la Ley de Policía Metropolitana y el proyecto de Ley de Reforma de 1832 inauguraron un nuevo modelo de relaciones de clase en Londres.

En los cuarenta años que siguieron al proyecto de Ley de Reforma, este proceso de segregación y diferenciación se fue completando. En la década de 1870 formaba ya parte del orden de cosas natural. El radicalismo de tipo benthamiano que había triunfado con la Ley de Hobhouse de 1835 degeneró en la mezquindad del Bumble de Oliver Twist. Sólo habían transcurrido dieciséis años desde 1832 y ya las clases medias se es-

[20] Para un estudio de algunos de estos temas, véase *Little Dorrit*, de Dickens.



taban alistando como policías para ayudar al duque de Wellington contra los cartistas, y en la década de 1870 votaban en general a los conservadores. El evangelismo y el utilitarismo, filosofías originariamente distintas e incluso opuestas en cierta medida, se fundieron de forma creciente. En 1814, los reformadores benthamianos habían retirado su apoyo a la West London Lancastrian Association por la cuestión de la enseñanza religiosa en la escuela [21]. Pero Ashley y Chadwick consiguieron establecer una alianza en torno a la Dirección General de Sanidad en la década de 1840, y en la época de la fundación de la Charity Organization Society, en 1869, las tradiciones evangélica y utilitarista eran difíciles de distinguir. La base social de esta convergencia era la aspiración cada vez mayor de la clase media al refinamiento. Según los Banks, en los años comprendidos entre 1850 y 1870, «hubo una demanda cada vez mayor de sirvientes especializados. Los hombres y mujeres de la clase media cenaban cada vez más fuera y daban cada vez más fiestas en casa. Pasaban sus vacaciones anuales a la orilla del mar o incluso en el extranjero. Tenían un caballo y un carruaje y empleaban a un cochero y a un mozo de cuadra» [22].

Además, esta forma de vida, ya que no sus niveles materiales, estaba siendo adoptada por el creciente ejército de oficinistas, profesores y nuevos «profesionales». No competir por estos trofeos o al menos por una apariencia de los mismos era hacer oposiciones al ostracismo. Incluso una familia sin un céntimo, como la de Marx, se veía obligada a tener dos sirvientes, a enviar a sus hijas al South Hampstead College for Ladies, que costaba ocho libras trimestrales, y a pagar lecciones suplementarias de lengua y dibujo. «Y ahora tengo que contratar a un músico», se quejaba Marx a Engels en 1857 [23].

La familia Marx era una excepción, por supuesto. En general, los ingresos de la clase media estaban aumentando. Aun así, este tipo de refinamientos resultaban caros, especialmente para aquellos cuyos ingresos no podían equipararse a sus aspiraciones sociales. Era necesario hacer sacrificios. Se pospuso la edad del matrimonio y desde la década de 1870 el tamaño de las familias comenzó a disminuir. Se introdujeron sutiles ahorros en la parte del presupuesto familiar que no era visible al público. La costura, aparentemente con fines caritativos, com-

[21] Francis Sheppard, *London 1808-1870: the infernal wen* (1971), p. 217.
[22] J. A. y Olive Banks, *Feminism and family planning in Victorian England* (1965), p. 71; véase también J. A. Banks, *Prosperity and parenthood* (1954), cap. 7.
[23] Yvonne Kapp, *Eleanor Marx* (1972), vol. 1, p. 32.

plementaba a menudo los ingresos familiares [24]. A mediados del período victoriano, la prudencia y el ahorro —lo que Harriet Martineau llamó «la necesidad y felicidad de una autodisciplina sencilla e incesante»— no sólo eran los gritos de guerra de economistas y políticos [25]. Eran necesidades básicas de la economía doméstica de la clase media.

¿Cómo veían pues estos nuevos aspirantes al refinamiento a los «sucios» proletarios hacinados en las contaminadas regiones que habían dejado atrás? En tiempos de prosperidad y estabilidad, probablemente pensaban poco en ellos, dado que su principal preocupación era llevar un tren de vida lo más distinto posible del suyo. Lo que Walter Benjamin escribió de la burguesía parisiense de tiempos de Luis Felipe podría ser aplicado a sus colegas de Londres [26].

> Para el ciudadano privado, el espacio vital se diferenciaba por vez primera del lugar de trabajo. El primero se constituía como el interior. La oficina era su complemento. El ciudadano privado, que en la oficina se enfrentaba a la realidad, exigía que el interior alimentara sus ilusiones. Esta necesidad era tanto más acuciante cuanto que no tenía la intención de añadir preocupaciones sociales a las laborales. Al crearse un ambiente íntimo, suprimía tanto unas como otras [27].

Pero en tiempos de disturbios políticos y depresión económica, este ensimismamiento daba paso al miedo y a la inquietud. A medida que crecía la distancia física entre las zonas ricas y las pobres, disminuía el contacto personal. Las noticias o los rumores acerca de las condiciones y las actitudes de la clase obrera no procedían de la experiencia personal, sino de las encuestas parlamentarias, de los folletos de clérigos y filántropos y de los reportajes sensacionalistas que se podían leer en

[24] Booth, ob. cit., serie 2, vol. 5, p. 36; serie 1, vol. 4, pp. 295-97.

[25] Harriet Martineu, *History of Thirty Years' Peace* (1850), vol. 2, p. 705.

[26] Los datos acerca de las importantes sumas donadas anualmente a todo tipo de instituciones caritativas en Londres, recogidas por ejemplo en las diversas ediciones de *The charities of London*, 1850, de Samson Low, no se contradicen con este argumento. Los donativos eran un sello de distinción. Aparecer en una lista de donantes en compañía de gente aristocrática era hacer gala de una posición distinguida. Este aspecto olvidado de la caridad victoriana fue mordazmente satirizado por Dickens en las relaciones entre Boffin y el duque de Linseed en *Our mutual friend*. Véase Humphry House, *The Dickens world*, 2.ª ed., 1942, pp. 80-81. Aunque un alto porcentaje de inconformistas siguieron haciendo obras de caridad por motivos religiosos, entre el resto de la clase media la asociación entre caridad y esnobismo se hizo cada vez más importante.

[27] Walter Benjamin, «Paris, capital of the 19th century», *New Left Reniew*, 48, p. 83.



la prensa. Por estas fuentes se sabía que los obreros eran desleales, políticamente sediciosos, inmorales e imprevisores. En estos tiempos de inseguridad, el miedo por lo que pudiera ocurrirle a la propiedad se combinaba con el ansia emocional de reestablecer las relaciones personales entre las clases. La enorme popularidad de las novelas de Dickens a finales de la década de 1830 y en la de 1840, con su nostalgia por el espíritu de la Navidad y la tradicional generosidad personal, era una expresión de este deseo [28]. Pero esto no era más que una fantasía, un deseo. En realidad, las relaciones de generosidad sólo podían reestablecerse por poderes. Por eso se invertía el dinero en organizaciones misioneras, destinadas a erradicar costumbres perniciosas y peligrosos prejuicios de clase de los pobres y a estimular la aceptación por éstos del código moral y político de sus superiores. El policía y la casa de pobres [*workhouse*] no eran suficientes. La gente rica y respetable tenía que ganar «los corazones y las mentes» de las masas para el nuevo orden moral y afirmar su derecho a actuar como sus sacerdotes. El Londres de los propietarios no necesitaba la nueva religión industrial de Comte: su ascendiente sería establecido mediante el esfuerzo personal y el cristianismo evangélico.

En el período victoriano se produjeron entre las clases adineradas tres grandes olas de inquietud por el comportamiento y la actitud de la clase obrera londinense [29]. La primera fue una respuesta a las condiciones inciertas de la década de 1840 y comienzos de la de 1850. Reinaba la inquietud por el cólera y las revoluciones de 1848, por la invasión de inmigrantes irlandeses y por el cartismo por el deterioro de la situación de los artesanos amenazados por la expansión de los oficios «deshonrosos» y mal pagados. Los resultados de esta preocupación pueden verse en el desarrollo de la London City Mission, reforzado tras los hallazgos del censo religioso de 1851, en la fundación de la Ragged School Union de lord Ashley, en la asociación entre delito y descontento que hace Dickens en *Barnaby Rudge*, en la proliferación de compañías de viviendas modelo y en la inspección de las casas de alojamiento público, en los apresurados intentos de crear una autoridad en materia de sanidad pública, en los inicios del socialismo cristiano y, finalmente, en el estudio de Mayhew acerca de la situación de la gente de la

[28] Véase House, ob. cit., pp. 46-52.

[29] Para un estudio de estos temas, véase Stedman Jones, ob. cit., tercera parte, y E. P. Thompson, «Henry Mayhew and the "Morning Chronicle"», en E. P. Thompson y Eileen Yeo, *The unknown Mayhew*, 1971, pp. 11-50.

calle y de los trabajadores eventuales. El período de inquietud por la situación social en Londres llegó a su fin a comienzos de la década de 1850. Los sentimientos de inseguridad se disolvieron en una nueva fase de expansión comercial e industrial.

El segundo punto culminante del fervor religioso y filantrópico se alcanzó entre 1866 y 1872. La inquietud fue menos intensa y sin duda estuvo menos generalizada que en la década de 1840. Sin embargo, fueron los años del segundo proyecto de Ley de Reforma y de la Comuna de París, de la subida del precio del pan coincidiendo con un elevado porcentaje de paro en el East End, de otra epidemia de cólera y de brotes prácticamente igual de mortales de escarlatina y viruela. El país en general se mantuvo estable, pero en Londres el número de pobres se incrementó espectacularmente, mientras que la clase obrera era sospechosa de republicanismo. El súbito interés por la reforma que produjeron estos años difíciles se refleja en la fundación de la Charity Organization Society, el inicio de los experimentos en materia de vivienda de Octavia Hill, la promoción de asociaciones para obreros dirigidas por eclesiásticos, la estancia de Edward Denison en el East End, la fundación de la East End Juvenile Mission del Dr. Barnardo, las investigaciones periodísticas de James Greenwood acerca de la «jungla» de Londres y el *Fors Clavigera* de Ruskin. Pero, el problema del orden no fue nunca grave. En 1873 se habían desvanecido hasta las menores huellas de inquietud.

La tercera ola de inseguridad alcanzó su punto culminante en los años comprendidos entre 1883 y 1888. Fue un período de bajas ganancias, de elevado desempleo, de fuerte superpoblación, de otra aterradora visita del cólera y de una inmigración judía a gran escala en el East End. Era bien sabido que los artesanos eran partidarios del laicismo y apoyaban las propuestas del impuesto único de Henry George, y los parados y trabajadores eventuales eran sospechosos de aspirar a soluciones violentas a su miseria y parecían estar cayendo bajo la influencia de la oratoria socialista. A los pronósticos se sumaban la incertidumbre de la situación en Irlanda, las sospechas acerca de la ineficacia de la policía y las pruebas de la corrupción municipal. La reacción a esta situación puede verse en el periodismo sensacionalista de Andrew Mearns, G. R. Sims, Arnold White y W. E. Stead, en las novelas de Gissing y en las primeras encuestas de Charles Booth. Los intentos de reestablecer la armonía fueron desde el Toynbee Hall de Barnett y el People's Palace de Besant hasta el programa de *Darkest England* del Ejército de Salvación y una avalancha de nuevas misiones patrocinadas por Iglesias, universidades y escuelas privadas. Pero, una vez más, la crisis no duró mucho. El miedo al desorden y a la insurrección comenzó a desvanecerse cuando la depresión amainó y prácticamente desapareció tras la huelga de los muelles de 1889.



En cada una de estas olas, la combinación de elevado desempleo, agitación en el extranjero, epidemias amenazadoras y dudas acerca de la lealtad política de las masas dio lugar a diversos grados de malestar entre la gente rica y respetable. El desempleo fomentaba la vagancia. Jornaleros y comerciantes arruinados venían a Londres y abarrotaban las casas de huéspedes en busca de trabajo o caridad. «Plagas de mendigos» aparecieron en las calles. La ciudad estaba llena de artesanos en paro y pequeños comerciantes en quiebra. La gente empeñaba los muebles y herramientas. El hacinamiento aumentaba a medida que los trabajadores especializados, normalmente prósperos, y sus familias se veían obligados a tomar realquilados o a mudarse a pisos más baratos y más pequeños. Las epidemias, especialmente aquellas que como el cólera o la viruela atacaban a los asalariados adultos, exacerbaban las hostilidades de clase. Las revoluciones en el extranjero podían producir desórdenes a nivel nacional. Los inviernos, fríos en años de depresión reducían el consumo de alimentos hasta un nivel peligroso y daban lugar a un preocupante número de muertes por inanición. Los propietarios suponían que había un estrecho lazo entre la mendicidad, la delincuencia y los desórdenes políticos. No es de extrañar que algunos de ellos creyesen que estaban sentados en un barril de pólvora y que cada ola de inquietud dejara tras de sí una nueva tanda de organizaciones sociales y religiosas decididas a apresurar la labor de cristianizar y «civilizar» a la ciudad.

En esta actividad de cristianización y «civilización» se pueden detectar dos grandes estratagemas. La primera consistió en utilizar la legislación para crear un medio físico e institucional en el que se desterraran los hábitos y actitudes indeseables de la clase obrera, a fin de que la filantropía privada pudiera llevar a cabo una activa divulgación del nuevo código moral. Las necesidades materiales de los pobres serían así utilizadas como medio para su reforma moral. En lo que se refiere a la vivienda, las leyes sobre ampliación de calles, el fomento del ferrocarril, la legislación sanitaria, la inspección de las casas de huéspedes y las leyes sobre viviendas de artesanos acabaron con los tugurios y los barrios bajos y dispersaron a sus habitantes, mientras que las compañías de viviendas modelo y los créditos

filantrópicos a la vivienda proporcionaron lo que, según las clases adineradas londinenses, era una vivienda adecuada para la clase obrera. Se impusieron también hábitos de orden y regularidad mediante la insistencia en el pago regular de un alquiler y una detallada reglamentación sobre el uso de las instalaciones. La presencia del portero estaba destinada a asegurar el cumplimiento de las normas. Incluso el diseño arquitectónico de estos edificios, como señaló George Howell a propósito de los bloques de Peabody, estaba encaminado a asegurar una «reglamentación sin control directo» [30].

Un intento similar y aún más calculado de contrarrestar los hábitos de los trabajadores en favor de las normas de conducta de la clase media se puso de manifiesto en el ambicioso plan de la Charity Organization Society. El propósito de esta sociedad (que no se cumplió ni por lo más remoto) era actuar como centro de distribución de toda la ayuda benéfica en Londres: se investigaría a fondo el caso de cada uno de los solicitantes, y si se le encontraba «merecedor» de esa ayuda (es decir, si mostraba síntomas de ahorro y templanza) se le encaminaría hacia la correspondiente institución benéfica; si no se le consideraba merecedor de la misma (borracho, imprevisor) se le darían instrucciones para que acudiese a la casa de pobres. La Charity Organization Society era un complemento lógico de las reformas introducidas en las leyes para los pobres a finales de la década de 1860. La intención de estas reformas era hacer de la casa de pobres un medio efectivo de disuasión para los pobres que no estuvieran físicamente incapacitados y suprimir la ayuda a domicilio. El control de los centros benéficos, unido a una estricta aplicación de las leyes de pobres, demostraría efectivamente a los pobres —esto al menos era lo que se esperaba— que en adelante no habría alternativa a una «incesante autodisciplina».

Estos intentos de reformar los hábitos de la clase obrera a través del control de su medio físico e institucional fueron acompañados por lo general de una firme creencia en los efectos civilizadores de las relaciones personales interclasistas. La intensidad de esta creencia, de origen evangélico, aumentó prácticamente como reacción refleja a la creciente segregación social de la ciudad. La práctica de «visitar a los pobres» fue promovida por la Iglesia y se reforzó incesantemente después de que el censo religioso de 1851 demostrara que la cristianización de la clase

[30] George Howell, «The dwellings of the poor», *Nineteenth Century*, junio de 1883, p. 1004.



obrera sólo podría llevarse a efecto mediante una activa labor misionera. En los años siguientes, el local de la misión se convirtió en un elemento familiar del paisaje de los barrios bajos, mientras se llevaban a cabo cruzadas evangélicas dirigidas a todos los sectores de «los solitarios y los perdidos». Clérigos de la High Church, socialistas cristianos, inconformistas y miembros del Ejército de Salvación competían por implantar los principios cristianos entre los pobres. Pero cristianismo y «civilización» eran por lo general términos sinónimos. Bajo la égida de la Iglesia local se pusieron en marcha clases de economía doméstica, centros de reparto de mantas y carbón y cajas de ahorros, se crearon asociaciones de trabajadores abstemios, se fomentaron las escuelas para niños pobres, se organizaron excursiones en tren y se fomentaron los deportes atléticos. A finales de la década de 1860, la idea de un contacto interclasista se aplicó a empresas misioneras puramente seculares. Este fue, por ejemplo, el principio que motivó a Octavia Hill a recurrir a las «damas cobradoras», encargadas de presentar los recibos del alquiler de las casas de los pobres: se daba buen ejemplo, se inculcaban elevados pensamientos, se fomentaban los hábitos de ahorro y laboriosidad y se penalizaban la grosería y la imprevisión. Los experimentos de Octavia Hill estaban cuidadosamente calculados para demostrar que la filantropía y la rentabilidad podían ir unidas. Cifraba sus esperanzas en que todos los caseros de los barrios pobres siguieran su ejemplo, aceptando la responsabilidad de la moral y las costumbres de sus inquilinos. De esta forma se podrían generalizar en toda la metrópoli las ventajas morales de que gozaban los habitantes de las viviendas modelo.

Esta convicción de que los misioneros de la civilización disiparían las «sombras» en que vivían los pobres alcanzó su apogeo en las *settlement houses* de la década de 1880. De acuerdo con Samuel Barnett, fundador de Toynbee Hall, la fisura entre las clases no había dejado de crecer pese a los esfuerzos de los filántropos:

> Los pobres, desplazados para hacer sitio a los ferrocarriles, condenados a habitar los patios interiores y las peores zonas de la ciudad, no han captado el mensaje de la unidad. De este modo, siguen creyendo en la conversión más que en el desarrollo y piensan que el progreso se conseguirá mediante la revolución. De este modo también, la mayoría sólo se fían de sí mismos y no saben qué es la «asociación», la consigna del futuro. La buena nueva de una unidad mayor que la de ricos o pobres, mayor que la de los credos, mayor que la de las naciones, mantenida por un servicio nacional, está aún por

predicar [...] La humanidad ayudará al pobre a ver al rico como su hermano y a Dios como su padre [31].

La predicación de Barnett encontró pronto una respuesta. Se crearon centros de civilización, *manor houses*, en el este y el sur de Londres. Universitarios guiados por la idea de «servicio» llevaron su «cultura» a la clase obrera. El poder de estas avanzadillas de la civilización habría de disipar los recelos de clase y hacer que reinara la armonía y la fraternidad. «Esaú» guardaría su arco y se uniría a «Jacob» para apreciar el tesoro nacional del arte, la literatura y la religión.

El efecto acumulativo de estos ataques de la clase media durante el período victoriano fue considerable. Los viejos centros de la delincuencia, el vicio y la enfermedad fueron demolidos y sus habitantes dispersados. En 1860, Renton Nicholson observaba a propósito del antes famoso barrio de St. Giles:

> La ciudad de los gorrones no es lo que era. Antes, en su interior no había ley, como en Alsatia *... Era un refugio para el desesperado, el ladrón, el gorrón y la prostituta: ahora apenas ofrece un techo a estos dos últimos. La instalación de una comisaría de policía en las inmediaciones ha provocado quizá esta revolución en el recinto del terreno clásico. Las actividades de la Mendicity Society han hecho que disminuya el número de mendigos en la metrópoli. Estas y otras causas multiplicadas han conseguido reducir la población de St. Giles y alterar, para mejorarlo, el carácter de sus habitantes. Los trabajadores que venden fruta y otras cosas en las calles y los mozos del mercado son los principales ocupantes del «tugurio» en la actualidad [32].

Los lugares antiguamente ocupados por estos «Alsatias» estaban ahora ocupados por hectáreas de viviendas modelo. En 1891, estos bloques albergaban a 189 108 personas y a finales de siglo el número había crecido considerablemente [33].

A finales del reinado de Victoria, las tiendas de licores prácticamente habían desaparecido. Las funciones sociales y económicas de la taberna habían disminuido; las horas durante

[31] Samuel Barnett, «The duties of the rich to the poor», en J. M. Knapp, comp., *The universities and the social problem* (1895), p. 72.

* Alsatia: nombre de un convento londinense que daba refugio a quienes infringían la ley. Por extensión, asilo de criminales. (*N. de la T.*)

[32] Lord Chief Justice Baron Nicholson, *Autobiography* (1860), pp. 262-63; sobre el antiguo carácter de St. Giles, véase Samuel Bamford, *Passages in the life of a radical* (ed. de 1967), pp. 113-14; anónimo, *Dens and sinks of London laid open* (1848), *passim*.

[33] Henry Jephson, *The sanitary evolution of London* (1907), p. 368.



las cuales se servían bebidas se habían reducido y los niños habían sido excluidos de los bares. Las peleas de gallos y osos y las cacerías de ratas casi habían pasado a la historia. El juego había sido desterrado de las calles. Las «murgas» y otras formas tradicionales de «caridad indiscriminada» habían chocado con la creciente oposición de grandes sectores de la clase media [34]. La desaprobación de la Iglesia evangélica había acelerado la desaparición de los merenderos al aire libre y de los lugares para cantar y beber. Las ejecuciones públicas en Newgate habían cesado en 1868. Southwark, St. Bartholomew y otras grandes ferias de Londres habían sido abolidas. Las borracheras rituales de los artesanos habían disminuido y el lunes festivo había desaparecido en la mayoría de los gremios. En lugar de estas fiestas y carnavales tradicionales, en 1871 se habían instituido cuatro días festivos, y un número creciente de parques, museos, exposiciones, bibliotecas públicas y centros sociales incitaba a un empleo más provechoso o inocuo del tiempo libre.

La ambición de las Iglesias de poner a la clase obrera en contacto con su ideología también se había beneficiado de la ayuda legislativa. Desde la promulgación de la Ley de Educación de 1870, todos los niños estaban obligados a recibir educación religiosa y a ser iniciados en los rituales del cristianismo a través de una rutina diaria de oraciones matutinas. Los intentos de los legisladores por cambiar las costumbres de los adultos que no respetaban el descanso dominical no tuvieron tanto éxito. El proyecto de Ley sobre Actividades Dominicales de lord Robert Grosvenor provocó tumultos en Hyde Park en 1855 y tuvo que ser retirado a toda prisa. Incluso en 1880, R. A. Cross, ministro del Interior del gabinete conservador, dijo que si se aprobaba el cierre dominical él no se haría responsable de la paz en Londres [35]. Sin embargo, a nivel oficioso, la escala de las actividades misioneras se había incrementado enor-

[34] Una balada callejera de la década de 1840 afirma:

> «De todos los días del año
> No había ninguno, creo,
> Que pudiera compararse en aquellos tiempos
> Con el día de Navidad.
> Pero en los escaparates veréis ahora
> ¡Qué vergüenza!, afirmo,
> El letrero: no se darán aguinaldos aquí.»

«El día de Navidad en 1847», John Ashton, *Modern street ballads*, 1888, p. 396. Véase también James Greenwood, «Out with the waits», *In strange company* (1873), pp. 328-40.

[35] Véase Harrison, ob. cit., pp. 244-45.

memente y en la década de 1890 los esfuerzos por establecer contactos interclasistas en zonas de la clase obrera habían llegado en ciertos casos a un punto de saturación. En Deptford, por ejemplo, Booth afirmaba: «Hace algún tiempo (dice el vicario) los únicos que se movían eran la Iglesia anglicana, los congregacionistas y los católicos; ahora lo intenta todo el mundo [...] los sectores pobres de Deptford son, de hecho, una verdadera "tierra de promisión" para las misiones y hemos podido oír cómo una mujer ocupada en la colada gritaba: "Es usted el quinto esta mañana"» [36]. Los miembros del Ejército de Salvación desfilaban por las calles principales, mientras que batallones de voluntarios religiosos visitaban a los pobres en sus casas. A finales de siglo se podían encontrar estos signos visibles de la intervención religiosa y benéfica en todos los barrios pobres de Londres.

¿Hasta qué punto estos ataques de la clase media cambiaron o influyeron en las costumbres y conducta de la clase obrera? Ciertamente no en la forma en que se pretendía. En la época eduardiana era inevitable reconocer que el evangelismo de la clase media no había conseguido recrear una clase obrera a su propia imagen. La gran mayoría de los trabajadores londinenses no eran cristianos, previsores, castos y abstemios.

Los resultados de cincuenta años de actividad misionera cristiana eran insignificantes. El censo religioso del *Daily News* en 1902 llegaba a la conclusión de que «cuanto más pobre es el distrito, menor inclinación hay a asistir a un lugar de culto» [37]. El estudio enciclopédico sobre las «influencias religiosas» en Londres a finales de la década de 1890 realizado por Charles Booth llegaba a resultados similares. Según Booth, «las Iglesias han llegado a ser consideradas como puntos de reunión de los ricos y de quienes están dispuestos a aceptar la caridad y el mecenazgo de gente más acomodada que ellos» [38]. Cuando los pobres asistían a la iglesia, lo hacían generalmente por razones materiales. La asistencia a la iglesia era recompensada con obras de caridad. Si se suprimía la caridad, la congregación desaparecía [39]. Era una curiosa ironía que los pobres tuvieran que adoptar una actitud profundamente utilitarista en el único campo en que

[36] Booth, ob. cit., serie 3, vol. 65, p. 14.
[37] R. Mudie-Smith, comp., *Religious life of London* (1903), p. 26.
[38] Booth, ob. cit., serie 3, vol. 7, p. 426.
[39] Un misionero en Hackney le contó a Booth: «Se puede comprar una congregación, pero ésta se disolverá tan pronto como cesen los pagos»; Booth, ob. cit., serie 3, vol. 1, p. 82.



la clase media la consideraba inapropiada. La consecuencia de esta asociación entre Iglesia y caridad fue que la religión pasó a ser símbolo de un estatus servil. La asistencia a la iglesia significaba una pobreza abyecta y la pérdida del amor propio. Como decía Booth, refiriéndose al distrito de Clapham-Nine Elms: «Los pobres son visitados con regularidad, pero a algunos no les gustan las visitas y se apresuran a cerrar de un golpe la puerta diciendo: "Soy una persona respetable"» [40]. Incluso entre los propios pobres, los clérigos se quejaban de que no conseguían entrar en contacto con los hombres. Tratar con los instrusos de la clase media, como pagar el alquiler y todas las demás actividades relacionadas con los gastos familiares y el cuidado de la casa, eran atribuciones de la mujer. Describiendo los intentos del clero por entrar en contacto con los obreros en sus casas, Booth afirmaba: «La visita sólo conduce a una conversación en el descansillo de la escalera o a través de la puerta entornada, y si el hombre contesta a la llamada, dirá muy probablemente: "¡Ah, es usted de la Iglesia! Querrá usted ver a mi señora", y luego desaparecerá» [41]. La misma impresión se desprende de las detalladas descripciones de las actitudes de los pobres ofrecidas por M. E. Loane, una enfermera de distrito:

> Un día, mientras asistía a una mujer que estaba gravemente enferma, oí insistentes aldabonazos en la puerta principal. Habría sido una falta de educación por mi parte que me ofreciera a ir a ver qué se deseaba, pero cuando observé que la paciente se ponía nerviosa y preocupada por el ruido, fui a buscar al marido, al que había pedido que no se alejara. Le encontré en el patio de atrás, acurrucado en el único rincón que no era fácilmente visible desde la calle. «Hay una señora llamando a la puerta.» No hubo respuesta. «Creo que es la señora X, la esposa del vicario.» «Deje que llame entonces», respondió firmemente, «no soy un idiota. Cuando la señora se encuentre bien, puede hacer lo que quiera» [42].

Si los esfuerzos por cristianizar a la clase obrera fueron en buena parte un fracaso, los esfuerzos por inculcar la templanza parecen haber tenido menos impacto todavía. El movimiento en favor de la templanza tendía a ser más fuerte en las zonas donde la embriaguez era más habitual. Pero los hábitos en materia de bebida en Londres eran moderados en comparación con los distritos mineros o los centros industriales. Además, como

[40] Booth, ob. cit., serie 3, vol. 5, p. 190.
[41] Booth, ob. cit., serie 3, vol. 1, p. 81.
[42] M. E. Loane, *An Englishman's castle* (1909), p. 3.

ha señalado Brian Harrison, no sólo la industria cervecera era una de las principales en Londres, sino que un gran porcentaje de los inmigrantes de Londres procedían de los condados del sudeste, centros de producción de malta y lúpulo [43]. También hay que recordar que un gran número de pobres eventuales dependían de la excursión anual a los campos de lúpulo de Kent para salvar los meses sin trabajo del verano. Entre las masas obreras, la popularidad de las canciones del *music hall* alabando los placeres de la bebida y satirizando a los abstemios era un indicio general de la antipatía hacia la causa de la templanza. Pero incluso entre los artesanos radicales, donde había muchos defensores de la templanza, ésta no fue nunca un rasgo destacado de la tradición radical metropolitana. El bar era un elemento habitual en los clubes de obreros radicales, y a los socialistas de provincias les sorprendía con frecuencia la actitud de tolerancia de la Federación Socialdemócrata hacia la cerveza [44]. En provincias, los radicales de la clase obrera y los liberales de la clase media compartían a menudo un pasado religioso inconformista. Pero en Londres no había una base común entre el laicismo de los artesanos y el inconformismo de la clase media. Dada la inexistencia de esta actitud religiosa compartida, la templanza solía ser asociada al ocio dominical y a la «hipocresía de la conciencia inconformista». El apoyo de los liberales a la Opción Local en las elecciones generales de 1895 parece haber sido la causa de que perdieran un considerable número de votos obreros en Londres [45].

A finales de siglo, Booth afirmaba que la embriaguez había disminuido, pero que el hábito de la bebida estaba más extendido que antes. La taberna seguía siendo el centro de la vida local para la clase obrera. Pero su papel había cambiado. Había sido privada de muchas de sus antiguas funciones económicas y ahora estaba más estrechamente asociada al ocio y al esparcimiento. Las mujeres frecuentaban las tabernas con más asiduidad, y al parecer también lo hacían las parejas de novios. El consumo de bebidas alcohólicas se había hecho menos generalizado, como lo atestiguaba la práctica desaparición de los locales de venta de licores. Pero no se habían producido cambios espectaculares. Los grandes y frecuentes concursos de bebida seguían siendo habituales en los oficios tradicionales y en los trabajos que requerían un gran esfuerzo físico. A largo plazo, la moderación en los hábitos de bebida dependió del incremento de la mecanización y del descenso de la superpoblación. Ninguna de estas tendencias fue característica de Londres en el período anterior a 1914 [46].

Los resultados de las presiones ejercidas por los funcionarios encargados de aplicar las leyes sobre los pobres, los miembros de organizaciones benéficas y los abogados de la moderación para inculcar el hábito del ahorro a la clase obrera fueron igualmente descorazonadores. La gran masa de los obreros no adoptó los hábitos de ahorro de la clase media. Si algo ahorraban los trabajadores eventuales, los peones y los artesanos más pobres no era con vistas a acumular una suma de capital, sino a comprar artículos de mera ostentación o a observar debidamente un ritual. Así, el «club de la oca», organizado por los taberneros para asegurar una buena comida de Navidad, o los clubes que proporcionaban a las muchachas de las fábricas vestidos de última moda eran formas mucho más frecuentes y características de ahorro que la afiliación a una mutualidad, limitada a los trabajadores fijos y mejor remunerados [47]. La única forma de seguro habitual entre los pobres, el seguro de vida, era típica de su actitud general hacia el ahorro. El dinero no estaba destinado al posterior mantenimiento de las personas a cargo del asegurado, sino a pagar los gastos del entierro. Si algún pensamiento obsesionaba a los que vivían en la pobreza era el de escapar a un entierro de pobres y ser enterrado con arreglo a la costumbre. Esta actitud, que Dickens inmortalizó en el personaje de Betty Higden, era descrita así por uno de los informantes de Booth:

«Los entierros», decía el capellán [...] «son todavía muy dispendiosos, especialmente en el caso de los más pobres, siendo las flores uno de los principales capítulos de gastos. Los caballos suelen ir adornados con plumas [...] Los pescaderos, los vendedores de carne para gatos y los fruteros ambulantes son los más aficionados a los entierros os-

[43] Harrison, ob. cit., p. 58.

[44] La existencia de un bar en un club obrero era de hecho en la década de 1870 el principal símbolo de la emancipación de la tutela aristocrática o eclesiástica. Sobre la lucha en torno a esta cuestión, véase John Taylor, «From self-help to glamour: the working man's club, 1860-1972», *History Workshop Pamphlets*, 7, especialmente pp. 1-20; sobre las fricciones entre la Federación Socialdemócrata de Londres y los socialistas de provincias por la cuestión de la bebida, véase Walter Kendall, *The revolutionary movement in Britain 1900-21*, 1969, pp. 8 y 14.

[45] Pelling, *Social geography*, p. 58.

[46] Booth, ob. cit., vol. final, *Notes on social influencies*, pp. 59-74; y véase también Harrison, ob. cit., cap. 14.

[47] Véase Charles Manby Smith, *Curiosities of London life* (1853), pp. 310-19; Booth, ob. cit., serie 1, vol. 1, pp. 106-12; J. Franklyn, *The cockney* (1953), pp. 183-84.

tentosos. Un gran porcentaje de las historiadas lápidas que dan a la calle principal pertenecen a estas personas. Hay una opinión entre los pobres: que cuando un hombre muere, si ha ahorrado dinero, éste es suyo. "Pobre hombre, él lo ganó, que él se lo lleve"» [48].

En general, los datos acerca del empleo del dinero entre los pobres de Londres sugieren que la preocupación por demostrar amor propio era infinitamente más importante que cualquier forma de ahorrar basada en cálculos utilitaristas. Cuando se disponía de dinero que no estaba destinado a artículos de primera necesidad, era utilizado para comprar artículos de lujo y no artículos de uso corriente. Un ejemplo extremo de esta preferencia es citado con desaprobación por la honorable Maud Stanley, que visitaba a los pobres de la zona de Five Dials en la década de 1870. Un frío día de febrero se presentó en casa de un pintor parado. La familia estaba al borde de la inanición, los muebles habían sido empeñados, un hijo había muerto ya y la vida del otro corría grave peligro.

Le di [a la mujer] todo lo que necesitaba para el niño y cuidé de él constantemente hasta que estuvo fuera de peligro. Al hombre le habían prometido trabajo, y le presté una libra para desempeñar su ropa y sus herramientas, y él me dio su palabra de que me devolvería el dinero en pequeñas sumas semanales. Consiguió el trabajo y se cambió de casa. Fui a ver a la señora Lin y, con gran sorpresa de mi parte, me encontré con varios cuadritos en las paredes de su habitación. Le pregunté cómo los había conseguido, y ella me dijo que cuando su marido había traído a casa su primer salario semenal el sábado, se había gastado tres chelines y seis peniques en comprar estos cuadros, ya que la habitación parecía poco acogedora sin ellos. Todavía no había comprado una cama o un colchón, y debería decir que carecía de lo más imprescindible.

No me gustó nada y le dije que debería haberme devuelto el dinero antes de comprar artículos de lujo [49].

Una actitud similar ante el gasto fue descrita treinta años más tarde por M. E. Loane. Describiendo los «placeres del pobre», decía:

Hombres, mujeres e incluso niños desean muebles caros, en parte como prueba incontrovertible de categoría y posición y en parte para satisfacer un esteticismo indisciplinado. La comodidad no tiene nada que ver en el asunto, y la utilidad, menos. En una casa castigada a menudo por la enfermedad y en la que en otros tiempos el hambre

[48] Booth, ob. cit., serie 3, vol. 1, p. 249.

[49] Anónimo (Maud Stanley), *Work about the Five Dials* (1878), pp. 21-22.



había mostrado más de una vez su terrible rostro, había un guardafuegos de bronce en una sala cerrada con llave. Naturalmente pensé que era una compra reciente, pero la segunda hija, una joven de veinticuatro años, me dijo que databa de su infancia [...] Incluso en los tiempos relativamente prósperos en que los conocí se podrían haber seleccionado fácilmente cincuenta cosas que necesitaban con más urgencia que el guardafuegos.

Quizá la razón por la que los cuadros preceden a otros artículos superfluos es porque incluso la persona más «extraña» y revolucionaria no puede sugerir un método de usarlos. Veo que casi invariablemente es el marco y el tamaño del cristal lo que da valor a un cuadro; no sólo no se reconoce en absoluto el valor artístico, sino que rara vez el tema suscita el menor interés [50].

Esta preocupación por la ostentación y por guardar las apariencias no se limitaba a los pobres, sino que predominaba en toda la clase obrera. Incluso los artesanos bien pagados que podían permitirse el lujo de alquilar una casa familiar en Battersea o Woolwich reservaban la habitación que daba a la calle para las ocasiones en que se vestían sus mejores galas, para el té de los domingos con los parientes, para recibir a un posible yerno o como lugar para colocar el ataúd cuando se producía un fallecimiento. La habitación no se utiliza por lo general durante la semana [51].

Para los pobres, este esfuerzo por guardar las apariencias, por demostrar «respetabilidad», implicaba una administración más cuidadosa del presupuesto semanal de la familia de lo que pudiese imaginar cualquier miembro de instituciones benéficas. Pero sus prioridades eran muy diferentes. La «respetabilidad» no significaba asistir a la iglesia, ser abstemio o poseer una cuenta en la caja de ahorros. Significaba poseer un traje de los domingos presentable y ser visto con él. A finales del siglo, según Fred Willis:

El traje de los domingos era absolutamente esencial. Si uno aparecía un domingo con un traje de diario se colocaba al margen de la sociedad. El ritual del traje de los domingos era sacrosanto, tanto para el jornalero con su respetable traje negro, corbata negra y sombrero hongo, como para el empleado de banco de Balham con su sombrero de seda y su levita [...] También eran indispensables la camisa y el cuello blancos y almidonados. El sábado por la tarde las calles se

[50] M. E. Loane, ob. cit., p. 56.

[51] Sobre la actitud de la clase «E» —el típico artesano londinense de Booth—, véase Booth, ob. cit., serie 2, vol. 5, pp. 329-30; sobre la atmósfera del salón, véase Fred Willis, *101, Jubilee Road, London, S. E.* (1948), pp. 102-3.

llenaban de niños trayendo a casa la camisa y el cuello blanco semanal de la lavandería [y] el que no podía permitirse la dignidad de una camisa blanca, creaba cuidadosamente la ilusión cubriendo su pecho con una pechera postiza y sujetando con alfileres puños blancos y almidonados en las bocamangas de su plebeya camisa de Oxford [52].

Aparecer sin el traje de los domingos era admitir la propia inferioridad. Según Alexander Patterson, que escribía en 1911:

La madre con un fuerte sentido del orgullo no permitirá que su familia se pasee por las calles principales si una semana de mala racha ha obligado a empeñar los trajes del domingo. El propio padre, privado de su mejor traje y su mejor cuello, deja de afeitarse y se pasea por la habitación en calcetines, después de permanecer en la cama hasta más de las doce [...] El muchacho de dieciséis años se somete a esta concesión a la opinión pública y se queda en casa todo el día, encerrado por falta de cuello [53].

Pero si el domingo era la ocasión de demostrar el amor propio y de alejar por un día los agobios de la pobreza, el lunes suponía el brusco retorno a la realidad. Porque el lunes no sólo representaba la vuelta al trabajo, sino que era también el día en que había que pagar el alquiler. Según Patterson:

El lunes por la mañana se pueden ver grupos de mujeres, con bultos envueltos en periódicos atrasados, frente a la casa de empeños, esperando a que se abran las puertas a las nueve; porque ésta es una práctica habitual y no una medida de urgencia ante una calamidad excepcional. Es cierto que el próximo sábado por la noche el traje será probablemente rescatado, pero entonces costará una guinea, en lugar de una libra, y cada vez que sea empeñado en el futuro su precio aumentará un chelín [54].

Es evidente por éste y otros relatos que las prioridades en materia de gastos de los pobres tenían escasa relación con las perspectivas que les ofrecían los abogados del esfuerzo personal y el ahorro. Hacerse de una mutualidad para asegurarse contra la enfermedad, los gastos médicos, el desempleo o la vejez, aparte de ser tremendamente caro para aquellos cuyos ingresos eran bajos o irregulares, era demasiado abstracto e intangible para unas familias cuyos esfuerzos se concentraban en acabar la semana sin verse acosados por ningún desastre. A este respecto, el fracaso de la campaña de la Charity Organization Society fue total. Incluso en el East End, donde la sociedad contaba con la cooperación de los funcionarios locales encargados de aplicar las leyes sobre los pobres, Booth señalaba: «Sus métodos son rechazados y sus teorías atascadas [...] Por lo que respecta a este distrito en particular, el sistema reformado para la aplicación de las Leyes de pobres y el pretendido encauzamiento de las obras de caridad son, como los esfuerzos de las misiones, bastante descorazonadores» [55].

Finalmente, es evidente que, aunque el uso popular del tiempo libre había cambiado espectacularmente en el curso del siglo, la dirección del cambio no había sido la más apropiada para animar a los partidarios de la reforma religiosa y moral. Sin duda, los crueles deportes con animales del siglo XVIII habían decaído considerablemente. En 1869, James Greenwood afirmaba: «En esta época ilustrada ya no se celebran peleas de gallos ni se "tira" a las gallinas atadas a un palo el martes de Carnaval, ni tampoco se celebran peleas de perros, ni se azuza a estas inteligentes criaturas para que luchen con toros» [56]. A finales de siglo, las peleas de ratas y los concursos de canto de pájaros, en la cumbre de su popularidad cuando Mayhew llevaba a cabo sus encuestas, también habían prácticamente desaparecido [57]. Habían dado paso a una pasión más pacífica por los pichones de carreras y los jilgueros enjaulados. También es cierto que al generalizarse la costumbre de no trabajar el sábado por la tarde en la mayoría de los oficios a finales de la década de 1860 y principios de la de 1870, se produjo un enorme incremento de las excursiones en tren al campo y a la playa. Pero los días festivos, según un clérigo de la década de 1890, eran una «maldición» [58]. La vieja asociación de los días festivos con las apuestas, la bebida y los gastos exorbitantes seguía siendo fuerte. El día del

52 Willis, ob. cit., p. 70; véase también M. E. Loane, *The next street but one* (1907), p. 20.
53 Alexander Paterson, *Across the bridges* (1911), p. 38.
54 *Ibid.*, p. 41.

55 Booth, ob. cit., serie 3, vol. 2, p. 52.
56 James Greenwood, *The seven curses of London* (1869), p. 378.
57 En la época en que Mayhew escribía, las peleas de ratas eran uno de los principales deportes populares. Mayhew estimaba que había 70 reñideros vinculados a tabernas en Londres. Véase Mayhew, ob. cit., vol. 2, p. 56. En la época en que escribía Greenwood, el deporte se había vuelto al parecer más furtivo. Véase Greenwood, *The wilds of London* (1874), pp. 271-279. La encuesta de Booth no lo menciona. Las peleas de perros y las de gallos se habían convertido en deportes ilegales, limitados a una minoría de aristócratas en la década de 1850. Véase Mayhew, ob. cit., vol. 2, p. 57; «One of the Old Brigade», *London in the sixties* (1898), p. 91. Los concursos de canto de pájaros duraron más tiempo. Son mencionados en Booth, ob. cit., serie 3, vol. 1, p. 252. Pero el punto álgido de su popularidad se situó indudablemente treinta o cuarenta años antes.
58 Booth, ob. cit., volumen final, p. 51.

Derby era un acontecimiento de primera magnitud en el calendario de los pobres londineses. Observadores críticos como Maurice Davies y James Greenwood encontraban las carreteras que llevaban a Epsom abarrotadas de carros, carretas y peatones que se dirigían a las carreras donde florecían todos los «vicios» de las ferias en todo su esplendor [59]. Se dice que en Hampstead Heath, en un soleado día de Pascua o Pentecostés, llegaban a congregarse 200 000 personas, mientras que un número similar de personas acudían al Crystal Palace o al Welsh Harp en las vacaciones de agosto [60].

Una de las principales razones por las que las ferias y las carreras despertaban la desaprobación de la clase media era su asociación con las apuestas y el juego. Lejos de disminuir en la segunda mitad del siglo XIX, estos pasatiempos se incrementaron enormemente. La tendencia era ya evidente a finales de la década de 1860. «No cabe duda», decía Greenwood en 1869, «de que el vicio del juego va en aumento entre las clases obreras inglesas [...] Hace veinte años no se publicaban sino tres o cuatro periódicos deportivos en Londres; ahora hay más de una docena» [61]. Según Arthur Sherwell, a comienzos de la década de 1890 las apuestas eran una plaga en los gremios de artesanos del West End, y los periódicos deportivos eran habituales en las sastrerías [62]. La Comisión sobre las Apuestas de la Cámara de los Lores llegó en 1902 a la conclusión de que «incluso después de tener en cuenta tanto el incremento de la población de las ciudades como el aumento de los salarios, las apuestas están indudablemente más generalizadas y extendidas que antes» [63]. La encuesta de Booth reflejaba la misma impresión. «Las apuestas», informaba la policía a Booth, «están creciendo en mucho mayor grado que otras formas de vicio», y «el juego», le decía el clero, «fomenta el consumo de bebidas alcohólicas, que es la mayor desgracia de la época» [64]. La situación quedaba perfectamente resumida en un informe sobre las viviendas modelo, en las que se suponía que el comportamiento de los habitantes estaba sujeto a un mayor control moral que en otras

[59] Rev. C. M. Davies, *Mystic London* (1875), pp. 141-49; Greenwood, *The wilds of London*, pp. 318-25.

[60] James Greenwood, *Low life deeps* (1876), p. 176; véase también la descripción que hace Maurice Davies de la feria de Fairlop en el este de Londres, Davies, ob. cit., pp. 123-24.

[61] Greenwood, *The seven curses of London*, p. 377.

[62] Arthur Sherwell, *Life in West London* (1894), p. 126.

[63] Informe de la Comisión sobre las Apuestas de la Cámara de los Lores, *Parliamentary papers*, 1902. V, p. V.

[64] Booth, ob. cit., volumen final, pp. 57, 58.



partes: en el sur de Londres, el muchacho criado en las viviendas modelo, «siendo aún escolar [...] jugaba a cara o cruz con secreta complacencia en las escaleras de su casa; ahora que es mayor, un grupo de amigos puede atraerle a la azotea de las viviendas modelo un domingo por la mañana temprano, y allí, al sol, a 50 metros por encima del río, jugará una partida de *banker* a escondidas de la policía y de los padres» [65].

La preponderancia de estos entretenimientos «en absoluto edificantes» por el día iba acompañada de la enorme popularidad del *music hall* por la noche. Pese a las repetidas afirmaciones acerca de su valor educativo por parte de sus promotores, el *music hall*, como las ferias y las carreras, era objeto de las constantes críticas de la Iglesia evangélica [66]. Los *music halls* fueron en un principio una prolongación de las tabernas y la venta de bebidas alcohólicas seguía siendo su principal fuente de ingresos [67]. A esto se añadían las frecuentes alegaciones —a menudo muy justificadas— de que las salas eran utilizadas por las prostitutas para conseguir clientes. Sin embargo, pese a los esfuerzos de los partidarios de la templanza, la pureza moral o un uso más inteligente del tiempo libre, por no hablar de los decididos intentos de los empresarios teatrales por acabar con un peligroso rival, el número de *music halls* aumentó espectacularmente entre 1850 y 1900 [68]. El primer *music hall* fue inaugurado como anexo del Canterbury Arms de Lambeth por el tabernero Charles Morton en 1849 y tenía cabida para 100 personas. Su éxito fue inmediato, y en 1856 había sido ampliado para acoger a 700 personas y luego reconstruido para acoger a 1 500. En 1866 había 23 salas además de las innumerables tabernas donde se ofrecían espectáculos [69]. En la década de 1870, el número de salas continuaba aumentando a un ritmo prodigioso,

[65] Peterson, ob. cit., p. 170.

[66] Para una defensa (de la época) del *music hall*, véase la declaración de Frederick Stanley, en nombre de la asociación de propietarios de *music halls* de Londres, ante la Comisión sobre Licencias Teatrales, *Parliamentary papers*, 1866, XVI, apéndice 3; véase también John Hollingshead, *Miscellanies, stories and essays*, 3 vols., 1874, III, p. 254; y el tributo del crítico teatral Clement Scott a Charles Morton, «padre del *music hall*», al cumplir éste ochenta años, en Harold Scott, *The early doors* (1946), pp. 136-37.

[67] Ewing Ritchie, *Days and nights in London* (1880), pp. 44-45; Harrison, ob. cit., p. 325.

[68] Sobre los comienzos del *music hall* en Londres, véase también el apéndice de la Comisión de 1866, ob. cit.; Harold Scott, ob. cit.; C. D. Stuart y A. J. Park, *The variety stage* (1895).

[69] Comisión sobre Teatros y Lugares de Diversión, *Parliamentary Papers*, 1892, XVIII, apéndice 15.

aun cuando se había procedido en 1887 al cierre de 200 salas tras la imposición de estrictas medidas contra incendios [70]. En la década de 1880 se estimaba que había 500 salas en Londres, y a comienzos de la de 1890 se calculaba que las 35 salas más amplias acogían a una media de 45 000 personas cada noche [71].

Aunque el *music hall* se extendió a provincias, comenzó y siguió siendo una creación típicamente londinense. Según una comisión parlamentaria de 1892, «la gran colección de teatros y *music halls* reunidos, el importe del capital utilizado en estas empresas, el gran número de personas directa o indirectamente empleadas en ellas, las multitudes de todas clases de personas que asisten a los teatros y *music halls* de Londres, no tienen paralelo en ninguna otra parte del país» [72]. Aparte de las lujosas salas del centro, que, sobre todo a partir de la década de 1880, empezaron a atraer a aristócratas amantes del deporte, oficiales del ejército, estudiantes, oficinistas y turistas, el *music hall* tenía un carácter predominantemente obrero, tanto por su público como por los orígenes de sus artistas y el contenido de sus canciones y números. Según Ewing Ritchie, que visitó el Canterbury Arms a finales de la década de 1850:

> Es evidente que la mayoría de los presentes son respetables obreros manuales o pequeños comerciantes con sus mujeres, hijas y novias. De vez en cuando se ve a un guardiamarina o a un grupo de oficinistas y dependientes derrochadores [...] Y aquí, como en todas partes, se ve a unas cuantas desventuradas cuyos grandes ojos arrancarían una admiración que sus personas no justifican. Todos fuman y tienen un vaso en la mano, pero las personas que acuden aquí son modestas y se limitan sobre todo a la pipa y a la cerveza [73].

El Canterbury era sin embargo uno de los *music hall* más selectos. En la época del relato de Ritchie, una butaca costaba seis peniques y un palco nueve. Otras salas más pequeñas y más baratas atraían a un público más humilde. Su carácter fue descrito por A. J. Munby en 1868:

[70] D. Farson, *Marie Lloyd and music hall* (1872), p. 19.
[71] Comisión de 1892. La cifra de 500 salas se encuentra en Colin MacInnes, *Sweet saturday niht* (1967), p. 13, la más notable evocación de la cultura del *music hall* que ha aparecido hasta la fecha. Es difícil hacer un cálculo preciso, ya que muchos de los *music halls* más pequeños eran simples anexos de tabernas. Para un catálogo exhaustivo de todos los locales conocidos por haber sido utilizados como *music halls*, véase Diana Howard, *London theatres and music halls 1850-1950* (1970).
[72] Comisión de 1892, ob. cit., p. IV.
[73] Ewing Ritchie, *The night side of London* (1858), p. 70.



> Hacia las diez descubrí justo enfrente de la estación de Shoreditch la entrada brillantemente iluminada de un *temperance music hall*. La entrada costaba sólo *un penique:* entré y me encontré en el patio de butacas de un teatro pequeño y muy oscuro, con un angosto escenario. El patio de butacas estaba atiborrado de gente de la más baja estofa, principalmente vendedores ambulantes de ambos sexos en traje de faena. No se bebía ni se fumaba como en los grandes *music halls*: ambas cosas estaban prohibidas. Aunque parecía rudo, el público estaba tranquilo y se comportaba correctamente; dos policías guardaban un estricto orden [74].

La prohibición de beber y fumar era excepcional, pero había infinidad de pequeñas salas de este tipo en los suburbios obreros entre las décadas de 1860 y 1890. En general, el *music hall* atraía a todos los sectores de la clase obrera, desde el trabajador eventual hasta el artesano bien pagado. Su importancia como institución social y cultural en los barrios proletarios sólo era superada por la de la taberna. Como decía un obrero a la Comisión de 1892: «Los *music hall* del East End y el South East de Londres son considerados como el gran entretenimiento del obrero y su familia» [75]. No cabe duda de su enorme popularidad. Incluso en 1924, treinta años después de la época de esplendor del *music hall,* 100 000 personas asistieron al entierro de Marie Lloyd [76].

Del análisis precedente de los hábitos en materia de gastos y empleo del tiempo libre de la clase obrera se desprende que a comienzos del siglo XX había surgido en Londres una nueva cultura obrera. Muchas de sus instituciones databan de mediados del siglo anterior, pero su configuración general se hizo visible por primera vez en la década de 1870 y se impuso en la de 1890. En la época en que Booth llevaba a cabo su encuesta sobre las «influencias religiosas», sus componentes generales habían adquirido ya unos rasgos distintivos. Esta cultura era claramente distinguible de la cultura de la clase media y se había mantenido en buena medida inasequible a los intentos de la clase media de determinar su carácter o su orientación. Sus instituciones culturales dominantes no eran la escuela, las clases nocturnas, la biblioteca, la mutualidad, la Iglesia o la secta, sino la taberna, el periódico deportivo, las carreras y el *music hall.* Las series sobre las «influencias religiosas» de Booth fueron confeccionadas a partir de la información proporcionada por clérigos, directores de escuela, funcionarios encargados de

[74] Derek Hudson, *Munby, man of two worlds* (1972), p. 255.
[75] Comisión de 1892, ob. cit., p. 5171.
[76] MacInnes, ob. cit., p. 24.

aplicar las leyes de pobres, miembros de juntas parroquiales, policías y miembros de instituciones benéficas. Podían ser interpretadas como una interminable confesión de impotencia y derrota. Pero es muy significativo que Booth no sacara una conclusión pesimista de su encuesta. Hay un tono innegable de seguridad e incluso de complacencia en los últimos tomos que contrasta notablemente con la inquietud que rezuman sus primeras investigaciones. Esta diferencia de tono no podía ser atribuida —ni lo fue por él— a un importante descenso de la pobreza y el hacinamiento. Lo que más le impresionó fue la creciente estabilidad y disciplina de la sociedad obrera londinense. Hablando de las calles más pobres de Whitechapel, observaba: «Son tan pobres como siempre, pero los viejos tugurios han sido destruidos, los puntos negros eliminados, los ladrones y las prostitutas han desaparecido: un maravilloso cambio a mejor» [77]. «La policía», señalaba, «tiene menos problemas para mantener el orden» [78]. Al describir las escuelas primarias del East End admitía que las esperanzas de los educadores no se habían visto satisfechas y que «los logros del cuarto curso pueden ser totalmente olvidados, de modo que la lectura se hace difícil y la escritura un arte perdido». «Pero», seguía, «algo queda. Se han inculcado hábitos de limpieza y orden; se ha alcanzado un mayor nivel en el vestir y la decencia, y esto repercute directamente en los hogares» [79]. Y hablando de nuevo de Southwark, afirmaba que, en comparación con la situación de 1880, los muchachos eran «mucho más dóciles; la insubordinación, entonces endémica, es ahora casi desconocida. Todo esto, resultado de la disciplina y el control en la escuela, repercute beneficiosamente en el hogar» [80]. Al describir los *music halls* locales admitía su vulgaridad y su carácter poco edificante, pero observaba: «El público está compuesto predominantemente por jóvenes. Buscan diversión y se contentan con poco. A estos *music halls* locales no se les puede atribuir ninguna incitación al vicio» [81]. La objeción general de los obreros a la asistencia a la iglesia, tal como Booth la describía, provenía de las asociaciones de clase que suscitaba la religión. Pero el laicismo había disminuido notablemente desde la década de 1880, y la actitud imperante había pasado de la hostilidad a la indiferencia. En Woolwich existían todavía al parecer «malos modales..., incluso saludar con la ca-

[77] Booth, ob. cit., serie 3, vol. 2, p. 61.
[78] *Ibid.*, p. 65.
[79] *Ibid.*, p. 54.
[80] Ob. cit., serie 3, vol. 4, p. 202.
[81] Ob. cit., serie 3, vol. 4, «Social influences», p. 53.



beza a un sacerdote en la calle» [82]. Pero esto era algo excepcional. En Londres, en general, los obreros se mostraban «más amistosos, más tolerantes quizá con las pretensiones religiosas». La impresión final que se sacaba del informe de Booth era la de una cultura de la clase obrera que, a pesar de ser impermeable a los extraños, tenía un carácter predominantemente conservador: una cultura cuyo centro no eran los «sindicatos y las mutualidades, las cooperativas, la propaganda sobre la templanza y la política (incluido el socialismo)», sino «el placer, la diversión, la hospitalidad y el deporte» [83].

La impresión de Booth es confirmada por otras fuentes. La cultura laica, republicana e internacionalista que había sido un rasgo tan característico de la tradición artesana en los tres primeros cuartos del siglo XIX había desaparecido casi por completo en 1900. La Federación Radical Metropolitana, fuerza política independiente muy a la izquierda del liberalismo oficial en la década de 1880, había degenerado hasta convertirse en una red de recogida de votos para los parlamentarios liberales a comienzos de la década de 1890, con lo que no había dejado de perder miembros. El *Star*, que había sido lanzado en medio del entusiasmo radical en 1888 y alcanzado una tirada diaria sin precedentes de 279 000 ejemplares en 1889, había perdido tanto tirada como influencia política en 1895. El intento del *Reynold's News* de reactivar una campaña radical entre 1900 y 1902 fue un rotundo fracaso [84]. El movimiento laicista, que contaba con 30 filiales en Londres a mediados de la década de 1800, prácticamente había desaparecido a finales de la de 1890. El internacionalismo obrero, que aún representaba una fuerza significativa en la década de 1860 y principios de la de 1870, había disminuido igualmente en 1900 [85]. Todavía en la década de 1880, los artesanos radicales habían discutido frecuente y exhaustivamente la cuestión de Oriente, la violencia de Irlanda y la dominación inglesa en la India. Pero en 1900, lejos de pronunciarse en contra de las celebraciones de Makefing, los clubes obreros radicales se sumaron a la euforia general. «El desagravio de Mafeking ha provo-

[82] Ob. cit., serie 3, vol. 5, p. 121.
[83] Ob. cit., serie 3, vol. 7, p. 425.
[84] P. Thompson, *Socialists, liberals and labour: the struggle for London 1885-1914* (1967), p. 179.
[85] Para un análisis de los intereses internacionales de la clase obrera londinense en la década de 1860 y comienzos de la de 1870, véanse Royden Harrison, *Before the socialists* (1965); H. Collins y C. Abramsky, *Karl Marx and the British labour movement* (1965); Stan Shipley, «Club life and socialism in mid-Victorian London», *History Workshop Pamphlets*, 5.

cado enorme entusiasmo en el club en estos últimos días», escribía un corresponsal del club radical de Paddington. «Cuando me atreví a señalar a un miembro que con lo que ha costado esta guerra se habría podido dar una base sólida a las pensiones de vejez, la respuesta que recibí fue: "Al infierno con las pensiones de vejez"» [86].

Estos clubes obreros habían sido el puntal del radicalismo de los artesanos en las décadas de 1870 y 1880. Pero la pérdida del interés por la política fue observada por los radicales de los clubes desde comienzos de la década de 1890. Su espacio fue ocupado por una creciente demanda de diversión. Las diversiones en forma de grupos de teatro de aficionados, bailes y canciones habían formado siempre parte integrante de la rutina semanal de estos clubes, aun a mediados de la década de 1880, cuando las conferencias, los debates políticos y las manifestaciones ocupaban un lugar preponderante en las actividades de los clubes. Pero en la década de 1890, como revela la investigación de John Taylor, pionero en estos temas, el aspecto político y educativo de la vida de los clubes se desdibujó. Las diversiones se convirtieron en la principal atracción y el equilibrio de poder dentro de los clubes se inclinó en favor de las comisiones de festejos y en detrimento del consejo político. De acuerdo con el diario de un club, en 1891 ya se sabía que los «conferenciantes [políticos] tienen escasas posibilidades de atraer al público, por inteligentes o dotados que puedan ser, mientras que un cantante cómico o un artista de variedades, por inepto que sea, puede siempre llenar una sala» [87]. Además, se trataba siempre de diversiones de tipo frívolo. Hasta entonces las obras de Shakespeare y los recitales de baladas habían sido elementos populares de una velada social. Ahora todo lo que se pedía era un espectáculo de *music hall*. Según el informe de un socio de un club del sur de Londres: «Un caballero perdió los estribos la otra noche hasta el punto de cantar dos baladas en el South Bermondsey Club y fue abucheado por los jóvenes presentes, que abandonaron disgustados la sala. Este es el resultado de ofrecer a la gente joven "Hi-ti" y "Córtate el pelo" y tratar de contentar a un gusto viciado» [88].

A veces se insinúa que la decadencia del radicalismo fue simplemente el resultado de su desplazamiento por el socialismo. Pero esto no lo explica todo. Pues el socialismo, que ha de ser distinguido de una vaga inclinación al colectivismo o de la defensa de los derechos sindicales, siguió siendo una fuerza marginal en Londres entre la década de 1890 y 1914. Ni la Federación Socialdemócrata ni su sucesor, el British Socialist Party, contaron jamás con más de 3 000 afiliados en una población de 6,5 millones de personas (1900), cifra que no se puede comparar con la de los 30 000 miembros con que al parecer contaban los clubes republicanos de Londres en 1871 [89]. La fuerza que tenía se concentraba principalmente en las nuevas zonas obreras del extrarradio, como West Hammersmith y Poplar. Las zonas donde los candidatos laboristas o sindicalistas podían ganar las elecciones —Deptford, Battersea y Woolwich— estaban igualmente situadas en las afueras [90]. El centro de la clase obrera, la antigua cuna de las actividades de los obreros radicales, seguía mostrándose en buena medida insensible a la influencia socialista.

A veces se insinúa también que el movimiento socialista conservó los aspectos más positivos de la antigua tradición artesanal. Es cierto que los primeros grupos socialistas nacieron como una prolongación del radicalismo artesano. Pero en la época eduardiana, la decadencia de estas tradiciones típicamente metropolitanas era evidente tanto dentro del movimiento socialista como fuera de él. En 1887, año del quincuagésimo aniversario de la subida al trono de la reina Victoria, los clubes radicales y socialistas protestaron enérgicamente por el dinero público gastado en celebrar «50 años de servilismo real» [91]. Pero en 1902, en el momento de la coronación de Eduardo VII, la Federación Socialdemócrata envió un mensaje de lealtad, rechazando expresamente toda intención de reemplazar la monarquía por una república [92]. Las actitudes laicistas también perdieron al parecer importancia en los grupos socialistas. En la época eduardiana, dos filiales de la Federación Socialdemócrata se reunían en iglesias, otra había creado una Iglesia laborista y el tono imperante

[86] Price, ob. cit., p. 75.
[87] Citado en Taylor, ob. cit., p. 59; para un análisis de este tema, véanse pp. 57-70.
[88] *Ibid.*, p. 62.



[89] Sobre el número de afiliados de los grupos socialistas en Londres, véase P. Thompson, ob. cit., p. 307; sobre el número de partidarios del republicanismo, véase R. Harrison, ob. cit., p. 233. Pero esta estimación es probablemente exagerada.
[90] Para una exposición de la política de la clase obrera en West Ham, véase Leon Fink, «Socialism in one borough: West Ham politics and political culture 1898-1900», tesis doctoral inédita, 1972; para Hammersmith, véase E. P. Thompson, *William Morris, romantic to revolutionary* (1955); para Woolwich, véase P. Thompson, ob. cit., pp. 250-63; para Battersea, véase Price, ob. cit., pp. 158-70.
[91] Taylor, ob. cit., p. 49.
[92] Citado en Kendall, ob. cit., p. 19.

en el resto de las filiales estaba impregnado de una difusa pero intensa religiosidad más afín al movimiento de la clase media que a la tradición de Paine, Carlyle y Bradlaugh [93]. Finalmente, el carácter antiimperialista y antijingoísta del radicalismo artesano sufrió también un considerable cambio en la Federación Socialdemócrata. Este cambio ha sido atribuido por lo general a las peculiaridades de Hyndman y sus colegas. Pero el hecho de que Hyndman pudiera determinar por lo general la política de la Federación Socialdemócrata en cuestiones internacionales sin un control eficaz es un indicio de que el grueso de los afiliados londinenses aceptaban sus posturas o consideraban que tales cuestiones tenían una importancia secundaria. Cuando finalmente, en 1910, los puntos de vista de Hyndman sobre el imperialismo fueron definitivamente rechazados, la revuelta en Londres estuvo encabezada por refugiados políticos rusos y judíos.

La decadencia de las tradiciones políticas de la metrópoli y el atractivo marginal del socialismo a finales del período victoriano y en el eduardiano fueron acompañados del estancamiento del sindicalismo en Londres [94]. En los años comprendidos entre 1800 y 1820, Londres había sido el principal baluarte del sindicalismo en el país. Incluso en las décadas de 1850 y 1860, el nuevo modelo, el movimiento en favor de la jornada de nueve horas y el Trades Council fueron en buena medida creaciones londinenses. Pero en el tercer cuarto del siglo XIX, el sindicalismo londinense perdió rápidamente fuerza e imaginación, y en la década de 1880 sólo existían dos sindicatos (el de mecánicos y el de cajistas) con más de 6 000 afiliados. El gran resurgir del nuevo sindicalismo en 1889-91 cambió por algún tiempo la situación. La afiliación a los nuevos sindicatos de obreros no especializados se disparó y en general aumentó sustancialmente la afiliación a todos los sindicatos. El Trades Council de Londres cobró nuevo impulso tras varios años de inactividad y por un momento pareció como si Londres fuera a convertirse nuevamente en el bastión de la fuerza sindical. Pero la recuperación no se mantuvo mucho tiempo. El retorno de la depresión en 1892, la contraofensiva empresarial, especialmente contra los sindicatos de obreros no especializados, los desacuerdos entre los sindicatos y una serie de huelgas mal planteadas dejaron una vez más maltrecho al sindicalismo en Londres. El Trades Council

[93] Véase P. Thompson, ob. cit., pp. 209-10.

[94] Sobre la fuerza numérica del sindicalismo en Londres, véase Booth, ob. cit., serie 2, vol. 5, pp. 136-82; S. y B. Webb, *History of trade unionims* (ed. de 1920), pp. 423-27; P. Thompson, ob. cit., pp. 39-67.



de Londres cayó de nuevo en la pasividad y ni siquiera tomó medidas para apoyar la huelga de mecánicos de 1897. Los sindicatos de obreros no especializados se vieron seriamente afectados. El sindicato de obreros portuarios, por ejemplo, que contaba con 20 000 afiliados en 1890, se había reducido a 1 000 en 1900; si sobrevivió en los difíciles años transcurridos hasta 1910 fue gracias a la fuerza de sus filiales provinciales. El sindicato de trabajadores del gas conservó durante más tiempo el número de sus afiliados londinenses, y en 1900 contaba todavía con 15 000 miembros, pero en 1909 se vio reducido también a 4 000. En comparación con otras regiones industriales, Londres se debilitó notablemente. En 1897, los afiliados a los sindicatos representaban el 3,5 por 100 de la población en Londres, frente al 8 por 100 en Lancashire y el 11 por 100 en el nordeste del país. Además, pese a los trastornos del nuevo sindicalismo, la mayoría de los sindicatos londinenses siguieron siendo localistas y exclusivistas. De los 250 sindicatos de Londres censados en 1897, 75 eran puramente metropolitanos y sólo 35 contaban con más de 1 000 afiliados. Sólo en el gremio de ebanistas había 23 sindicatos rivales. Como afirmaba Ernest Aves en aquella época: «Las condiciones reinantes en la metrópoli no favorecen al sindicalismo, como no favorecen a otras instituciones democráticas cuya vitalidad depende en buena medida del mantenimiento de una estrecha relación personal entre sus miembros» [95].

En un período en que la política obrera sufría un retroceso y el sindicalismo permanecía estancando no es de extrañar que grandes sectores de la clase obrera y de los pobres, cuando expresaban una preferencia política, lo hicieran por motivos más sectoriales que de clase. Así, los relojeros y los obreros de las refinerías de azúcar apoyaban a los conservadores porque pensaban que la reforma arancelaria detendría la crisis de sus industrias. Los gabarreros los apoyaban porque prometían defender sus privilegios de cuerpo tradicionales; los trabajadores de las fábricas de armas y los mecánicos del arsenal porque creían que una política exterior agresiva significaría más empleo y salarios más altos; los trabajadores de las fábricas de cerveza porque un gobierno liberal implicaría la amenaza de una legislación restrictiva del consumo de bebidas alcohólicas; los vendedores ambulantes y los cocheros porque se oponían a las restricciones impuestas por la mayoría progresista en el Ayuntamiento de Londres; los cargadores de muelle y los obreros no especializados del East End porque pensaban que las restricciones a la

[95] Booth, ob. cit., serie 2, vol. 5, p. 175.

inmigración de extranjeros mitigarían la presión sobre la vivienda y el empleo.

Los estudios de comportamiento electoral también nos informan de que los trabajadores de las pequeñas y medianas empresas solían apoyar a los conservadores [96]. En la zona central de Londres, la gran mayoría de las empresas eran pequeñas; las firmas que empleaban a más de 500 trabajadores eran una excepción. Así, en los talleres de los artesanos del West End, donde existía un trato personal con los ricos, el conservadurismo podía ser el resultado de la «admiración hacia los que están arriba y el desprecio hacia los que están a medio camino» [97]. Entre los obreros semiespecializados y los no especializados, de los que casi siempre estaba abarrotado el mercado del trabajo, la conservación de un puesto fijo en las pequeñas empresas a menudo dependía de la conservación del favor del empresario o el capataz. Pasarse de la raya era arriesgarse al despido. Difícilmente podía tener éxito una política obrera independiente. En las nuevas zonas del extrarradio, donde estaban situadas la mayoría de las grandes fábricas de gas y donde las empresas tendían a ser más impersonales, las posibilidades de contratar sindicalistas o socialistas eran mayores. Pero en toda la región londinense, salvo en los años de prosperidad para la industria, la pobreza absoluta y una constante inquietud por el puesto de trabajo eran las principales preocupaciones de los obreros semiespecializados y no especializados [98]. Salvo la autonomía y la educación católica en el caso de los irlandeses, las grandes cuestiones políticas eran abstractas y lejanas. Paterson describió así los resultados de esto en los distritos ribereños del sur de Londres:

> La política les inquietaba muy poco, aun en época de elecciones. Muchos de ellos no tienen derecho al voto, porque siempre se están mudando; la mayoría de los más arraigados no asisten a los mítines de los partidos y manifiestan una gran indiferencia. No tienen sino una vaguísima idea de las cuestiones con que se enfrenta el país, o el significado de las consignas de los partidos. Los viejos escándalos calan muy hondo y permanecen siempre vivos; cualquier cosa que afecte a la reputación del candidato tendrá probablemente una influencia mayor que el más grave fallo en su causa [99].

[96] Véase Pelling, *Social geography*, p. 422. Los obreros de las empresas muy pequeñas (de 1 a 20 trabajadores) se inclinaban por el radicalismo.

[97] Véase Willis, ob. cit., pp. 105-6.

[98] Las razones de la saturación del mercado de trabajo londinense son analizadas en G. Stedman Jones, ob. cit., primera parte.

[99] Paterson, ob. cit., p. 215.



Pero sería erróneo suponer que este tipo de apatía política entre los obreros no especializados y los pobres era algo natural, o imaginar que se puede deducir correctamente su postura a partir de las cifras de votantes en las elecciones. Los datos disponibles sugieren que cuando las circunstancias económicas hacían prever posibilidades de éxito, como ocurrió en 1854, 1872, 1889 ó 1911, hacían huelgas y se afiliaban a los sindicatos. También hay pruebas de que un considerable número de pobres se identificaron con la causa cartista, en la creencia de que el cartismo mitigaría su pobreza y acabaría con su opresión. Al menos imaginaban que supondría el fin de la opresión diaria de la policía y las leyes de pobres. Dado que muchos de ellos no sabían escribir y pocos estaban interesados en dejar constancia de sus opiniones, no es fácil reconstruir sus actitudes. Pero sus sentimientos generales hacia el cartismo probablemente son expresados con precisión por una balada callejera de la década de 1840:

> Y cuando la Vieja Inglaterra haya conseguido la Carta,
> tendremos una cerveza magnífica por un penique y medio [la jarra,
> una hogaza de pan por un penique, un cerdo por una corona
> y un excelente té a un penique y cuarto la libra,
> en lugar de arenques comeremos patos cebados
> y tendremos montones de chicas a dos peniques la pieza [100].

Es cierto que Mayhew consideraba a los no especializados tan «apolíticos como los lacayos», pero habría que recordar que Mayhew inició sus investigaciones cuando el cartismo ya había sido derrotado [101]. No es tan seguro que hubiera llegado a la misma conclusión si hubiera realizado sus investigaciones en 1842 o en el período anterior a 1848.

Hasta ahora hemos mantenido que desde la década de 1850 se creó gradualmente una cultura obrera que resultó ser prácticamente impermeable a los intentos evangélicos o utilitaristas de determinar su carácter o su orientación. Pero también se ha demostrado que en la última fase del siglo, esta impermeabilidad ya no reflejaba una combatividad de clase generalizada. Pues los hechos más destacados en la vida de la clase obrera

[100] Citado en Ashton, ob. cit., p. 336.

[101] Mayhew, ob. cit., III, p. 233; algunos datos sobre la participación de los obreros no especializados en la agitación cartista son facilitados por Iorwerth Prothero, «Chartism in London», *Past and Present*, 33, agosto de 1969, p. 90.

en Londres a finales de la época victoriana y en la eduardiana fueron la decadencia del radicalismo de los artesanos, el impacto marginal del socialismo, la aceptación en gran medida pasiva del imperialismo y la Corona y la creciente suplantación de los intereses políticos y educativos por una forma de vida centrada en la taberna, el hipódromo y el *music hall*. En resumen, su impermeabilidad a las clases superiores ya no era amenazadora o subversiva, sino conservadora y defensiva. Quedan por plantear dos preguntas: en primer lugar, ¿qué factores se combinaron para producir una cultura de este tipo? Y, en segundo lugar, ¿cuáles fueron los principales supuestos y actitudes implícitos en esta cultura?

Indudablemente, la causa primordial fue el debilitamiento de la peculiaridad y la cohesión de la antigua cultura artesana en Londres. En el período comprendido entre 1790 y 1850 fue esta clase artesana la que proporcionó una dirección política a los obreros no especializados y a los pobres. Pero en la segunda mitad del siglo se puso cada vez más a la defensiva y se mostró cada vez más preocupada por protegerse tanto de los de arriba como de los de abajo. En 1889, lejos de alegrarse por la oportunidad de organizar a los obreros no especializados, sus portavoces más destacados y su Trades Council no ofrecieron ninguna ayuda constructiva y reaccionaron con más frecuencia en tono de alarma que de entusiasmo ante el surgimiento del nuevo sindicalismo.

En el curso del siglo XIX, esta cultura artesana basada en los gremios tradicionales londinenses se vio socavada por una multitud de tendencias desintegradoras. Unos cuantos gremios se las arreglaron para mantener intactas sus tradiciones. Los toneleros y los sombrereros, entre los que había un gran número de sindicatos, mantuvieron, por ejemplo, el control sobre el aprendizaje y el proceso de trabajo y continuaron mostrando un gran sentido de la solidaridad reforzado por reuniones rituales de carácter tradicional para comer y beber [102]. Pero estos gremios fueron escasos y excepcionales. Los gremios mayores perdieron importancia frente a la competencia de provincias o se desintegraron como consecuencia de la subdivisión del proceso de trabajo en tareas semiespecializadas realizadas por separado. El tejido de la seda, la construcción naval, la fabricación de relojes y la manufactura del cuero son ejemplos de la primera

[102] Sobre estos gremios, véase Willis, ob. cit., pp. 88-100 (sobre los sombreros); Bob Gilding, «The journeymen coopers of East London: workers' control in an old London trade», *History Workshop Pamphlets*, 4.



tendencia; la confección, el calzado y la fabricación de muebles, de la segunda. Los artesanos de la segunda categoría formaban la espina dorsal del cartismo en Londres [103]. Pero incluso en aquella época, Mayhew estimaba que sólo una décima parte de estos gremios estaban compuestos por «hombres honorables» (es decir, miembros del gremio que habían pasado por el correspondiente aprendizaje, trabajaban por un salario reconocido y controlaban la rapidez, calidad y situación del trabajo). En la segunda mitad del siglo, estos hombres honorables se vieron crecientemente amenazados de un lado por el trabajo domiciliario y su tendencia a la explotación, y de otro, por la gradual invasión en el campo del trabajo de encargo de las mercancías de primera clase producidas en serie en las fábricas de provincias. En sus visitas a los talleres de confección de ropa y calzado de West End, en la década de 1880, Beatrice Potter y David Schloss se encontraron con que los trabajadores seguían siendo republicanos o socialistas y que las costumbres tradicionales y los banquetes rituales conservaban todo su vigor [104]. Pero estos artesanos constituían ahora un pequeño porcentaje de la industria en general. No estaban amenazados por los trabajadores del East End porque trabajaban para un mercado de lujo, pero eran incapaces de conservar su posición tradicional frente a la competencia de la fabricación en serie. En la década de 1890 su situación empeoró rápidamente. Una huelga de los sindicatos de trabajadores del calzado consiguió que se declarara ilegal el trabajo domiciliario, pero esto no hizo sino acelerar el traslado de la industria a Northampton. El trabajo de encargo de los sastres y ebanistas se hizo también sumamente irregular. Los artesanos especializados podían ganar buenos sueldos en el sector de la fabricación en serie, pero las condiciones que habían favorecido el desarrollo de una rica cultura política ya no existían. El taller especializado en el que el gremio controlaba el proceso de trabajo y en el que los artesanos leían por turno en voz alta a Paine o a Owen había sido reemplazado por el trabajo domiciliario o por la nave donde el obrero especializado estaba rodeado de inexpertos obreros semiespecializados y peones no especializados.

La cultura tradicional de los artesanos londinenses se había centrado siempre en el trabajo. En la primera mitad del siglo XIX, la mayoría de los gremios en Londres trabajaban doce

[103] Véase Prothero, ob. cit., pp. 103-5.
[104] Booth, ob. cit., serie 1, vol. 4, p. 141.

horas al día, seis días a la semana, con una interrupción de dos horas para las comidas [105]. Los trabajadores vivían por lo general en las proximidades de su trabajo. Las discusiones políticas, así como las reuniones donde se bebía y se comía, se desarrollaban en el mismo lugar de trabajo o en un bar que por lo general servía de centro de organización gremial. Los carnavales, fiestas y excursiones gremiales eran muy corrientes. La endogamia, la tendencia hereditaria del aprendizaje, así como una forma distintiva de hablar y vestir, eran rasgos que reforzaban la solidaridad gremial; incluso amplios movimientos políticos como el cartismo estuvieron organizados hasta cierto punto sobre una base gremial [106]. Si ésta era la «república de los artesanos», se trataba de una república muy masculina. Las casas eran pequeñas e incómodas; cuando no eran el lugar de trabajo, eran poco más que un sitio donde dormir y comer. Aunque algunos artesanos discutían de política con sus esposas, las mujeres estaban de hecho excluidas de las principales instituciones de esta cultura.

En la segunda mitad del siglo, esta cultura centrada en el trabajo comenzó a dar paso a una cultura orientada hacia la familia y el hogar. A mediados de la década de 1870, el número de horas de trabajo a la semana se había reducido notablemente en la mayoría de los edificios especializados. Por lo general se trabajaban de cincuenta y cuatro a cincuenta y seis horas y media semanales, o nueve horas al día y medio sábado. El aumento de la afición a los deportes, las excursiones a la playa, los clubes obreros sólo para hombres y los *music halls* a partir de esta época no es pues accidental. En Londres, sin embargo, este aumento del tiempo libre debe ser relacionado con otra tendencia: la creciente separación geográfica entre el hogar y el lugar de trabajo. Ya en 1836, los discípulos de Owen se quejaban de que la organización era difícil «debido a la distancia entre los miembros en esta gran ciudad» [107]. Pero las dificultades con que se enfrentaban eran insignificantes en comparación con las que estaban por venir. Desde la década de 1870, la emigración de los obreros especializados a los suburbios se convirtió en un fenómeno masivo. Mientras que la población residencial del centro se reducía de 75 000 habitantes en 1871 a 38 000 en 1891, su población durante la jornada laboral aumentó

[105] Sobre la jornada laboral, véase M. A. Bienefeld, *Working hours in British industry: an economic history* (1972).

[106] Para un análisis de esta cultura artesana, véase Prothero, ob. cit.

[107] *Ibid.*, p. 88.



de 170 000 en 1866 a 301 000 en 1891 [108]. El antiguo centro artesanal de Holborn y Finsbury pasó de 93 423 habitantes a 66 781 en el mismo período. En la época en que Booth llevó a cabo su encuesta, la mayoría de los trabajadores que disponían de salarios elevados por su trabajo especializado se dirigían al trabajo en tranvía, en tren o a pie [109].

Esta combinación de mayor tiempo libre y emigración suburbana habría bastado para desgastar la fuerza de la cultura centrada en el trabajo. Pero se combinó además con otros diversos factores que reforzaron este proceso. La caída de los precios durante la Gran Depresión produjo un aumento generalizado de los salarios reales. Este incremento del poder adquisitivo reforzó a su vez la importancia del hogar y la familia. En el siglo XVIII y comienzos del XIX lo normal era que todas las esposas trabajaran en algo [110]. En la década de 1890, sin embargo, Booth descubrió que las esposas de los trabajadores especializados no trabajaban normalmente [111]. Estos salarios más elevados no se gastaban por lo general en las tradicionales reuniones gremiales para beber, sino que eran entregados a la esposa, que se convertía así en la persona que tomaba las decisiones sobre cualquier aspecto del presupuesto familiar. En muchos hogares, al marido sólo se le confiaba un poco de dinero para gastos tales como transporte, cerveza, tabaco y cuota del sindicato o club [112]. El efecto de esta división del trabajo puede verse en la creciente institucionalización del traje de los domingos y del salón principal cuidadosamente amueblado [113]. En la época eduardiana, según Fred Willis, que había sido aprendiz de sombrerero, «el joven quería adquirir una posición que le permitiera mantener a su mujer y a su familia, ya que se consideraba profundamente insatisfactorio el estado de cosas en el que la mujer tenía que trabajar para ayudar a sostener

[108] *Ten years' growth of the city of London* (1891), p. 14.

[109] Véase Booth, ob. cit., serie 2 (serie sobre la industria), *passim*, para los hábitos de transporte de los obreros especializados en diversos sectores, y véase serie 2, vol. 5, cap. III, para un resumen. En el último cuarto del siglo XIX, el uso del transporte por los obreros se incrementó notablemente, pero incluso en la década de 1890 un buen número de obreros recorrían a pie grandes distancias para ir a trabajar. Véase T. C. Barker y Michael Robbins, *A history of London transport* (1963), vol. 1, pp. XXVI-XXX.

[110] George, ob. cit., p. 168.

[111] Booth, ob. cit., serie 1, vol. 1, pp. 50-51.

[112] Paterson, ob. cit., p. 32; Loane, *An Englishman's costle*, p. 183.

[113] Véase Booth, ob. cit., serie 3, vol. 5, p. 330; Loane, *The next street but one* (1907), p. 20.

la casa. El hogar era considerado como el santuario de la vida matrimonial, y prácticamente todo el tiempo libre de las clases obreras transcurría allí» [114].

Esta división más estricta de los papeles entre el hombre y la mujer fue generalizada en una medida cada vez mayor a toda la clase obrera por la Ley de Educación de 1870. Al hacerse obligatoria la asistencia a la escuela de los niños, y especialmente de las niñas, a la mujer le resultó cada vez más difícil salir a trabajar y dejar la limpieza de la casa y el cuidado de los hijos pequeños a cargo de los mayores [115]. En todos los sectores de clase obrera, la asociación de la madre al hogar se hizo cada vez más axiomática. Incluso las mujeres más pobres de los distritos ribereños, cargadas de hijos, cogían en general trabajo a domicilio, como hacer prendas de vestir, cajas de cerillas, sobres, etcétera. Además, a medida que la casa se convertía en el dominio exclusivo de la mujer, su control sobre ella se hacía al parecer cada vez más absoluto. En la década de 1900, en Southwark y Bermondsey, se observaba:

> El cuidado de los hijos se delega en la madre. Es ella la que escoge la escuela y se entrevista con el maestro, el inspector o el magistrado. El cuidado y la administración de la casa están hasta tal punto en manos de la madre que es realmente más el hogar de ella que el de él. El hombre rara vez trae a un amigo para sentarse junto al fuego a charlar. Estos placeres sociales se degustan en otras partes. Los vecinos que van allí son, por lo general, amigos de la mujer. Es ella la que invita y observa las leyes de la hospitalidad. En sus manos quedarán la distribución de los muebles, la decisión de lo que hay que empeñar o desempeñar. Si hay que mudarse, ella elegirá el nuevo hogar y supervisará la mudanza en un pequeño carro o carretilla. El marido sólo pide que, en la medida de lo posible, se respete su conservadurismo en las pequeñas cosas. Se opondría con cierta energía a que se quitara esa vieja fotografía que durante quince años ha estado colocada sobre la cómoda. Un nuevo papel para la pared le aterraría, y si no pudiera encontrar su vieja pipa en su sitio de costumbre habría grandes disgustos. Si un extraño llama a la puerta, dejará que su mujer represente los intereses de la familia. Aunque el marido todavía conserve la jefatura de la familia y la defienda a veces con energía, la mujer reina a diario como ama de la casa [116].

[114] Fred Willis, *Peace and dripping toast* (1950), p. 54.

[115] El cuidado de la casa y de los niños pequeños recaía especialmente sobre las niñas. Véase James Greenwood, *Low life deeps* (1876), p. 140.

[116] Paterson, ob. cit., pp. 210-12; véase también Loane, *Englishman's castle*, pp. 178-206; Julian Franklyn, *The cockney* (1953), pp. 179-87.



Dado que por lo general las mujeres tenían poco contacto con los centros tradicionales de discusión política, el taller, la sede del gremio, el café, y dado que en la segunda mitad del siglo XIX se retiraron cada vez más del mundo laboral —con excepción del trabajo a domicilio—, el hogar y la vida familiar tendieron a convertirse en un refugio despolitizado. Con la reducción de la jornada laboral y la separación entre la vivienda y el centro de trabajo, el hogar y la familia pasaron a ocupar un lugar más destacado en la vida del obrero. Sin embargo, pese a su creciente significado ideológico, el hogar seguía siendo un lugar atestado y poco apropiado para el descanso. Así, después de cenar, los hombres, y en cierta medida las mujeres, continuaban pasando una gran parte de su tiempo en el bar. Si el hombre vivía lejos del trabajo, sin embargo, el bar regularmente frecuentado no era el cercano al lugar de trabajo, sino el «local». En el «local» se mezclaba con hombres de otros oficios y ocupaciones. Las conversaciones versarían probablemente no tanto sobre cuestiones del trabajo como sobre aficiones comunes, sobre política en cierto grado, pero más a menudo sobre deportes y espectáculos. En otros tiempos, se quejaba Edwing Ritchie en 1880,

> el reservado, o como quiera que se llamase, de la taberna era el lugar en el que los hombres se reunían para hablar de política y estudiar la forma de superarse. Cuando Bamford, el radical de Lancashire, vino a la ciudad en 1817, los obreros discutían principalmente de política en todas las tabernas de Londres [...] Estas cosas están hoy pasadas de moda [...] En Londres no hay apenas foros de discusión, y el principal está tan mal ventilado y tan cargado de humo de tabaco rancio y cerveza que son pocos los hombres a los que les gusta ir allí [117].

Por supuesto, el cuadro no era tan negro como Ritchie lo pintaba. Los clubes de obreros radicales de la década de 1870 y 1880 constituyeron quizá el intento más impresionante de adaptar la antigua cultura artesana a las nuevas condiciones. Pero también en los clubes, como ya se ha señalado, la política fue finalmente desplazada por el espectáculo.

Ritchie esperaba que la London School Board pondría fin a esta situación. Pero de hecho la educación primaria asegurada por la ley de 1870 parece haber actuado como otro disolvente más de las tradiciones artesanas de autodidactismo. El

[117] Ritchie, *Days and nights*, pp. 41-42.

*Mechanic's Magazine* observaba en 1816: «Es preferible que el hombre no reciba educación a que sea educado por los que le dominan. Porque entonces la educación no es más que la mera sujeción del buey al yugo; la mera disciplina de un perro de caza al que, a fuerza de palos, se le hace olvidar el instinto más fuerte de la naturaleza y en lugar de devorar su presa se apresura a llevarla a los pies de su amo» [118]. La educación impartida por la School Board entre 1870 y 1914 parece confirmar este juicio. La asistencia regular (recompensada con medallas) y los hábitos de limpieza y orden (impuestos mediante una disciplina implacable) parecen haber sido, aparte del aprendizaje de la lectura, la escritura y la aritmética, los objetivos normalmente perseguidos por el profesor medio:

> El maestro permanecerá probablemente de pie ante la pizarra y los chicos estarán alineados en filas bien rectas, cubriendo cada cabeza la que tiene enfrente, con las manos cruzadas en la nuca en respuesta unánime a la orden «manos a la nuca» dada al comienzo de la lección. La clase se imparte a todo el colectivo, pues el maestro no piensa necesariamente en un chico en particular. La enseñanza individualizada es totalmente imposible cuando la media por cada clase es casi de sesenta alumnos [119].

Además de esta fórmula básica, los maestros intentaban en vano interesar a sus cohortes por la religión cristiana y el punto de vista de las clases media y alta acerca de la historia de Gran Bretaña y su lugar en el mundo. Según un antiguo alumno:

> La «historia», tal como nos la enseñaban en la escuela primaria, nos daba la vaga impresión de que hasta los tiempos de la reina Isabel este país había estado ocupado exclusivamente por reyes y reinas, buenos, malos e indiferentes, y desde la reina Isabel en adelante nos parecía una época oscura, ya que nunca oímos hablar de que ocurriera nada en ese período. La guerra de la Independencia americana, e incluso la existencia de los Estados Unidos de América, eran pasadas por alto [...] La geografía se limitaba al Imperio británico, y los países no se juzgaban por sus pueblos, sino por la magnitud y la riqueza de sus productos. La única referencia a un pueblo que recuerdo fue que «los indios pueden vivir con un puñado de arroz al día», lo que nos hacía sentirnos una raza especialmente opulenta cuando disfrutábamos de nuestra comida de los domingos [120].

[118] Citado en Brian Simon, *Studies in the history of education 1780-1870* (1960), p. 230.
[119] Paterson, ob. cit., p. 76.
[120] Willis, *Jubilee Road*, pp. 76-77.



La disciplina es mantenía por el habitual recurso a la vara. Esto suponía una especial afrenta para los padres de la clase obrera, que podían pegar a sus hijos cuando se enfadaban, pero por lo general no empleaban un sistema formal de castigos corporales. Se suele admitir que una objeción importante de la clase obrera a las primeras fábricas fue la sustracción de los hijos al control de los padres y el ejercicio de la disciplina por un vigilante impersonal. Pero no se advierte tan a menudo que una de las principales objeciones de la clase obrera a la enseñanza obligatoria era de tipo similar. Pasó algún tiempo antes de que los padres de la clase obrera aceptaran su incapacidad para impedir este trato. Un director de escuela, comparando la situación de 1900 con la de 1882, señalaba:

> *Los padres en relación con el maestro:* mucho más amistosos; la hostilidad, la insolencia, la violencia o las amenazas, comunes en 1882, apenas se dan hoy [121].

En general, no es de extrañar que el nuevo sistema educativo no suscitara gratitud ni entusiasmo entre la clase obrera y que las observaciones acerca de la indiferencia de la clase obrera inglesa hacia la educación comenzaran a convertirse en un tópico desde finales de la década de 1880 [122]. Es ciertamente significativo el hecho de que cuando los radicales de los clubes obreros comenzaron a buscar las razones por las que sus miembros se interesaban menos por el aspecto político y educativo de la vida del club, asignaran un lugar a los efectos de la enseñanza primaria.

La combinación de la decadencia de la industria, la descomposición del trabajo artesanal en una multitud de procesos semiespecializados, el predominio del trabajo domiciliario, la decadencia de una cultura centrada en el trabajo, el desarrollo del transporte y los efectos amortiguadores de la enseñanza primaria tuvieron en Londres un impacto desmovilizador en el terreno político. Algunas de estas tendencias estuvieron también presentes en otros lugares de Inglaterra, pero por lo general no produjeron unos resultados tan desmoralizadores. Lo que intensificó el aspecto puramente negativo de estos procesos en Londres fue la continuación de la producción a pequeña escala unida a un paro de carácter crónico. El problema del paro, como escribía Paul de Rousiers en la década de 1890, era en

[121] Booth, ob. cit., serie 3, vol. 4, p. 202; sobre la hostilidad de los padres de la clase obrera a la disciplina de sus hijos en la escuela, véase M. E. Loane, *From their point of view* (1908), p. 150.
[122] Véase la Comisión Real sobre las Leyes de Enseñanza Primaria, informes finales, *Parliamentary papers*, 1888, xxxv, p. 131.

buena medida un problema de Londres [123]. En los años que precedieron a 1914, Londres estaba desgarrado entre un sistema de pequeños talleres que se negaba a morir y un sistema de producción fabril que apenas había comenzado a desarrollarse. Su fuerza de trabajo estaba dividida entre una élite muy especializada pero técnicamente conservadora y una gran masa de trabajadores semiespecializados y no especializados sujetos a diversos grados de subempleo. En las décadas de 1920 y 1930, Londres se vería transformado por el desarrollo de la industria ligera en su periferia. Pero pocos habrían vaticinado esta transformación antes de 1914. A finales de la época victoriana y en la eduardiana los alquileres y los precios subieron, los salarios permanecieron estancados y el desempleo fue un elemento permanente del paisaje. Sin embargo, Londres continuó creciendo a un ritmo extraordinario. Los nuevos suburbios estaban atiborrados de inmigrantes procedentes de las zonas rurales deprimidas y conservadoras [124]. A excepción de unas pocas zonas del extrarradio, como Woolwich o Stratford, los barrios obreros de Londres eran variables e inestables. La expulsión de los pobres del centro continuó, y en todas partes el traslado de los muebles de un piso a otro por la noche, antes de que el casero reclamase el alquiler, era un rasgo familiar de la vida de la clase obrera londinense: no hay más que pensar en la más conocida de las canciones de *music hall: Mi viejo me dijo: sigue al camión de la mudanza.* La familia como institución de la clase obrera tal vez adquiriera mayor importancia, pero en Londres los hogares no eran muy estables. La cooperativa y el fútbol profesional, dos de los rasgos más destacados de la nueva cultura obrera del norte, eran todavía de importancia secundaria en Londres. Como el sindicalismo y las mutualidades, su fuerza era mayor en las zonas industriales más estables y homogéneas. Si queremos buscar una forma específicamente metropolitana de la nueva cultura obrera, debemos buscarla en el *music hall.*

Si analizamos críticamente los datos disponibles, el *music hall* puede darnos una idea de las actitudes de la clase obrera londinense. Pero para ello habrá que diferenciar el *music hall* obrero de su variante del West End, con la que por lo general se le confunde.

123 P. de Rousiers, *The labour question in Britain* (1896), pp. 280, 357.

124 Tal vez sea significativo el hecho de que la pronunciación *cockney*, ejemplificada por Sam Weller, con su sustitución de la *w* por la *v*, desapareciera al parecer a mediados de la década de 1870. Véase Franklyn, ob. cit., p. 22.



El *music hall* fue tanto un reflejo como un refuerzo de las principales tendencias en la vida de la clase obrera londinense desde la década de 1870 hasta la de 1900. «Los *music halls* y otros entretenimientos», escribía T. H. Escott en 1891, «son populares entre los obreros de Londres en la misma medida en que éstos son el reverso de la moneda de los obreros de otros lugares» [125]. El *music hall* era una forma de diversión que exigía participación, pero no excesiva. El público se unía a los coros, pero si no le gustaba la canción o los sentimientos que expresaba, la abucheaba y era poco probable que se volviera a escuchar. Las grandes estrellas ganaban hasta 100 libras a la semana corriendo de una sala a otra cada noche [126]. Pero la profesión estaba también atiborrada de aspirantes con menos éxito. La gran mayoría de los actores procedían de familias humildes y comenzaban actuando en tabernas o probando suerte en una de las salas más pequeñas. Dado que la mayoría de los cantantes eran por lo general demasiado pobres para pagar a un letrista, componían ellos mismos las letras de las canciones, por lo general adaptándolas a una melodía ya conocida. Hasta que la llegada de las salas más pretenciosas de variedades en el período eduardiano transformó la atmósfera de los *music halls,* ésta era más la de una taberna que la de un teatro. De hecho, muchas de las salas pequeñas eran simplemente anexos al local de la taberna. Las actuaciones eran continuas desde las 6 hasta las 11, pero el público se podía desplazar libremente hasta el bar, que era responsable de la mitad de las ganancias del propietario. El gran orgullo del *music hall* y de Charles Morton, que se autodenominaba su «padre», era que se trataba de un «espectáculo familiar». A diferencia de los antiguos lugares para cantar y beber [*fred-and-easies*], que tan populares habían sido en la década de 1840, el *music hall* admitía a mujeres y evitaba las canciones francamente obscenas. De hecho, el grueso del público estaba compuesto por jóvenes obreros y obreras solteros, pero todos los testigos coincidían en que había siempre también unas cuantas familias [127].

En los barrios obreros, donde la diversidad de las ocupaciones, la separación entre el hogar y el centro de trabajo y el hacinamiento y la incomodidad de los pisos hacían muy difícil una vida comunitaria estable, la sala local, con sus luces des-

125 T. H. S. Escott, *England, in people, polity and pursuits* (1891), p. 161.

126 Véase Booth, ob. cit., serie 2, vol. 4, pp. 137-40.

127 Véase Scott, ob. cit., pp. 139-140; Ritchie, *Days and nights,* p. 47; Booth, ob. cit., serie 2, vol. 5, p. 334.

lumbrantes y su falsa opulencia, sus risas y sus canciones en coro, satisfacía, aunque fuera en forma anónima, el ansia de solidaridad frente a los problemas diarios de la pobreza y la vida familiar. El *music hall* representaba los pequeños placeres de la vida de la clase obrera: una jarra de «espléndida cerveza inglesa», un buen plato de «carne guisada con zanahorias», un día junto al mar, el día del Derby y las emociones y tribulaciones de las apuestas, un día de fiesta en Hampstead Heath o en el bosque de Epping, los placeres del noviazgo y las alegrías de la amistad [128]. Lo que ofrecía era «un poco lo que tú imaginas que te sienta bien». El *music hall* fue quizá la respuesta más inequívoca de la clase obrera londinense al evangelismo de la clase media. Como decía Marie Lloyd a sus críticos en 1897:

Sacas una entrada para un sábado por la noche o un día de fiesta. ¿No creerás que quieren género de escuela dominical, verdad? Quieren género vivo, con música que puedan aprender rápidamente. Porque si tratara de cantar canciones muy morales, me tirarían botellas y jarras de cerveza. No pagan sus buenos peniques y chelines en un *music hall* para oír al Ejército de Salvación [129].

O, como decía el *Era* en 1872:

El artesano, cansado de su trabajo diario, quiere algo que le haga reír. No quiere que le echen sermones, ni está ansioso de escuchar las lúgubres efusiones del Dr. Watts o los poetas de la Alianza del Reino Unido [130].

El *music hall* atraía a la clase obrera londinense porque era una evasión *y a la vez* estaba firmemente arraigado en la realidad de la vida de la clase obrera. Esto es especialmente aplicable a su tratamiento de las relaciones entre ambos sexos. Aunque su actitud hacia el noviazgo pudiera ser romántica, nadie se hacía muchas ilusiones sobre el matrimonio. Hablando del matrimonio entre los pobres de Londres en la década de 1870, Greenwood decía que las parejas a las que veía entrar y salir de la iglesia «son por lo general frías y serias, como si, habiendo pagado una entrada para la compra de un burro o un hermoso cerdo, se dirigieran con sus testigos a cerrar el trato» [131]. Paterson observaba una actitud similar en 1911:

128 Véase MacInnes, ob. cit., pp. 106-23.
129 Citado en Farson, ob. cit., p. 57.
130 A. E. Wilson, *East End entertainment* (1954), p. 215.
131 Greenwood, *Low life deeps*, p. 140.



Un entierro exige ropas y carruajes especiales, gastos muy considerables, y para asistir a tal acontecimiento los primos segundos se tomarán el día libre y pensarán que está bien empleado. Una boda pasa, en comparación, casi inadvertida [...] Se celebra casi siempre en sábado o en domingo, ya que no merece la pena perder un día de trabajo [...] Pocos asisten a ella fuera del pequeño círculo de amigos [132].

Entre los pobres, la boda era habitualmente la consecuencia de un embarazo, pero en todos los sectores de la clase obrera el matrimonio significaba hijos y un trabajo agotador con un nivel de vida cada vez más bajo hasta que los hijos fueran lo suficientemente mayores como para llevar dinero a casa. El matrimonio como «desastre cómico» es un constante estribillo en las canciones del *music hall*. Los títulos de las canciones más conocidas de intérpretes masculinos hablan por sí solos: *En la iglesia de la Trinidad encontré mi perdición*, de Tom Costello; *¡Oh, qué transformación!*, de Charles Coburn; *Esto es una vergüenza*, de Gus Elen. La decisión de convertir el noviazgo en matrimonio la tomaba normalmente la mujer. Porque, para la mujer de la clase obrera, el matrimonio era una necesidad y una oportunidad económica que rara vez se presentaba después de los veinticinco años. Booth afirma que entre los pobres era casi invariablemente la mujer la que se encargaba de que corrieran las amonestaciones [133]. El ansia de casarse de las muchachas era el tema de muchas canciones de intérpretes femeninos, como *¿Por qué soy siempre la dama de honor y nunca la ruborosa novia?*, de Lily Morris, o *Esperando en la iglesia*, de Vesta Victoria. Según Dan Leno, en su número del inquilino titulado *El joven atrapado y perdido:*

Les voy a contar la desgracia que me acurrió. Una mañana, la madre de Lucy Jagg subió a mi cuarto, llamó a la puerta y dijo: «Señor Skilley, ¿está levantado?» Yo le dije: «No, por qué?». La señora Jagg dijo: «¡Vamos, levántese! Se va a casar». Yo le dije: «No, no sé nada de eso». Ella dijo: «Sí que lo sabe, habló usted de ello anoche, cuando estaba un poco bebido». Bueno, pensé, si lo dije lo dije, así que bajé las escaleras medio dormido (de hecho, creo que todos los hombres están medio dormidos cuando van a casarse) [134].

Pero, a pesar de estar resueltas a casarse, la actitud de las mujeres hacia el matrimonio no era más romántica que la de los hombres. Marie Loftus resumía así los pros y los contras en *Chicas, nunca lo resistiríamos:*

132 Paterson, ob. cit., p. 130.
133 Booth, ob. cit., volumen final, p. 45.
134 *McGlennon's star song book* (1888), 10, p. 4.

Cuando se acercan la primera vez,
¡Qué bien se portan!
Qué humildemente imploran
Una sonrisa o un beso.
Pero una vez casada,
La muchacha es una esclava.

Sin embargo, concluye:

Creo que todas preferiríamos
El matrimonio con sus peleas
A quedarnos para vestir santos
Y no ser la mujer de nadie [135].

El mismo realismo cómico dominaba la descripción de las relaciones entre marido y mujer. Los maridos se consideran dominados por la tiranía de sus mujeres. Se escapan a la taberna, van a las carreras y pierden el dinero apostando o se lo estafan los timadores, se emborrachan y vuelven a casa a enfrentarse con las consecuencias. Los hombres son representados por lo general como personas que no saben gastar el dinero y son siempre engañadas. Pero si una mujer no sabe llevar la casa, el resultado es mucho más grave. En última instancia, la mujer que «habla por los codos» es preferible a la mujer que bebe. También se habla constantemente del problema del inquilino, el casero y la tienda de empeños. Por último, no se omite la amenaza de la indigencia en la vejez, cuando los hijos no contribuyan ya a los ingresos familiares y el hombre sea demasiado viejo para trabajar. La gracia de la famosa canción de Albert Chevalier *Mi viejo holandés* es que se canta delante de un telón que representa el asilo, con sus entradas separadas para hombres y mujeres.

En el *music hall*, el trabajo es un mal que hay que evitar en la medida de lo posible. Pero la única forma de escapar a él que sugieren las canciones es la herencia inesperada o la racha de suerte. Es la misma clase de evasión fantástica de la pobreza que se puede detectar en el apasionado interés con que los londinenses pobres siguieron el caso de Arthur Orton, el demandante de Tichbourne, entre las décadas de 1870 y 1890. Sin embargo, cuando esta evasión se plasma en las canciones, el resultado es consternador: el antiguo amigo comienza a «darse aires», como canta Gus Elen en *No sabe dónde está*. La clase

[135] *Ibid.*, 4, p. 3.



es una condena perpetua, tan decisiva como cualquier sistema de castas. Las pretensiones de los que intentaban escapar a ella suscitaban especial desprecio, como lo suscitaban quienes sugerían que la educación cambiaría este estado de cosas. Según un reportaje sobre el teatro Britania de la señora Lane, de Hoxton, publicado en el *Daily Telegraph* en 1883:

Aquí hay un numeroso público compuesto en su mayoría por trabajadores decididos a disfrutar al máximo [...] Los amigos de la señora Lane son conscientes de la vergüenza que supone cumplir los requisitos de la School Board, de forma que cuando uno de los personajes que están en escena pregunta muy oportunamente: «Si todos los críos estudian para oficinistas, ¿qué pasa con los obreros? Quién va a hacer el trabajo?», el público rompe en aplausos [136].

No había una solución política al sistema de clases. Era simplemente un hecho. Sin duda no se consideraba que fuera

[136] Wilson, ob. cit., p. 183. El rápido desarrollo del trabajo de oficina durante este período fue otro rasgo desintegrador de la vida de la clase obrera londinense. Los artesanos especializados del Londres del siglo XIX se consideraban indudablemente a sí mismos como una élite, como los portavoces naturales de toda su clase. Tanto Mayhew como Escott consideraban que uno de los rasgos distintivos del artesano londinense era el claro y a veces exagerado sentido de su propia importancia. En la segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, este orgullo artesano se vio cada vez más amenazado por el aumento de los trabajadores de cuello blanco. Estos últimos se reclutaban en su inmensa mayoría entre los obreros especializados, tendían a ganar salarios comparables y por lo general vivían en los mismos barrios. Sin embargo, lejos de reconocer estas afinidades, los oficinistas las rechazaban ostensiblemente. Ganaban un *sueldo* y no un *salario*, sus ocupaciones eran distinguidas, sus ropas y manos estaban limpias y su modo de vida estaba copiado del de los profesionales de la clase media. En política eran legitimistas y formaban el núcleo de lo que lord Salisbury denominaba el «conservadurismo de la ciudad». Como el «señor Pooter», estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para defender sus pretensiones de distinción. Así pues, lejos de aceptar la tradicional división artesana entre los que tenían un oficio y los que no lo tenían, erigieron una nueva barrera de casta entre los que trabajaban con sus «manos» y los que trabajaban con su «cerebro». El crecimiento de este estrato de trabajadores como cuña entre la clase obrera y la clase media acentuó el abismo cultural entre dos formas distintas de vida. Las pretensiones ansiosas y a menudo absurdas de los oficinistas reforzaron la identidad cultural de la clase obrera, aunque sólo fuera por rechazo.

Los roces entre los oficinistas y los artesanos fueron exacerbados por el programa educativo de la London School Board, que estaba desproporcionadamente enfocado hacia la formación de una abundante oferta de trabajadores de oficina. Esto acentuó a su vez el desinterés de la clase obrera por la educación pública. Véase a este respecto Booth, ob. cit., serie 1, vol. 3, pp. 231-34. Le estoy muy agradecido al profesor Eric Hobsbawm por haberme señalado algunas de las ramificaciones del desarrollo de los trabajadores de oficina en Londres.

justo, pues, como cantaba Billy Bennett, «el rico se lleva el placer, el pobre la culpa». Pero el socialismo no era más que palabras en el aire. Como decía Little Tich en su número del cobrador de gas: «Mi hermano también trabaja en el gas, ¿saben? De hecho flota en gas. Es un orador socialista.» El *music hall* no dio nunca una definición política de clase. El sindicalismo era aceptado como parte integrante de la vida de la clase obrera y las canciones de *music hall* de 1889 apoyaban «los seis peniques del cargador del muelle» [137]. Pero por lo general las canciones del *music hall* no trataban de la relación entre obreros y patronos, y el capitalista no aparece en ningún momento como estereotipo en el *music hall*. La actitud general del *music hall* era que si un obrero podía sacar un buen sueldo por un buen día de trabajo estaba bien, pero que si podía sacar un buen sueldo sin necesidad de un buen día de trabajo estaba mejor. La actitud hacia los ricos era igualmente indulgente. Las descripciones de la clase alta no eran, como ha señalado MacInnes, hostiles sino cómicas [138]. Personajes de la clase alta como Champagne Charlie, Burlington Bertie, el dandi y el mayor eran incompetentes y absurdos, pero no se hacía referencia alguna a sus fuentes de ingresos.

A menudo el *music hall* ha sido asociado a un cierto jingoísmo grandilocuente, a la canción de MacDermott *No queremos luchar pero lo haremos por patriotismo*, de 1878, o a *Soldados de la reina*, que se cantaba en la época de la guerra de los bóers [139]. El público de Piccadilly y Leicester Square cantaba estas canciones con indudable placer y, a juzgar por las innumerables versiones del tema, no se hartaba nunca de ellas. Pero el clima general de los *music halls* obreros era antiheroico. Los obreros estaban dispuestos a admirar y cantar la bravura del soldado raso o la espléndida generosidad del marinero, pero no olvidaban la realidad de la vida militar. Los hombres se alistaban en el ejército por lo general para escapar al paro, y si sobrevivían a los años de servicio volvían al paro. Una canción de la década de 1890 cuenta una conversación entre Podger y su inquilino, un soldado licenciado:

137 Véase «La huelga de los cargadores de muelle» y «El cargador de muelle», *New and popular songs* (1889).

138 MacInnes, ob. cit., p. 108.

139 Según un informe, Disraeli solía enviar a su secretario Monty Corry, al *music hall* para que escuchara las canciones de MacDermott, a fin de apreciar el alcance del apoyo a su política exterior. Véase J. B. Booth, comp., *Seventy years of sang* (1943), p. 38.



Le dijo: Podger, ¿por qué no te alistas?
Conseguirás cerveza barata
Y también la gloria de la guerra a la vista.
Sé un valiente soldado.
Le dije: No, no, no, no.
No tendré nada de eso, ¿sabes?
Podría perder las piernas, volver a casa con muletas
Y cuando fuera *viejo*
Nadie me necesitara
La puerta del asilo
No, no, no, no [140].

En una canción que fue muy popular en la década de 1890, *De guardia*, de Charles Godfrey, un veterano de Crimea pide refugio por una noche en la garita del asilo. «Vete de aquí, vago», exclama el despiadado portero. «No se te necesita aquí.» «No», truena el andrajoso veterano, «*no* se me necesita *aquí*. Pero en Balaclava *sí* se me necesitaba *allí*». Esta escena, que era una de las favoritas de la clase obrera, fue cortada al parecer en el West End porque los funcionarios de intendencia se quejaron de que era perjudicial para el reclutamiento [141].

El *music hall* obrero era conservador en el sentido de que aceptaba las divisiones de clase y la distribución de la riqueza como parte del orden natural. En la década de 1890, el resentimiento de clase expresado en el número de Godfrey era lo más próximo a la crítica política. Pero la industria del *music hall* no era un simple barómetro pasivo de la opinión de la clase obrera. Y aquí estriba la dificultad para usarlo como mero índice de las actitudes de la clase obrera. Porque en el período comprendido entre 1870 y 1900 el *music hall* se hizo activa y conscientemente conservador. Esto se debió principalmente a dos razones.

La primera razón fue la aparición de un segundo público en los espectáculos de *music hall*, además del obrero. Este nuevo público estaba compuesto por aristócratas amantes del deporte, empezando por el príncipe de Gales, oficiales de la guardia de St. James, funcionarios civiles y militares de permiso procedentes de todos los rincones del Imperio británico, oficinistas, estudiantes de derecho y medicina y un número creciente de turistas de los dominios blancos. Este público comenzó a formarse en las décadas de 1860, pero sólo alcanzó proporciones considerables en la década de 1880, como lo atestigua la aper-

140 *BacGlennon's star song book* (1896-1897), p. 105.

141 Scott, ob. cit., p. 215.

tura en 1884 del nuevo Pavillion, rápidamente seguido del Empire, el Trocadero, el Tivoli y el Palace [142]. El Empire era el centro más frecuentado por este nuevo público. Era un foco natural de patrioterismo, camorra y prostitución para las clases altas. El acontecimiento más popular de su calendario anual era una regata nocturna, una saturnalia en la que todos los objetos rompibles tenían que ser retirados del alcance de los petimetres borrachos [143]. Había poco en común entre estos ambientes imperiales y las salas obreras, salvo el hecho importante de que estos nuevos centros sacaban muchos de sus artistas de las salas de la clase obrera. Además, a medida que el negocio del espectáculo iba siendo progresivamente organizado y monopolizado y los grandes consorcios empezaban a hacerse cargo de las salas proletarias, los números ofrecidos en Hackney o Piccadilly convergían hasta cierto punto [144].

En la década de 1860, muchas de las canciones interpretadas en las salas obreras tenían todavía un carácter antiaristocrático y populista. Estaban todavía a medio camino entre la antigua balada callejera y la canción del *music hall* propiamente dicho [145]. Incluso Frederick Stanley, defendiendo los intereses del *music hall* ante una comisión parlamentaria en 1866, admitía como única objeción válida al *music hall* «la inmensa dificultad de mejorar el elemento cómico». «Creo», decía, «que es imposible conseguir una canción cómica que sea digna de esta época» [146]. Pero la atmósfera cambió en la década de 1870 con la aparición de estrellas como Leybourne, Vance y Mac Dermott. El elemento antiaristocrático de las canciones desapareció, el nivel intelectual bajó y el tono patriotero se hizo más notable. Los efectos del nuevo público eran evidentes a finales de la década de 1880 cuando Vesta Tilley comentaba:

> En nuestros días, lo que mejor acogida tiene es una buena canción patriótica, pues la política está descartada en la medida en que es demasiado vulgar. Esto indica la singularidad del público del *music hall* en cuanto a tendencias políticas. Cualquier alusión debe ser conservadora [147].

142 Véase Stuart y Park, ob. cit., pp. 191 ss.

143 Farson, ob. cit., p. 60.

144 Era más posible una auténtica convergencia en las variedades que en el *music hall*. Incluso Marie Lloyd fue abucheada en un *music hall* del East End cuando intentó cantar alguno de sus más escabrosos números del West End. Véase Farson, ob. cit., p. 75.

145 Véanse, por ejemplo, las canciones de J. A. Hardwick en *Comic and sentimental music hall song book*, 1862.

146 Comisión de 1866, apéndice 3, p. 307.

147 *McGlennon's star song book*, 8, p. 2.



La primera razón del conservadurismo del *music hall*, el surgimiento de una clientela aristocrática y patriotera, no tuvo nada que ver con el acusado cambio de opinión en la clase obrera. Pero una segunda razón afectó por igual a los *music halls* del West End y a los de los barrios bajos: fue la creciente asociación entre conservadurismo e industria del alcohol. En la primera mitad del siglo XIX, como ha demostrado Brian Harrison, la taberna no era propiedad exclusiva de un grupo político concreto y de hecho los magnates cerveceros de Londres tendían a ser *whigs* o liberales más que conservadores. Pero el desarrollo del movimiento antialcohólico y su creciente tendencia a actuar como grupo de presión en el flanco del partido liberal comenzó a llevar a los propietarios de tabernas y *music halls* hacia el conservadurismo. Esta tendencia se hizo cada vez más evidente a partir de la Ley de Autorización de Venta de Bebidas Alcohólicas de los liberales en 1871 [148]. En la década de 1880, liberales, miembros del movimiento antialcohólico y radicales partidarios de la templanza atacaron los grandes centros de diversión y las salas obreras con el mismo vigor, ya que tanto unos como otros estaban asociados, aunque en desigual medida, con la bebida, el juego, la prostitución, el patrioterismo más tosco y la falta de contenido educativo. A comienzos de la década de 1880, el campeón de la templanza F. N. Charrington dirigió sus ataques contra el *music hall* Lusby's, en Mile End Road, y el Ejército de Salvación hizo inútiles esfuerzos por cerrar el Eagle en City Road [149]. Pero los reformadores no limitaron sus ataques a las salas obreras. En 1894, la Sra. Ormiston Chant, de la Social Purity League, denunció la venta de bebidas alcohólicas en el Empire en nombre de «la voz ecuánime y firme de la opinión pública honrada, la conciencia inconformista» [150]. La Sra. Chant, apoyada por el partido progresista y el grupo laborista del Ayuntamiento de Londres, consiguió que se erigiera un tabique entre la sala y el bar, impidiendo así al público abastecerse de bebidas y buscar prostitutas. Pero los jóvenes petimetres y dandis de la época, que consideraban el Empire como su hogar espiritual, se opusieron violentamente a esta restricción de sus prerrogativas. El sábado siguiente a la erección del tabique, 200 ó 300 petimetres aristócratas lo derribaron con sus bastones y desfilaron triunfalmente por Leicester Square

148 Harrison, ob. cit., pp. 319-48.

149 Sobre Charrington, véase Guy Thorne, *The greal acceptance: the life story of F. H. Charrington* (1912), cap. v; sobre el intento de cerrar el Eagle, véase H. Begbie, *Life of William Booth* (1920), vol 2, pp. 10-13.

150 Señora Ormiston Chant, *Why we attacked the Empire* (1895), p. 5.

mostrando sus fragmentos a los transeúntes. El cabecilla de este grupo pronunció entonces un discurso ante la multitud congregada: «Habéis visto cómo hemos echado abajo hoy estas barricadas; veréis cómo derribamos a los responsables de ellas en las próximas elecciones» [151]. El orador era un joven cadete de Sandhurst, Winston Churchill.

Los propietarios de *music hall,* los petimetres, los cocheros y, curiosamente, George Shipton, secretario del Trades Council de Londres (que también era dueño de una taberna en Leicester Square), se sumaron a la defensa de los derechos del Empire. Se creó una «Liga Deportista». Según uno de sus portavoces:

> Estaban próximas las elecciones al Ayuntamiento y el deber de todo amante del deporte era procurar que ningún inútil entrara de nuevo en él [...] Estos maniáticos se presentaban bajo cualquier forma o nombre, bien como miembros de la Liga Humanitaria, o de la Liga Anti-Juego, o Anti-Vacuna. Todos ellos actuaban de acuerdo con el mismo principio, tratando de entrometerse en las diversiones y placeres de la gente [152].

Este incidente fue sin duda el origen del mito, asiduamente cultivado por las clases altas después de la guerra, de la afinidad de puntos de vista entre las «capas altas y bajas» contra los «aguafiestas» entre ambas [153]. Es cierto, sin embargo, que, por diferentes razones, tanto las salas proletarias como el cinturón del placer de West End perdieron vitalidad en los siguientes veinte años. El West End se convirtió en una zona más decorosa tras el escándalo de Oscar Wilde, mientras que las salas de la clase obrera fueron compradas por el consorcio de Moss-Stoll, cuya política consistió en reemplazar la «tosquedad y vulgaridad» de estas salas por la distinción y el decoro del Palace of Variety. Los espectáculos de *music hall* recibieron el golpe de gracia con la Real Orden de 1912. Los artistas de *music hall* suprimieron de sus actuaciones cualquier alusión que pudiera ser considerada ofensiva o grosera y trataron en vano de conseguir la aprobación del rey Jorge V, «un amante de la auténtica bohemia», según la empalagosa descripción de Conan Doyle [154].

Si éstas hubieran sido las únicas tendencias en juego en el *music hall* desde la década de 1870, sería difícil explicar su destacado papel en la cultura de la clase obrera londinense. Pero la década de 1880 fue también testigo de la aparición de los más importantes y apreciados artistas de *music hall:* Dan Leno, Marie Lloyd, Gus Elen, Little Tich, Kate Karney y otros. Estos artistas, procedentes todos de familias humildes de Londres, conectaron mucho más firmemente que sus predecesores con la mentalidad y las actitudes de las mases londinenses. Aunque eran populares tanto en el West End como en el East End, no cantaban o hablaban del Imperio o del partido conservador, sino de las ocupaciones, alimentación, fiestas, romances, matrimonios y desgracias de la calle. En sus canciones es donde mejor se puede apreciar la especialidad de la cultura de la clase obrera londinense.

A diferencia de las baladas, las canciones de estos artistas no expresaban tragedias espantosas ni verdadero rencor. Podían expresar el sincero gozo de los placeres sencillos o un profundo sentimentalismo hacia un objeto de afecto. Pero cuando se enfrentaban a la opresión diaria de la vida de los pobres, sus reacciones eran fatalistas. A mediados de siglo, Mayhew escribía:

> Allí donde los medios de subsistencia y el nivel de vida están asegurados, el ser humano es consciente de aquello de lo que depende.
>
> Sin embargo, si estos medios son inciertos —abundantes en un momento y escasos en otro—, surge un espíritu de especulación o duda acerca del futuro, y el individuo empieza a creer en la «suerte» y el «destino» como árbitros de su felicidad en lugar de verse a sí mismo «artífice de su fortuna», confiando en el «azar» más que en sus facultades y previsión para socorrerle en la hora de la necesidad [155].

Esta fue precisamente la actitud ante la vida reflejada en el *music hall* londinense. Los dos productos más insignes de esta cultura, Dan Leno y Charlie Chaplin, representan papeles de hombrecillos perpetuamente «atropellados», sin grandes ideas o ambiciones. Los personajes que interpretan son indudablemente muy pobres, pero no clara o inconfundiblemente proletarios; son ciertamente productos de la vida de la ciudad, pero su lugar en ella es incierto; sus proezas son divertidas pero también patéticas; siempre son expulsados por hombres o mujeres físicamente más fuertes que ellos, capataces iracundos, maridos ultrajados, caseras dominantes o esposas corpulentas; pero por lo general son circunstancias casuales, malentendidos, y no sus propias cualidades, lo que les lleva a esas situaciones; y finalmente

151 Winston Churchill, *My early life* (1930), p. 71.
152 Chant, ob. cit., p. 30.
153 Véase Shaw Desmond, ob. cit., pp. 84-92; Willis, *Jubilee Road,* pp. 30-36.
154 Véase Farson, ob. cit., pp. 88-97.
155 Mayhew, ob. cit., vol. 2, p. 325.

es la buena suerte más que sus propios esfuerzos lo que acude en su ayuda.

El arte de Leno y Chaplin nos lleva de nuevo a la situación de los pobres y obreros en el Londres de la última época victoriana y de la eduardiana; a ese amplio limbo de obreros subempleados, artesanos semiespecializados y eventuales, trabajadores a domicilio superexplotados, extranjeros despreciados, vagos y mendigos.

En este artículo he intentado relacionar dos temas que tradicionalmente han sido tratados por separado: por un lado, la historia del movimiento obrero; por otro, la investigación de la cultura obrera. Es sólo un análisis preliminar, basado en el estudio de una ciudad, y cualquier conclusión que se saque de él sólo puede ser provisional. Sin embargo, la mera conjunción de los dos temas indica la necesidad de revisar algunos de los supuestos tradicionales de la historia del movimiento obrero inglés.

El *music hall* pone de relieve la peculiaridad de la situación de la clase obrera en Londres. Pero también refleja el desarrollo general de la clase obrera inglesa a partir de 1870. El fatalismo, el escepticismo político, el deseo de evitar la tragedia o la ira y una postura de estoicismo cómico fueron actitudes preeminentemente *cockneys* porque la decadencia de las tradiciones artesanas, la lentitud del desarrollo de las fábricas, el predominio del trabajo eventual y el carácter amorfo de los nuevos suburbios proletarios fueron rasgos especialmente acentuados de la vida londinense. Pero sería un error subrayar el significado puramente local de estos temas. En zonas industriales más homogéneas que Londres el sindicalismo tendió a ocupar un lugar mucho más destacado en la cultura de la clase obrera. En tales comunidades, las cooperativas, las mutualidades, los orfeones y los equipos de fútbol fueron mucho más florecientes. Pero éstas eran diferencias de grado, no de carácter. Hay buenas razones históricas que explican por qué a partir de 1870 Londres fue a la cabeza del *music hall,* mientras que los centros del carbón, el algodón y la construcción naval del Norte realizaban los avances más importantes en materia de sindicalismo [156].

Atrapado en el mundo crepuscular de la pequeña producción artesanal, Londres no estaba en condiciones de mantener las formas defensivas y colectivas de solidaridad en las que se basaría cada vez más la política de la clase obrera. La fuerza

[156] Véase S. y B. Webb, *History of trade unionism,* pp. 299-325.



de su propia tradición política no estaba en la fábrica. Por consiguiente, reaccionó frente a la nueva situación de forma predominantemente cultural. Pero el *music hall* se extendió a provincias y los sindicatos consiguieron crear lentamente bolsas de influencia en ciertas zonas de Londres. Hubo experiencias locales muy diversas, pero no hubo un abismo insalvable. Lo que en última instancia llama más la atención es la coherencia de los puntos de vista reflejados en la nueva cultura de la clase obrera que se difundió por toda Inglaterra a partir de 1870.

Si la «construcción de la clase obrera inglesa» tuvo lugar en el período 1790-1830, algo parecido a una reconstrucción de la clase obrera tuvo lugar en los años comprendidos entre 1870 y 1900. Pues muchas de las actitudes «tradicionalistas» de la clase obrera analizadas por los sociólogos y críticos literarios contemporáneos no datan del primer tercio del siglo XIX, sino del último. Este proceso de reconstrucción no borró el legado de esta primera fase de formación de la historia de la clase obrera, tan bien descrita por Edward Thompson, pero sí transformó su significado. En el ámbito de la ideología obrera, un segundo estrato de experiencia histórica se superpuso al primero, presentándolo bajo el prisma de sus nuevos horizontes. Las luchas de la primera mitad del siglo no fueron olvidadas, pero sí selectivamente recordadas y reinterpretadas. La solidaridad y la capacidad de organización conseguidas en las luchas sociales fueron canalizadas hacia la actividad sindical y finalmente hacia un partido político basado en esta actividad y en sus objetivos. La especificidad de un estilo de vida obrero se acentuó enormemente. Su aislamiento y su impermeabilidad se reflejaron en una cultura densa e introvertida, cuya consecuencia fue tanto el aumento de la distancia entre la clase obrera y las clases superiores como la articulación de su posición dentro de una jerarquía social aparentemente permanente.

El desarrollo del sindicalismo, por una parte, y la nueva cultura obrera, por otra, no fueron fenómenos contradictorios, sino interrelacionados. Ambos significaron un importante cambio en las formas predominantes de actividad obrera. Lo que sobre todo diferenció al período cartista del período posterior a 1870 fue la convicción general de que el orden económico y político instaurado por la Revolución industrial era una aberración temporal que pronto llegaría a su fin. Esta convicción sirvió de base a las actividades de cartistas moderados como Lovett y Vincent, no menos que a las de Harney y O'Connor. Fue esta convicción semiarticulada la que hizo del cartismo un movimiento de masas.

Cuando se aceptó finalmente la derrota del cartismo, esta convicción desapareció. Los obreros dejaron de creer que podrían modelar la sociedad a su propia imagen. El capitalismo se había convertido en un horizonte inamovible. Las reivindicaciones planteadas por los movimientos del período anterior a 1850 —el republicanismo, el laicismo, el autodidactismo popular, el cooperativismo, la reforma agraria, el internacionalismo, etc.—, desprovistas ahora de la convicción que les había dado aliento, expiraron finalmente de pura inanición o fueron asumidas, bajo una forma atenuada, por el ala izquierda del liberalismo gladstoniano. El principal impulso de la actividad obrera venía ahora de otra fuente. Se concentró en los sindicatos, las cooperativas, las mutualidades, lo que supuso un reconocimiento *de facto* del orden social existente como inevitable marco de acción. Lo mismo se podría decir del *music hall*. Era una cultura de consolación.

El auge del nuevo sindicalismo, la fundación del partido laborista e incluso la aparición de grupos socialistas no marcaron una ruptura, sino una culminación de esta cultura defensiva. Uno de los rasgos más sobresalientes de los movimientos sociales del período 1790-1850 había sido la claridad y concreción de su concepción del Estado. No había habido una hipostatización del Estado en un órgano neutro o impersonal. Se había visto en él una máquina de coerción, explotación y corrupción. La monarquía, el legislativo, la Iglesia, la burocracia, el ejército y la policía estaban todos ellos en manos de «sanguijuelas», «hipócritas», «arribistas», etcétera. El objetivo de la política popular había sido cambiar la forma del Estado. El triunfo del pueblo llevaría consigo su sustitución por una democracia popular de tipo jacobino o *leveller*, una sociedad igualitaria de artesanos independientes y pequeños propietarios, una sociedad basada en el intercambio de mercancías a pequeña escala sobre la base del tiempo de trabajo empleado (el programa agrario de los cartistas y el bazar del trabajo de los owenistas formaban parte de una misma problemática). La Carta, un programa puramente político, iba a ser su medio de realización.

Los dirigentes obreros de finales de la época victoriana y del período eduardiano no tenían una concepción tan concreta de la política o del Estado. El punto de mira se había trasladado del poder al bienestar. El socialismo, tal como lo definía Tom Mann, significaba la abolición de la pobreza. El principio organizador del Partido Laborista no era la revolución en el exterior o la sublevación política en el interior, sino una respuesta defensiva a la contraofensiva patronal de la década de



1890. El fin del monopolio industrial británico supuso la creación de una política obrera independiente, tal como Engels había profetizado, pero no en la forma en que él pensaba. El Comité de Representación Laborista fue la generalización del papel estructural del sindicato en forma de partido político; no era responsable ante su electorado directamente, sino indirectamente, a través de los sindicatos en los que se basaba su poder real, y su modo de organización presuponía la pasividad de las masas, jalonada por movilizaciones ocasionales para acudir a las urnas. Como forma de asociación política no era tanto un reto a la nueva cultura obrera surgida a partir de 1870 como una prolongación de la misma. Si cantaba *Jerusalén* no era como grito de guerra, sino como himno. De hecho aceptaba no sólo el capitalismo, sino también la monarquía, el Imperio, la aristocracia y la religión oficial. Con la fundación del Partido Laborista, el mundo ahora cerrado y a la defensiva de la cultura obrera había alcanzado en efecto su apoteosis.

# 5. POR QUE ESTA EN UN LIO EL PARTIDO LABORISTA

La crisis actual del Partido Laborista tiene raíces más profundas que la victoria de los conservadores en 1979, el auge de la izquierda de Benn y el surgimiento del SDP (Partido Socialdemócrata). Estos hechos son sólo secuencias finales de un drama de naturaleza más secular y, para comprenderlo, hemos de renunciar a las actuales apologías ofrecidas por la izquierda y la derecha del partido e intentar situar la crisis en una perspectiva histórica a más largo plazo.

Por supuesto, la historia no está ausente de este debate actual. Pero la historia que se ofrece suele ser de la variedad «edad de oro» y, curiosamente, la derecha y la izquierda están de acuerdo en la fecha de dicha «edad de oro»: los gobiernos laboristas de 1945-1951. La memoria política es corta. A finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, el tono que imperaba en las discusiones sobre 1945 era crítico. Para la derecha había supuesto una identificación demasiado estrecha del Partido con «contraseñas» obsoletas como nacionalización y con la imagen de «la gorra de paño»; para la izquierda había representado la incapacidad de hacerse con las «altas esferas» de la economía y la capitulación ante las fuerzas del mercado, la Administración y la guerra fría; y para ambas había generado «trece años desperdiciados» de gobierno conservador. Pero a la luz de los fallos y frustraciones de los años de Wilson y Callaghan, se ha llegado a considerar al gobierno laborista de la posguerra en términos cada vez más benévolos. Se ha llegado a asociarlo con un momento mágico al que todos los sectores del partido anhelaban retornar. El año de 1945 ha sido evocado tanto por los socialdemócratas como por Tony Benn. 1951 es el momento en que todo empezó a ir «mal» para Jeremy Seabrook, y es el punto en que se detuvo «la marcha ascendente de los trabajadores» de Eric Hobsbawm. El carácter mágico de esa época se ha puesto de manifiesto tanto en los recientes programas de televisión de Trevor Griffiths como en las llamadas a los votos de los obreros de más edad en épocas de elecciones: un reciente discurso electoral socialdemócrata en Islington decía que «un voto para Eden es un voto para líderes laboristas de confianza como Clem Attlee, Hugh Gaitskell y George Brown».



El actual recurso de 1945 no se basa principalmente en una valoración de su política, sino más bien en una nostalgia de la alianza política y social en que se basó. Si las décadas de 1970 y 1980 han presenciado la fragmentación de la alianza del laborismo —entre el PLP (Partido Laborista Parlamentario) y los activista que lo votan, entre estos últimos y los votantes laboristas, entre el TUC (Congreso de los Sindicatos) y los gobiernos laboristas y entre los activistas sindicales y los obreros corrientes—, 1945 representa el momento en que todos esos elementos diferentes parecían moverse en la misma dirección. El gobierno laborista de la posguerra estuvo relativamente exento de enfrentamientos entre el gobierno y el TUC o entre el PLP y la Conferencia. Fue el momento en que el número de votantes alcanzó su punto culminante, al igual que el porcentaje de votos populares del Partido Laborista. Fue el momento álgido del «movimiento laborista», con todas las connotaciones específicamente británicas de esta expresión, en el que un «partido obrero» comprometido con el «socialismo» obtuvo la clara mayoría de la nación y durante un tiempo conservó su apoyo.

Aunque en general se está de acuerdo en que los cambios en la sociedad británica desde la década de 1950 han sido responsables, en cierto sentido, de la gradual desintegración del consenso de 1945, el análisis de qué tipo de cambios han sido responsables y cómo lo han sido ha tendido a ser burdo y unilateral. En general, tanto la izquierda marxista como la derecha socialdemócrata se han centrado casi exclusivamente en los cambios en la distribución de la riqueza, la renta y el poder y en las modificaciones de la estructura social, como si tales cambios hubieran tenido o hubieran debido tener una correlación casi automática con el estado de la política británica en general y con el de la política laborista en particular. Este enfoque se planteó por primera vez en los escritos de Crosland y los revisionistas socialdemócratas de la década de 1950. Crosland no revisó tanto el marxismo como el fabianismo tradicional[1]. Sustituyó la evolución fabiana desde el capitalismo competitivo al colectivismo por una evolución desde el capitalismo a una economía mixta basada en la igualdad de oportunidades y la seguridad social permitidas por el Estado del bienestar. A principios de la década de 1960 esa argumentación fue reforzada por Goldthorpe y Lock-

[1] C. A. R. Crosland, *The future of socialism* (1956).

wood, cuyos escritos sugerían que la tradicional base obrera colectiva del laborismo se estaba hundiendo bajo el impacto de la abundancia [2]. Por otra parte, en la atmósfera más sombría de la década de 1970 se hizo cada vez más difícil sostener el supuesto de un Estado del bienestar y un pleno empleo que crease una auténtica sociedad sin clases y una igualdad de oportunidades. Ya en la década de 1950 las investigaciones de Richard Titmuss habían demostrado que era la clase media más que la obrera la que había sacado beneficios desproporcionados del Estado del bienestar [3]. La encuesta sobre la pobreza de Peter Townsend y los estudios de Frank Field han documentado la tendencia cada vez más regresiva de la política fiscal desde la década de 1950 y han destacado la incapacidad o falta de voluntad de los sucesivos gobiernos para reformar el sistema de la seguridad social a fin de eliminar o al menos mejorar de manera significativa las formas de pobreza existentes que se han mantenido o incluso incrementado en la última década [4]. No ha habido ningún «cambio fundamental en el equilibrio poder y riqueza a favor de los trabajadores y sus familias» desde la década de 1940, ni las aspiraciones más modestas a una mayor igualdad de oportunidades a través de una reforma institucional han tenido la incidencia que esperaban sus defensores. Según el reciente estudio de John Goldthorpe sobre la movilidad social, no han aumentado proporcionalmente las posibilidades de movilidad social entre grupos sociales, aunque en cifras absolutas parezca haber aumentado por el incremento de puestos de trabajo en el sector servicios y ocupaciones no manuales durante la larga era posbélica de relativo pleno empleo y crecimiento económico [5].

El objetivo de mencionar estos estudios no es discutir si la derecha estaba equivocada y la izquierda tenía razón o viceversa, sino sugerir que no hay una forma evidente de deducir de ellos el rumbo de la política británica desde 1951. Los cambios en el ámbito social constituyen necesariamente una gran parte de la materia prima con la que pueden modelarse y remodelarse diferentes prácticas y lenguajes políticos. Pero esos cambios no son

[2] J. Godthorpe y D. Lockwood, «Affluence and the British class structure», *Sociological Review* (1963); *The affluent worker in the class structure* (1969).

[3] R. Titmuss, *Essays on the welfare State* (1958); *id., Income distribution and social change* (1962).

[4] F. Field, *Low pay* (1973); P. Townsend, *Poverty in the United Kingdom* (1979).

[5] J. Goldthorpe, *Social mobility and class structure in modern Britain* (1980).



en sí portadores de un significado político esencial. Sólo están dotados de significados políticos concretos en la medida en que están eficazmente articulados a través de formas específicas de discurso y práctica políticos. No hay normas sencillas para traducir lo social a lo político. Fenómenos relativamente menores pueden ser dotados de una enorme significación, mientras que cambios seculares fundamentales pueden no ser investidos de significación alguna. Así, las realidades «objetivas» de clase discernidas en las encuestas sociales y los análisis sociológicos no tienen una influencia inequívoca en el destino de los partidos políticos de clase. El desplazamiento en la política popular del siglo XIX del cartismo al liberalismo gladstoniano no se produjo porque el país estuviera menos definido desde el punto de vista de las clases en un sentido marxista o sociológico. La ruptura final y el éxito popular de los socialdemócratas no se ha producido en un tranquilo período de paz social como el de la década de 1950, sino en medio del estrépito de las sirenas de los disturbios y el desmantelamiento de esos mismos servicios sociales que los teóricos socialdemócratas habían considerado en un principio como un presupuesto de la viabilidad de su política. De manera parecida, la pobreza real (como quiera que sea definida) y el descubrimiento de la pobreza son dos cosas diferentes. La pobreza ha estado siempre ahí para ser descubierta, pero su descubrimiento sólo ha sido un tema explosivo en determinados contextos políticos e ideológicos. De ahí el impacto producido por Booth y Beveridge en comparación con la indiferencia general hacia los descubrimientos de Townsend. La misma crítica podría aplicarse al interesante ensayo de Eric Hobsbawm «The forward march of labour halted?» [6]. Entre otras razones, Hobsbawm ha atribuido la crisis del laborismo a la creciente sectorialización del movimiento sindical y al aumento del empleo en el sector público. Según su razonamiento, esto ha hecho que las luchas sindicales hayan adoptado progresivamente la forma de huelgas contra el público como consumidor, más que contra los empresarios privados, y ha dividido así al movimiento laborista. Aunque como descripción del «invierno del descontento» este cuadro muestra sin duda algo de lo que ocurrió, no queda claro en absoluto que ello deba ser considerado ante todo como un simple reflejo del crecimiento del sector estatal después de la guerra. Otros sectores del movimiento laborista y del público en general resultaron mucho más perjudicados por las huelgas mi-

[6] E. J. Hobsbawm *et al., The forward march of labour halted?* (1981).

neras de principios de la década de 1970 y, sin embargo, los resultados políticos fueron totalmente contrarios a los de 1979.

Todo esto indica que hay muchas maneras de preguntarse por qué está en un lío el Partido Laborista. La idea general de una «marcha ascendente del laborismo» tiene algo de ilusión óptica o, más exactamente, es parte de la mitología socialdemócrata sobre el laborismo en la década de 1940: una idea comprensible en la época, muy bien presentada en el *Magnificent journey* de Francis Williams. No es menos efímera que el bulo, menos simpático, de Harold Wilson en la década de 1960 —seriamente debatido durante algún tiempo en los medios académicos— de que el laborismo se había convertido en «el partido natural del gobierno». Si queremos comprender la historia del Partido Laborista debemos interpretarla como una serie de coyunturas discontinuas que le permitieron lograr éxitos concretos y específicos en momentos bastante distanciados en el tiempo, y no como un movimiento evolutivo continuo que en cierto momento dio marcha atrás misteriosamente.

Históricamente parece que la viabilidad electoral del laborismo como partido mayoritario ha dependido de una alianza social entre el sector organizado de la clase obrera y la clase media profesional definida en términos amplios. Dado que a lo largo del siglo XX un tercio aproximadamente de la clase obrera ha votado a los conservadores o se ha abstenido, el laborismo sólo ha podido formar gobiernos de mayoría cuando ha podido aliarse con sectores de la población que no estaban predispuestos por naturaleza a considerar favorablemente a un partido tan estrechamente ligado al movimiento sindical. El laborismo no ha dividido nunca al país en sentido vertical. Pese a los esfuerzos y éxitos ocasionales de dirigentes laboristas como Herbert Morrison, el Partido Laborista nunca ha sido capaz de conseguir una alianza estable entre la clase obrera organizada y la clase media baja, excepto cuando ha obtenido también un apoyo importante de grupos sociales por encima de ambas. Los votantes a los que ha querido atraer el Partido Laborista no son muy diferentes de los de la alianza progresista anterior a 1914 de la que formó parte el Partido Liberal. La definición laborista de los «trabajadores» ha recogido en general las prioridades del progresismo anterior a la guerra. Según Ramsay MacDonald:

> La auténtica separación en la sociedad es la línea divisoria moral y económica entre el productor y el no productor, entre los que poseen sin servir y los que sirven, mientras que la separación entre las clases profesionales y los obreros ha hecho que la línea divisoria sea una línea puramente psicológica que no deja de tener su razón en los diferentes modos de vida de ambas clases pero que sin embargo es perjudicial y debería ser eliminada[7].



Sin embargo, con esto no se pretende sugerir que las condiciones de la combinación o su centro de gravedad hayan continuado siendo los mismos. Los casos de John Burns y Arthur Henderson en el período anterior a 1918 indican que la alianza progresista liberal no habría podido nunca incluir la nota proletaria irrespetuosa dada por Ernest Bevin en la década de 1940, y el desprecio apenas disimulado hacia la capacidad intelectual de la clase obrera expresada por los progresistas eduardianos fue sustituido por la «humildad» de Gaitskell como la postura externa correcta que debían adoptar los dirigentes laboristas educados en Oxbridge en sus relaciones con el TUC. Además, el Partido Laborista se las ha ingeniado para atraer a sectores de la clase obrera a los que los liberales no habían llegado, mientras que, a la inversa, nunca consiguió el mismo éxito con los trabajadores rurales, los hombres de negocios del librecambio y una serie de magnates liberales.

Desde este punto de vista, está claro que el laborismo de entreguerras nunca estuvo cerca de formar la alianza necesaria para conseguir la mayoría. A pesar de la existencia del ILP (Partido Laborista Independiente), mayoritariamente de clase media, y la adhesión de pacifistas y feministas sin hogar político a partir de 1918, el laborismo no fue capaz de conseguir un apoyo electoral significativo fuera de las zonas industriales donde el sindicalismo era fuerte (minería, industria pesada, textiles). Aunque el laborismo desbancó a los liberales como principal partido de la oposición, lo hizo más empujando a los antiguos liberales hacia el Partido Conservador que atrayéndolos a sus propias filas. Puede que el partido de MacDonald fuera moderado y constitucional, pero ni por carácter ni por inclinación fue eficazmente reformista. Sólo lo fue por la influencia de los sindicatos en la década de 1930, tras el desastre de 1931, con el *Labour's immediate programme* de 1937. Pero incluso así no hubo signos de «la marcha ascendente» del laborismo en la década de 1930. Fue la coyuntura de la guerra, la que le proporcionó su oportunidad única para reconstruir la antigua alianza progresista bajo su propio nombre.

---

[7] Citado en R. Lyman, *The first labour government 1924* (1958); véase también sobre este período R. McKibbin, *The evolution of the Labour Party 1910-1924* (1974).

Si la segunda guerra mundial generó una nueva alianza entre la clase obrera organizada y los profesionales progresistas de la clase media, esto se debió en buena medida a que, en términos políticos, los progresistas llevaban las riendas. Como ha escrito Paul Addison a propósito de la reconstrucción en *The road to 1945:* «En todos los centros de decisión política, los principios fundamentales de la acción habían sido definidos antes de 1939 por expertos ajenos al partido».

Lo que importa subrayar aquí no es tanto el carácter de la política de 1945 —que es bien conocido—, sino las premisas sociales tácitas sobre las que se basó la alianza. Dunkerque radicalizó las ideas de la antigua clase militar, pero sólo para reforzar su visión de clase obrera como objeto de compasión o de reforma. Beatrice Webb resumió esta actitud en su forma extrema hablando de Beveridge en 1940:

> Beveridge es consciente de que si se quiere ganar la guerra y, más aún, si hay que salvar de la decadencia al Estado industrial de Gran Bretaña, hay que abordar la planificación de la producción y el consumo. Pero como Beveridge está convencido desde hace tiempo de que él y su clase deben hacer el trabajo, de que los sindicalistas deben ser ignorados y los asalariados recibir órdenes de trabajo... está de acuerdo en que debe haber una revolución en la estructura económica de la sociedad, pero que ésta debe ser dirigida por personas preparadas e instruidas [8].

Esta suerte de imposición era algo que los sindicatos no aceptarían tras la experiencia de 1914-18, y en su nombre Bevin protegió la estructura formal de la negociación colectiva libre durante la segunda guerra mundial. Pero el supuesto de una reforma social y una reconstrucción después de la guerra, destinadas al bienestar de la clase obrera, y no por su mediación, poder e inteligencia, seguía estando profundamente arraigado. Incluso el Salomón de la izquierda socialista de entonces, Harold Laski, reflejó ese supuesto al hablar imprudentemente del «orgullo que todos los ciudadanos de este país están obligados a sentir por el asombroso heroísmo y resistencia del pueblo llano». Además, la clase obrera organizada mantuvo su parte del trato. Una vez asegurados sus intereses fundamentales mediante la preservación de la negociación colectiva libre durante la guerra, la derogación de la Ley de Conflictos Laborales de 1927 y la aceptación de la seguridad social y el pleno empleo, apenas hizo intentos

[8] Citado en P. Addison, *The road to 1945* (1977), y véase también J. Harris, *William Beveridge, a biography* (1977).



concertados de impugnar la política del gobierno de posguerra. No se justificaron las razones de Keynes para desconfiar del Partido Laborista de entreguerras: «No creo que los elementos intelectuales del Partido Laborista ejerzan jamás un control suficiente» [9]. La política fiscal, los préstamos americanos, la guerra fría, el enfoque de la nacionalización basado en la empresa pública, el mantenimiento de la constitución existente y el papel imperialista de Gran Bretaña, todo atestiguaba la continuidad de los supuestos de la época del imperialismo liberal progresista anterior a 1914. A nivel mundial y nacional, el gobierno laborista de posguerra constituyó el último y más glorioso florecimiento de la filantropía liberal de finales del período victoriano.

Quizá esto dé una idea de las dificultades del Partido Laborista para reconstruir su alianza social a partir de la década de 1950. Porque una cosa fue cierta: una vez que el papel mundial de Gran Bretaña se redujo y que su estructura social de castas empezó a relajarse, esta alianza no pudo nunca establecerse de nuevo en los mismos términos. Como subrayábamos al comienzo de este capítulo, el énfasis en el carácter mínimo o incluso regresivo de la redistribución de la riqueza y la renta a partir de 1945 pasa por alto los cambios sociales del período que fueron más importantes a la hora de configurar al modelo político. Más importantes que cualquier cambio en las cuotas relativas fueron los largos años de relativo pleno empleo y aumento de los salarios reales, la gradual desaparición de la población independiente de Gran Bretaña y la decadencia secular de la conciencia de clase, tanto en la clase obrera como en la media.

La conciencia de clase en la Gran Bretaña del siglo XX ha sido un fenómeno conservador más que revolucionario. La conciencia de la clase obrera en el período comprendido entre 1900 y 1950 —representada más por el *music hall*, el cine, los deportes, la taberna, los clubes obreros y las diferencias de acento, residencia y modo de vestir que por la Iglesia, el sindicalismo o la política laborista— fue la conciencia del carácter distintivo de una casta más que de las posibilidades hegemónicas de una determinada posición en la producción [10]. Para la clase obrera organizada —aparte de una minoría revolucionaria que integraba y dirigía el Partido Comunista— fue la conciencia de un estamento con unos intereses definidos que defender y promover dentro del

[9] Para esta corriente del pensamiento progresista liberal, véase en particular P. Clarke, *Liberals and Social Democrats* (1981).

[10] Para un análisis de la génesis de este tipo de cultura obrera, véase el cap. 4 de este volumen.

Estado existente. Para las clases medias profesionales fue la moral del servicio, la inteligencia y la capacidad con fines humanitarios, una misión civilizadora, tanto en el país como en el extranjero. Liberada de las preocupaciones cotidianas del trabajo doméstico por la posibilidad, aún existente aunque cada vez menor, de disponer de criados, la clase media progresista tenía la conciencia, tanto a nivel local como nacional, de ser importante, incansable en la defensa de buenas causas, pero a cambio esperaba la deferencia debida a su posición como expertos, maestros, científicos, médicos, funcionarios o predicadores. Las condiciones potenciales de su alianza con el laborismo organizado en el período de entreguerras tuvieron su máximo exponente en la enseñanza, en la relación entre profesor y clase en la University Extension y en la Workers' Educational Association. Aparte de los sondeos y de algún trabajo educativo, el punto de contacto menos conflictivo entre los profesionales locales y los incondicionales laboristas de la clase obrera era la organización de banquetes y múltiples actos caritativos a beneficio de los pobres de los barrios bajos. El Toynbee Hall tiene tanto derecho a ser incluido entre los antepasados del Partido Laborista como el metodismo, Taff Vale o William Morris [11]. Sirva como ejemplo la carrera de Clement Attlee.

A partir de 1951, el tipo de conciencia de clase representado por la victoria de 1945 empezó a disolverse tanto entre la clase obrera como entre las clases profesionales. La mayoría de los estudios sobre este proceso se han centrado en los cambios en el nivel y el estilo de vida de la clase obrera, pero sin duda el modo en que esos cambios incidieron en el sector profesional de la alianza tuvo la misma importancia para el destino del Partido Laborista. En la medida en que en la primera mitad del siglo las clases profesionales habían prestado su apoyo a un partido de base sindical, lo habían hecho partiendo de la representación del sindicalismo como el vehículo de los pobres y los desposeídos. En muchos aspectos, las actitudes de este estrato fueron una continuación del impulso evangélico cristiano de finales del siglo XIX en una forma más o menos secularizada. Desde esta perspectiva, los cambios de las décadas de 1950 y 1960 fueron importantes. No sólo el cristianismo era una fuerza en declive entre las clases medias cultas, sino que los sindicatos y la clase

[11] Para una descripción de la prehistoria de este evangelismo de la clase media a mediados de la época victoriana, véase G. Stedman Jones, *Outcast London*, 2.ª ed., Londres (1984); y para el modo en que definió el carácter de la educación de adultos, véase Sheila Rowbotham, «Travellers in a strange country», *History Workshop Journal*, 12 (1981).



obrera nacional habían dejado de ser asociados con los pobres y los desposeídos. Aunque puede que las diferencias reales no hubieran disminuido, sí habían disminuido indudablemente las diferencias en los estilos de consumo perceptibles. Gran parte de la propia estima de la antigua clase media profesional provenía de su sensación de diferenciarse de la clase obrera y de ayudar al movimiento laborista desde una posición privilegiada indiscutida. Por ello, la idea de unos obreros con coche, televisión y lavadora, e incluso capaces de seguirlos en sus viajes programados al Mediterráneo acabó con su sensación de desempeñar una misión evangelizadora, del mismo modo que la generalización de una ética de consumismo indiferenciado impulsada por la publicidad y facilitada por las compras a plazos —que, en la década de 1960, llegó a su apogeo con una cultura juvenil elegante pero socialmente amorfa, caracterizada por los pantalones vaqueros y la música pop— fue un incentivo para una sensación de que su elevado estatus se había perdido o desgastado. El crédito hipotecario y las casitas de campo no pudieron reparar este sentimiento de pérdida de posición, y la expansión de la educación superior y el progreso de las escuelas globales se prestaron a que el *Black Paper* hablase de los «niveles en decadencia».

En cualquier caso, hacia finales de la década de 1960 ya no se podía hablar de las clases profesionales como grupo unitario. La enorme expansión del Estado y el sector servicios después de la guerra había producido una diferenciación progresiva entre las mismas clases profesionales. A las profesiones tradicionales se sumaron los asistentes sociales, los profesores politécnicos y todo un conjunto de nuevas categorías de empleados estatales y municipales. Muchos de esos nuevos puestos estaban ocupados por mujeres. Se produjeron divisiones, en parte de origen generacional, entre las profesiones y dentro de ellas. Las antiguas demarcaciones de estatus y ceremonial fueron objeto de ataques. Aparecieron nuevas formas de radicalismo entre estudiantes, asistentes sociales, profesores, maestros de escuela y, en menor grado, entre médicos y abogados. Empezaron a difuminarse las líneas divisorias, en un principio claras, entre las asociaciones profesionales y los sindicatos. La CND (Campaña para el Desarme Nuclear), la campaña de solidaridad con el Vietnam, los temas ecológicos, el estilo de vida y la política comunitaria, la nueva izquierda y las formas difusas de marxismo, el movimiento estudiantil y, más fundamentalmente, el movimiento feminista enfrentaron a las clases profesionales consigo mismas. Las diferencias jerárquicas de la década de 1940, aún vigorosas en el

veranillo de san Martín de la década de 1950, no han recuperado la seguridad en sí mismas tras la eufórica arremetida antiautoritaria de 1966-72. Las ambiciones meritocráticas y las ilusiones vanguardistas eran difícilmente compatibles con el sentimiento igualitario y democrático en aquella marejada de opinión y agitación. La dependencia del sector público vacunó contra el conservadurismo a grandes sectores de este electorado, pero temas como el de los costes, la ineficacia y las injusticias del sector público acabaron con la mayor parte del idealismo residual con relación al Estado del bienestar. La dificultad de proporcionar un claro perfil político a las preocupaciones de la totalidad de este sector se refleja en los problemas editoriales del *New Statesman* a raíz de la salida de Kingsley Martin, en los conflictos aireados por la polémica del *Time Out* y en la esquizofrenia del *Guardian*, ejemplificada en la incómoda conjunción de Posy Simmons y Peter Jenkins. Resultaría cómodo interpretar el conflicto como una simple batalla entre la derecha y la izquierda, alinear el núcleo del SDP con la dignidad ofendida del sector profesional tradicional, relacionar el bennismo con la estridente afirmación de las nuevas circunstancias. Pero tal dicotomía sería falsa. Las simples correlaciones sociológicas no funcionan. Más correcto sería decir que en la medida en que el bennismo o el SDP representan posiciones coherentes, cada uno de ellos explota de manera diferente elementos del evangelismo, el elitismo, el igualitarismo y el populismo, tanto nuevos como antiguos, procedentes de todo el espectro de los grupos profesionales.

Entre la clase obrera organizada, los largos años de boyante mercado de trabajo —particularmente en el Sur y en las Midlands— condujeron a una gradual erosión de la autoridad de los dirigentes sindicales en su calidad de portavoces. La negociación a nivel de fábrica tendió a desplazar a los convenios nacionales, los comités de empresa se convirtieron en la encarnación más vital de la eficacia de los sindicatos, y las huelgas salvajes aumentaron progresivamente, desafiando con frecuencia tanto las prerrogativas de la dirección tradicional como la autoridad de los delegados sindicales. Si la conciencia cohesiva de los profesionales se ha fragmentado, mayor aún ha sido la fragmentación en la clase obrera organizada. En la década de 1940, Ernest Bevin podía hablar sin inhibiciones como dirigente sindical y como miembro del gabinete laborista, de la clase obrera organizada llamándola «nuestro pueblo» [12]. Pero a partir de la década de

[12] Sobre Bevin, véase A. Bullock, *The life and times of Ernest Bevin*, 2 vols. (1960, 1967).



1950 fue cada vez más difícil la equiparación entre sindicalismo, voto laborista y las diferentes lealtades del movimiento laborista. Desde siempre el sindicalismo ha sido asociado ante todo y sobre todo a la negociación colectiva libre, pero nunca, hasta hace poco, sólo a ésta. Desde la época en que la organización sindical se enfrentaba a la amenaza del despido y la lista negra y en que los canales de expresión de la clase obrera eran muy limitados, el sindicalismo adoptó todo tipo de aspiraciones morales y políticas del movimiento laborista. Sin embargo, cuando los conservadores de la década de 1950 aceptaron la seguridad social y el pleno empleo, y la gran mayoría de los patronos británicos aceptaron los canales sindicales de negociación, el nexo entre sindicalismo y fidelidad política se hizo menos necesario. Aunque la izquierda aplaudió el auge de los comités de empresa y de las huelgas salvajes como signos de que las bases se habían emancipado del «caudillismo» de los dirigentes sindicales de tendencia derechista, durante mucho tiempo siguió mostrándose en gran medida inconsciente de que la relación entre luchas salariales y política obrera era cada vez más tenue. Los mismos dirigentes sindicales aceptaron de mejor o peor grado la descentralización del poder sindical como un medio para adaptar la estructura del sindicalismo a las nuevas posibilidades del mercado de trabajo. Además, el sindicalismo se generalizó cada vez más como la forma adecuada de negociación para todo tipo de trabajadores si éstos aspiraban a mantener su posición relativa en la escala salarial. En una situación progresivamente inflacionista, los vacilantes y los demasiados débiles para organizarse salieron perdiendo. En el proceso, las connotaciones típicamente proletarias del sindicalismo y su penumbra cultural se debilitaron, y la imagen pública de los sindicatos pasó de ser la de una amenaza potencial de clase a la de un poderoso grupo sectorial de intereses creados.

A los sindicalistas les fue cada vez más difícil hablar con convicción en nombre de sus afiliados, problema surgido en la década de 1970, que no sólo afectó a los secretarios generales, sino también a los comités de empresa. Los sindicatos sólo pudieron contar con el apoyo de las masas para la defensa del mínimo común denominador de la política sindical —la defensa de la negociación colectiva libre en representación de los ya organizados—, ya fuera contra *In place of strife* o contra la Ley de Relaciones Laborales de Heath. Pero este tema separaba a la administración del Estado y a la dirección de los tres partidos políticos de los sindicalistas, en lugar de dividir a obreros y capitalistas, a laboristas y conservadores. En un asunto que plan-

teó cuestiones más fundamentales para el movimiento obrero y la clase —la lucha por obtener el reconocimiento en Grunwick's—, el apoyo sindical fue desigual y el movimiento sindical sufrió una vergonzosa derrota. Ya en el referéndum sobre el Mercado Común quedó claro que la posición mayoritaria de los sindicatos no era aceptada por grandes sectores de sus afiliados. Era sólo cuestión de tiempo que los conservadores —y principalmente Thatcher— empezaran a ganarse a los afiliados a los sindicatos pasando por encima de sus representantes, y que los patronos intentaran llegar directamente a las bases saltándose los procedimientos convenidos de negociación y la mediación de los comités de empresa. Por último, el arcaísmo de las ficciones de los sindicatos sobre las opiniones de sus afiliados se puso de manifiesto cruel e irrevocablemente en el procedimiento de consulta utilizado por el TGWU (Sindicato del Transporte) en la batalla por la dirección. Independientemente de la validez que hubiera podido tener en otros tiempos la votación en bloque de los sindicatos, ahora había desaparecido al admitirse públicamente la separación entre afiliación sindical por un lado y conciencia de clase y fidelidad laborista, por otro, equiparación que, hasta cierto punto justificadamente, el Partido Laborista podía considerar axiomática antes de la guerra.

No es justo, sin embargo, pensar en esta desintegración en términos puramente negativos, como no sea para lamentar la muerte de una antigua ética profesional. Lo que indicaron los cambios de las décadas de 1950 y 1960 fue que el conjunto de la clase obrera se había hecho más permeable a unas prácticas e ideas ajenas a su herencia política y cultural; y entre los obreros más jóvenes y reflexivos, esto significaba que con frecuencia podían dedicarse más fácilmente a la política al margen de su papel como laboristas o sindicalistas. La rígida demarcación entre el aspecto político y el aspecto laboral del Partido Laborista estaba ya empezando a desaparecer a principios de la década de 1950, cuando los seguidores de Bevan comenzaron a atraer a la base de izquierdas de los sindicatos contra la política de la dirección de derechas; y las posturas se endurecieron aún más cuando Gaitskell intentó revisar la cláusula cuatro y los sindicatos se vengaron con una breve adhesión al unilateralismo. Pero más significativos fueron los tipos de políticas populares y movimientos culturales que se desarrollaron al margen de los procedimientos burocráticos y estatutarios del movimiento laborista anterior. La CND, el movimiento anti-apartheid, el de solidaridad con Vietnam, las formas difusas de libertarismo y cultura pop y, finalmente, el movimiento feminista, no limitaron su



impacto a los jóvenes de los grupos profesionales; también atrajeron a elementos significativos de los grupos proletarios. Los estudiantes radicales no estaban del todo equivocados cuando creían que sus actividades podrían tener un efecto ejemplar en otros sectores de la sociedad. Las acciones en el Upper Clyde y la ola de ocupaciones de fábricas a principios de la década de 1970 no tenían precedentes en los reglamentos sindicales. El aumento de las campañas con un solo lema fue otra indicación de la falta de coincidencia entre adscripción de clase y compromiso político. Por supuesto, esta situación ha proporcionado nuevas oportunidades tanto a la derecha como a la izquierda. Pero no hay nada predeterminado en la forma en que esos cambios han encontrado y encontrarán expresión política. El actual fenómeno de la música punk, con un espectro de posiciones políticas que va desde la extrema izquierda a la extrema derecha, ejemplifica el carácter políticamente proteico del movimiento obrero juvenil en la actualidad.

Por último, es totalmente incorrecto tratar la evolución de la clase obrera o profesional en las tres últimas décadas haciendo abstracción de la política del Partido Laborista. Ni la política en general ni el Partido Laborista en particular pueden considerarse como víctimas pasivas del cambio social. Las alianzas sociales no se dan por sí solas; son creadas y recreadas mediante la construcción y reconstrucción periódica de un discurso político común. La alianza construida en la década de 1940 entre las clases profesionales y la clase obrera organizada era, como he argumentado, de un tipo que no podía reconstruirse en los mismos términos. Fue la derecha revisionista de la década de 1950 quien primero se dio cuenta de esta situación, pero la entendió únicamente en términos estrictamente economicistas. Aunque exigió, con razón, un mayor hincapié en la democracia y la igualdad, su concepción de estas exigencias estaba fuertemente limitada por su aceptación del carácter gestor del Estado del bienestar y la empresa pública, y su sumisión a las prioridades de la política exterior americana en plena guerra fría. La izquierda pudo señalar la pobreza cultural de esta visión y su deferencia hacia el Departamento de Estado americano, pero hizo poco por diseñar una contraestrategia interior positiva. En las décadas de 1960 y 1970 sus energía políticas e intelectuales se centraron cada vez más en el progreso de los movimientos antiimperialistas en el exterior, mientras dejaba que el laborismo se enconara en el interior. Sin embargo, la dirección laborista había hecho entre tanto un último esfuerzo para renegociar las condiciones de la alianza social en la que se basaba la

viabilidad del Partido Laborista como partido mayoritario. Wilson, con su palabrería panglosiana sobre la detención de la decadencia industrial y la nueva sociedad que surgiría de la «incandescencia de la tecnología», acaparó momentáneamente la atención de los diferentes grupos de electores en los que se basaba el Partido Laborista, y en 1964 consiguió el 44 % del voto popular. Desgraciadamente, sin embargo, se trataba sólo de palabrería. Las contradicciones de esta estrategia, con su plena aceptación de las relaciones de poder económico existentes tanto a nivel nacional como internacional, que creía poder transformar mediante papeleo y retórica y no mediante controles, así como su vacuidad moral y política, cada vez más patente, hicieron vulnerable el conjunto de la inestable mezcla al primer ligero soplo. Después de esto, se produjo un vacío político en la dirección del Partido Laborista y se dejó a los diferentes grupos sociales de electores en los que se basaba seguir caminos separados, ahora despojados incluso de la integridad política residual que el partido había conservado hasta Wilson. En el PLP, los estratos profesionales progresivamente dominantes, cuya orientación filosófica era entonces más tecnocrática que moral (incluso en el sentido revisionista de Crosland) atacaron al ala sindical en nombre de un productivismo desprovisto de todo objetivo político de más alcance. Este movimiento fue sofocado a finales de la década de 1960 por los viejos encargados de la máquina política del Partido Laborista en nombre de un pragmatismo igualmente desprovisto de todo programa a más largo plazo. El Partido Laborista no se ha recuperado nunca de esta situación. En 1974, lo que proporcionó una estrategia, si es que la hubo, no fue una nueva iniciativa de la dirección política, sino la habilidad sindical de Jack Jones. La ruptura del «contrato social» de la época del préstamo del FMI y su previsible secuela del «invierno del descontento» rompieron el resto de las ataduras entre grandes sectores de las clases media y obrera, y quedó preparado el escenario para Thatcher, el bennismo y el SDP.

En la situación actual sería una locura intentar dar una respuesta firme a los interrogantes de cómo una política socialista podría reconstruir una alianza entre las clases obrera y profesional y si el Partido Laborista podría ser de nuevo el instrumento de dicha alianza. Pero al menos una conclusión formal surge a la luz del análisis anterior. Y es que el Partido Laborista nunca será capaz de hacer un llamamiento creíble a cualquiera de sus antiguos grupos de electores si no intenta aliarlos de una nueva manera, teniendo en cuenta los profundos cambios operados tanto en las formas de conciencia como en la situación material



relativa de cada uno de esos grupos por el Estado del bienestar, la economía mixta y la decadencia nacional.

A principios del siglo XX, cuando los sindicatos formaron por primera vez un partido político, la «seguridad social», cualquiera que fuese, a la que tenía acceso la clase obrera al margen de la Ley de Pobres dependía íntimamente de la fuerza de su organización colectiva. Incluso después de las reformas sociales iniciadas por el gobierno liberal de 1906, el poder de negociación institucional de los sindicatos, su capacidad de movilización política y la canalización de la fidelidad política siguieron siendo fundamentales. Si los salarios monetarios no se ajustaron a los precios en los años de entreguerras, y si los parados, por miserables que fueran los subsidios del gobierno, no se vieron simplemente abocados al asilo, fue sobre todo porque los sindicatos, en una situación de sufragio masculino, representaron un obstáculo insalvable para los planes revanchistas de los políticos, banqueros y patronos conservadores. Por lo tanto, no fue de extrañar que la conciencia de los obreros se nutriera naturalmente de su afiliación sindical y estuviera fuertemente definida y limitada por ella. El sindicato era un salvavidas, a nivel local y nacional, contra los patronos y el Estadio; y de la necesaria solidaridad que los sindicatos entrañaban surgieron muchos de los valores y fidelidades más amplios que mantuvieron unido al movimiento laborista.

El advenimiento del Estado del bienestar, la aceptación de la normalidad de la negociación sindical y los cambios paralelos del sistema de empleo transformaron esta situación de una manera gradual y desigual. Se abrió una brecha entre el sindicalismo y la cruzada contra la pobreza, porque la pobreza era ahora debida o bien a la falta de salario y debía ser combatida al nivel del Estado, o bien a un salario bajo fuera del alcance del proceso de negociación ordinario. O, para decirlo menos finamente, la pobreza, que seguía estando muy extendida, afectaba sobre todo a un gran número de inmigrantes de color y a «familias con un sólo progenitor», es decir mujeres, y por tanto no constituía una prioridad esencial para un Partido cuyos llamamientos se dirigían a los trabajadores organizados varones de raza blanca. Pero incluso entre los trabajadores autóctonos de ese tipo, el paquete salarial constituía ahora sólo una parte del salario social, y el salario del hombre sólo una parte en disminución de la renta familiar de los obreros organizados. La conciencia ya no procedía esencialmente de la participación sindical. Más bien se estaba empezando a producir lo contrario. La conciencia política, generalmente procedente de otras fuen-

tes, podía adoptar la forma de militancia sindical. No era tanto que la experiencia sindical nutriera la militancia como que las nuevas formas de descontento político y social, no configuradas principalmente en el lugar de trabajo, hallaban una forma de expresión —forma a menudo forzada— a través de los sindicatos. En este sentido, los elementos precipitantes del activismo político entre los obreros no eran muy diferentes de los que operaban entre amplios sectores de las clases profesionales, ya no tan conscientes de su distinción y ya no tan reacias a expresar sus reivindicaciones laborales a través de los sindicatos.

Teniendo en cuenta estos cambios, la conservación de la estructura fundacional del Partido Laborista —con su primitiva representación de los intereses de la clase obrera indirectamente a través del sindicato— ha mantenido una demarcación todavía más inadecuada entre sus dos grupos principales de votantes y ha sofocado el surgimiento de formas políticas que podrían inspirar otras nuevas. Si el Partido Laborista quiere invertir algún día la actual involución, tendrá que replantearse las alianzas sociales en las que podría basarse en función de lo que potencialmente tienen ahora en común. Por el momento, una constante premisa fundamental de la teoría del Partido Laborista impide el surgimiento de estrategias nuevas y posiblemente unificadoras: la percepción de una parte de su electorado como una clase proletaria homogénea cuyos intereses políticos sectoriales están cubiertos por los sindicatos, y de la otra parte como un conglomerado heteróclito de idealistas, notables o indecisos a los que hay que complacer, promocionar o embaucar. Este supuesto, tan arraigado, ha sobrevivido intacto a las últimas reformas e informes constitucionales tanto de la derecha como de la izquierda, justificado por un lenguaje de pragmatismo desgastado, de progresismo liberal o de marxismo mecanicista. Es esta premisa, todavía recogida en la estructura y los estatutos del Partido Laborista, la que impide un llamamiento creíble a los auténticos pobres y oprimidos de hoy (inmigrantes, mujeres, parados), engendra soluciones irreales e impracticables a la crisis de la economía británica y desvía a un plano secundario lo que debería ser el debate central socialista sobre la distribución de los bienes no materiales (conocimientos, control democrático, medio ambiente, calidad de vida) que interesa a todos sus electores potenciales. Desgraciadamente, no nos es posible analizar aquí estos temas fundamentales. Lo único que podemos sugerir como condición formal previa a ese análisis es que en la triste situación actual del país, el Partido



Laborista no podrá construir una política socialista que afronte dicha situación mientras sus teorías y prácticas heredadas sigan estando deformadas por la aceptación, en gran medida indiscutida, de una distinción social anacrónica y actualmente desastrosa entre trabajo manual y trabajo intelectual.

# INDICE ALFABETICO


Addison, P., 242
ahorro, hábitos de, 195-198, 203
alienación, 38, 40, 41, 79, 80
Althusser, L., 12 y n.
Anderson, P., 5 n., 6, 7 n.
aristocracia obrera, 13, 15, 34, 35, 36, 60-66, 68, 71
artesanos, 17, 18, 35, 44, 45, 46, 47, 52, 56, 73, 74, 108, 124, 185, 186, 187, 194, 195, 203, 205, 207, 208, 212-216, 218, 220, 222, 225 n., 232
Attlee, C., 244
Attwood, T., 93, 114
Aves, E., 209

Baines, 166
Balibar, E., 12 y n.
Bank Charter Act (Ley de Documentos Bancarios), 67, 173
Banks, J. A. y O., 183 y n.
Barnett, Rev. S., 189, 190 y n.
Bechhofer, F., 6 n.
Beer, M., 128 n.
Behagg, C., 94 n.
Belcham, J., 112 n., 146 n., 174 n.
Benbow, W., 123, 124, 149, 160
Benjamin, W., 184 y n.
Benn, T., bennismo, 236, 246, 250
Bennett, J., 86
Berg, M., 147 n.
Beveridge, W., 239, 242
Bevin, E., 242, 246 y n.
Birmingham, 88, 93, 120
Birmingham Political Union, 94
bóers, guerra de los, 176, 226
Booth, C., 179 y n., 192 y n., 193 y n., 195 y n., 196 n., 197 n., 199 y n., 200 n., 203, 204 y n., 205, 208 n., 209 n., 213 n., 215 y n., 219 n., 221 n., 223 n., 225 n., 239
Bradlaugh, C., 208
Bray, J. F., 56, 128, 150 y n., 153 y n., 155 n.
Brewer, J., 98 n., 165 n.
Briggs, A., 3 n., 6 y n., 39 n., 49 n., 59 n., 93 n., 95 y n.
Brougham, H., 31, 166
Burke, T., 175, 176 n.
Burns, J., 241
Bussey, P., 101 n., 170

Callaghan, J., 236
Canovan, M., 98 n.
*capital, El*, 12, 24, 43, 51, 64
Carlisle, R., 113, 121
Carlyle, T., 87 y n., 88, 208
cartismo, 3, 6, 8, 11, 13, 16-20, 29, 34, 39, 49, 57, 58, 67, 69, 70, 71, 73, 83, 86, 87, 106, 128, 164, 171, 173 *passim*, 183, 185, 211-213, 214, 233, 234, 239
Claeys, G., 116 n., 137 n.
clase
  lenguajes de, 7, 8, 19-23, 90, 97, 100-102, 103, 179
  teoría marxista de, 3, 7, 8, 12, 13, 14, 15, 16, 20, 75-76, 77-78, 88, 90, 97, 237, 239
clubes obreros, 194, 206, 217, 219, 243
Cobbett, W., 30, 31, 54, 104, 106, 113, 115, 118, 121, 124, 143 y n., 169
Cole, G. D. H., 95 y n., 128 n., 178
Combination Acts (Leyes de Asociación), 30, 31





concepción radical
  de los capitalistas, 56, 112, 115, 129-132
  de las clases medias, 102, 134, 138-149, 154-155, 157, 158, 166, 172
  del comercio exterior, 110-111, 168, 174
  de la competencia, 112, 115-119, 126-127, 136, 150
  del dinero y los impuestos, 105, 106, 111-112, 113, 114, 119, 127, 128, 132-135, 143, 169
  del Estado, 102, 107, 139, 140, 154, 158-159, 169-174, 234, 246, 248, 251
  de la ganancia, 55, 56, 132-133, 139-140
  de la ley, 104, 105, 108, 130-131, 132, 134, 159, 172
  de la propiedad, 55, 56, 87, 104-105, 122, 130, 131, 141, 142, 152-154
  de la tierra, 104, 132, 149-154, 163, 165
conciencia de clase, 16, 18-20, 25, 28, 29-34, 37-43, 51, 53-54, 55, 57, 58, 59, 60, 75, 77, 81, 82, 85, 88, 90, 92, 97, 100, 102-103, 106, 154, 164, 174, 182-192, 204, 218, 225-226, 233-235, 243-248, 250-251
conciencia sindical, 28, 30, 32, 33, 38, 41-43, 51-52, 58, 59
conservadurismo, 98, 146, 147, 171, 172, 176, 183, 210, 227, 229-231, 236, 240, 241, 246, 247, 248, 251
«control social», 15, 30, 34, 68, 75, 85, 102
Convención de 1839, 157, 158
Cooley, C. H., 78
Cooper, T., 93
Corn Laws (Leyes sobre Cereales), 67, 100, 101, 105, 112, 118, 156, 161, 163, 164, 173
  (Liga contra las Leyes sobre Cereales), 146, 148, 161, 163, 164, 166, 173
Crabtree, J., 104
*Crisis*, 126
Crosland, C. A. R., 5 n., 237 y n.
cultura obrera, 8, 9, 11, 178-179, 192-207, 212-235

Chalmers, T., 172
Chant, Sra. Ormiston, 229
Chaplin, C., 231, 232
Charity Organization Society, 183, 186, 188, 199
Chevalier, A., 224
Churchill, W., 230 n.

Davenport, A., 142
Davies, C. M., 200 y n.
derechos, concepciones de los, 120, 137, 152-154, 168
Dickens, C., 182 n., 184 n., 195
división sexual del trabajo, 45, 46, 48, 51, 62, 71, 73, 214, 215-217
Doherty, J., 56, 108 n., 109, 110, 112, 114, 115
Dolléans, E., 92, 93 n.
Duncombe, T., 86
Dunn, J., 133 n.
Dunning, E., 81
Durkheim, E., 6, 78
Dyos, H., 6 y n.

economía política, 57, 99, 100, 101, 109, 112, 117, 119, 137-138, 163
Education Act (Ley de Educación) de 1870, 191, 216, 218-219, 225 n.
Elen, G., 223, 224, 231
Engels, F., 3 y n., 4, 18, 19 n., 29, 60, 61, 88 y n., 89, 117 y n., 152, 183
Epstein, J., 112 n., 146 n.
Escott, T. H. S., 221 y n., 225 n.
Estado, 4, 10, 11, 154, 157, 162 n., 163, 170-172, 237, 238, 240, 245, 249
evangelismo, 183, 185, 188-189, 191-193, 201, 222, 244, 246

Farnie, D. A., 14 n.
Federación Socialdemócrata, 194
feminismo, 241, 245, 248
Feuerbach, L., 40
Field, F., 238 y n.,

Fielden, J., 31, 53, 56, 166 y n., 168, 170
Fontana, B., 101 n.
Foster, J., 13 y n., 16, 24 y n., 25, 26, 28, 30, 31, 32, 33, 35, 36, 37, 38 y n., 39 y n., 40, 42, 43 n., 45, 46 y n., 47 y n., 48, 49, 50, 51 n., 53 y n., 54, 56 n., 56-57, 57 y n., 58, 59, 60, 61, 62, 63 y n., 65, 66 y n., 67, 69, 70, 71, 94 n.
Foucault, M., 16
Foxwell, H. S., 128 n.
Frost, J., 159, 166
funcionalismo, 15, 80, 81
Fyson, R., 167 y n.

Gaitskell, H., 248
Gammage, R. G., 93 y n., 95 y n., 124 n., 163 y n., 164 n.
Gaskell, Sra., 87
Gast, J., 108 n., 109
Gattrell, V. A. C., 148 n.
George, D., 181 y n., 215 n.
Gillespie, J., 10 n., 174 n.
Godwin, W., 101 n., 116 y n., 130
Goldthorpe, J. H., 6 y n., 238 n.
Goodway, D., 94 n.
Gordon, motines de, 181
Gramsci, A., 82
Grand National Consolidates Trades' Union, 109, 126
Gray, J., 113, 114 y n., 116 n., 128, 132, 136, 137, 150 y n., 155
Greenwood, J., 186, 191 n., 199 y n., 200 y n., 216 n., 222 y n.
Griffiths, T., 236

Habakkuk, H. J., 46 n.
Halévy, E., 4 n., 82, 130 n., 131 n.
Hammond, J. y B. L., 6 n.
Harney, J., 68, 105, 148, 151, 152 n., 161, 165, 233
Harrison, B. H., 72 n., 181 n., 191 n., 194 y n.
Hay, C. H., 98 n., 171 n.
Hearnshaw, F. J. C., 134 n.
Heath, E., 247
Hegel, G. W. F., 40
Henderson, A., 241
Hetherington, H., 103, 122, 123, 124, 141
Hill, C., 98 n.
Hill, O., 186, 189
historia social, 5, 8, 15, 16, 20, 22-23, 24-25, 36, 38, 72, 80, 89, 90, 91, 92, 96
Hobsbawm, E. J., 1 y n., 3 n., 6 y n., 52 y n., 65 y n., 178 n., 225 n., 239 y n.
Hobson, J. A., 66
Hodgskin, T., 55, 110, 115 y n., 128, 129 y n., 130 y n., 131 n., 132 y n., 138 n.
Hoggart, R., 6 y n., 178 n., 179
Hollis, P., 113 n., 129 n.
Holyoake, G. J., 122 y n.
Hont, I., 2 n., 101 n.
Hovell, M., 93 n., 95 y n., 96, 129 n.
huelga de 1842, 29, 38, 49, 50, 53, 67, 158, 159-161
Hume, D., 31
Hunt, H., 121, 124
Hutchinson, J., 82
Hyndman, H., 208

ideología, 18
Ignatieff, M., 2 n., 101 n.
imperialismo, 66-67, 175, 177, 179, 208, 212, 226-227, 228, 243
industria del algodón, 13-14, 27-28, 35-36, 45-49, 50-51, 62, 63-64, 67, 70, 71
industria mecánica, 35, 46, 48, 52, 62, 64, 65, 67, 70, 71, 209

Jenkins, M., 159 n., 161 n.
Jenkins, P., 246
Jones, D., 151 n.
Jones, E., 68, 111, 146
Jones, G. S., 3 n., 8 n., 17 n., 21 n., 101 n., 180 n., 186 n., 210 n., 244 n.
Jones, J., 250
Joyce, P., 14 y n., 94 n., 163 n.
juego, 200

Kapp, Y., 183 n.
Kendall, W., 194, 207 n.
Keynes, J. M., 243



Kirby, R. G., 108 n., 109 n., 112 n., 114 n., 115 n.
Knight, J., 57
Knox, T. R., 151 n., 153 n.
Kramnick, I., 98 n.

laicismo, 182, 186, 205, 208, 234
Lancashire, 14, 26-71 *passim*, 94, 209, 217
Laski, H., 242
Lazonick, W., 13, 14 y n.
Leach, J., 149, 151, 159, 162, 163 n.
Lenin, V., 41 y n., 42 y n., 52, 53, 59, 60, 66, 67
Leno, D., 231, 232
liberales, liberalismo, 52, 122, 162, 173, 174, 176, 177, 194, 205, 229, 234, 239, 240, 241, 243, 251, 252
«liberalización», 29, 35, 61, 70
Little Tich, 226, 231
Loane, M., 193 y n., 196, 197 n., 198 n., 215 n., 216 n., 219 n.
Locke, J., 55, 74, 130, 133 y n., 134 n.
Lockwood, D., 6 y n.
London Corresponding Society, 121, 181
London Democratic Association (Asociación Democrática de Londres), 103
London Trades' Council, 208, 212, 230
London Working Men's Association (Asociación de Obreros de Londres), 111, 124
Londres, 9, 11, 93, 108, 110, 120, 175-234 *passim*
Lovett, W., 93 y n., 101 n., 103, 105, 111, 122, 125, 233
Lowenthal, E., 128 n.
Lukács, G., 81

Lloyd, M., 203, 222, 228 n.

Macaulay, T., 87, 88, 152, 166
MacCulloch, J., 112, 180 y n.
MacDonald, R., 240, 241,
McDouall, R., 111, 145, 146, 147, 159
MacInnes, C., 222 n.
MacPherson, C. B., 133 n.
Maehl, W. H., 94 n.
Mafeking, 175, 177, 178, 205
Malcolm, J. P., 180 y n., 181 n.
Malcolmson, R., 72 n., 80
Malthus, T., 101 n., 112
Manchester, 26-71 *passim*, 108, 123, 159, 160, 167
Marriot, J., 10 n.
Martin, K., 246
Martineau, H., 184 y n.
Marx, K., 4, 12, 13, 14, 28, 29, 40, 43, 44, 46, 51, 55, 64, 71, 88 y n., 117 n., 152, 183
Masterman, C., 175, 176, 177
Mather, F. C., 161 n.
Mayhew, H., 179 y n., 199 y n., 211 y n., 213, 225 n., 231 y n.
Menger, A., 128 n.
Miliband, R., 7 n.
Misiones cristianas, 185, 186, 188-189, 192-193
Morris, W., 244
Morrison, H., 240
Morton, C., 201 y n., 221
movimiento fabril, 35, 36, 102, 146, 149, 155, 162, 163, 166, 170
Muirhouse, W., 159
Munby, A. J., 202
Murrin, J. M., 98 n.
*music hall*, 9, 201, 202 y n., 214, 220, 221, 222, 223, 224, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234
Musson, A. E., 108 n., 109 n., 112 n., 114 n., 115 n.

Nairn, T., 6, 7 n.
National Association for the Protection of Labour (NAPL), 109, 110, 112
National Union of the Working Classes (NUWC), 123, 125
Nueva Ley de Pobres (New Poor Law), 26, 55, 151, 182

O'Brien, B., 54, 56, 104, 105, 114, 123, 124, 129 n., 133 n., 135, 146, 152, 153 n., 163, 168 y n.

ocio, 72-78, 82-85, 190-191, 199-204, 206, 214, 215, 216, 221-232
O'Connell, D., 145
O'Connor, F., 68, 93, 94, 105 y n., 111, 114, 118, 124, 134, 145, 146, 150, 151, 156, 157, 161, 163, 233
Oldham, 26, 27, 28-75 *passim*
Orwell, G., 179
Owen, owenismo, 51, 55, 58, 68, 73, 83, 99, 101, 106, 107, 109, 112-123, 123-132, 136, 137, 152, 182, 213, 214, 234

Paine, T., 30, 54, 58, 106, 113 y n., 116, 119 y n., 121, 122, 124, 133 n., 154, 208, 213
Park, R., 78
Parsons, T., 6, 79
Parssinen, T., 90 n., 109 n., 158 y n.
Partido Laborista, 4, 5, 10, 21, 22, 177, 234, 236-253
Partido Socialdemócrata, 236, 239, 246, 250
Paterson, A., 198 y n., 215 n., 216 n., 218 n., 223 n.
Peel, R., 143, 164, 173
Pennybacker, S., 10 n.
Perkin, H., 6 y n., 102 n.
Peters, M., 98 n.
Pilling, R., 161
*Pioneer*, 126, 127, 128
Place, F., 31, 101 n., 109, 129 n., 131 n.
Platt, J., 6 n.
Plucknett, T. F. T., 80
Plummer, S., 105 n.
Pocock, J. G. A., 98 n.
Poor Law (Ley de Pobres), 31, 100, 146, 148, 150, 156, 167, 170, 182, 188, 195, 251
Polanyi, K., 4 n.
policía, 31, 171, 183, 186, 204
política, 2, 10, 11, 14, 20, 21-23, 58-59, 89, 90, 91, 92, 95, 96, 97, 101-103, 239-240, 243, 249
Potter, B., 213
proceso de trabajo, 43-52, 63, 64-66, 70, 212, 219
Price, R., 176 n., 177 n., 206 n.
Prothero, I., 17 n., 55 n., 90 n., 94 n., 104 n., 109 n., 124 y n., 129 y n., 139 n., 166 n., 213 n., 214 n.

Quinault, R., 161 n.

radicalismo, 10, 18, 28-29, 30, 38, 39, 86, 93, 95, 97-154, 158, 164-174, 177, 178, 182, 194, 205-207, 212, 219
Rashleigh, W., 163 n.
Reform Bill (Proyecto de Ley de Reforma) de 1832, 26, 54, 59, 100, 106, 123, 124, 141, 143, 157, 169, 182
reforma social, 177, 242
Reid, A., 11 n.
republicanismo, 166, 182, 186, 207, 213, 234
«revolución en el gobierno», 171-172
Revolución industrial, industrialización, 12, 27, 36, 43-47, 48, 58, 64, 67, 89, 90, 91, 94, 167-169, 182, 233
Ricardo, D., 130, 134
Richardson, R. J., 158 n.
Ritchie, E., 202 y n., 217 y n., 221 n.
Rorty, R., 19 n.
Rose, A. G., 160 n.
Ross, E. A., 78, 79
Rostow, W. W., 6 n., 89 y n.
Rowthron, B., 43 n.
Rubini, D., 98 n.
Rudé, G., 181 n.

Samuel, R., 21 n.
Saussure, F., 20
Saville, J., 3 n., 7 n.
Schloss, D., 213
Schulze-Gaevernitz, G., 64 n.
Seabrook, J., 236
separación entre el hogar y el lugar del trabajo, 214-215, 217, 219, 222
sexos, relaciones entre, 222-224
Shelley, P., 135 y n.
Sherwell, A., 200 y n.



Shipton, G., 230
sindicatos
  e industria moderna, 47, 49, 56, 60, 65, 73, 83, 84
  y cartismo, 101-102, 106, 108-112, 118, 123, 129, 140, 144, 155, 159, 162, 170
  y el Londres del siglo XIX, 177, 181, 206, 207, 208-211, 213, 214, 220, 224, 232, 233
  y la Gran Bretaña del siglo XX, 237, 239-240, 241, 243, 244, 245, 246-248, 251-253
Single, T., 110
Smelser, N., 6 y n., 89 y n.
Smith, A., 44, 77, 101 n., 130, 138 y n.
socialismo, 41, 52, 58, 66, 68, 73, 106, 123, 177, 178, 207-208, 212, 213, 226, 237, 250, 252
socialismo ricardiano, 128, 129, 137
Spence, discípulos de Spence, 150, 151 y n., 153
Spinners' Union (Sindicato de Hilanderos), 47, 49
Stanley, M., 196
Stephens, Rev. J. R., 147
Stephenson, J., 161 n.
Sturge, J., 93
sufragio universal, 31, 56, 92, 104, 116, 121, 123, 126, 127, 136, 140, 145, 148, 166, 251
Sykes, R., 94 n., 159 n.

taberna, 181, 190, 191, 194-195, 201, 203, 212, 217, 221, 229, 243
Taylor, J., 13 n., 170 n., 194 n., 206 y n., 207 n.
templanza, 193-195, 229
Thatcher, M., 248
Thelwall, J., 58, 134 n.,
Tholfsen, T., 6 y n., 94 n., 102 n.
Thompson, D., 112 n., 146 n.
Thompson, E. P., 5 n., 6 y n., 9, 11, 16, 54 n., 55 n., 56 n., 57 n., 62 y n., 80, 96 y n., 97, 104 n., 121 y n., 171 n., 185 n., 205 n., 207 n.
Thompson, W., 55, 110, 115 y n., 116 y n., 117 n., 120 y n., 128, 131, 136 n.,
Tilley, V., 228
Titmuss, R., 238 y n.
Townsend, P., 238 y n., 239
trabajo, actitudes hacia el, 224-225
trabajo eventual, 10, 187, 193, 196, 204, 211, 231, 232
Tuck, R., 133 n.
Tully, J., 133 n.

viviendas modelo, 189, 190, 200, 201
Volney, C. F., 127 y n.

Ward, J. T. 162 n.
Webb, B. y S., 6 n., 178, 208 n., 232 n., 242
Weber, M., 6, 74, 81
Williams, F., 240
Williams, R., 6 y n.
Willis, F., 197 y n., 198 n., 210 n., 212 n., 215, 216 n., 218 n., 230 n.
Wilson, H., 236, 240, 250
Workers' Educational Association, 244
Wrightson, K., 80

Yeo, E., 121 n., 122 n., 185 n.

Zagorin, P., 98 n.

# HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

AKAMATSU, P.: *Meiji-1868. Revolución y contrarrevolución en Japón.*
APTHEKER, H.: *Las revueltas de los esclavos negros americanos.*
CASANOVA, J.: *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938.*
CHESNEAUX, J.: *Movimientos campesinos en China (1840-1949).*
DURÁN, J. A.: *Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912).*
ELLIOTT, J. H.: *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640).*
HILTON, R.: *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381.*
HILL, CH.: *El mundo subvertido. El ideario popular extremista en la Revolución inglesa del siglo XVII.*
HOBSBAWM, E., y RUDÉ, G.: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing.*
LE GOFF, J.: *Herejías y sociedades en la Europa preindustrial (siglos XI-XVIII).* En coedición con el Ministerio de Educación y Ciencia.
MACEK, J.: *La revolución husita.*
MOLLAT, M., y WOLFF, P.: *Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV.*
MONSALVO ANTÓN, J. M.: *Teoría y evolución de un conflicto social. El antisemitismo en la Corona de Castilla en la Baja Edad Media.*
MOUSNIER, R.: *Furores campesinos. Los campesinos en las revueltas de los siglos XVII y XVIII.*
PALOP RAMOS, J. M.: *Hambre y lucha antifeudal. Las crisis de subsistencias en Valencia (siglo XVIII).*
PASTOR, R.: *Resistencias y luchas campesinas en la época del crecimiento y consolidación de la formación feudal. Castilla y León, siglos X-XIII.*
PÉREZ, J.: *La revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521).*
PORSHNEV, B.: *Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII.*
RUDÉ, G.: *La multitud en la historia.*
SARASA SÁNCHEZ, E.: *Sociedad y conflictos sociales en Aragón. Siglos XIII-XV.*
SIGMANN, J.: *1848. Las revoluciones románticas y democráticas de Europa.*
TUÑÓN DE LARA, M.: *Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX. Jaén, 1917-1920; Sevilla, 1930-1932.*
VALDEÓN BARUQUE, J.: *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV.*
WORSLEY, P.: *La trompeta sonará. Un estudio de los cultos «cargo» en Melanesia.*